

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1932.—NÚMEROS 137-138.

La producción literaria de San Alberto Magno y la labor futura de la crítica

La profusión de trabajos de carácter históricocrítico publicados durante estos últimos años en revistas y libros acerca de los escritos albertinos, ha contribuido a resolver o puesto en vías de solución muchos de los problemas discutidos de antiguo, suscitando a la vez otros nuevos en que hasta el presente nadie había reparado. El P. G. Meersseman, O. P., ha recogido en su libro *Introductio in Opera omnia beati Alberti Magni, O. P.*, de que luego hablaremos, publicado unas semanas antes de la canonización del gran maestro alemán, cuanto hay de positivo progreso en esos estudios, aportando nuevos datos de propia cosecha y señalando las dificultades y puntos oscuros, cuyo esclarecimiento se espera de las futuras investigaciones. También se ha publicado en el número de marzo-abril de 1931 de *Revue thomiste*, dedicado a A. Magno, una abundante bibliografía albertina, pues alcanza a 583 artículos, obra de los padres M.-H. Laurent y M.-J. Congar, O. P., y constituye un excelente auxiliar para cuantos en adelante pretendan colaborar en el estudio de la persona y escritos de este célebre dominico.

No tratamos aquí de resolver ninguno de esos problemas, sino únicamente de exponer con la brevedad que permite un artículo de revista el estado de las cosas, si bien añadiremos algunos datos recogidos en bibliotecas españolas, para informar al lector y estimular a quienes puedan hacerlo, a que sumen su esfuerzo en pro del esclarecimiento de una causa por la que tanto se viene trabajando entre los investigadores del pensamiento medieval.

* * *

Varias son las causas que han contribuido a complicar primero y a retardar después el esclarecimiento de la producción literaria de nuestro

Santo. Su número y variedad hacían difícil la formación de un *corpus* que transmitiera auténticamente lo que en un período de más de treinta años fué saliendo de su pluma. Por otra parte el carácter ocasional de algunos pequeños tratados dió lugar a que se restringiera su circulación, quedando olvidados al aparecer otros similares pero más sazonados del mismo autor o de distinta mano. Lo sucedido con los opúsculos de Santo Tomás, a pesar de haber sido coleccionados a raíz de su muerte, tenía que repetirse con caracteres agravados en la producción de su maestro Alberto, destituida de esa protección. Agréguese a ello que en la publicación y reproducción de los escritos del segundo posteriores a 1248 no parece haberse seguido la norma excepcional y privilegiada que se tuvo con las grandes producciones del Angélico, de las que se hizo una copia esmerada, depositándola en poder del estacionario de la Universidad de París, centro en el siglo xiii de la cultura escolástica ¹⁾. Es cierto que también figura allí la colección albertina, pero tardíamente, a principios del siglo xiv. Todavía podemos añadir que fuera de Alemania la celebridad del discípulo distrajo la atención del estudio de los escritos filosófico-teológicos del maestro, quedando vinculada su fama a los trabajos científicos, de escasa aceptación en la Orden, y por consiguiente expuestos a la arbitrariedad de los extraños.

Pasada la generación de contemporáneos sin haberse fijado los límites de la producción del gran sabio, fué fácil incorporar a la misma escritos que, por la dependencia o semejanza de título y contenido con los genuinamente suyos, podían ampararse con su nombre. La colección fué creciendo, lo mismo que ocurría con la de opúsculos de Santo Tomás, y todavía en el siglo xv se registran en uno, dos o tres de los catálogos entonces formados por Luis de Valladolid, Pedro de Prusia y Rodulfo de Nimega más de cuarenta títulos desconocidos de los catalogadores del siglo anterior. Es verdad que estos cronistas tardíos investigaron personalmente en códices y memorias antiguas para esclarecer dudas, logrando devolver a Alberto varias de las producciones legítimas no incluidas en los primeros catálogos; pero conviene también reparar en que con la misma facilidad con que duplican los escritos por la sola razón de encontrarlos designados con nombres distintos en las diversas fuentes o porque no acertaron a identificarlos, acogerían informes llegados a su noticia, sin cuidarse lo bastante de examinar si eran o no de solvencia. De ese flaco habría que exceptuar a Pedro de Prusia, quien en todo caso parece preo-

¹⁾ La copia única sacada directamente del original y revisada quizá por el autor, base de la familia también única que atestigua la transmisión manuscrita de las grandes obras de Santo Tomás, obedece probablemente a la difícil lectura del autógrafo, lo cual no sucede con los escritos de Alberto, de caligrafía más esmerada.

cupado por discernir entre la producción auténtica y la ilegítima. Pero tanto él como sus colegas, cuando se limitan a recoger el testimonio de una tradición cuyo fundamento desconocemos, no pueden servir de base para la reconstrucción del catálogo. Su aportación en tanto tiene valor para nosotros en cuanto se apoya en motivos sólidos que expresamente se consignan.

El problema de la determinación de los escritos albertinos se presenta pues sembrado de dificultades, y no podrá ser abordado en toda su integridad mientras no se disponga de base amplia para poner en juego todos los recursos de la crítica. Tres son los factores principales llamados a decidir en este pleito: el testimonio de los primeros cronistas que pretendieron catalogar sus escritos; el de los manuscritos antiguos con obras atribuidas al Santo, y el de las obras mismas cuyo contenido, analizado y comparado escrupulosamente con otras conocidas como legítimas, puede llevarnos a su admisión o exclusión de la serie auténtica. Los dos primeros capítulos suministran materia para la aplicación de los criterios externos, que en cuestiones de autenticidad suelen prevalecer de ordinario sobre los internos, por ser aquéllos más explícitos. El tercero, las obras mismas cuya procedencia se pretende averiguar, ofrecen al investigador, sobre todo cuando se trata, no de paráfrasis, sino de disertaciones en que el autor habla por cuenta propia, un doble punto de apoyo para su trabajo: a) como documentos de contenido doctrinal que ha de confrontarse con el pensamiento legítimo de Alberto, y b) como fuente inequívoca y de fácil comprobación en que se alude a otros escritos del mismo autor.

* * *

Alberto Magno, si prescindimos del movimiento místico que floreció en Alemania durante los siglos xiv y xv y puede llamarse albertino en sentido amplio, no llegó a formar escuela, como Santo Tomás y Escoto. Sin embargo, el estudio de sus escritos era consecuencia obligada de su extraordinaria celebridad como *Doctor universal*¹⁾. Los de carácter científico, por suponer un avance notable sobre los de ese género que nos legó la antigüedad, adquirieron gran difusión y sirvieron de base a otras obras que los comentan o compendian para hacerlos más accesibles. Muchos de los opúsculos que corren con su nombre, son extractos o tratados desprendidos de sus obras, fenómeno muy frecuente antes de la invención de la imprenta. Cuando por ella se comenzó a facilitar el acceso a los grandes comentarios al Filósofo, se dió un gran paso para cortar la

¹⁾ Ulrico de Estrasburgo, hablando de su maestro Alberto, escribe: «Vir in omni scientia adeo divinus, ut nostri temporis stupor et miraculum congrue vocari possit». *Summa de bono*, lib. 4, tr. 3, c. 4.

algarabía de títulos que continuamente venían agrandando el catálogo de su producción literaria.

De los escritos principales y de buena parte de los secundarios existen ediciones incunables, y de algunos repetidas infinidad de veces. Aunque no llegó por entonces a intentarse una edición en serie de todas sus obras, fueron varios los impresores que, comenzando por los opúsculos y escritos de fácil salida, tales como el comentario al evangelio *Missus est* (5 ediciones incunables), los Sermones de Eucaristia, acerca de cuya autenticidad hoy se discute (4 id.), los de tempore et de sanctis (7 id.), la *Philosophia pauperum*, que también atribuyen a Alberto (8 id.), y algunos apócrifos de gran aceptación, emprendieron luego la publicación de otras obras mayores. Los hermanos Juan y Gregorio de Gregoriis obtuvieron privilegio en Venecia para que nadie «per decennium, Alberti magni opera imprimere aut imprimi facere audeat»¹⁾. De sus prensas salieron en 1488 los Comentarios a los Físicos, edición que repitieron en 1494. En este mismo año de 1494 publicaban el comentario a los libros *De anima*, a los Metafísicos, a la Lógica, a los Meteoros y la *Summa de creaturis*, y en el siguiente el *De mineralibus* y *De animalibus*, los cuales contaban ya otras dos ediciones anteriores.

Durante el siglo xvi continuaron apareciendo ediciones de obras aisladas, repitiéndose en especial las de algunos tratados apócrifos, que ya en el anterior habían logrado envidiable éxito, como el *Compendium theologiae*, que en forma anónima o atribuido a Alberto se publicó quince veces en el siglo xv, el *De secretis virorum et mulierum*, reimpresso 47 veces y el *Liber aggregationum sive secretorum de virtutibus herbarum, lapidum et animalium*, que llegó al número 55.

Pero todas estas ediciones parciales iban informadas por el interés mercantilista. La publicación del conjunto de sus obras era empresa reservada a la Orden, con miras a facilitar la canonización del beato Alberto. Los primeros pasos que se dieron con carácter oficial para lograr este segundo propósito constan en las Actas del Capítulo general de 1601, en que se encomienda al padre General que pida «instantissime» al papa esa gracia. Luego se pensó en la necesidad de coleccionar sus escritos, para lo cual el Capítulo general de 1608 tomó el siguiente acuerdo:

«Mandamus eisdem patribus provincialibus ut quisque prioribus conventualibus suae provinciae praecipiat, ut in singulis conventuum bibliothecis notari et describi faciant quos libros ex operibus beati Alberti Magni vel manuscriptos vel impresos habeant, simulque eorumdem librorum initium et finem exscribant, quo index horum Romam statim mittatur indeque Coloniam Agrippinam, ubi beati Alberti Magni opera nunc denuo multa diligentia recuduntur».

¹⁾ *Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (Leipzig, 1925), I, col. 346.

Pero lo hecho o proyectado hacer en Colonia, a pesar de esos encarecimientos, no se llevó con el calor que requieren las grandes empresas. Así el Capítulo de 1629 vuelve a encomendar al provincial de Teutonia, inquisidor de Colonia, «ut opera beati Alberti Magni typis excudi procurret». Tampoco esta encomienda dió resultado. Quince años después (1644) el Capítulo general de Roma se dirige al General para que tome por su cuenta aquel asunto. «Committimus reverendissimo patri magistro ordinis—dicen las actas—ut ipse pro sua eximia prudentia et dexteritate eligat certo aliquem typographum cui committi possint vetusti codices ordinis nostri, novis ac nitidis typis excudendi. Praecipue vero eam diligentiam adhiberi optamus in recudendis operibus beati Alberti Magni, tan-
topere per universum christianum orbem desideratis».

Ocupaba entonces el puesto supremo en la Orden el padre Tomás Turco, persona de carácter activo y muy amante de las letras. Tal impulso dió a la empresa, que tres años después pudo presentar en el Capítulo general celebrado en Valencia cinco voluminosos tomos de la edición que había comenzado a hacerse en Lyon, con la ayuda económica de la Orden y bajo la dirección de la misma, representada por el padre Pedro Jammy. El Maestro general había firmado un contrato con los impresores, comprometiéndose a adquirir tantos ejemplares de cada tomo cuantos, computado su valor en venta, equivaliera a la suma de mil libras francesas. Correspondían esos primeros tomos a los 8-12 de la colección que en 1651 quedó suspendida, cuando llegaba al volumen 21. La obra, realizada con singular esfuerzo y constancia, suponía un avance considerable para el estudio de los escritos albertinos. ¡Lástima que no se haya llevado a cabo con mayores precauciones críticas para fijar los escritos auténticos, y que no se continuase como pensaban los capitulares reunidos en Roma en 1650! He aquí las palabras terminantes consignadas en las Actas:

«Admonemus generaliter omnes et singulos religiosos nostros, iisdemque in sanctae obedientiae meritum injungimus, ne quasi re jam perfecta sinant dormire vel elanguere industriam suam in conquirendis reliquis beati Alberti Magni operibus quae adhuc excudenda supersunt, nobisque hactenus ad integrae editionis complementum deficiunt. Tametsi enim post plurimos labores ac sumptus tandem e praelo Lugdunensi beati Alberti Magni operum tomi 21 in folio cum suis indicibus emergerint, immo et ibidem praepropere, nimirum ante consummationem totius corporis venales prostare coeperint, invito quidem ordine at perurgentibus bibliopolis, velut qui graves quinque annorum et amplius impensas sub hoc labore toleratas sibi diutius sine fructu jacere non patiebantur; attamen partem non exiguam constat esse residuam, quae succedaneo accessu tomis jam impressis omnino erit adjungenda, ne tam venusto corpori post tot impendia tantamque ordinis et orbis expectationem sua desit integritas».

Enumeran luego los tratados que sospechan que faltan por editar,

ateniéndose al relato de algunos catálogos, aceptado con criterio demasiado benévolo, y añaden a continuación este oportuno aviso, que debió resultar letra muerta por haber desaparecido el impulsor de la obra:

«Proinde nolentes quidquam hujus thesauri per nostram aut nostrorum desidiā Ecclesiae ac litterariae reipublicae deesse, nec ferentes tantum opus tantis impendiis, laboribus, curis, praesertim nuper defuncti reverendissimi patris fratris Thomae Turci, gloriose inchoatum, velut in medio conatu stupere imperfectum, mandamus omnibus provincialibus, congregationum vicariis, prioribus, locorumque praesidentibus ut in suis quique partibus singulas quotquot possunt tam saecularium quam regularium bibliothecas per se vel per alios peritos sagacissime perlustrent, et quidquid beati Alberti Magni invenerint quod ejus esse constet, sitque diversum ab operibus jam impressis, illud nulli aut labori aut sumptui parcendo fideliter transcribi faciant, si vetus exemplar transmitti nequeat, et copiam per fratres aut saeculares Romam ad magistrum Ordinis destinent, aut saltem ipsum de eo quod reppererunt quantotius admoneant, expresso in litteris principio et fine tractatum, ut inde num differant a jam editis dignosci queat. Quod si subeundis transcriptionum sumptibus impares se existimaverint, moneant ut indemnitati ipsorum prompta expensarum refusione per Magistrum ordinis consulatur».

La edición lugdunense se ha repetido con pequeñas mejoras a fines del siglo pasado bajo la dirección de Augusto y Emilio Borgnet en 38 tomos (París, 1892-1899). Pero ambas distan mucho de satisfacer las exigencias de la crítica, por la mezcla de escritos apócrifos o dudosos con los auténticos, y por lo deficiente del texto, que es de ordinario reproducción de un solo manuscrito o de una edición. De algunos tratados se han hecho después ediciones aparte que, por ser repetición de las anteriores, no hay por qué detallar. De los que permanecían todavía inéditos se han publicado en estos últimos años los siguientes: *Commentarii in Librum Boethii de divisione*, ed. por el P. M. de Loe, O. P. Bonna, 1913.—*De quindecim problematibus*, ed. P. Mandonnet, Friburgo, 1899 y Lovaina, 1911.—*Commentarii in Job*, ed. M. Weiss, Friburgo de Br. 1904; y algunos pequeños tratados más. El P. G. Thery prepara actualmente la edición del comentario al pseudo Areopagita, *De divinis nominibus*; el P. Meersseman la de las *Quaestiones in Ethicam* descubiertas por A. Pelzer; J. Petzmeier las *De animalibus* descubiertas por el P. Pelster, y el nuevo Instituto Albertus Magnus de Colonia los tratados *De bono*, *De sacramentis* y *De resurrectione* de la *Summa theologica prior*, que aún permanecían inéditos. También se han publicado las siguientes ediciones críticas: *De animalibus libri XXVI*, según el autógrafo conservado en Colonia, por H. Stadler, Münster i. W. 1916-1921; *De Vegetalibus*, por E. Meyero y C. Jessen, Berlín, 1867; *Tractatus de forma orandi*, (Super Pater Noster), por A. Wimmer, Ratisbona, 1902; *Liber de principiis motus processivi*, según el autógrafo, por H. Stadler, München, 1909.

En los estudios acerca de la autenticidad de algunos escritos albertinos se tropieza frecuentemente con la falta de un inventario de los manuscritos que guardan las bibliotecas de fondo medieval. Ya los directores de la edición lugdunense lamentaban esa deficiencia, y quienes después han pretendido continuar su obra sólo han logrado éxitos parciales por lo incompleto del material disponible. La labor hoy más urgente como base para solucionar el problema de la autenticidad y aun para fijar el texto crítico es por tanto dar a conocer los manuscritos todavía no utilizados.

Entre los que más interés han puesto en esclarecer estas cuestiones y otras con ellas relacionadas merecen especial mención el doctor Grabmann y el P. F. Pelster. Debemos al primero el hallazgo de la tercera parte y de algunos tratados de la cuarta de la *Summa theologiae prior o de creaturis*. El mismo Grabmann ha señalado la conservación en diversos manuscritos de un *Epitome Alberti in Almagestum Ptolomaei*, que compendia tal vez el tratado auténtico de que nos hablan los catálogos; de una *Correctio antiqui computi*, y de un tratado *De quidditate et esse*, que atribuye a nuestro autor. Y dejando otros trabajos del docto profesor monacense, por vía de excepción, aunque es obra de síntesis histórica, debemos registrar aquí el publicado en *Zeitschrift für katholische Theologie*, 1928, pp. 153-182, 315-356, sobre la influencia de Alberto Magno en la vida intelectual de la Edad Media, interesantísimo para conocer la repercusión que tuvieron las doctrinas de Alberto en la mística alemana y en las corrientes filosóficoteológicas de los centros universitarios del norte. La lucha entre albertistas y tomistas, neoplatónicos y peripatéticos, partidarios de la *via nova* (nominalistas) y de la *via antiqua* (realistas) adquiere fuera de la orden dominicana relieve singular que encuentra eco en la literatura escolástica de la baja Edad Media.

Por su parte el padre F. Pelster. S. J. autor de unos «Estudios críticos sobre la vida y escritos de A. Magno» (Friburgo de Br. 1920), de que se dió cuenta en esta revista, ha esclarecido después diversos puntos relativos al mismo. A él se debe el hallazgo en Munich de dos manuscritos con el tratado *De natura boni*, que es uno de los primeros escritos de Alberto, y de unas *Quaestiones super libros de animalibus* (Milán, Biblioteca Ambrosiana), que son lecturas recogidas por un discípulo (reportatio), y resultan muy interesantes para conocer sus procedimientos pedagógicos. Ambos escritos figuran en los catálogos albertinos, pero se ignoraba su paradero. Fundado en un testimonio de mediados del siglo xiv atribuye también a Alberto este investigador jesuita el *Tractatus de inquisitione haereticorum*, que se publicó en 1878 como obra de David de Ausburgo. En cuanto al *De potentiis animae*, presentado por él como obra nueva y auténtica, forma parte de la *Philosophia pauperum*, y debe correr la misma suerte en lo relativo al autor. Por último en un trabajo publicado en

este mismo año en *Scholastik* (pp. 257-268) se ocupa de los escritos exegéticos y propone diversas identificaciones, a veces no destituidas de fundamento, completando unas veces y corrigiendo otras al P. Meersseman.

También A. Pelzer ha dado a conocer un curso inédito de Alberto sobre la *Etica* a Nicómaco, recogido (reportatio) por Santo Tomás. Otros investigadores, entre los cuales merece especial mención M. Weiss, han señalado la existencia en diversas bibliotecas de manuscritos con obras ya incluidas en las ediciones de Jammy y de Borgnet, y aun este último en los preliminares del tomo primero, registra gran número de códices, en su mayor parte vistos ya por Echard, *Scriptores Ord. Praed.*

En España los manuscritos con obras de Alberto Magno han sido siempre muy escasos. Obedece eso tal vez a la falta de relaciones directas con los centros académicos alemanes en que aquéllas se divulgaron, y a la limitada repercusión que tuvieron sus doctrinas entre nosotros. Todavía podemos registrar como excepción que viviendo aun el autor llegaron a la península algunas de sus producciones. Así en el extracto de un inventario fechado en 1273 de los libros de don Gonzalo Palomeque, obispo de Cuenca, que se conservaba en el archivo del cabildo de Toledo, aparecen los siguientes: «Treinta et siete quadernos de la obra de fr. Alberto sobre los libros de naturalibus, sobre el libro physicorum et de generatione et de corruptione et de meteoris et de parte mineralibus. Seis cuadernos de letra menuda texto et coment de fr. Albert de Meteoros et de proprietatibus elementorum» (*Ensayo histórico crítico sobre la legislación*, por F. Martínez Marina, Madrid, 1834, I, 8 nota, reproducido por R. Beer en *Handschriftenschätze Spaniens*, Viena 1894, p. 148). Hoy se ignora el paradero de estos códices. La cronología de los escritos de Alberto mencionados en este inventario los supone compuestos antes de esa fecha. De todos modos ella es un término infranqueable que debe prevalecer sobre toda opinión en contra.

* * *

Todas las cuestiones suscitadas acerca de los escritos albertinos han sido fielmente recogidas por el padre G. Meersseman en su *Introductio*, obra sintética, pero abundante en materiales y acertada en la interpretación de los mismos. El autor procede conforme a riguroso orden lógico, indicando al principio del libro y más en particular de cada sección las normas que la experiencia y su familiaridad con los escritos de Alberto le han enseñado, para dar a cada testimonio el valor que en sí tiene. Recorre luego la serie de obras publicadas o inéditas, señalando su razón de ser en el conjunto, las alusiones que se hacen en unas a otras, las versiones que utilizó su autor en los comentarios de Aristóteles, la referencia de los catálogos, nombres distintos con que las registran y

equivocaciones en que por ello han incurrido algunos investigadores y las condiciones de autenticidad de cada una. Llama la atención sobre las obras desprendidas de otras y fija el paralelismo de algunos opúsculos con los escritos de mayor alcance, anota los manuscritos en que se conservan algunas todavía inéditas, y en fin, pone al día cuantas cuestiones se han venido dilucidando en estos últimos años sobre la materia. Merecen especial mención los apartados en que trata de los escritos sobre matemáticas, ética, averroismo, las dos Sumas de teología y los comentarios al pseudo-Areopagita, puntos que somete a un análisis sereno para deducir, sobreponiéndose a las discusiones que sobre ello se han suscitado, lo que resulta objetivamente de los testimonios invocados por cada una de las partes. El libro constituye, pues, un manual, una verdadera *introducción* al estudio de los escritos albertinos, tanto desde el punto de vista crítico como doctrinal. Con él se ha facilitado grandemente el acceso a este arsenal de ciencia, que por su extensión y por el embrollo literario en que solía andar envuelto, retraía a muchos de acometer su estudio. La armoniosa interpretación de datos dispersos junto con otros de propia aportación, dan al libro un valor que sobrepuja al del simple manual y puede contribuir a solucionar varios de los puntos aún oscuros, por ejemplo, el de la cronología de los escritos albertinos, de que luego hablaremos.

Los defectos que de momento pueden notarse en este libro son muy secundarios: incorrecciones de estilo, o erratas de imprenta, algunas inexactitudes de detalle, algún juicio menos ponderado o falto de su comprobante sobre extremos en que hay disparidad de opiniones. Por ejemplo, refiriéndose al comentario impreso de los Salmos, afirma que nada atestiguan los criterios internos contra su autenticidad, cuando Pelster acaba de asegurar lo contrario y por consiguiente que debe clasificarse entre las «opera valde dubia». La *Postilla anonyma super librum Sapientiae* que sigue a continuación en el manuscrito de París, de que está tomado el texto para la edición del comentario al Salterio, la supone Meersseman, a base de los criterios internos, del mismo autor, mientras que el citado jesuita afirma que se atribuye a Nicolás Gorran. El comentario impreso al profeta Daniel se da sin pruebas por auténtico en el libro de M., y P. ha señalado recientemente otro texto distinto (reportatio), que tiene en su apoyo un testimonio del siglo XIII. Otro tanto podría decirse del comentario al Apocalipsis.

El libro de Meersseman, excelente ensayo de síntesis en cuanto es posible de momento y muy superior en conjunto a lo que se había publicado anteriormente, ha de sufrir alteraciones y mejoras cuando se acaben de catalogar los manuscritos que se esconden en las bibliotecas.

Para nuestro gusto hubiera resultado todavía más práctico si señalase, en un índice especial, los escritos dudosos y en otro los ciertamente

espúreos, con lo cual facilitaría mucho su empleo. Y no menor servicio se habría prestado al investigador añadiendo por orden alfabético o de materias el *incipit* y *explicit* de cada obra, como lo hicieron con muy buen acuerdo Mandonnet y Grabmann al tratar de fijar los escritos auténticos de Santo Tomás. También hubiera sido oportuno incluir el cuadro sinóptico de los catálogos elaborado por Scheeben u otro equivalente, para comprobar en el acto las continuas referencias que se hacen en este libro a esos catálogos.

* * *

De la confrontación de los mismos catálogos con las obras impresas o identificadas ya en los manuscritos resulta, según Meersseman, Grabmann y Pelster, que nos faltan aún las siguientes:

In librum Boethii de syllogismis categoricis

In id. id. de id. hypotheticis

Quaestiones in duos libros Posteriorum analyticorum

Todos los escritos sobre matemáticas, salvo los dos que propone Grabmann y quedan ya indicados. Por testimonio del propio Alberto consta que escribió sobre geometría y astronomía y tenía propósito de escribir sobre perspectiva.

Se duda si además del Comentario a los Políticos, que corresponde al último período de su vida, redactó también Paráfrasis y Cuestiones sobre los mismos. Nos faltan sus escritos *De monastica*, dado que este enunciado de los catálogos no deba identificarse con alguna de sus producciones sobre materias de ética.

De los comentarios a la Escritura desconocemos el relativo al Cantar de los Cantares, la mayor parte del de Jeremías y Ezequiel. Sobre Daniel se proponen dos textos, uno el impreso, que Meersseman da por auténtico, y otro inédito, por el que aboga Pelster. Este mismo padre ha logrado identificar en los manuscritos el comentario a Isaías utilizando unas indicaciones de Meersseman.

No se han encontrado aún los comentarios a San Pablo, y se discute sobre la autenticidad del comentario impreso al Apocalipsis.

De la Summa prior o de creaturis falta aún toda la primera parte (de Deo), el final de la segunda y el principio y fin de la cuarta.

Permanece todavía inédito el *Compendium super Ave Maria*, que a base de la atribución consignada en los manuscritos, creen algunos ser obra genuína de Alberto.

* * *

El padre Meersseman, sin abordar el problema cronológico de los escritos de Alberto, advierte con razón (p. 15) que las referencias que se encuentran frecuentemente en unos a otros comentarios o tratados, no

ofrecen siempre base segura para fijar el orden de composición, sea porque no tienen sentido de alusión a lo escrito ya o que pensaba escribir, o porque el texto está corrompido en las ediciones. Para que el lector pueda formarse idea de las dificultades del caso y proceda con cautela en la utilización de tales referencias, daremos aquí algunos toques que le pongan a salvo de formular conclusiones prematuras.

Primeramente debe precisarse si la alusión está en forma personal o impersonal; porque siendo impersonal, de sí no tiene valor para el caso. Además hay que determinar si Alberto habla en nombre propio, o reproduce palabras del autor que comenta. Todavía conviene que se averigüe si la remisión recae sobre un escrito o sobre una exposición oral anterior. Y por último es necesario contar con el verdadero texto.

Ocurre con frecuencia que en un mismo libro y hasta en un mismo tratado se remite unas veces en pretérito y otras en futuro a lo dicho por él en determinado comentario. En el libro primero *De causis elementorum* se encuentran varias alusiones al de *De meteoris*, una vez en futuro (determinabimus, tr. 2, c. 3, B. 9, 605), otras en pretérito (determinavimus, c. 6, p. 612, y c. 8, p. 617), y alguna en ambas simultáneamente (objiciet aliquis ex his quae in Meteoris *determinata sunt* ubi *ostendetur* quod..., tr. 2, c. 3, B. 9, 605). De atenernos a la cronología asignada por el padre Pelster, habría que dar a esas referencias la forma futura. En todo caso los manuscritos son los llamados a decidir el litigio. Pero sin necesidad de recurrir a ellos, por el mismo contexto se puede rectificar el contrasentido de algunas referencias que figuran en el impreso, v. gr.: *De natura locorum*, tr. 1, c. 4 (B. 9, 535): «Sicut in Prima philosophia *Domino concedente declaravimus* (l. declarabimus)».

Cuando dentro de determinado comentario se repiten las referencias a otro, si hay entre ellas armonía y se dispone del texto legítimo, constituyen base suficiente para fijar el orden de su composición. Por ejemplo en el *De somno et vigilia* se remite frecuentemente Alberto al *De animalibus*, y siempre en futuro: luego este segundo es posterior. En cambio al de *De anima* se remite siempre en pretérito, lo cual da derecho a concluir en pro de su prioridad. En el *De sensu et sensato* aparecen seguidas dos alusiones a los mismos libros, al de *De anima* en pretérito, y al de *De animalibus* en futuro (tr. 2, c. 6, B. 9, 54). De ello podemos inferir que le corresponde ocupar cronológicamente un puesto intermedio.

Mayor dificultad implican los casos en que las referencias se suceden en forma desconcertante, como en el tratado primero *De natura et origine animae*, donde se alude a los libros *De animalibus* con las expresiones *diximus*, *disputatum est a nobis*, *probavimus*, *causam assignavimus*, y entre ellas aparece dos veces la forma futura *dicemus*, y en otro lugar: «De his autem perfecte *dicetur* in nostro libro XV *De animalibus* ubi de seminum natura in animalibus et plantis late *disputatum est*» (c. 3, B. 9,

383). Esta continua contradicción hace pensar en una corrupción del texto. Y en efecto, el padre Pelster ha comprobado que en el código monacense 18643 todas esas referencias están en pretérito, y se sabe además que este tratado formó antes parte del mismo comentario al *De animalibus*.

Para el estudio cronológico ayudan además las referencias a sucesos conocidos que se consignan en el texto, y en varios casos la clase de versiones utilizadas por Alberto. Ella ha servido de tema a diversos trabajos, que proporcionan un conjunto de materiales de que no debe prescindir quien pretenda precisar el momento de composición de cada escrito.

* * *

Otro medio para fijar la producción literaria de Alberto nos proporcionan los catálogos antiguos compuestos por algunos de sus biógrafos. Su testimonio, aunque no decisivo, si resulta unánime, constituye una prueba de primer orden, a la que hay que atenerse mientras no se aleguen razones de peso en contrario. Acerca de ellos ha hecho últimamente el doctor Scheeben un estudio crítico, que publica el citado número de *Revue thomiste*. Distingue él tres grupos de catálogos, a saber la lista de Stams, Enrique de Herford y Alberto de Castello, que forman el primero; Bernardo Guidón, Ptolomeo de Luca y Juan Colonna, el segundo, y Luis de Valladolid, Pedro de Prusia y Rodulfo de Nimega, el tercero. Los dos primeros son independientes entre sí, y aunque datan del siglo xiv, han utilizado fuentes del anterior. Los autores del tercero, que escribían en el xv, se han servido de algunas de esas mismas fuentes derivadas, completándolas con el examen personal de los manuscritos. De los autores de este tercer grupo solo Pedro de Prusia ha conocido la *Legenda I* del siglo xiii, sirviéndose de ella en proporciones muy reducidas.

El articulista establece las relaciones de dependencia de todos esos documentos con abundancia de pruebas, y resume en un cuadro sinóptico lo que aportan sobre la producción albertina. Es labor llevada con riguroso análisis que facilita al investigador el empleo de esas fuentes, de capital importancia para la cuestión. Algunos de los pequeños deslices en que ha podido incurrir están señalados en el libro de Meersseman (e. g. pp. 5, 79).

El número de catálogos ha de aumentar cuando se conozcan los fondos de algunas bibliotecas antiguas. Ya el padre Pelster ha reproducido uno formado en 1390, donde constan los libros de la biblioteca de Santo Domingo de Bolonia. En él aparecen varias obras de nuestro maestro, entre ellas «Postilla magistri Alberti Theotonici super Threnos», la cual, a excepción de Pedro de Prusia, desconocen los demás catalogadores.

Complemento de los catálogos o índices de obras de Alberto son los

catálogos de manuscritos existentes en las bibliotecas antiguas, hoy generalmente desaparecidos. El referente a España, obra de R. Beer, que queda ya mencionado, es muy incompleto y se refiere más bien a escritos clásicos o patrísticos, por lo cual no es de extrañar que apenas se mencionen en él los de Alberto. Para los países de lengua alemana acaba de publicar el P. D. Planzer, O. P., en *Divus Thomas* de Friburgo (1932, pp. 246-276), un extracto de lo que sobre esto se consigna en los catálogos monumentales de Lehmann-Ruf (Alemania y Suiza) y de Gottlieb-Goldmann (Austria), que puede ser de gran utilidad para cuantos se ocupan en estas tareas.

* * *

Completando estas informaciones y para proporcionar al investigador nuevos elementos de juicio, trazaremos aquí una especie de inventario de los manuscritos albertinos conservados en España. No pretende ser exclusivo, ni aun en cuanto a los códices registrados está hecho con el esmero que fuera de desear. Se trata de notas recogidas en diversas ocasiones, unas veces con apremios de tiempo y otras sin tener a mano instrumentos auxiliares de bibliografía para poder comprobar los textos e identificar los tratados. Con todo, puede servir de guía a quien más de propósito quiera emprender este trabajo.

Comenzaremos por la antigua Biblioteca Real, hoy del Palacio Nacional. Actualmente se está procediendo en esta biblioteca a una revisión y catalogación de sus manuscritos. Las signaturas antiguas no rigen en su mayor parte, por llevar la misma varios códices, o por encontrarse éstos fuera de su lugar. De ahí la anarquía que puede advertirse en ese punto en los que aquí se mencionan. Estudiados algunos de ellos hace años, nos ha sido imposible dar con los mismos al presente para completar estas notas. Esperamos que pronto terminará el trabajo de catalogación, en que se distribuyen los fondos con numeración única, que facilitará su identificación.

Madrid. Biblioteca del Palacio Nacional.—Cod. 386. Perg., 340 × 230 mm., s. XIII/XIV, 103 ff. a dos columnas con varias notas marginales, encuad. en pasta española. En el fol. 1^{ra} tiene media columna del comentario a los libros *De caelo et mundo* que comienza: *De caelo et mundo in hoc secundo libro nostrarum naturalium loqui cupientes, primum visum nobis est tangere quaecumque praelibanda sunt...* En el mismo folio vuelto se lee en la parte superior, en letra del siglo XV: *Commenta domini Alberti Magni super VIII libros physicorum empta Parisius*. En la guarda final a la vuelta se lee esta fecha: *M^o CCC^o XX^o III^o, die X aprilis*.

Fol. 1^{va}: *Rub.* Incipit liber physicorum sive auditus physici. *Inc.* Intentio nostra in scientia naturali est satisfacere pro nostra possibilitate

fratribus ordinis nostri, nos rogantibus ex pluribus jam antecedentibus annis, ut talem librum de physicis eis componeremus, in quo et scientiam naturalem perfectam haberent, et ex quo libros Aristotelis competenter intelligere possent... *Des.* Et petimus ab omnibus hoc opus inspecturis ut diligenter examinent, non conceptiones suas, sed dicta antiquorum peripateticorum, et tunc vel reprehendant vel dimittant, secundum quod placuerit eis. Explicit physica Alberti Magni, ord. praed.

Cod. 2-M-4. Perg., 230 × 160 mm., escritura a línea tirada, s. xiv, 90 ff. sin numerar, encuadernación en pasta española. Tejuelo: *Alberti Magni Summa*.

1 — Fols. 1 r-83 r. Contiene un tratado o comentario a los *Ethicos* cuyo texto difiere bastante del de nuestro Alberto, a quien parece referirse la rúbrica final. Por no tener a mano en aquella biblioteca el texto impreso, no nos ha sido posible hacer la confrontación in extenso de ambos. Damos con todo las primeras cláusulas del primer libro y el final de éste y del décimo para facilitar al lector elementos de juicio. *Inc.* Juxta sententias antiquorum expositorum qui libros Aristotelis morales, scilicet *Ethicorum*, *Yconomicorum* et *Politicorum* prolixè commentarunt, sententias dictorum librorum Deo favente breviter (?) compilabo. Non sumus ipsi expositioni litterae vacaturos, sed prout vel ex ea elici potest, conclusivam sententiam elicituros. Nec insistam discussioni dicendorum, quum tamen aliquas ex ipsius conclusionibus vel eorum mediis possent occurrere. Tales namque discussiones prolixius quam requirat praesentis operis intentio debent pertractari.

Quoad divisionem autem procedere sic intendo: quod libros totales in libros partiales dividam, et libros partiales in tractatus, et tractatus in capitula, et capitula in partes principales, et partes principales in particulas. Non tamen expressimus in divisione, sed in sequentis libri vel tractatus vel capituli vel partes vel particulae incoptione, quod Aristoteles in sequenti libro vel tractatu...

Omnis ars et omnis doctrina, etc. Iste est liber *Ethicorum* Aristotelis, in quo determinat de his quae pertinent ad regimen unius; propter quod scientia hujus libri vocatur etiam monastica. Qui dividitur in decem libros partiales, in quorum primo determinat de felicitate humana generaliter, de qua in decimo determinat...

Des. lib. 1: et utrum felicitas sit bonum honorabile vel laudabile et in qua parte animae sit felicitas; et determinatum est quod felicitas est bonum honorabile et quod consistit in parte animae per essentiam. Et hoc in tertio et ultimo tractatu hujus primi libri.

Des. lib. 10: qualis sit aptior politia, et qualiter illa debet esse ordinata, et quibus legibus utatur, quibus conclusis apparebit quis potest facere leges positivas. Omnia ista hic narrata fecit Aristoteles in libro *Politicae*.

Et sic finis hujus decimi, in quo Aristoteles determinavit de triplici fine humanorum, quorum primus vocatur felicitas speculativa, et est finis ultimatus actuum humanorum; secundus finis vocatur felicitas practica, de qua determinavit in secundo tractatu istius decimi; tertius finis est bonum commune, de quo determinavit in ultimo tractatu hujus decimi. Et sic sit finis sententiae conclusivae totalis libri Ethicorum. Deo gratias, qui dedit vitam et esse. Explicit sententia seu expositio totalis libri Ethicorum Aristotelis, edita a reverendo magistro Alberto dco. Parisius (dos palabras raspadas). Deo gratias. Amen.

2 — Fols. 83 v-90 r. *Rub.* Incipit Yconomica Aristotelis. *Inc.* Yconomica et Politica differunt. Iste est liber Yconomicorum quem fecit Aristoteles, in quo declaratur de his quae pertinent ad regimen politicum in domo... *Des.* ad quam quidem istam dispensationem nos perducatur ille qui cuncta dispensat recte. Et sic sit finis istius secundi libri Yconomicae, et per consequens totius libri Yconomicae. Deo gratias. Explicit sententia seu expositio libri Yconomicorum Aristotelis. Deo gratias. Anno 1359.

En el folio 62 v, al final del libro VII de los Ethicos, se lee esta misma fecha.

El comentario a los Económicos, aunque figura aquí en forma anónima, es de Alberto Magno, y lo publicamos en este mismo número de LA CIENCIA TOMISTA.

Cod. VII-E-4. Perg., 304 × 213 mm., s. xiv, 154 ff. sin numerar, encuadernado en pasta española. Tejuelo: «Alberti Magni de morte et vita».

1 — ff. 1 ra-7 vb. *Rub.* Incipit liber de morte et vita. *Inc.* Probatum est in fine primi caeli et mundi quod nulla virtus rei generatae movet per tempus infinitum... *Des.* exclusis eis quae impediunt ex confusione.

2 — ff. 8 ra-102 rb. *Rub.* Incipit liber primus de vegetabilibus. *Inc.* In universalibus principiis minorum omnium et operibus eorum... *Des.* Sufficientiant igitur ista ad scientiam vegetabilium, quoniam de unoquoque eorum secundum singularia dicere est infinitum; quaecumque autem in communi quaeritur de ipsis, per ea quae dicta sunt sufficienter poterunt agnosci. Explicit liber VII vegetabilium.

3 — ff. 102 rb-123 vb. *Inc.* De commixtione et coagulatione similiter autem et congelatione et ceteris his passionibus, in libro meteorum jam est dictum... *Des.* (tr. 3, cap. 8): et a meridie montem fugacem, et post eos et aethiopum gentes pertingentes usque ad oceanum. Simphosys autem et Cadinensis et Mauritanis sunt qui habitant ab oriente Numidiam. Explicit liber de natura loci et locati Alberti.

4 — ff. 123 vb-139 rb. *Rub.* Incipit liber de natura et origine animae. *Inc.* De anima quidem secundum quod est perfectio corporis et de partibus ejus secundum quas est actus corporis et de intellectu... *Des.* ut perfectior sit doctrina et facilius intelligantur ea quae dicta sunt. Haec non est con-

suetudo nostra in toto hoc physico negotio. De generatione igitur et distinctione et natura et statu animae et incorruptione et opere tantum dictum est a nobis. Explicit liber de natura et origine animae.

5 — ff. 139 rb-148 vb. *Rub.* Incipit liber de intellectu et intelligibili. *Inc.* Sicut a principio istius operis diximus, scientia de anima non satis complete habetur ex hoc quod anima secundum seipsam in libro de anima determinatum est... *Des.* et non simplicis naturae secundum intellectum et quae sunt et quot, nolo quod a nobis hic requiratur; altissimum enim est hujus negotium et primae philosophiae egens inquisitione. Explicit liber de intellectu et intelligibili.

6 — ff. 148 vb 153 rb. *Rub.* Incipit liber de nutrimento et nutrito. *Inc.* De anima secundum seipsam in praecedenti libro dictum est; sed quia non tantum secundum seipsam quaeritur... *Des.* proportionem suorum corporum, multum accipiunt cibum, sicut passer et... [perdix]. Similiter autem mus et vermes multum ponunt in semine. Haec igitur de nutrimento et nutrito secundum suum diversum esse secundum peripateticos dicta sint a nobis. Explicit liber de nutrimento et nutrito.

7 — ff. 153 rb-154 vb. *Rub.* Incipit liber de aetate sive de juventute et senectute. *Inc.* Jam explevimus omnia quae [de] passionibus et operibus animae videbantur esse dicenda, sive essent animae et corpori... *Des.* (in cap. 4, trac. 1): excedit in qualitate proprias partes ejusdem. Et hujus exemplum esse dicit si nos imaginemur aliquid calidum secundum corpus aliquod calidum [et stabile...]

Cod. VII-E-4. Perg., 300 × 210 mm, s. XIII y XIV, 219 ff. sin numerar, escritura de dos manos; la primera algo más antigua llega hasta el fol. 67, y después de página y media en blanco, comienza en el 68 la segunda, que es de Nicolás Vencar (Nicholaus Uencar), según se lee al fin. Encuad. en pasta española.

1 — Fols. 1 ra-107 v. *Rub.* Summa fratris Alberti de anima. *Inc.* Consequenter transeundum est ad quaerendum de homine. De quo primo quaerendum est secundum statum ejus in seipso, et postea de loco qui est paradysus... *Des.* Secunda quae non influit sine prima, sed bene influit sine tertia et de aliis. Et haec de creaturis dicta sufficiant. Explicit summa de anima. Qui scripsit scribat, semper cum Domino vivat. [No coincide con el comentario de Alb. M.]

2 — Fols. 108 ra-171 v. *Inc.* Quoniam de rebus honorabilibus est scire aut de rebus quae differunt ab invicem... Intendit per subtilitatem demonstrationis confirmationem et intendit... *Des.* propter suam vicinitatem tactui, alii autem sensus sunt propter melius et praecipue visus et auditus, et hoc m... (meum?) est. Hic finis mete venit, explicit; ergo valet.

En el folio 148 ra se lee: Incipit alia translatio et commentum supra tertium de anima. El texto de Aristóteles precede siempre al comentario.

Fol. 172 en blanco.

3 — Fols. 173 ra 219 ra. Incipit sententia super libro de generatione edita a frate Aegidio de Roma, ordinis fratrum eremitarum santi Augustini. Anima, ut testatur Philosophus, est quodammodo omnia. Quidquid enim est, vel est sensibile vel intelligibile... *Des.* ad praesens autem haec supradicta super libro de generatione sufficiant. Laus sit ipsi Christo, Filio Dei unigenito, cujus inenarrabilis generatio omnis generationis est principium, causa et secundum quam cum Patre et Spiritu Sancto est unus Deus benedictus in saecula saeculorum. Amen.

Cod. VII-E-3. Perg., 330 × 220 mm., s. XIV, 93 ff. sin numerar, encuad. en pasta española.

Fols. 1 ra-93 ra. *Inc.* In scientia naturali corpus mobile subjectum est, ut dictum est multoties. Est autem in natura duplex corpus mobile, scilicet simplex et mixtum... *Des.* tunc enim scitur totum quod considerandum est in natura. Quia autem ista in genere tria sunt, scilicet mineralia, vegetabilia et animalia, ideo sequens scientia in tria dividetur. Explicit [com. in II. Meteor.]

Madrid. Biblioteca Nacional. — Cod. 3.075. Papel, 295 × 220 mm., s. XV, 98 ff. En el tratado sexto del código ha ido consignando el copista, al final de los capítulos, con frases y palabras sueltas, que trabajaba en Zamora (ff. 71, 72), en el convento de dominicos (ff. 77, 79), en ocasión en que se alojó allí la reina, a la que la población obsequió con una corrida de toros (ff. 42, 44, 46). Este copista se llamaba Martín.

1 — ff. 1-5. *Inc.* Philosophia dividitur in tres partes, videlicet in logicam, ethicam et physicam... *Des.* sicut et contemplare et frui est in aeternitate. Et haec de prima parte dicta sufficiant. (Es el tratado primero de la *Philosophia Pauperum*).

2 — ff. 5-6 v. *Inc.* Sequitur liber de caelo et mundo. Quia dictum est de corpore mobili... *Des.* nec homines possent vivere. Et haec de caelo dicta sufficiant.

3 — ff. 6 v-8. Incipit liber de generatione et corruptione. Postquam dictum est de corpore ingenerabili et incorruptibili... *Des.* ad speciem. Et haec de corpore mobili ad praesens dicta sufficiant.

4 — ff. 8-13 v. *Inc.* Dicto de corpore mobili generabili simplici, dicendum est de corpore generabili composito... *Des.* in uno loco orbis non recedens ab eo. Et haec dicta ad praesens sufficiat de generatis ex vapore qui conjungitur ex lumine solis, lunae et stellarum.

5 — ff. 13 v-20 v. *Inc.* Sic secundum ordinem tractatus, dicto de elementis inanimatis, dicendum est de elementis animatis. Sed quia elementorum animatorum... *Des.* eo quod principium sit operabilem. Et haec de anima ad praesens dicta sufficiant. Confero grates menti divinae. Amen.

6 — ff. 21-87 v. *Inc.* Plasmaverat Dominus Deus paradysum a principio, in quo posuit hominem. Ista verba scribuntur Genesis, primo, historialiter, sed tamen possunt allegorice... *Des.* et bonae operationes operantur, et qua deficiente nullae operationes possunt esse meritoriae. Quam nobis concedat qui in perpetuum vivit et regnat. Amen et benedictus Deus.

Es un comentario anónimo a la Philosophia pauperum. En la introducción leemos: «Sed quia philosophia naturalis in diversis libris Aristotelis satis diffusa est per tantam sic quod a multis, nisi per longum studium, non potuerit perlegi, dominus Albertus, commune bonum intuens, hanc summam naturalium edidit, quae est quoddam registrum et promptuarium naturalium et naturalis philosophiae. Propter hoc omnes illi qui non possunt illos libros philosophiae naturalis Aristotelis perlegere vel studere, saltem de his aliquid a fluenti dulcedinem degustentur».

7 — ff. 88-96 v. *Inc.* Quia logica est rationalis scientia ad ratiocinandum inventa, rationari autem contingit recte et non recte... *Des.* In omnibus autem his non est danda una responsio. Patet ergo quod haec fallacia provenit secundum unum et multa. Et haec de fallaciis editis a fratre Thoma de Equino (*sic*), optimo magistro de ordine praedicatorum, dicta sufficient.

8 — ff. 97-98. *Inc.* Utrum ars inveniendi medium sit in textu sufficienter posita. Respondetur quod non, quia nulla scientia resolutoria debet considerare de inventionem... *Des.* Et haec de quaestione. Sequitur textus: quo autem reducemus syllogismos...

Cod. 9569. Perg., 295 × 205 mm., s. xiv/xv, 180 ff. sin numerar, encuadernación moderna en pasta española. Procede del cabildo de San Esteban de Tolosa.

1 — ff. 1-73 v. [Alb. De sacrificio Missae]. *Inc.* Esaiiae sexagesimosexto dicit Dominus: Ecce ego declinabo in vos sicut flumen pacis et quasi torrentem inundantem... *Des.* Hoc est ergo quod de missarum facere breviter et grosse videbatur esse dicendum, alia subtilia melioribus relinquando.

2 — ff. 73 v-179 v. *Inc.* Quia autem de sacramento altaris multa sunt quae specialem habent difficultatem... *Des.* et si quid lectori in dictis displicet, parcat simplicitati, quia etsi non subtiliter, tamen utiliter multa in eis dicta inveniet. Explicit summa de omnibus mysteriis missae et de corpore Domini a fratre Alberto, de ord. praed., episcopo quondam Ratisponendi (*sic*) compilata.

ff. 179 v-180. *Inc.* Omnipotens sempiternus Deus, Fili Dei... Explicit oratio fratris Alberti ad corpus Domini. — Sigue una glosa: Salve salus mundi, Verbum Patris, hostia vera...

Cod. 7, 680. Papel, 290 × 210 mm., s. xv (1439), 232 ff. sin numerar has-

ta el 107, encuad. en pergamino. Procede del convento de Santa Cruz de canónigos regulares de Colonia.

1 — ff. 1-105 v. (sin numerar). *Rub.* Incipit liber domini et magistri Alberti Magni, episcopi Ratisponensi, de ord. praed., de laude seu laudibus gloriosissimae semperque Virginis Mariae. *Inc.* Clara est et quae nunquam marcescit... *Des.* mirabilis fiat miraculum de miraculo. Tu autem Domine miserere nostri. Deo gratias. 1439. Expliciunt laudes beatæ Virginis gloriosae, ab egregio et venerabili sacrae scripturae doctore benemerito Alberto Magno compositae, episcopo Ratisponensi ord. praed., Coloniae sepulto.

2 — ff. 107-232 (1 125). *Rub.* Sermones domini Caesarii abbatis et s. theologiae professoris super cap. Prov. ultimo, Mulierem fortem quis inveniet. *Inc.* Mulierem fortem quis inveniet... Rex Salomon cui Deus dederat sapientiam et prudentiam... Siguen después otros sermones. En el folio 158 (53 de la numeración del cod.) se lee esta rúbrica: Expliciunt sermones Caesarii abbatis Heisterbergensis et sacrae theol. prof., qui ante ingressum religionis scholasticus fuit ecclesiae collegiatae beatæ Mariae ad gradus erectae, et fundatae atque dotatae per sanctum Annanem, episcopum Coloniensem.

Cod. 7804. Papel, 275 × 200 mm., s. xv, 136 ff. Enc. en pasta labrada

1 — Fols. 1-99. Terencio: Comedias.

2 — Fols. 100-118 v. Leonardo Aretino :traducción y comentario a los Económicos de Aristóteles, dedicado a Cosme de Médicis.

3 — Fols. 119-136. *Rub.* Incipit expositio librorum Yconomicorum Aristotelis secundum Albertum Magnum. *Inc.* Iconomica et Politica differunt. Iste liber Yconomicorum quem fecit Aristoteles, in quo determinatur de his quae pertinent ad regimen plurium in domo... *Expl.* ad quam quidem justam dispensationem nos perducatur ille qui cum ita (*sic*) recte dispensat. Et sit finis istius secundi libri Yconomicorum. Deo gratias. Explicit expositio librorum Yconomicorum Aristotelis secundum Albertum Magnum. Deo gratias. Amen.

Cod. 54. Perg. y papel, 300 × 215 mm., s. xv, 199 ff. numerados, encuadernado en piel.

En los folios 1-183 contiene un tratado ascético de un religioso cartujo, otro de San Buenaventura, epístolas de San Agustín, exposición de su Regla por Hugo, etc.

ff. 184-187 v. *Rub.* Incipit tractatus Alberti, episcopi Ratisponensi, de proprietatibus vini etc. *Inc.* De vino et ejus proprietatibus intimae dilectionis fervore tractare proponens, primo proponam quomodo vinum debeat colligi... *Des.* coque in caldario bene et excute nucleum vini. Si gna. interiora mollia fuerint, tunc bene cocta sunt. Postea intma. fundan-

tur et permittantur sublimescere; postea accipiatur tina et sic successive in cibum servatur, etc.

Cod. 10.031. Perg., 230 × 170 mm., s. xv, 122 ff., encuad. en piel labrada. ff. 97-122. *Rub.* Incipit semita recta Magistri Alberti Theotonici, maximi philosophi, super arte alchimiae. *Inc.* Omnis sapientia a Domino Deo est et cum illo fuit semper et est ante aevum. Qui ergo diligit...

Madrid. Biblioteca de la Universidad Central.—Cod. 56. Per., 157 ff., s. xiv, 366 × 252 mm. Encuadern. en pasta española con el escudo del cardenal Cisneros. Procede del Colegio de San Ildefonso de Alcalá. Precioso códice de escritura muy clara.

1 — ff. 1-18 r. *Rub.* Incipit de mystica theologia. *Inc.* Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. Isa. 45. Ex his verbis circa doctrinam quae intitulatur de mystica theologia quatuor possunt extrahi, scilicet unus modus in hoc quod dicitur *vere...* *Expl.* cujus est virtus et magnificentia infinita et aeternitas in saecula saeculorum. Amen. Explicit super mysticam theologiam. Deo gratias.

2 — ff. 18 v-157. *Rub.* Incipit super caelestem hierarchiam, Dei auxilio invocato. *Inc.* Ad locum unde exeunt flumina revertuntur ut iterum fluant. Eccli. 1. Quatuor tanguntur in verbis propositis, de quibus habetur materia et modus caelestis hierarchiae... *Expl.* quod est super nos, ostendentes per hoc ipsa esse supra nostrum intellectum. Explicit postilla super Caelestem hierarchiam. Deo gratias. Amen.

Biblioteca del Escorial.—Cod. e-II-9. Perg. y papel, s. XV, 233 ff. 315 × 230 mm.

1 — ff. 1-112 v. Incipit liber physicorum sive auditus physici. Intentio nostra in scientia naturali est... *Des.* vel reprehendant vel dimittant secundum quod placuerit eis. Explicit liber Physicorum Alberti.

2 — ff. 139-144 v. Incipit liber venerabilissimi patris fratris Alberti Magni, philosophi ordinis predicatorum, De intellectu et intelligibili. Sicut a principio operis nostri de anima diximus... *Des.* et primae philosophiae indigens inquisitione. Amen.

3 — ff. 149 v-164. Incipit liber de natura et origine animae. De anima quidem secundum quod est perfectio corporis... *Des.* et in corpore et operatione tantum dictum a nobis.

4 — ff. 164 v-228. Incipit commentarium Alberti de anima. Omnibus quae de corpore mobili... *Des.* sufficiant, etc. Et haec sunt dicta venerabilis Alberti tractantis de libro de anima.

5 — ff. 228 v-233. Incipit liber Alberti Magni de proprietatibus lapidum, metallorum et eorum quae media sunt inter ea. De commixtione et coagulatione et congelatione... *Des.* argenti et auri mixtum procul dubio et proprietatem habet utriusque et naturam.

Cod. e-III-15. Perg., s. XIV, 67 ff., 270 × 195 mm.

ff. 53-60. Incipit liber Alberti de natura loci ex longitudine et latitudine ejus proveniente. De natura locorum quae provenit ex habitudine loci ad caelum tractaturi... *Des.* (in lib. 2): Superest autem ex his quae dicta sunt cognoscere... sunt quae veniunt ab oriente Numidiam. Explicit liber Alberti.

Cod. f-III-5. Papel, s. XV, 210 ff., 275 × 205 mm.

1 — ff. 1-59. De logica intendentibus, primum considerandum est qualis scientia sit. *Des.* (tr. 7, c. 3): nullo modo subsistit quia non habet subsistentiam aliquam sed. [In Porphyrii Isagogem sive de Praedicabilibus].

2 — ff. 60-117. In antehabitis dictum est quod logica est scientia... *Des.* sed quia parva vis est in talibus. Ideo illa sufficiant. Explicit sententia edita et compilata a venerabili Alberto Magno, omnium latinorum philosophorum reverendissimo principe, super libro praedicamentorum Aristotelis.

3 — ff. 117 v-147. Sicut a principio istius scientiae determinatum est... *Des.* per quam quis potest venire ad cognitionem ignoti quod est complexum. Et hic habetur finis libri peryermenias Aristotelis, philosophorum principis, secundum commentariam expositionem venerabilis domini Alberti Magni de Alania, ordinis praedicatorum, episcopi Ratisponensis, ad omnipotentis Dei gloriam, et triumphum ipsius laudem, etc.

4 — ff. 148-210. A me karissime ex arte grammatica vobis competentes regulas dari aut componi rogastis... *Des.* et per intellectum alterius verbi ut formosum pastor coridon ardebat alexim. Laus Deo.

Cod. f-III-14. Perg., s. XIV, 134 ff., 258 × 185 mm.

1 — ff. 1-83. Incipit liber priorum analyticorum. Tractaturi de scientia syllogistica, oportet primum scire... *Des.* quae dicitur physonomia, super hanc artem fundata est. Explicit.

Cod. L-I-16. Papel, s. XV, 167 ff., 290 × 205 mm.

1 — ff. 1-36 v. *Inc.* Philosophia dividitur in tres partes, videlicet in logicam, ethicam et physicam... *Des.* eo quod principium sit operabilium. Et haec de anima et potentiis ejus ad praesens dicta sufficiant. Explicit tractatus de anima et potentiis ipsius qui intitulatur Philosophia pauperum.

2 — ff. 37-167. *Inc.* Plasmaverat Dominus Deus paradysum voluptatis... *Des.* quia totum residuum est de opinionibus quas scire modicae est utilitatis. Explicit glossa super parvam philosophiam Alberti Magni. Maqueda.

Cod. Q-II-18. Perg., s. XIV, 266 ff., 292 × 205 mm.

1 — ff. 7-120. *Inc.* In scientia naturali corpus mobile subjectum est...

Des. ergo sequens scientia in tria dividetur. Explicit. [Comment. A. M. in libros Meteorum].

2 — ff. 120 v-226. *Inc. Omnibus que de corpore mobili et de mobili secundum locum... Des. haec igitur de anima secundum quod in se ipsa consideratur determinata sufficiant. Explicit liber de anima.*

3 — ff. 226-253. *Inc. Somnus et vigilia non sunt passiones... Des. et hoc est totum quod intendimus a principio quaerere de hac materia. Explicit liber de somno et vigilia.*

4 — ff. 253 v-266 *Inc. Multa sunt animalia quae quidem secundum locum moventur... Des. haec igitur de differentiis eorum dicta sunt. Explicit [comment. A. M. in libros de spiritu et respiratione].*

(P. G. Antolín, O. S. A. *Catálogo de los códices latinos de la real biblioteca del Escorial*, 4 vols. Madrid, 1910-1916).

Sevilla. Biblioteca Colombina. — Cod. 5-1-13. Papel, 210 × 140 mm., siglo xiv (1339). Al final se lee: Iste liber est... (raspado) quem scripsit et perfecit idibus decembris anno Domini 1339 ad honorem Dei et gloriosae Virginis Mariae... En la primera guarda dice así: Emi ego Joannes Ffol (?) librum istum ultima decembris Majoricae anno Domini 1428, pretio XV solidorum.

Contiene: Gualterius Burlaeus: Dubia super libros Physicorum — Joannes Parisiensis: Super libros Physicorum. *Inc. Naturalis philosophiae principales partes sunt octo — Tractatus beati Thomae De natura accidentis. Inc. Quia omnis nostra cognitio a sensu incipit — Tratado anónimo que comienza: In prima quaestione quarti sententiarum dixi... — S. Thomas, De motu cordis — Tractatus sancti Thomae De principiis naturae. Inc. Quoniam quoddam potest esse licet non sit... Des. ita principia scientiae sunt principia omnium ceterorum. Explicit libellus de principiis naturae editus a sancto Thoma de Aquino, ord. praedic. — Tractatus ejusdem de occultis operibus naturae. — De pluviis. Inc. Quare dictum est quod pluviarum diversae sunt causae.*

Incipit abbreviatio philosophiae per magistrum fratrem Albertum de ord. praed. Tractatus primus, De physico auditu. *Inc. Philosophia dividitur in tres partes... Des. sic etiam contemplari et frui est in aeviternitate. Et haec de prima parte dicta sufficiant. — Tractatus secundus, De caelo et mundo. Inc. Quia dictum est de corpore mobili... Des. Et haec de caelo ad praesens dicta sufficiant. — Tractatus tertius, De generatione et corruptione. Inc. Postquam dictum est de corpore mobili ingenerabili et incorruptibili... Des. est quando proportionaliter virtutes et realiter ad speciem (sic). Et haec de his dicta sufficiant. — Tractatus quartus, De meteoris. Inc. Dicto de corpore mobili generabili simplici... Des. lumine lunae et stellarum. — Tractatus quintus, De anima. Inc. Sicut dicit Damascenus, impossibile est... Des. Est enim liberum arbitrium facultas*

realis et naturalis quae bonum eligitur gratia existente et malum gratia desistente. Explicit tractatus de naturalibus editus a fratre Alberto, philosopho egregio de ordine praedicatorum.

Siguen luego otros tratados a saber: De sensu communi et aliis potentiis animae. *Inc.* Quaeritur de sensu communi et primo quaeritur quid sit... *Des.* cum autem resistendi bonum et male patet sufficienter per jam dicta et per ea quae dicta sunt de complexione organi memoriae. Est enim in eodem subjecto cum memoria. Explicit tractatus de potentiis interioribus (de santo Tomas?). — Incipit De unitate et uno Boethii. *Inc.* Unitas est id quo res una dicitur... *Des.* Unitas igitur est qua res est una et est id quod est. — De ente et essentia, de Santo Tomas. *Inc.* Quia parvus error.

Cod. 7-6-13. Perg., 270 × 200 mm., s. xiv, 155 ff.

1 — ff. 1-96. Compendium litterale totius divinae scripturae.

2 — ff. 97-120. *Rub.* Incipit liber de perfectione justitiae, editus a venerabili doctore fratre Thoma de Aquino, de ordine fratrum praedicatorum. *Inc.* Quoniam quidam ignari de perfectione... *Des.* secundum illud Salomonis: Ferrum ferro acuitur, et homo exacuit faciem amici sui.

3 — ff. 121-155. *Rub.* De anima et potentiis ejus (Philosophia pauperum). *Inc.* Philosophia dividitur in tres partes, videlicet logicam, ethicam et physicam... *Des.* eo quod principium sit operabilium. Et haec de anima et potentiis ipsius ad praesens dicta sufficiant. Explicit tractatus de anima et potentiis ipsius, quae philosophia fratris Alberti dicitur.

Códice de las vitrinas. Perg., 280 × 210 mm., s. XIV, 142 ff., encuad. en perg.

1 — ff. 1-56. *Rub.* Incipit tractatus fratris Alberti, ord. praed., quondam episcopi Ratisponensi, de mysteriis missae. *Inc.* Dicit Dominus: ecce ego declinabo in vos sicut flumen pacis... *Des.* quia vero catechumenus nondum est baptizatus et ideo non est christianus, ideo ad illam partem missae quae de communicatione fidelium est non admittitur, sed exire praecipitur. Hoc est quod de missarum peractione breviter et grosse videbatur esse dicendum, alia subtilia melioribus relinquendo. Explicit.

2 — ff. 57-141. *Rub.* Incipit liber de sacramento. *Inc.* Quia autem de sacramento altaris multa sunt quae specialem habent difficultatem, ideo... *Des.* ex quibus multa alia possunt intelligi. Et si quid lectori in dictis displicet, parcat simplicitati, quia etsi non subtiliter, tamen utiliter multa in eis dicta inveniet. Explicit summa de corpore Domini a fratre Alberto, de ord. praedic., episcopo quondam Ratisponensi compilata.

Oratio ad Christum. *Inc.* Omnipotens sempiternus Deus, Fili unigenite qui ex nostro et a nobis... Explicit oratio fratris Alberti episcopi ad cor-

pus Domini. Sicut autem laboravimus ad mysteria totius missae explanda, adjuvante eo de dulcissimo corpore jam, licet balbutiendo, loquuti sumus. Salve salus mundi, verbum Patris, hostia vera, viva caro, deitas integra, verus homo... ut qui nunc specie gerimus, vivum veritate capiamus, per Dominum nostrum Jesum Christum...

Cod. de las vitrinas. Perg. y papel, 290 × 210 mm., s. xv, 221 ff.

1 — ff. 1-188. *Rub.* Incipit sententia supra librum politicorum fratris Alberti, ord. praedic. *Inc.* Ptolomaeus in Almagesto dicit quod non est mortuus qui scientiam vivificat... *Des.* ita in studio semper sunt quidam amarissimi et fellici viri, qui omnes alios convertunt in amaritudinem nec sinunt eos in dulcedine societatis quaerere veritatem. Explicit politica fratris Alberti, ord. praed., quondam episcopi Ratisponensi; et completa in Basilea, vigente concilio generali, per manus Joannis Zelle, presbyteri Tornacensis dioecesis, in artibus magistri, sub anno Domini millesimo quadringentesimo tricesimo septimo, VI mensis junii.

2 — ff. 192-208. *Ethic.* liber primus. *Inc.* Omnis ars et disciplina et operatio et electio appetit quoddam bonum... *Des.* Sunt autem legis praecepta communia secundum conditiones particularium pro tempore variandi, sicut medicus in eadem febre secundum speciem forti et debili medicinam exhibet differentem. Unde exequutores legum optimi sunt qui in pluribus experti sunt. Et sic finitur utilis et compendiosa compilatio super ethicam.

3 — ff. 208-220. *Rub.* Incipit liber yconomicorum, et primo capitula ejus. Capitulum primum docet quare in domo femina necessaria est cum viro... *Inc.* Yconomica docet regimen familiae sive domus, sicut politica docet regimen civitatis. Est autem domus pars civitatis. Partes autem domus sunt... *Des.* et mortalis vita nostra a divina gloria absorbeatur. Unde et poëtae non attribuunt tamen... sicut a palude fistulae contempnunt. Explicit liber politicorum Aristotelis.

Sigue una hoja con esta rúbrica: Incipit liber de bona fortuna. *Inc.* Quoniam post sermonem de felicitate congruum est dicere de fortuna... *Des.* sicut perseverantes in oratione et jejunio discipuli cum Maria, Spiritum Sanctum receperunt. Explicit liber de bona fortuna.

Quaestio: O bona fortuna: cur non sis omnibus una?

Responsio: Si non mutarer, tunc non fortuna vocarer.

Est rota fortunae volubilis ut rota lunae.

Crescit, decrescit, in eodem sistere nescit.

Fac tibi fortunam festines frangere.

Sic contra fatum faciet te cura beatum.

Cod. 7-2-19. Papel, s. XV (1428). Quaestiones o tractatus philosopha-

lium et curationum mag. Alberti, con otros tratados incompletos atribuidos al mismo.

Cod. 7-3-29. Papel, s. XV. Después de varios tratados atribuidos a otros autores, contiene *De secretis mulierum* mag. Alberti.

Cod. 5-6-25. Perg., 230 × 170 mm., s. XIV, 312 ff. Varios tratados de San Bernardo. — Apologia pauperum adversus calumniatores. — ff. 207-312. *Rub.* Incipit tractatus de exemplis naturalibus per Albertum Magnum. *Inc.* Occurrit discutere utrum necesse sit ponere Deum esse... *Des.* quod utilia similiter et varia dicere volui, sed nescivi, nec imputetur superbiac, sed benevolentiae caritatis, quia opus hic aggressus sum. Cum enim aliud non haberem quid facerem, nec otiosus ab opere esse vellem, spiritu ut puto divino instigatus, hoc opusculum sum aggressus. Deo gratias.

Burgo de Osma. Biblioteca del cabildo catedral.—Cod. 49. Papel, 128 ff., s. XV, 290 × 245 mm., encuad. en pergamino. Al dorso: «Philosophia natural de San Alberto Magno».

f. 1 ra, Plantaverat Deus paradisum voluptatis... f. 124 r ...et hoc fecit auctor brevitatis causa. Finit non bilis? (notabilis?) lectura super compendium philosophiae naturalis Alberti Magni. Per omnia benedictus Deus. Amen.

(T. Rojo Orcajo: *Catálogo descriptivo de los códices que se conservan en la santa iglesia catedral de Burgo de Osma*, en «Boletín de la real Academia de la Historia», t. 94 (1927), pp. 768 69).

Esta no es obra de Alberto, como claramente se indica en el colofón.

Valencia. Biblioteca Universitaria. — Cod. 48. Perg., 253 ff, copiado en 1476. En el folio 2 tiene una miniatura con Alberto Magno.

Fol. 2. *Rub.*: Alberti Magni de laudibus beatae Mariae virginis incipit. *Inc.* Si necesse fuerit missionem fieri...

Cod. 49. Perg., 335 ff. s. xv.

Fol. 2. Quaeritur primo an theologia sit scientia. Quaestio prima. Definitio theologiae. — Fol. 335: Explicit summa summae Alberti Magni de mirabili scientia Dei.

(M. Gutiérrez del Caño: *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca Universitaria de Valencia*, Valencia, 1913, t. I, pp. 20-21).

Valencia. Biblioteca del Cabildo catedral.—Cod. 257. Papel, s. xv, 300 × 210 mm., 121 ff. Encuad. en pergamino. Al dorso: *Mariale Alberti Magni*.

Inc. Clara est et quae nunquam marcescit sapientia. *Des.* devotio mirabilibus et miraculum de miraculo.

(E. Olmos Canalda: *Catálogo descriptivo de los códices de la catedral de Valencia*, en «Boletín de la real Academia de la Historia», t. 91 páginas 390-469 (1927) y t. 92, pp. 218-333 (1928).

Granada. Biblioteca Universitaria.—Hay en esta biblioteca un precioso manuscrito de principios del siglo xv con los libros *De animalibus* de A. Magno. Consta de 116 folios y está adornado con gran profusión de miniaturas (unas 600), de escaso valor artístico, pero muy interesantes por la interpretación gráfica original que da a las descripciones del texto. Es de origen alemán, como lo indica el colofón.

FR. V. BELTRAN DE HEREDIA, O. P.

La teología como ciencia y la sistematización teológica, según S. Alberto Magno

La personalidad teológica de Alberto Magno no ha sido todavía suficientemente estudiada. Sto. Tomás que es, sin duda, la mayor gloria científica de Alberto Magno, ha sido también, según frase acertada del elocuentísimo orador e insigne político español don Alejandro Pidal, su mayor desgracia (Vida de Sto. Tomás de Aquino, p. 16). La perfección con que el discípulo predilecto llevó a término la obra comenzada por su maestro, hizo que pasara éste casi inadvertido, sin reconocer que gran parte de los méritos de Sto. Tomás le son debidos legítimamente a Alberto Magno. Sonó, por fin, la hora de la revalorización y de la apoteosis albertina. Ni hay que temer que en ella pierda nada Sto. Tomás, porque maestro y discípulo forman un todo único e indivisible, en el que toda separación y aislamiento sería, además de ficticio, perjudicial y nocivo para ambos.

Alberto Magno es más universalista y enciclopédico que su discípulo pero en los dos brillan igualmente, con destellos no superados por nadie, la misma libertad e independencia de espíritu en el pensar, oponiéndose ambos a toda una tradición que tenía raíces muy hondas en las inteligencias, logrando ellos sólo superarla, venciendo toda la inercia de ocho siglos, e imponer una nueva cultura filosófico-teológica. En cambio, Santo Tomás aventaja con mucho a su maestro en penetración y en poder asimilativo.

La obra teológica de S. Alberto, así como la filosófica, naturalista, etcétera, no se podrá apreciar al detalle y con toda exactitud hasta que no exista una edición crítica y completa de sus obras, pues las que hay dejan mucho que desear, bajo todos conceptos. Particularmente en los últimos años, y debido especialmente a la competencia e incansable laboriosidad de F. Pelzster y M. Grabmann, se han hecho muchos adelantos en la investigación crítica de las obras de Alberto Magno, siendo de esperar que pronto nos veamos favorecidos con la publicación de las últimamen-

te halladas, especialmente la Summa de Bono, y el comentario al libro de Divinis nominibus, que tanta luz han de arrojar para el juicio de su obra teológica. Nosotros, en el presente artículo, nos vamos a ocupar tan sólo del concepto y sistematización de la teología, según Alberto Magno, tema por cierto de gran interés, en el que se deja sentir de una manera especial la influencia de las modalidades propias de su espíritu y de su carácter teológico.

* * *

Hasta el siglo xii la teología no se constituye propiamente en ciencia distinta de la sagrada Escritura. Desde un principio no se conoce otro texto en la enseñanza teológica que la Escritura, ni se utilizan mas lugares teológicos que el de *autoridad*, ya sea de la misma Escritura o de los santos Padres. Con el objeto de resolver las dificultades de orden pedagógico que este método entrañaba, juntamente con otras de orden económico, se forman las *Catenae* y las *Sententiae*, en las que, según un orden diverso, se catalogan las explicaciones de los santos Padres acerca de los diversos pasajes de la Escritura. Entre las *Sententiae* forman época, por su valor intrínseco, y por el orden sistemático en que están concebidas, las de nuestro S. Isidoro de Sevilla bajo la denominación de *Etymologiae*, que después tanto utilizará Sto. Tomás. Todo este período, que comprende hasta la segunda mitad del siglo xi, representa lo que pudiéramos llamar la infancia de la Teología. Durante todo él la enseñanza de la teología no pasa de ser una explicación sencilla de los diversos sentidos de la Escritura, según el testimonio autorizado de los santos Padres.

S. Anselmo, espíritu eminentemente especulativo, logra dar un gran impulso a la teología, introduciendo en ella la razón, de una manera *normal* y *ordinaria* como instrumento de argumentación teológica. Conociendo es el principio que refleja toda la fisionomía de su espíritu: «*Fides quaerens intellectum*». O de esta otra manera: «*Credo ut intelligam*». Antes de S. Anselmo, los santos Padres habían recomendado el uso de la razón, y de hecho se habían servido de ella en las controversias teológicas, como medio *defensivo* principalmente, contra los ataques del error o de la herejía. S. Anselmo la recomienda, además, como medio *constructivo*, «ad confutandam insipientiam et frangendam duritiam infidelium, et ad *pasendum* qui, jam corde fide mundato, ejusdem fidei ratione delectantur» (De fide Trinitatis, Praefatio).

Aún más, atribuye a pereza mental el no querer usar de la razón para entender y explicar la fe recibida: «negligentia mihi videtur, si, postquam confirmati sumus in fide, non studemus quod credimus, intelligere» (Cur Deus homo, L. 1, c. 2).

Cierto que el arzobispo de Cartorbery no escribió una obra orgánica de teología, ni tal vez tuvo el propósito de hacerlo, pero no es menos

cierto que en todas sus monografías, ya sean de polémica como las *De fide Trinitatis* y *De processione Spiritus Sancti*, ya simplemente expositivas como las restantes, utiliza siempre la razón como instrumento *normal* y *ordinario* del discurso teológico, para obtener una inteligencia y una exposición más perfectas de las verdades de fe. Y esto representa un progreso muy grande en teología, porque equivale a la consagración definitiva de la razón como instrumento del discurso propiamente teológico.

El método de S. Anselmo no era compartido por los que inmediatamente le siguieron, y buena prueba de ello la tenemos en Anselmo de Laón, que volvió al método de autoridad exclusivamente. De él dice Abelardo que, «verborum usum habebat mirabilem, sed sensu contempibilem, *ratione vacuum*» (Hist. calamit. I, p. 7).

Pero la semilla estaba ya arrojada y el empleo de la razón como elemento normal de la argumentación teológica encuentra en el siglo XII su paladín más esforzado en Abelardo, contra quien nada pueden las diatribas de todo un S. Bernardo, el cual juzgaba este procedimiento como no civo para la misma fe. Abelardo habla ya del proceso racional o especulativo en teología, como de una necesidad imperiosa exigida por los mismos escolares. «Accidit autem mihi, ut ad ipsum fidei nostrae fundamentum humanae rationis similitudinibus disserendum primo me applicarem et quemdam theologiae tractatum *de Unitate et Trinitate divina* scholaribus nostris componerem, qui *humanas et philosophicas rationes requirebant*, et plus quae intelligi quam quae dici possunt, efflagitabant: dicentes quidem verborum superfluum esse prolationem, quam intelligentia non sequeretur, nec credi posse aliquid nisi primitus intellectum, et ridiculosum esse aliquem aliis praedicare, quod nec ipse, nec illi quos doceret intellectu capere possent» (Hist. calamit. I, p. 18).

Antes, hasta el mismo Abelardo había seguido el método de autoridad en la escuela de Laón, y de los excelentes resultados del nuevo procedimiento por él adoptado en el *de Unitate et Trinitate divina*, él mismo nos informa con la franqueza y arrogancia que le caracterizan. «Quem quidem, cum vidissent et legissent plurimi, coepit in commune omnibus plurimum placere, quod in eo pariter omnibus satisfieri super hoc quaestionibus videbatur» (ibid).

Importa, sobre todo, notar el carácter del *de Unitate et Trinitate divina*. Es una exposición sistemática y razonada del misterio de la Santísima Trinidad, con el objeto de facilitar el estudio de la Escritura, el cual leía Abelardo públicamente a sus discípulos. Esta innovación de explicar la verdad revelada por un texto distinto de la Escritura, juntamente con el carácter excesivamente racionalista del tratado *de Unitate et Trinitate divina*, y algunos conceptos atrevidos vertidos en él, fueron la causa de su condenación en el concilio de Soissons.

En el *Sic et Non* se dedica Abelardo al estudio del argumento de autoridad, para hacer ver que sin pasarlo antes por el tamiz de la razón resultaría su uso en teología completamente infructuoso y antitético, uniendo así y compenetrando íntimamente el argumento de autoridad con el argumento de razón, y creando de esta manera el verdadero método teológico. Bajo este concepto, Abelardo aventaja con mucho a Juan Scoto Erigena, S. Anselmo, Alcuino, Berengario, etc., los cuales emplean de una manera casi exclusiva el método dialéctico.

Pero hay más todavía; Abelardo no sólo introduce la innovación de explicar la teología por un texto distinto de la Escritura, y crea el verdadero método teológico, sino que es también el primero que intenta formar un cuerpo orgánico e integral de teología, en el que las diferentes cuestiones a ella pertenecientes se exponen de una manera sistemática y razonada, explicando la trabazón que tienen entre sí unas con otras, y dando satisfacción a la razón en sus ansias de inteligencia y penetración de la verdad revelada. Esto último constituye el objeto de su tan celebrada *Theologia* y de la *Introductio ad Theologiam*. Como si todo esto fuera poco, Abelardo es, además, el verdadero introductor de la «disputatio» en teología.

En suma, que Abelardo es el primero que crea la teología como ciencia y su método, o sea, un cuerpo orgánico y sistemático de la verdad revelada. Antes existían sueltas, en los Padres y demás escritores eclesiásticos, las piezas de este *todo* que Abelardo trata de formar y unificar científicamente. (Cfr. Robert; Les écoles et l'enseignement de la théologie pendant la première moitié du XII.^e siècle. Paris, 1909.—P. de Ghellinck, Le mouvement théologique du XII.^e siècle. Paris, 1914. Portalie, *Abelard*, en Dictionnaire de théologie catholique, etc.)

Hugo de S. Víctor en su *de Sacramentis* no hace más que ejecutar la idea de Abelardo, no igualándole ni en cuanto al empleo del argumento de autoridad, que casi rehuye por completo, ni tampoco en cuanto a la argumentación dialéctica, mucho más tenue y más débil. Pero precisamente en la suavidad y templanza con que se sirve de la dialéctica está el secreto de su triunfo sobre Abelardo en las Escuelas. Y es de notar que tanto uno como el otro dicen obrar, al escribir estos resúmenes o compendios explicados y razonados de toda la doctrina revelada, obligados por los ruegos reiterados de los escolares, que clamaban sin cesar por ellos. «Scholarium nostrorum petitioni, escribe Abelardo, prout possumus satisfacientes, aliquam sacrae eruditionis *Summam*, quasi divinae Scripturae Introductionem conscripsimus» (Introd. ad Theol. Prologus). Exactamente lo mismo dice Hugo de S. Víctor en el mismo lugar al de Sacramentis.

Aquí es donde tienen su origen las *Summae* del siglo XII.

Y en la intención de ambos estaba que estos compendios orgánicos y

sistematizados de las verdades de fe, sirvieran de introducción y como de base para el estudio del sentido alegórico de la Escritura, a fin de evitar las confusiones y mala inteligencia de la misma, que de otro modo serían irremediables, así como también para el estudio del sentido literal o histórico servían las *Glosae*, las *Catenae* y las *Sententiae*. (Cfr. Hugo de S. Víctor, Didascal. L. VI, c. 4).

En realidad la gran obra de Abelardo era exigida por la mentalidad escolar del siglo XII. Una juventud formada en un ambiente dialéctico, que ocupaba casi todas las energías de su espíritu, no podía satisfacerse con una exposición meramente literal y extrínseca de la fe; necesariamente tenía que buscar una explicación racional de ella, en lo que fuera posible, y organizarla en un cuerpo de doctrina. Por esto la idea de Abelardo cristalizó de tal manera, que a los diez años de su muerte la vemos encarnada en las dos obras que más influjo tuvieron en la Edad Media: el Decreto de Graciano y la *Summa Sententiarum* de Pedro Lombardo. No hay, pues, exageración ninguna en afirmar que Abelardo creó la teología como ciencia, es decir, como cuerpo orgánico y sistematizado de la doctrina revelada, y el método de la teología.

* * *

Pero la obra de Abelardo, si bien fué de gran importancia y tuvo mucha resonancia en la teología, adolece sin embargo de muchos y graves defectos. El primero de ellos es una falta de distinción clara y neta entre los dominios propios de la razón y de la fe. Esta confusión abarca casi por igual a todos los autores de los siglos XII y XIII anteriores a Alberto Magno y a Sto. Tomás. Ciertamente que especulativamente hablando, todos admiten de jure, y hasta establecen expresamente la distinción entre la razón y la fe, pero no es menos cierto que *de hecho* las confunden, no existiendo en ellos una distinción precisa de los propios dominios de aquéllas. Así, tanto S. Anselmo (*De fide Trinit.* c. 4; *Monolog.*, *Praef.*; *Cur Deus homo*, *Praef.*), como Abelardo (*In Epist. ad Rom.* I, 20; *Introd. ad Theol.* L. II), como Hugo de S. Víctor (*de Sacramentis* L. III c. 11), como Ricardo de S. Víctor a quien sigue Alejandro de Hales (*I. P.* q. 2, m. 1, a. sol. 3; q. 42 m. 1), piensan encontrar razones necesarias y demostrativas de las verdades propiamente de fe, como la Trinidad, etc. Ni por esto se creían incurso en los excesos del racionalismo, puesto que las demostraciones de la razón eran para ellos efecto de una iluminación divina.

Los escritores de la edad media están grandemente dominados por la preocupación de la sabiduría cristiana tal como los agustinianos la concebían. Todas las ciencias, según ellos, se ordenan y deben terminarse en la doctrina de la revelación. Sin esto el error sería necesario e inevitable. La razón de suyo y absolutamente hablando puede conocer las

verdades de orden natural, pero despues del pecado quedó tan debilitada que, sin el socorro de la revelación y de la fe, es incapaz de conocer la verdad sin caer en el error. Por esto dice S. Buenaventura: «Ordo enim est ut *inchoetur a stabilitate fidei*, et procedatur per serenitatem rationis, ut perveniatur ad suavitatem contemplationis... Hunc ordinem tenuerunt Sancti, attendentes illud Isaiae secundum aliam translationem: *Nisi credideritis, non intelligetis*. Hunc ordinem ignoraverunt philosophi, qui, negligentes fidem et totaliter se fundantes in ratione, nullo modo pervenire potuerunt ad contemplationem» (Serm. IV de rebus theologicis, 15; Cfr. Gilson, *La Philosophie de Saint Bonaventure*, París 1929).

Y en otro lugar: «Esto quod homo habeat scientiam naturalem et metaphysicam, quae se extendit ad substantias summas, et ibi deveniat homo, ut ibi quiescat; hoc est impossibile quin cadat in errorem, nisi sit adjutus lumine fidei, scilicet ut credat homo Deum, trinum et unum, potentissimum et optimum secundum ultimam influentiam bonitatis. Si aliter credas insanis circa Deum; quod proprium est Dei attribuis alteri, blasphemias et idolatra est, sicut si homo simplicitatem Dei vel hujusmodi attribuat alteri. Igitur ista scientia praecipitavit et obscuravit philosophos, *quia non habuerunt lumen fidei*. Philosophica scientia *via* est ad alias scientias, sed qui ibi vult saltare cadit in tenebras» (De donis Spiritus Sancti, IV, 12).

La filosofía para ellos, no pasa de ser una reflexión de la razón guiada por la fe. Absolutamente la razón se distingue de la fe; pero *de hecho*, sobre todo después del pecado, aquella está sometida a la gracia, sin la cual es insuficiente por sí misma en el conocimiento de la verdad. La filosofía separada de la fe conduciría a los más graves errores. La razón es en todo el sentido de la palabra la sierva de la revelación. Algún autor ha llegado a decir, para expresar las relaciones entre la razón y la fe, según los autores medievales, que son análogas a las sociales que existían en aquel tiempo entre los siervos y sus señores (Robert, obra citada).

Otro de los grandes defectos de la teología medieval prealbertina es la falta de una filosofía robusta y perfectamente coherente y sistemática. No se pueden pensar las verdades de la fe, ni mucho menos coordinarlas en un cuerpo orgánico de doctrina, sino en función de conceptos filosóficos. Es tan estrecha la relación que existe entre filosofía y teología, que la mayor o menor perfección de la primera repercute de una manera necesaria e inevitable en la segunda. Y de hecho la teología especulativa se fué formando y perfeccionando a medida que la cultura filosófica era más intensa en los cultivadores de aquélla. Hasta el siglo XIII la filosofía platónica domina en todos los espíritus. Su espiritualismo no la hacía sospechosa a las especulaciones cristianas. Por otra parte su indeterminación y la falta de unidad orgánica dejaban a los espíritus el campo libre para todas las iniciativas personales.

Aristóteles no es conocido en Occidente hasta el siglo vi. Su entrada en Occidente fué muy gradual y muy lenta. Hasta la segunda mitad del siglo xii sólo es conocida la parte menos importante de su lógica: *De categoriis* y *De interpretatione*. El mismo Abelardo dice de sí mismo no conocer del Estagirita más que estas dos obras. Pero el espíritu profundamente filosófico y sistemático de ellas fué bastante para despertar en los espíritus el problema metafísico de los universales, y la necesidad de transportar la dialéctica y el espíritu científico y filosófico a la teología. Sería interesante describir el progreso y desarrollo de la teología a medida que la filosofía aristotélica fué penetrando e invadiendo los espíritus.

En la segunda mitad del siglo xii, es conocida también la otra parte de la lógica, o sea, los Analíticos primeros y posteriores, etc., la cual fué también recibida sin resistencia. Porque la lógica aristotélica es la organización más perfecta de la razón como instrumento en la investigación de la verdad. Mas, poseída la lógica aristotélica, se seguía careciendo todavía de una filosofía integral y perfecta, debidamente organizada y sistematizada, para poder pensar y organizar también científicamente la teología. Por esto la teología del siglo xii, si bien se organiza ya científicamente, introduciendo en ella la dialéctica de Aristóteles y el razonamiento como un elemento normal y necesario, es sin embargo muy deficiente, porque este discurso se hace siempre utilizando las *razones*, es decir, la filosofía de Platón.

A principios del siglo xiii hace Aristóteles su segunda entrada en Occidente. Ahora no sólo es el *Organum* lo que de Aristóteles es conocido, sino toda su ciencia y toda su filosofía. La universalidad de sus conocimientos abarcando todas las ciencias, desde la Lógica y la Retórica hasta la Metafísica, sin dejar las ciencias físicas y naturales, profundamente desarrolladas y maravillosamente expuestas, formando, además, todas un cuerpo compacto y perfectamente organizado de doctrina, no podía menos de llamar poderosamente la atención y seducir los espíritus del siglo xiii, ávidos de ciencia y de una explicación verdaderamente racional del mundo sensible y del mundo de los espíritus. Pero Aristóteles entraba en Occidente traído por los árabes españoles, y por lo tanto adulterado y en abierta oposición con la fe. El conflicto que presentó a la Iglesia fué de los más grandes que conoce la historia. Particularmente en las cuestiones de la Providencia y de la vida futura, la oposición se presentaba terminante y categórica. El problema no podía ser más grave: por un lado Aristóteles con el peso inmenso de su ciencia y de su filosofía; y en frente las enseñanzas todavía más apremiantes y categóricas de la fe. Los primeros pasos fueron de prudencia en los altos dirigentes de la Iglesia y de confusión y aturdimiento por parte del clero en general. La Iglesia prohíbe la lectura y enseñanza de las obras de Aristóteles «donec

corrigan²», y encomienda la revisión de ellas a personas tan competentes como Guillermo de Auxerre, Simón d' Authie y Esteban de Provins. Las condenaciones se suceden reiteradamente sin resultado alguno, puesto que ante la importancia y valor intrínseco de las obras de Aristóteles, no hay dique que pueda contener los espíritus arrastrados por su lectura. En este estado de cosas, y mientras unos miran a Aristóteles como a un enemigo mortal y desprecian su filosofía, cerrando los oídos a sus argumentaciones, muchos otros caen en las mallas de sus argumentaciones profesando la teoría de la doble verdad, una verdadera según la razón en contra de la fe, y otra verdadera según la fe, en contra de la razón. En realidad luchaban aquí por sobreponerse mutuamente dos culturas, dos filosofías: la platónico-agustiniana y la aristotélica; y al mismo tiempo también dos fuerzas, sólo aparentemente opuestas y antagónicas: la razón y la fe.

La Providencia de Dios depuró entonces a la Iglesia un hombre con la suficiente comprensión para poder apreciar todo el valor de la filosofía aristotélica y apoderarse de ella; de una independencia grande de espíritu que le permitió desprenderse del peso verdaderamente abrumador de toda una cultura ocho veces secular, y dotado al mismo tiempo de una valentía sin igual para enfrentarse con ella, dominarla y vencerla. Solamente un hombre dotado de estas tres cualidades, a saber: una gran comprensión, una independencia de espíritu sin límites y una valentía de alma no menor, podía acometer la obra de cristianizar a Aristóteles y de sustituir toda la cultura eclesiástica de entonces, esencialmente platónico-agustiniana, por la aristotélica. Y este hombre verdaderamente genial fué Alberto Magno.

Los encargados por el Papa Gregorio IX de la corrección de las obras de Aristóteles nada hicieron en definitiva. Sin encargo de nadie, que sepamos, Alberto Magno acomete sólo esta empresa y la lleva a feliz término en breve tiempo. En pocos años glosa y comenta todas las obras del Estagirita, devolviendo así el pensamiento auténtico y verdadero de Aristóteles. Alberto Magno encuentra en el Aristóteles, así redivivo y auténtico, la mejor refutación de su oposición a la fe y de las adulteraciones con que lo presentaban los averroístas, a quienes confunde en las tan debatidas cuestiones *de unitate intellectus* y *de aeternitate mundi*.

Pero no es esto sólo, sino que Alberto Magno descubre en Aristóteles al mejor aliado de la revelación, y en su filosofía el instrumento más adecuado para llevar la teología a su más alto grado de perfección. Comprendía bien el valor inestimable de una filosofía tan completa como la suya, con soluciones concretas a los más graves problemas sobre Dios, el hombre y el mundo, en la que la razón humana, abandonada a sí misma, parece haber agotado todas sus posibilidades en el conocimiento de la verdad. Por esto concibe el propósito de organizar con ella la teología

y de utilizarla en la explicación de las verdades de la fe. La idea no dejó de encontrar viva resistencia en unos espíritus que estaban formados en otra filosofía, y de suscitar una de las luchas intelectuales más grandes que conoce la historia de la teología. La superioridad de la filosofía aristotélica sobre la platónico-agustiniana, tanto en universalidad como en objetividad y penetración honda de las cuestiones, es indiscutible. Por esto el triunfo de Alberto estaba descontado, aunque para obtenerlo se requiriesen la gran comprensión de su ingenio y la firmeza inquebrantable de su voluntad, verdaderamente de acero.

Así como hasta entonces el espíritu y la savia que corría por toda la teología en la organización y explicación de sus cuestiones era de un carácter marcadamente platónico, después de Alberto este espíritu se trueca por el aristotélico, cuya filosofía sustituye a la de Platón en la sistematización de la teología y en el desenvolvimiento de sus cuestiones. Alberto Magno acometió primero esta magna empresa en la *Summa de Creaturis*, la cual completó y perfeccionó después en el Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo y por último en la *Summa Theologica*. Con esto Alberto abría el camino y comenzaba la obra, que después había de llevar a su perfección su discípulo predilecto, Tomás de Aquino. El cambio que con esta sustitución sufrió la teología fué verdaderamente enorme. Nosotros creemos que sólo se puede expresar diciendo que la misma proporción y distancia que hay entre la filosofía aristotélica y la platónica, esa misma existe también entre la teología albertino tomista y la de sus predecesores. Verdad es que S. Buenaventura, Alejandro de Hales, Gillermo de Auxerre, Rolando de Cremona, Juan de Rochelle, etcétera, utilizan los escritos de Aristóteles; pero es más bien como citas de adorno, y desde luego lo hacen sin incorporar su filosofía, que en general repudian, a la teología. Aunque Alberto Magno no tuviera otro timbre de gloria, éste sólo bastaría para que su nombre pasara a la historia de la teología con letras de oro.

Así pues, gracias a la iniciativa de Alberto Magno y después de no pequeños esfuerzos, la teología se encontró en el siglo xiii en posesión de una filosofía completa y perfectamente orgánica y sistemática, con soluciones propias a los más graves problemas sobre Dios, el hombre y el mundo sensible, y con un arsenal de conceptos metafísicos para discurrir en teología. La transformación que esta renovación de espíritu acarreo a la teología, solo podrá apreciarla adecuadamente quien, paso a paso y cuestión por cuestión, vaya notando las nuevas argumentaciones que aporta, las nuevas soluciones que sugiere y el planteamiento de otras cuestiones que suscita, juntamente con una nueva organización y sistematización de toda la teología. No puede negarse que, en este sentido, y bajo solo este concepto, Alberto Magno ha realizado un progreso incommensurable en teología, principio y origen de otros progresos ulteriores.

Y la primera consecuencia de esta renovación de espíritu en la teología fué una distinción perfecta entre el orden natural y el sobrenatural, entre la filosofía y la teología. Alberto Magno no admite como S. Buenaventura, Hugo de S. Víctor, etc., el concepto agustiniano de la sabiduría cristiana, en que la razón *solo* se mueve bajo el influjo y la dirección señala por la revelación. En posesión de una filosofía tan comprensiva y perfecta como la aristotélica, fruto de la razón abandonada a sí misma, y partidario de otra teoría muy distinta acerca del origen de nuestras ideas, ve la distinción y separación de los respectivos dominios de la razón y la fe, del orden natural y del sobrenatural, como una consecuencia lógica, necesaria e inmediata. Por esto a la cuestión suscitada en la introducción a la Summa: «*utrum theologia sit scientia ab aliis scientiis separata*», responde: «*quod concedendum est, et dicendum quod haec scientia separatur ab aliis subjecto, passione, et principiis confirmantibus ratiocinationem*» (q. IV).

En sus disputas con los averroístas Alberto Magno se muestra muy celoso de que en las cuestiones de orden natural no se esgriman otros argumentos que los de sola razón (Cfr. *De quindecim problematibus*, p. 16, l. 13; p. 35, l. 12, 22, publicados por Mandonet en Siger de Brabant, etc.; I P., q. 15, m. 3, a. 1, sol. 1.^a ad 5). Por esto también Alberto Magno con razón debe ser considerado como el primer precursor de la filosofía moderna, pues en él comienza la filosofía escolástica a adquirir un valor propio e independiente (Cfr. Gilson, *Le Thomisme*, París chap. I, II).

Cierto que la razón debe subordinarse a la fe y a la revelación, pero no lo es menos que entre ellas hay distinción y *debe* haber también separación en sus propios movimientos. Subordinación, sí; pero no un servilismo que ahogue los movimientos autónomos de la razón dentro de los límites de su objeto propio. Y esta es otra de las grandes glorias de Alberto Magno, que más tarde expresará Sto. Tomás de un modo acabado, señalando con toda precisión las fronteras de uno y otro orden, juntamente con sus posibilidades, su mutua dependencia, sus interinfluencias y la íntima subordinación de la razón a la fe dentro de su autonomía.

* * *

Hemos expuesto hasta aquí, a grandes rasgos, cómo la teología se hablaba al principio confundida con la explicación de los sentidos de la Escritura, empleando casi exclusivamente el método de autoridad; cómo después adoptó con S. Anselmo el argumento de razón como lugar teológico; y por último, cómo ésta se organizó *científicamente* en Abelardo, mediante la unión del argumento de autoridad con el de razón en las Sumas, o sea, en la exposición orgánica y sistemática de toda la doctrina revelada. Pues bien; esta teología tan perfecta y tan defectuosa (como se quiera), así organizada desde Abelardo *científicamente*, no se conoció a

sí misma como ciencia hasta S. Alberto Magno. Y esto es lo que intentamos hacer ver ahora. De donde se colegirá que la renovación hecha por S. Alberto Magno en la teología introduciendo en ella la filosofía de Aristóteles, comienza en la cuestión preliminar de la Suma, y se extiende por toda ella hasta la última cuestión.

En efecto; una cosa es organizar científicamente la teología, y desarrollar todo lo extensa y profundamente que se quiera sus cuestiones, y otra muy distinta descubrir y analizar con exactitud la naturaleza del proceso teológico. Lo segundo importa un esfuerzo de *reflexión* sobre la naturaleza de la teología, mientras que lo primero representa un movimiento *directo* de la razón en la construcción teológica. Y, de hecho, aquél, lógicamente, sigue siempre a éste, aunque, en realidad, el movimiento directo de la razón presuponga la naturaleza del raciocinio teológico constituida. Por esto una vez ya formada científicamente la teología, se realiza en el siglo XIII, que representa la edad adulta de aquélla, este movimiento de reflexión sobre su propia naturaleza.

Como observa el P. Chenu (*La Théologie comme science au XIII^e siècle*, en *Archives d'Histoire doctrinale et littéraire du moyen âge*, 1927), hasta el segundo cuarto del siglo XIII no se plantea la cuestión de la naturaleza de la teología. Varios son los autores que de una manera o de otra la tratan en sus prólogos o introducciones a las Sentencias, o de sus Sumas. Entre estos autores merecen citarse por su importancia Alejandro de Hales, Guillermo de Auxerre, más conocido por el nombre de Altisiodorense, Kilwardby, Rolando de Cremona, Fishacre, Felipe el Canciller y Prepositivo. No deja de ser lamentable que de todos estos autores tan sólo de los dos primeros se hallen editadas sus obras, y tenemos que agradecer grandemente al P. Chenu el estudio que ha hecho sobre las inéditas de los restantes. Las citas que hacemos de las obras *inéditas* de estos autores las tomamos del estudio publicado por dicho Padre y al cual hemos hecho ya referencia. Rolando de Cremona, Fishacre y Kilwardby niegan a la teología el carácter de ciencia. Rolando de Cremona (1229-30) se expresa en términos que no dejan lugar a duda: «haec autem (sacra doctrina o theologia) *non est ars proprie vel scientia*, secundum quod philosophi loquuntur de arte et scientia» (Prolog. q. 2). La misma doctrina propugnan también Fishacre y Kilwardby al negar a la teología, como constitutivo de ella, el proceso racional y deductivo.

Dice así el primero (1236-48): «hinc patet quod haec scientia vel scriptura *non est demonstrativa*, nec *decurrit a praemissis ad conclusiones*» (Summa, Prol.) Evidentemente, Fishacre toma aquí la ciencia en el sentido amplio de conocimiento en general, a la cual niega el proceso deductivo y demostrativo propio de la ciencia en sentido riguroso.

Kilwardby (1248-61), después de analizar en sentido aristotélico el concepto de ciencia, cosa que no hace Fishacre, afirma de la misma manera:

«non est hic (en la teología o sacra doctrina) modus divisivus, diffinitivus, et *collativus* (discursivus) sed narrativus tantum, historicus, parabolicus, et huiusmodi, *qui non pertinent ad scientiam* (Sent. prolog. q. 7). Por esto añade más adelante: «homo non est auctor doctrinae, nisi quam *ratiocinando* attingit, *talis autem non est hic*» (ibid. q. 13). Para Kilwardby la teología es una ciencia heterogénea con la aristotélica, en la cual el proceso demostrativo de las conclusiones es algo completamente accidental y secundario: «Ubi est certitudo ex ipsa veritate sine humana inquisitione *non oportet illos modos* (definitionis, divisionis, et demonstrationis) *haberi, nec debent*; et talis est scriptura sacra» (Prol. q. 7).

Para Alejandro de Hales († 1245) la teología tampoco es ciencia en el propio y riguroso sentido de la palabra. «Theologia igitur, quae perficit animam secundum *affectionem*, movendo ad bonum per principia timoris, proprie et principaliter est *sapientia*» (I. P, q. 1, m. 1.^m) Y téngase en cuenta que Alejandro de Hales aplica aquí a la teología el concepto de sabiduría en sentido etimológico, «a sapore affectionis» (ibid). Y así distingue entre «*sapientia ut sapientia*» y «*sapientia ut scientia*». A la primera pertenece, según él, la teología, y a la segunda la metafísica (ibid). En consecuencia con esto A. de Hales excluye también de la teología el método racional y deductivo.

«Dicendum quod non est modus sacrae Scripturae modus *artis vel scientiae*... Alius enim est modus scientiae, qui est secundum comprehensionem veritatis per humanam rationem; alius est modus scientiae secundum *affectum pietatis* per divinam traditionem. Primus modus definitivus debet esse, divivus, collectivus; et talis modus debet esse *in humanis scientiis*, quia apprehensio veritatis secundum quod explicatur per divisiones, definitiones et ratiocinationes. Secundus modus debet esse praeceptivus, exemplificativus, exhortativus, revelativus, orativus, quia hi modi competunt *affectui pietatis*..., et hic modus est *in sacra scriptura* (ibid. m. 4, a. 1, c. et ad 2 m.) «Ergo modus theologicus est certior certitudine *experientiae*, certitudine *quoad affectum*, qui est *per modum gustus*... (Ibid. a. 2. Edic. Ingoldstad, 1503).

Verdaderamente parece increíble que autores de la talla de Alejandro de Hales, que tan dialécticos y tan razonadores se muestran en la discusión de las cuestiones teológicas, cuando se trata precisamente de analizar la naturaleza del proceso que han empleado en su exposición, nieguen que el método deductivo sea propio de la teología, viniendo a quedar ésta convertida, según todos ellos, en una ciencia «secundum gustum»; en una sabiduría en el sentido etimológico de la palabra, o sea, en un conocimiento práctico, experimental, afectivo. Porque *in actu signato* tanto Alejandro de Hales como los demás autores que acabamos de citar no conciben más que una teología mística, afectiva, de la que el proceso racional y deductivo no forma parte esencial, siéndole, por el

contrario, completamente accidental y extrínseco. Y, claro está, en estas condiciones el método de la teología tiene que ser el simplemente *enunciativo* (orativus, exhortativus, revelativus, exemplificativus) propio de la ciencia que se obtiene «secundum affectum pietatis» (A. de Hales), y «divina inspiratione» (A. de Hales, Kilwardby).

Después de todo no debe extrañarnos que durante tanto tiempo y en autores de la categoría de Alejandro de Hales y Kilwardby se encuentre tan desligada la teoría de la práctica, en una cuestión tan importante como esta, pues la revelación *virtual*, razón sub qua de la teología, o sea la unión de la luz natural con la sobrenatural, de la razón con la revelación en el proceso de la teología, es tan difícil de concebir sin sacrificar a una de las dos, que hasta Sto. Tomás no encontrará su fórmula exacta. Y aun después de Sto. Tomás naufragaron aquí muchos teólogos de altura.

Guillermo de Auxerre (1230), es, sin duda, después de Alejandro de Hales el teólogo de más relieve del siglo trece anteriormente a Alberto Magno. La cuestión de la teología como ciencia no avanza con él, como quiere el P. Chenu. En el prólogo de su *Summa Aurea* ni siquiera se plantea la cuestión de si la teología es o no ciencia. Lo único que se propone elucidar es lo siguiente: «Propter quid ad probationem fidei adducantur rationes naturales». Y resume acerca de este particular la doctrina de los santos Padres y de los teólogos del siglo doce, que después repiten los autores que le siguieron, reduciéndola a tres razones. «Prima est quia rationes naturales in fidelibus *argumentant* fidem et *confirmant*... Secunda est *defensio* fidei contra haereticos... Tertia est *promotio* simplicium ad veram fidem»... (*Summa Aurea*, Praefatio, Parisius, Regnault, sub divo Claudio sedente. Sin fecha). Como se ve sólo se ocupa de la labor preparatoria, defensiva y confirmatoria de la razón acerca de las verdades de la fe. Pero del proceso deductivo de las conclusiones, arrancando de los principios, que es lo que propiamente constituye a la teología en ciencia, de eso ni una palabra.

El P. Chenu se acoge a frases sueltas, tomadas de aquí y de allá, escritas a otro propósito y sin la intención de definir la naturaleza de la teología. Es la primera la que se encuentra en el tratado *de fide*, donde el Altisiodorense tratando la cuestión «Quid sit fides», y explicando la definición de S. Pablo en la que se dice de ella que es «argumentum non apparentium», escribe: «dicitur fides argumentum non apparentium propter articulos fidei qui sunt principia fidei per se nota. Unde fides sive fidelis respuit eorum probationem»... Y un poco más abajo, añade: «*quoniam si in theologia non essent principia, non esset ars vel scientia*» (L. 3, tr. 3, q. 1).

No creemos que estas sencillas palabras basten para afirmar ni que Guillermo de Auxerre definió a la teología como ciencia, en el propio

sentido del vocablo, ni mucho menos que hizo avanzar esta cuestión. Pues si atendemos al texto y contexto, aquí para nada se trata de la naturaleza de la teología, ni del paso de las verdades de fe a las conclusiones que de ellas se derivan, que es lo que verdaderamente constituye la teología en ciencia, sino tan sólo de la *sobrenaturalidad e inmediatez* de las verdades de fe, las cuales en sí mismas llevan la prueba de su verdad y de su absoluta certeza (*argumentum non apparentium*). Por esto mismo también son principios en teología, y de no tener esa inmediatez y esa absoluta certeza en sí mismas, la teología no sería ciencia, es decir, un conocimiento *cierto y absoluto*. De donde la palabra ciencia aplicada a la teología tiene aquí el sentido amplio de *conocimiento cierto*, el cual conserva todavía en los autores posteriores como Fishacre, Rolando de Cremona, etc., en cuanto que se contrapone a la opinión y a la duda. Nada, en absoluto, hay ni en el texto ni en el contexto que autorice para tomar aquí la palabra ciencia en sentido riguroso y específico, por la deducción de las conclusiones de sus principios.

Aduce, en segundo lugar, el P. Chenu este otro texto del Altisiodorense: «Item sicut aliae scientiae habent sua principia et conclusiones suas, ita etiam theologia; *sed principia theologiae sunt articuli fidei, fides enim articulus est principium non conclusio*» (L. 4, tr. 3, c. 6, q. 1).

Pero obsérvese, ante todo, que este texto es una objeción al tratar nada menos que la siguiente cuestión acerca del bautismo: «Utrum baptismus parvulorum conferat eis virtutes». ¿Cómo, en efecto, en el bautismo se pueden conferir todas las virtudes, si la fe es el fundamento de todas ellas, la cual es de verdades *per se notae*, cuyo conocimiento no puede encontrarse en los párvulos antes del uso de la razón? A lo cual contesta Guillermo de Auxerre diciendo que las verdades de fe son *per se notae* tanto para el adulto como para el párvulo, pero con esta diferencia: para el adulto sin explicación ninguna, mientras que para el párvulo suponen cierta explicación o proposición para la fe *in actu*. «Ad illud quod obiectum est quod articuli fidei non sunt ei per se noti, dicimus, sunt ei per se noti. Sed notandum quod... quibusdam fidelibus per modum dignitatis, videlicet eis qui habent exercitationem intellectus in eis quae Dei sunt, quibusdam autem fidelibus per se noti per modum suppositionis, et illis aliqua explicatio est facienda ad hoc ut credant *in actu*» (Ad 3.^m). Como antes, se trata, pues, aquí solamente de la *sobrenaturalidad e inmediatez* de la fe, sin tocar para nada la cuestión de la naturaleza de la teología.

Además, por lo que mira al símil que hace en cuanto a los principios y conclusiones de la teología con las demás ciencias, sólo forzando mucho el pensamiento del Altisiodorense se puede entender en un sentido rigurosamente científico. Pues es sabido que para Guillermo de Auxerre como para otros teólogos de la edad media las *verdades de fe* se dividen

en «suppositiones», «articuli» y «consequentiae» o «conclusiones». Escuchemos al mismo Altisiodorense: «Quaedam igitur precedunt ipsam fidem, ut praecepta juris naturalis, quae *fides supponit* tanquam *praecedentia* ipsam; quaedam sunt de ipsa fide ut *articuli*; quaedam sunt *sequentia* fidem, ut ea quae *sequuntur* ex articulis et non sunt proprie articuli, ut resurrectionem carnis esse futuram, quod non est articulus quia non est de Deo...» (L. 3, tr. 2, c. 2, q. 1).

He ahí por qué, sin salir del dominio formal de la fe, pueden, y en nuestro sentir *deben*, entenderse las palabras de Guillermo de Auxerre, según su misma doctrina, a las cuales sin fundamento alguno se les daría otro sentido diferente. ¿En virtud de qué principio las conclusiones de que habla Guillermo de Auxerre en ese símil se han de tomar por las rigurosamente teológicas, cuando no hay nada que induzca a pensar así, sino más bien todo lo contrario?

De manera análoga han de interpretarse también otros testimonios, todavía más genéricos e indeterminados, de Rolando de Cremona y de Felipe el Canciller. El concepto de revelación mediata o virtual seguía teniendo para estos teólogos las mismas dificultades y oscuridades que para sus predecesores.

* * *

De 1245 a 1248 publica S. Alberto Magno su comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo. Desde la exposición del Prólogo se respira ya una nueva atmósfera, que es la de la filosofía aristotélica. Lo primero que llama la atención en la Distinción primera es que S. Alberto no establece la cuestión de si la teología es o no ciencia, sino que eso lo supone ya desde un principio, y se pregunta cuál es el sujeto de ella (a 1 2), si es *una* ciencia (3), y si es especulativa o práctica (4).

En 1270 escribe la *Summa Theologiae*, y su primer tratado se titula «De scientia Theologiae», en el cual examina por este orden los siguientes puntos acerca de ella. 1.º An theologia sit scientia. 2.º Quid sit secundum definitionem. 3.º De quo sit ut de subjecto. 4.º Qualiter ab aliis scientiis separata est. 5.º Quis proprius modus ejus est. 6.º Ad quid est sicut ad finem.

Entre este tratado primero de la *Summa* y la Distinción primera de las Sentencias no hay cambio sustancial ninguno, únicamente en el primero se halla más perfilado y ordenado su pensamiento. Los expondremos, pues, simultáneamente indicando siempre el lugar respectivo de donde tomamos sus conceptos.

Y comenzando por lo primero, preguntamos: ¿la teología es ciencia? No cabe duda que S. Alberto Magno desde las Sentencias toma la palabra ciencia en riguroso sentido aristotélico, por la demostración de las propiedades de un sujeto. Así en la «divisio textus» escribe ya: «In se-

cunda autem (parte) exequitur quaesita circa subjectum, et partes ipsius-ut de *subjecto et passionibus ejus scientia* habeatur». De la misma manera se expresa en el artículo segundo al determinar el sujeto de la teología. «Alio modo dicitur subjectum *specialiter*, circa quod negotiatur *scientia probando de ipso proprietates, quae passiones dicuntur, et differentias, per principia, scilicet propria*» (In I Sent. d. 1, a. 2).

Ahora bien; ¿cuál es el sujeto u objeto del cual la teología demuestra sus propiedades constituyéndose así en verdadera ciencia? En las Sentencias distingue dos clases de sujeto u objeto de la teología: «generaliter» el primero, y así son las «res et signa», que decía S. Agustín, y «specialiter» el segundo, en cuyo caso, *ratione dignitatis*, lo constituye Dios, principio y fin de todas las cosas. Y tomado por aquello respecto de lo cual se demuestran las propiedades o pasiones, lo forman: a) *praeambula ad fidem*; b) *articuli fidei*; c) *et etiam illud quod sequitur ad illa duo*» (a. 2).

En la Summa distingue de esta otra manera el objeto de la teología, que en sustancia viene a ser lo mismo: a) «quod principaliter intenditur et in principali parte scientiae; b) de quo et de cujus partibus probantur passiones; c) circa quod est continentia ejus» (I. P. Sum. Theol. tr. 1, q. 3, m. 1). En relación con esta división Alberto Magno pasa luego a determinar así los diferentes objetos de la teología: «Dicimus ergo quod si assignetur subjectum theologiae secundum quod *principaliter* est intentum, et propter quod cognoscendum tractatur de omnibus aliis, *Deus* est subjectum theologiae, et ab ipso denominatur. Si vero dicitur subjectum secundo modo *de quo probantur passiones*, et quod per passiones determinatur, *Christus et Ecclesia* est subjectum, vel Verbum incarnatum cum omnibus sacramentis quae perficit in *Ecclesia*... Si vero tertio modo assignatur subjectum, prout subjectum est *circa quod*, ut adminiculans ad hoc, est sacra Scriptura: tunc sacra Scriptura habet *res et signa* (ibid. Solutio).

No sería difícil reducir a la doctrina de Sto. Tomás la expuesta aquí por S. Alberto Magno acerca del objeto de la teología, identificando el primer miembro de la primera distinción, y el tercero de la segunda con el objeto material de la teología, y los otros restantes con el objeto *formal quod* señalado por Sto. Tomás. Hay que reconocer, sin embargo, que Alberto Magno procede aquí un poco eclécticamente, procurando conciliar y unificar las diversas sentencias.

Pero séase de esto lo que se quiera, es lo cierto que, según S. Alberto Magno y sea cual fuere el objeto de la teología, en la segunda parte, en que se dividen las Sentencias de Pedro Lombardo, o sea, a lo largo de todos los cuatro libros, fuera del prólogo y el epílogo al final del cuarto, se demuestran las propiedades o pasiones del sujeto de la teología, y por consiguiente que ésta es propiamente ciencia. «In secunda autem

(parte) *exequitur quaesita circa subjectum et partes ipsius: ut de subjecto et passionibus ejus scientia habeatur*» (In I. Sent. d. 1. Divisio textus). Por esto Alberto Magno, en las Sentencias, desde la Divisio textus supone ya que la teología es ciencia, en el sentido propio de la palabra, y sólo se propone investigar allí acerca de ella si es «una scientia», y si es «scientia speculativa vel practica».

En cambio, en la Summa Theologiae, donde precisa más su pensamiento, comienza poniéndose la cuestión: An theologia sit scientia? A la que contesta categóricamente: «Ad hoc dicendum quod theologia *verissima scientia est*» (q. 1). Alberto Magno es, pues, según los elementos de juicio de que disponemos, el primer autor del siglo XIII que tomando la ciencia en sentido rigurosamente aristotélico, no vacila en afirmar que la teología «verissima scientia est». Con él, por consiguiente, la teología comienza a tener conciencia de sí misma como ciencia.

Esto mismo aparece con toda claridad si examinamos cuáles son, según él, los principios de la teología y su método. En cuanto a los principios de la teología parece cosa cierta que S. Alberto Magno es el primer autor del siglo XIII, que de una manera directa, y al tratar ex profeso de la naturaleza de la teología, señala como tales las verdades de fe. La teología, dice ya en las Sentencias, es «de Deo *per principia fidei*; aliae autem scientiae quae a Philosophis sunt inventae... per principia quae *sub ratione sunt*» (a. IV, ad 1.^m). «Ista scientia (theologia) nec accipit ab aliqua, sed *propria habet principia fidei*» (ibid. ad 3.^m)

La distinción de la teología de todas las demás ciencias, por razón de los principios, es como una obsesión en Alberto Magno, que él quiere dejar bien determinada. No podemos resistirnos a trasladar íntegra la Solutio a la cuestión cuarta de la Summa theologiae por considerarla de gran importancia en toda esta cuestión. «Dicendum quod haec scientia separatur ab aliis subjecto, passione, et principiis confirmantibus rationationem. *Subjecto* quidem, quia in aliis scientiis subjectum est ens vel pars entis, a natura vel a nobis causatum. In theologia autem subjectum est fruibile, vel relatum ad ipsum per modum signi vel utilis. *Passione* autem, quia quod in hac scientia de subjecto ostenditur, vel divinum est attributum, vel ordinatum est ad ipsum: in aliis autem scientiis proprietas entis est a nobis vel a natura causata. *Principio* vero, quia quod in ista scientia probatur, per *fidem quae articulus est qui creditur, vel antecedens fidem*, quod est Scriptura, vel per *revelationem* probatur ut principium. Quod autem in aliis scientiis probatur, probatur per principium quod est dignitas, vel maxima propositio».

Por todo este tratado introductorio a la Summa se encuentran otras muchas expresiones que dicen lo mismo (Cfr. q. 1, ad 1.^m; q. IV, ad 2.^m, et ad 3.^m; q. V, m. 2, ad 1.^m, et ad 2.^m, etc.)

Así pues; la teología procede de los principios de la fe, a diferencia de

las ciencias de orden natural, que proceden de principios de razón. Y aquí precisamente es donde hay que buscar la razón de su distinción esencial y de su irreductibilidad. No se podía tampoco señalar mejor la distinción entre el orden natural y el sobrenatural.

Respecto del método de la teología, Alberto Magno asienta en las Sentencias este principio básico, precisamente al tratar «de modis exponendi sacram Scripturam»: «Omnis scientia distincta ab aliis proprium habet *habitus regentem et proprium instrumentum*, quibus procedit ad usum et ad opus» (In I Sent. d. 1, a. 5). Ahora bien: ¿cuál es el «*habitus regens*» y el «*proprium instrumentum*» de la teología? Teniendo en cuenta que por «*habitus regens*» entiende aquí Alberto Magno el hábito de los primeros principios, no cabe duda que aquél en la teología está representado por la fe. Por esto dice el gran Doctor de la Iglesia: «*Habitus ejus (regens) lumen fidei est*» (ibid.)

El instrumento es doble. Considerada la sagrada teología en cuanto a la simple declaración de la verdad expresada en la Escritura, su método es el simplemente expositivo. Mas considerada la teología en cuanto a la función de probar su verdades, o de manifestar el error a ellas opuesto, entonces su método propio es el de la ciencia, a saber: la argumentación. Esta se hace en teología por la doble vía de la autoridad y de la razón. Alberto Magno determina más su pensamiento y añade: «*Iste modus (argumentationis) est scientiae istius libri* (de las Sentencias o sea de la teología)... alii autem modi sunt observati *in Biblia*» (ibid.)

Nosotros encontramos aquí por primera vez en un autor del siglo xiii distinguidas y contrapuestas de una manera expresa y terminante, la Sagrada Escritura (Biblia) y la teología, con sus métodos respectivos. A la primera pertenece el método simplemente expositivo («*scilicet, historiam, allegoricam, moralem et anagogicam*»), mientras que a la segunda incumbe usar el argumentativo, propio de la ciencia. Alberto Magno funda esta distinción en el doble fin señalado por el Apóstol a los obispos respecto de la verdad revelada. Citemos sus palabras.

«*Habitus ejus (sacrae Scripturae) lumen fidei est: instrumentum autem duplex secundum duplicem finem doctrinae et artis, qui duplex finis promissus est in auctoritate Apostoli, scilicet, exhortari in doctrina sana, et contradicentes revincere. Et quoad exhortationem habet quadruplicem expositionem, scilicet historiam, allegoricam, moralem, et anagogicam... In quantum autem finis est, scilicet contradicentes revincere, habet alium modum. Contradicens enim non revincitur nisi duobus, scilicet probatione veritatis et manifestatione erroris. Hoc autem non fit nisi per argumentationem congruam a ratione auctoritatis, vel naturalis rationis, vel similitudinis congrue sumptam: et sic hoc modo argumentatio talis erit instrumentum ejus, et (ut patet in proemio) iste modus est scientiae istius libri, alii autem modi sunt observati in Biblia*» (l. c.)

Resulta, pues, según Alberto Magno, que el hábito de los primeros principios, por otro nombre hábito que rige en la teología, es igual al *habitus fidei*; que el objeto de la teología es probar las propiedades o pasiones de su sujeto; y el instrumento para realizar esto, la argumentación, ya sea de autoridad, ya de razón, o una semejanza natural conveniente. He ahí señalados y hasta clasificados por Alberto Magno desde su comentario a las Sentencias, los elementos esenciales de la teología como ciencia.

Si a pesar de esto a alguno le pareciere que en el método argumentativo de la teología no está suficientemente señalado por el Doctor Universal el proceso *deductivo* de las conclusiones teológicas de sus principios, no tiene más que recordar para desvanecer la dificultad, cuál es según él el objeto de la teología como ciencia, al cual pertenece también «*illud quod sequitur ad illa duo*» (In I. Sent. a. 2), o sea, las consecuencias de las verdades de fe.

Recuérdese también la doctrina del Doctor Común sobre el progreso de la fe. La fe, dice Alberto Magno, crece no en sí misma, ex parte crediti, sino tan sólo ex parte credentis. Y esto de dos maneras: «*quoad intellectum et quoad affectum. Quoad autem intellectum quatuor modis scilicet revelatione desuper illuminante, doctrina explicante, re credita eveniente, et studio veritatis intellectum apperiente*» (III. Sent. d. XXV, a. 1). Por lo cual concluye después: «*non creverunt articuli in se, sed crevit articulorum explanatio et revelatio*» (ad 2.^m)

Alberto Magno pasa todavía más allá y hace la siguiente afirmación en la que claramente se definen las relaciones de la teología con la revelación y la naturaleza de la argumentación teológica: «*si urgeret necessitas, adhuc posset Papa convocato concilio peritorum, et invocato Spiritu Sancto, aliquid quod implicite continetur in symbolo Apostolorum, explanare et ponere inter articulos explicitos: quia hoc non esset novum articulum invenire, sed eum qui semper erat, explicare*» (III Sent. d. XXIV, a. 7, ad 7.^{um}). La argumentación teológica es, pues, según Alberto Magno, explicativa o deductiva del contenido implícito de los principios de la teología, que son las verdades de fe, en sus conclusiones, merced a lo cual se salva siempre la homogeneidad de la doctrina católica in eodem sensu et in eadem sententia, en medio de su evolución y progreso, pudiendo estas conclusiones (algunas de ellas por lo menos) pasar a ser verdades de fe después de una definición solemne del Papa.

Pero donde con toda claridad aparece este proceso deductivo de la teología es en la cuestión introductoria a la Summa. Después de explicar de la misma manera que en las Sentencias cuál es el método propio en la exposición de la sagrada Escritura, en otros términos de la Biblia, se pregunta en el miembro tercero de la cuestión quinta: «*utrum theologia habeat modum argumentationis?*» La respuesta, como en las Sentencias,

es también afirmativa. Pero la manera de expresarla es más precisa y categórica.

En el «Sed contra» aduce tres razones en favor del método argumentativo en teología, y en la «Solutio» o cuerpo del artículo explica de qué manera la teología debe ser argumentativa. De las razones del «Sed contra» tan sólo nos vamos a fijar en la tercera, por juzgarla de más interés. Dice así: «In theologia sunt, scilicet *antecedens* ad articuli fidem, sicut quod Scriptura sit. Et *ipse articulus* sive *fides*, secundum quod fides est quod creditur. Et *consequens* fidem, sicut quod fornicatio est mortale peccatum. Sed in omni scientia, in qua est *antecedens* et *medium*, *consequens* potest argui ex antecedenti: ergo videtur, quod theologia argumentativa scientia sit et *sylogistica*» (l. c.) Como se ve, aquí claramente habla de la argumentación como medio para deducir de los principios de fe las conclusiones teológicas. No se podían emplear términos más precisos ni más terminantes.

¿Pero de qué manera es argumentativa la teología? Esto es lo que se determina en el cuerpo del artículo. La teología no argumenta para demostrar las verdades de fe, que son los principios de donde arranca toda la demostración teológica, sino para *deducir*, una vez supuestas aquéllas, lo que en ellas está contenido. En otros términos expresa esto mismo Alberto Magno diciendo que la teología arguye, no «ad rem», sino «ad positionem rei». A pesar de ser un poco extensas queremos trasladar aquí sus propias palabras por lo importantes y significativas que son para nuestro propósito: «Dicendum, quod dupliciter contingit argumentari in argumentativa scientia, scilicet ad positionem, et ad rem. *Ad rem* per habitudinem terminorum rei, quod scilicet medium sit in toto primo, et postremum sit in toto medio: per illud enim omnes ratiocinationes confirmantur sicut per primum principium. *Ad positionem* autem secundum modum positionis, ut scilicet ea *quae sequuntur ex positione*, concedantur, et nihil concedatur repugnans. Dicendum ergo, quod sicut ad positionem contingit argumentari in sacra Scriptura, non autem sicut ad rem» (l. c.)

Lejos, pues, de considerar la argumentación teológica exclusivamente como un medio defensivo y explicativo de las verdades de fe, como hacían sus predecesores, Alberto Magno le atribuye además un valor *deductivo* de su contenido implícito, que es lo que específicamente constituye la teología en ciencia.

Por esto no podemos admitir la siguiente afirmación del P. Chenu: «La *Somme Théologique* est précisément l'oeuvre où, pour la première fois, même chez saint Thomas, le travail théologique réfléchit sur lui-même, et dans ce retour prend conscience de son procédé, en discerne la portée, l'extension, l'efficacité, et par là dégage sa méthode, se rendant compte qu'il déborde la «sacra pagina» (y compris ses glosses patristi-

ques), et devient une *science*, une science au sens aristotelicien du mot» (L. c. p. 33). No; antes que en Sto. Tomás, la teología comienza a tener conciencia de sí misma con su Maestro. Y en el mismo Sto. Tomás tampoco es cierto que el concepto de la teología como ciencia se exponga por primera vez en la Suma teológica. Porque antes que en la Suma ese mismo concepto se desarrolla en las Sentencias y en el comentario in Boetium de Trinitate. Lo que si se puede y se debe decir es que, en ninguna parte se desarrolla con tanta plenitud y perfección el concepto de teología como en la Suma teológica, especialmente por lo que mira al método de la teología.

No contento con esto Alberto Magno esboza también las líneas esenciales del método teológico. Todos los argumentos de la teología, dice él, provienen de autoridad o de razón (I Sent. d. a. 5). El argumento de autoridad dimana «ab inspiratiene Spiritus veritatis», y por eso es el principal (Sum. theol., tr. 1, q. 5, m. 2, ad 4.^{um}). En cambio en las demás ciencias el argumento de autoridad es el más débil de todos, «quia perspicacitati humani ingenii, quae fallibilis est, innitur» (ibid.) Toda verdad «si discors est ad illam (revelationem) nullo modo admitenda est, si autem illi concordat, solum propter hoc vera est, quod illi concors invenitur» (ibid. ad 2.^{um}). De donde se desprende que, según S. Alberto Magno, la razón natural sólo se emplea en teología como instrumento subordinado de la revelación y en cuanto concuerda con ella. Además, la teología disputa contra los que niegan alguna de sus verdades, ya probando éstas, ya manifestando la falsedad del error contrario. Y esto lo realiza, ya con argumentos de autoridad, si son admitidos por el adversario, ya con argumentos de razón, ya con semejanzas tomadas del orden natural (I Sent., d. 1, a. 3). Contra el que concede un principio o una verdad de teología y niega las demás, «multae rationes possunt induci», reduciéndolo al absurdo o a la contradicción. Pero si las niega todas, no se podrá discutir con él. «Non enim restat nisi ut adversarius veritatis projiciatur in ignem: quia secundum eum idem est esse in igne, et non in igne esse» (Sum. theol., tr. 1, q. 5, m. 3, ad ult.)

Respecto de la *unidad* de la teología Alberto Magno hace también grandes progresos sobre sus antecesores. Tanto en las Sentencias como en la Summa se propone esta cuestión y la resuelve; sino de una manera completa y satisfactoria, por lo menos encauzando la cuestión y preparando el camino para su solución definitiva dada por Sto. Tomás. La unidad de la ciencia depende, según la doctrina aristotélica, de la unidad de su objeto «quod» y «quo». Alberto Magno solo considera en la teología el «objectum quod», el cual, según él, es «unum *proportione et analogia*». Y de esta unidad deriva la teología la suya (I Sent., d. 1, a. 3; Sum. theol., tr. 1, q. 3, m. 2). Esta unidad objetiva *analógica* reconocida

en la teología es lo que representa, en nuestro sentir, un progreso notable, sobre sus predecesores.

En cuanto al objeto formal «quo», Alberto Magno no reconoce unidad en la teología. Refutando seguramente la doctrina de su discípulo Tomás de Aquino, escribe en la Summa teológica estas palabras, que revelan no haber penetrado en el alma y raíz última de la misma unidad de la teología. «Ad hoc dixerunt quidam, quod omnia quae tractantur in sacra Scriptura sub una ratione stant, quae est *revelabile* esse: et sic de ipsis est sacra Scriptura *ut una*. Et quod hoc falsum sit, statim patet. In sacra enim Scriptura tractatur de historiis, parabolis, moribus, et potentiis animae: *et non secundum quod accipiuntur per revelationem*... Adhuc autem de Deo secundum quod *via rationis investigatur*... (Sum. theol. tr. 1. q. 3, m. 2).

Alberto Magno parece olvidar aquí todo cuanto él mismo había escrito antes en las Sentencias y en la misma Suma acerca de la diferencia de principios en la demostración teológica y en la demostración de las demás ciencias. El, antes que nadie, había proclamado, de una manera categórica, las verdades de fe principios de la teología; él, con más precisión que ninguno, había sabido señalar la razón como instrumento y aliado inseparable de la revelación, determinando cuidadosamente sus funciones; él, por último, supo descubrir en la teología el método *deductivo*, por el que ésta se constituye en ciencia, deduciendo las conclusiones implícitamente contenidas en sus principios, y probando las pasiones de su sujeto. Pero lo que S. Alberto no llegó a alcanzar, ni mucho menos a penetrar, es la ratio *sub qua* de la teología, o sea, la unión secreta de la razón con la revelación en la demostración teológica, en otros términos el *revelabile* de Sto. Tomás. Esto continuaba todavía siendo para él un secreto misterioso, cuya revelación estaba reservada a su discípulo Santo Tomás de Aquino.

El segundo argumento que esgrime contra la doctrina de Sto. Tomás acerca de la unidad de la teología, prueba que Alberto Magno sólo considera a ésta *objective* y no *formaliter*, no teniendo lo bastante en cuenta la doctrina aristotélica acerca de la unidad y distinción de las ciencias. Dice así: «Adhuc, forma quae unit scientiam secundum Aristotelem, forma est quae subjectum facit unum et solum, et totam causam passionis. Revelatio autem sive revelabilitas non est forma sic uniens ea quae in sacra Scriptura determinantur. Revelatio enim non est aliquid ponens in eo quod revelatur, sed in eo cui fit revelatio. Ergo nihil est dicere, quod ab unitate revelationis una dicatur scientia (ibid.)

De todas maneras, la unidad objetiva entra también a constituir, aunque no como elemento primordial, según la doctrina aristotélica, la unidad de la ciencia, y es un mérito que nadie puede regatear a Alberto

Magno el haberla determinado y precisado aplicándole expresamente el método de la analogía.

Considerada en relación con las demás ciencias, la teología es la más perfecta de todas. Alberto Magno dedica a probar esto en la Suma el miembro tercero de la cuestión quinta donde pregunta: «*utrum theologia certiorum modum habeat aliis scientiis*». Su argumentación se basa en la diversa razón formal *sub qua* de la teología, o sea en los diversos motivos de certeza, pues, al paso que en las demás ciencias se funda aquélla en la razón natural, en la teología procede de los principios revelados de la fe. «*Aliae scientiae ex per se notis procedunt secundum habitudinem praedicati ad subjectum in natura commutabili creata. Theologia autem ex per se notis in luce primae veritatis et inmutabilis et increatae; et ideo omnibus certior est*» (ad 2^{um}). De una manera todavía más viva expresa esto mismo en el «Sed contra», donde dice así: «*Ista scientia (theologia) innititur inspirationi factae per speciem veritatis, circa quam dubitare non licet, aliae autem innituntur inquisitionibus humanis et inventionibus a spiritu humano inventis*». De nuevo volvemos a llamar la atención sobre la contradicción en que S. Alberto incurre al afirmar, por una parte, esta doctrina, que es fundamental en todo su tratado sobre la naturaleza de la teología, y rechazar por otra la sentencia de Sto. Tomás sobre el *revelabile* como razón formal de la teología.

Pero la teología no es solamente ciencia, sino también «*sapientia*» en el más estricto y perfecto sentido de la palabra. La razón es porque procede «*ex altissimis causis, ex immobilibus, et immobilissimis*» (Sum. theol. q. 1), por lo mismo que su objeto principal es Dios, y sus principios las verdades de fe. Alberto Magno está en esto de acuerdo con todos los autores que le precedieron. Pero él va todavía más lejos, e investiga en la cuestión sexta de la Suma cuál es el fin al que la ciencia teológica se ordena: «*Ad quid sit theologia tanquam ad causam finalem*».

El gran comentador de Aristóteles distingue entre «*finis scientiae*» y «*finis scientis*». Considerada la teología por razón del «*finis scientiae*», «*impossibile est quod haec scientia finem in aliis scientiis habeat, sed ipsa finis aliarum scientiarum est, ad quam omnes aliae referuntur ut ancillae. Et hoc modo sola libera est; omnibus enim existentibus et suffragantibus nobis et ad voluptatem et ad necessitatem, ista post omnia habita et in omnibus habitis quaeritur; et ideo libera est et domina est, et sapientia, et in omnibus potior*». Mas, considerado el «*finis scientis*» de la teología, «*triplex est: proximus scilicet operi, ut habeatur notitia theologicorum. Secundus proximus perfectioni, ut ex hoc quis perfectus sit ad actus felicitatis contemplativae. Ultimus, ut ex hoc per habitum beatitudinis creatae, beatitudinem increatam in prima veritate consequatur*» (1. c.)

Así pues, mirada en sí misma la ciencia teológica no se ordena a ninguna otra ciencia, sino que por el contrario todas se ordenan a ella, siendo por eso mismo completamente libre y señora de todas ellas, y gozando además de todos los atributos de la verdadera sapientia. Y si se considera en el sujeto que la posee, su fin tanto próximo, como medio, como último, no es otro que la contemplación de la verdad infinita, y una disposición para la última bienaventuranza, la cual no consiste en otra cosa que en la visión de la divina esencia. No hace falta esforzarse mucho para echar de ver en todo este análisis de la teología como ciencia y como sabiduría, hecho por S. Alberto, una proyección de la doctrina aristotélica sobre la naturaleza y propiedades de la «scientia» y de la «sapientia» por antonomasia, o sea de la Metafísica. Pero precisamente por esto contrasta grandemente con esta doctrina el carácter esencialmente práctico y afectivista que, según él, tiene la ciencia de Dios, y la organización o sistematización totalmente dinamista según la cual concibe Alberto Magno la teología.

En efecto, para él la teología es una ciencia «affectiva», «religiosa», «secundum pietatem», esencialmente práctica (I Sent., a. IV; Sum. theol., q. 2, q. 3, m. 3). Su objeto no es ningún ser absolutamente considerado. Dios por consiguiente no es objeto de la teología bajo la razón absoluta de ser, sino bajo la razón de *fin beatificante*. «Theologia non speculatur res in quantum res sunt absolute, sed prout ordinantur ad perfectionem beatitudinis et fruitionis, ad quas quaedam ordinantur ut beatificantes, quaedam autem ut adjuvantes et disponentes ad beatitudinem sicut utilia.» (I Sent., a. 2, 3).

El bien dice inmediatamente orden a la voluntad. Por esto el conocimiento teológico no se termina en la contemplación de la verdad, sino que se refiere y ordena ulteriormente, como a fin, al afecto. «Dicendum quod non quaeritur cognitio ad veritatem per intellectum tantum, sed per affectum et substantiam; et ideo non est intellectiva, sed affectiva; quia intellectus ordinatur ad affectum *sicut ad finem*» (I Sent., d. 1, a. 4, ad. 2^{um}). Lo mismo repite en la Suma de diferentes maneras. «Dicendum quod in veritate sacra Scriptura practica est, et stat in opere virtutis vel theologicæ vel cardinalis: quia si etiam verum in re fruibili vel utili inquirat, *hoc ipsum refert ad affectum*, ut scilicet in fide vel in eo quod succedit fidei fruatur per affectum, vel intellectum affectivum summa veritate» (q. 3, m. 3).

A su vez la voluntad dice orden a la posesión del sumo bien en sí mismo por el «frui», o acto de gozo en el mismo. A la posesión del sumo bien o consecución de la bienaventuranza ayudan y sirven todas las cosas fuera de Dios: el mundo, la gracia, las virtudes, los sacramentos. Respecto de ellas la voluntad tiene otro acto que es el «uti». Y los sujetos capaces

de realizar estos actos son los susceptibles de voluntad, o sea el ángel y el hombre. Por consiguiente toda la teología debe organizarse y sistematizarse conforme a este dinamismo moral de la voluntad en orden al sumo Bien. Un tratado general de los actos de la voluntad, o sea, del «frui» y del «uti», y de los sujetos capaces de ellos o sea «de utentibus et fruentibus» precederá a toda la teología. Y después se dividirá y ordenará ésta conforme a esos actos y a los sujetos de ellos.

S. Alberto Magno no puede estar más explícito en este punto. «In theologia subjectum est *fruibile*, vel *relatum ad ipsum per modum signi vel utilitis*» (Sum. q. 4). Y de ahí precisamente la unidad formal de la teología. «Et sic in forma *fruibilis* est uti et signum» (q. 3, m. 2), «et talis *unitas* est theologiae» (ibid. Solutio). Por esto precisamente la teología «est de omnibus non sub ratione diversa, qua differunt singula, sed sub *una ratione*, quae est utile esse significando vel disponendo ad id quo fruendum est». Y si en ella se habla de los pecados es «in quantum per fugam eorum inclinant ad pietatem, sicut medicina de aegritudinibus est, docens praeservare corpora ne aegritudinem incidunt» (Sum. theol. q. 2). «De donde «haec scientia (theologia) *una est proportione*, non ad unum, quod subjectum sit aliorum, sicut substantia subjectum est accidentis; sed *proportione ad unum quod est finis beatificans*; quia sic beatificabile considerabitur ut participans illud, et dispositiones beatificantes et remotivas a contrario; et res huiusmodi ut adjuvantes et adminiculantes» (I. Sent. d. 1, a. 3).

Así, pues, como conclusión de todo lo expuesto «dicimus quod ex dictis jam patet, quod tota theologia circa *signa et res est*: et quod res in tria dividuntur, scilicet *in res quibus fruendum est* (Dios, uno y trino, el Verbo encarnado), et *res quibus utendum est* (el mundo, la gracia, las virtudes, los sacramentos), et *res quae utuntur et fruuntur* (los ángeles, el hombre)... Et primo de rebus in tribus primis libris, et postea de signis et signatis in quarto libro, in quo ista doctrina complebitur... Signum enim ad rem refertur, res autem utilis ad fruibilem, et utens et fruens ad fruibile referuntur» (Sum. Theol. tr. 2, q. 12).

Tal es la organización sistemática de la teología según Alberto Magno. No es esta doctrina propia suya sino del Maestro de las Sentencias, quien a su vez la tomó de San Agustín.

Sería vano disimular la incoherencia no pequeña que existe en el pensamiento de S. Alberto Magno respecto de la naturaleza de la teología desde el punto de vista de la causa final. Por una parte un no disimulado intelectualismo, que recuerda el de Aristóteles en Metafísica, haciendo de la contemplación de la verdad infinita el fin próximo y último de la especulación teológica. Y por otra un exagerado misticismo teológico, un afectivismo moral, que hace de los actos de la voluntad respecto del Su-

mo bien, el término normal de los actos de la razón en su conocimiento y representabilidad. ¿Será que en la visión beatífica estas dos cosas van inseparablemente unidas, o será más bien que en Alberto Magno actúan todavía dos tendencias, dos corrientes opuestas, la del intelectualismo aristotélico, que él trata de hacer prevalecer, y la del platonismo agustiniano a cuyas influencias no supo o no pudo sustraerse enteramente? Nosotros optamos por la segunda parte de la disyuntiva. Y en efecto, una de las notas más características del platonismo es la preeminencia de la idea del Bien sobre la idea de la Verdad y del Ser. Precisamente todos los agustinianos anteriores a Alberto Magno enseñan que la teología tiene por objeto *Verum ut Bonum* (Cfr. Alejandro de Hales, I. P. q. 1, m. 2; Kilwadby, q. 14, etc.), en lo cual concuerda exactamente con ellos Alberto Magno. «In theologia, dice el Doctor Universal, *subjectum est fruiibile*» (Sum. theol. tr. 1, q. IV).

El intelectualismo de Alberto Magno (in actu signato se entiende) es más aparente que real; es un intelectualismo que se queda a medio camino. Su teología, en su organización sistemática y en su carácter finalista, no sale de los moldes del dinamismo psicológico y moral en que la habían colocado los teólogos agustinianos. Alberto Magno es en esto todavía reaccionario. Y es que su asimilación del espíritu de la filosofía aristotélica todavía no era perfecta.

Luego vendrá Sto. Tomás y la equivalencia en teología de los conceptos Verdad=Bien se cambiará por esta otra Verdad=Ser, y la teología terminará por completo de intelectualizarse. El objeto de la teología se precisará con toda exactitud, siendo este Dios *sub ratione deitatis*, o *in quantum Deus*. Terminará también de precisarse el concepto de teología-ciencia, y su objeto se distinguirá con toda escrupulosidad del de la fe, adquiriendo perfecto relieve la distinción entre teología y sagrada Escritura. La ciencia teológica aparecerá como subordinada a la de Dios y de los bienaventurados, cosa que no quería admitir S. Alberto Magno (I Sent., d. 1, a. 4, ad 3.^{um}). El *revelabile*, o sea el concepto de la revelación mediata o virtual aparecerá en Sto. Tomás por primera vez como la verdadera y única razón formal *sub qua* la teología, de donde dimanar su unidad y su continuidad u homogeneidad con la revelación y y la fe. El método de la teología se descubrirá en toda su integridad y complejidad, y por último el espíritu de la filosofía aristotélica en toda su pureza, filtrada por una inteligencia alumbrada por la fe, de una capacidad tan inmensa como la de Sto. Tomás, y asimilada perfectamente por ella, terminará por invadir totalmente el campo de la teología perfeccionando a ésta de manera prodigiosa y transformándola en una Metafísica del Ser divino.

Alberto Magno, si no pudo llevar su obra a la perfección que le dió su

idolatrado discípulo, cábele por lo menos la gloria imperecedera de haber puesto los principios y aun gran parte de ella, y de haber sido el gran Mentor de Sto. Tomás en la teología, y con él de toda la Iglesia en las cuestiones pertinentes a la fe. El valor y la importancia de la obra del Maestro se aprecian en la perfección de la de su discípulo. Sto. Tomás es encarnación viva de su gran Maestro S. Alberto Magno.

FR. M. CUERVO.

Montesclaros, 23-VIII 32.

Alberto el Grande y la Teología moral

Habituados a dividir la Ciencia en múltiples ramas, hemos llegado a introducir esta misma división en la Teología, distinguiendo la Teología Dogmática, la Moral, la Mística, etc. Esta concepción es extraña a la época de Alberto el grande, que consideraba la Ciencia universal como un solo todo. Precisamente en los días de Alberto se realizó la separación científica entre la Filosofía y la Teología, habiendo puesto nuestro Santo las fuerzas de su talento a contribución para la feliz solución de este problema. Pero la Teología permaneció una en toda su integridad. Lo cual no obstaba para que, por razones de orden práctico, se tratasen por separado algunas partes especiales, v. gr., en las Sumas de confesores. Pero el ideal permaneció después como antes, en la exposición del conjunto. Y este fué sin duda el que persiguió Alberto en sus tres grandes obras teológicas, el Comentario a las Sentencias, la Summa de Creaturis y la Summa Theologiae.

Fuera de esto trató algunos problemas particulares de moral en los comentarios a la S. Escritura, sobre todo a los Evangelios, y más aún en su exposición sobre los escritos del Pseudo-Dionisio, igual que en los comentarios a las obras aristotélicas. Pero estos trabajos de Alberto se han de utilizar con la mayor precaución, cuando se trate de fijar sus enseñanzas personales, ya que en estas obras su principal, si no único intento, era declarar a sus discípulos el desarrollo del pensamiento del filósofo griego. Todas las obras mencionadas, con excepción del comentario al *de divinis nominibus*, se hallan impresos.

Los catálogos de las obras de Alberto y las colecciones de los códices nos muestran sin embargo un gran número de obras, y algunas de la mayor importancia para el estudio de su moral, que esperan aún ser editadas. Prescindiendo de los opúsculos, se debe señalar en primer término un segundo comentario a las Sentencias, otro a la Ética de Aristóteles, ocho más extensas obras de Ética y como última y más importante la *Summa de bono*, que contiene una exposición muy interesante y rigurosamente sistematizada de la Moral especial. Esta obra no se la consi-

dera hoy como independiente, sino como parte de la llamada *Summa de Creaturis* (1).

Todavía las obras impresas relativas a la Moral son de tan rico contenido, que algunos se han sentido atraídos a su estudio. Ya en 1891 apareció una exposición general de la doctrina moral de Alberto, la cual sin embargo no encontró buena acogida (2). Más perfecta resultó la obra publicada en 1911 por el Dr. Hermann Lauer, como exposición de conjunto de la doctrina moral del B. Alberto Magno (3). Únicamente se apoya en las obras teológicas, sobre todo en el Comentario a las Sentencias y en las dos *Summas*. También llamó la atención sobre el librito *De adhaerendo Deo*, que hoy es excluído de las obras auténticas de Alberto. Cuestiones especiales han sido tratadas, entre otros, por Doms (4), que expuso la doctrina de la gracia según Alberto; por Feckes (5), que acometió una investigación profunda sobre las relaciones de la fe y la Teología; por Egenter (6), que consagró un artículo especial a la doctrina de Alberto sobre la amistad de Dios. En las publicaciones dedicadas recientemente al nuevo Doctor de la Iglesia se halla también gran número de estudios sobre su moral. Así escribió el P. Barbado en el número que *La Revue Thomiste* (7) le consagró, sobre la fisonomía, el temperamento y el carácter; el P. Lavaud sobre los dones del Espíritu Santo; el P. Meerseman sobre la contemplación; todos ellos con el aditamento «d' après le bienheureux Albert».

Por lo dicho resulta claro ser imposible agotar en un sólo artículo el tema propuesto. Nos limitaremos a mostrar primeramente lo que en general distingue a Alberto como moralista, y luego señalaremos algunos puntos especiales, que caracterizan su modo de tratar los problemas morales.

* * *

El primer mérito de la doctrina moral de Alberto es lo completo de su exposición. Que él ha tratado todo el conjunto de la Moral, resulta ya del hecho de haberla tratado dos veces con ocasión de sus comentarios sobre las Sentencias. En cambio, en las Sumas, tal como están impresas, sólo se hallan algunos fragmentos, por cuanto estas obras están incom-

(1) Alberto debió componer indudablemente semejante Suma.

(2) Feiler W., *Die Moral des Albertus Magnus* (Leipzig, 1891).

(3) Lauer H., *Die Moraltheologie Alberts des Grossen* (Freiburg i. B. 1911).

(4) Doms H., *Die Gnadenlehre des S. Albertus Magnus* (Breslau, 1929).

(5) Feckes C., *Wissen, Glauben und Glaubenswissenschaft nach Albert d. G.* (Zeitschrift für kath. Theol. Innsbruck 1930).

(6) Egenter R., *Gottesfreundschaft* (Augsburg, 1930).

(7) Maître Albert *Revue Thomiste*, 1931).

pletas. Con esto queda respondido a la objeción dirigida contra Alberto, de haber pasado por alto, o de haber tocado muy a la ligera, tratados importantes de la Moral, tales como la doctrina de las virtudes particulares (1). Esta objeción se hallaba muy justificada por cuanto en el comentario impreso a las Sentencias algunas partes habían sido estudiadas demasiado compendiosamente, y en las Sumas no aparecían aún tratadas. Pero la objeción queda disipada ante el material inédito, en el cual se encuentran precisamente las partes que se echaban de menos, y que dan a la obra de Alberto la integridad deseada.

Se cae de su peso que el solo hecho de esta integridad no constituye ningún mérito particular. Si aquí la hemos alegado no ha sido pensando en la integridad material, sino en la formal. Esta se nos presenta como fruto de la más fácil estimación de las doctrinas anteriores, como el resultado de la más cuidadosa utilización de los Padres, unida a la prudente atención a los inmediatos predecesores y a los contemporáneos. Más que en la Dogmática, es en la Moral donde tiene importancia la adhesión a los predecesores, por cuanto la Moral debe hallar la aplicación a la vida real y debe servir a los hombres de norma práctica en su constante aspiración hacia el último fin. Por grande que haya podido ser en Alberto su tendencia en seguir caminos propios; en el campo de la Moral ha puesto mayor cuidado que en los otros, por conservar el contacto con el pasado. Le movía a ello su propia concepción teológica acerca del valor de los Padres. A los cuales consideraba como asistidos por el Espíritu Santo y por El guiados en la declaración y comunicación de la verdad revelada. En las cuestiones controvertidas, cuando está de una parte la razón y de otra la autoridad de los Padres, se inclina incondicionalmente del lado de los Padres. Así dice (IV Sent., d. 11, a 7): «*Haec autem opinio videtur esse consona verbis Sanctorum. Unde quamvis sit minus intelligibilis, tamen eligenda mihi videtur, propter sanctos Patres, quorum inspirata revelatio praejudicat argumentis, quae possunt fieri contra hanc materiam*». A esto le conducía su mismo modelo, las Sentencias, obra particularmente apropiada para comunicar la adhesión a los Padres, sin perjuicio del libre movimiento del Maestro.

San Alberto tenía por S. Agustín una estima mucho más alta que por los otros Padres. Le había tomado por guía no sólo en las cuestiones de la gracia, sino en casi todas las demás partes de la Teología. Casi en cada página se hallan textos de S. Agustín.

De ahí que Lauer le llame «un mediador del espíritu agustiniano en la ciencia eclesiástica» (2). Al lado del obispo de Hipona goza S. Grego-

(1) Lauer, 15.

(2) Lauer, 7.

rio Magno de particular estima, sobre todo en el tratado de los pecados capitales. También S. Ambrosio y S. Crisóstomo son citados con frecuencia. Y sin excepción lo son todos los Padres de la Iglesia.

Alberto siente particular predilección por el Pseudo-Areopagita. Bastaría para probar esto el hecho de que sea Alberto el único de los grandes teólogos de su época, que haya comentado todas las obras de este hombre misterioso. Aunque en ellas no se traten cuestiones prácticas, todavía ofrecen para muchos problemas valiosa ayuda. Tales son, por ejemplo, el de la vocación del hombre a la participación de la naturaleza y de bienaventuranza divina, que son los fundamentos de toda la Moral cristiana y su último fin. Por esto Alberto remite estas cuestiones a los tratados de la caridad y de la contemplación. Egenter nos ha mostrado interesantes relaciones entre ellos (1).

De los maestros y teólogos posteriores gozan de la especial estima de Alberto S. Bernardo de Claraval y Hugo de S. Víctor, ambos varones de vida interior. Las atrevidas concepciones de éstos se ajustaban bien al carácter del animoso alemán, como aparece claro de las muchas citas sacadas de sus obras. También es citado S. Beda; en cambio Abelardo no influye sino en la parte formal de la exposición, y S. Anselmo solo es alegado en algunos particulares capítulos.

De los precursores inmediatos y contemporáneos de Alberto son citados dos profesores de París, Guillermo de Auxerre (el Altisiodorense) y el canciller Prepositino. Sus sentencias y opiniones son particularmente estudiadas y tenidas en aprecio. Las relaciones de Alberto con Alejandro de Hales, S. Buenaventura y Sto. Tomás, por consiguiente con los más grandes contemporáneos, que trabajaron en la misma dirección y se sentaron en la misma cátedra, no están suficientemente esclarecidas, a pesar de que todos ellos nos han dejado numerosas y notables obras. Por lo que toca a Sto. Tomás, fué en primer término discípulo de Alberto; pero esto no excluye que más tarde se invirtieran los papeles, y que Alberto tomara muchas cosas de su antiguo discípulo. Tocante a Alejandro de Hales nada se puede asegurar. Sobre las Sumas de ambos maestros reina aún gran diversidad de pareceres. Que entre ambas obras existe mútua dependencia es manifiesto. Pero si ésta es directa o indirecta, si Alberto compila la obra del Halense o éste la de aquél, o la de alguno de sus discípulos, no se puede afirmar categóricamente. Sin embargo el juicio de los críticos parece inclinarse más a favor de S. Alberto (2).

De esta actitud de Alberto para con los Padres y teólogos, de la sabia

(1) Egenter, 91.

(2) Gorcé, *Le problème des trois Sommes* (Revue thomiste, 1931), 69.

elección y prudente uso de éstos resulta la más segura garantía de que su propia doctrina moral conserva la necesaria dependencia de la tradición católica, que ella es, en buen sentido, conservadora, porque sabe recibir el bien y transmitirlo fielmente. Pero no es sólo una transmisión fiel; y con esto llegamos a lo que constituye el principal mérito de la moral albertina, a lo característico en la integridad de su doctrina.

Alberto era capaz de enriquecer con algo esencial todo el dominio de la moral especulativa. Para esto le facultaba su penetrante inteligencia de Aristóteles, y su propio espíritu sintético. Conocía, como nadie antes que él, la extraordinaria importancia del gran filósofo griego para la formación de toda la ciencia occidental. Como que había empleado una buena parte de sus gigantescas energías en la valoración del aristotelismo. Nosotros no podemos tratar este problema en su totalidad. Sólo una observación debemos hacer, que tiene su valor para la moral. Es preciso guardarse de toda exageración afirmando que haya sido Alberto el primero en llamar la atención sobre Aristóteles; como si nadie antes que él hubiera hecho ninguna tentativa para sacar partido de los escritos del Estagirita. Pero también se ha de evitar el otro extremo, de decir que la influencia de Alberto haya sido sólo secundaria. Lo más acertado es que a Alberto se debe el principal impulso; que él entró más adentro en los escritos del Estagirita que todos los árabes y judíos, y que realizó la labor más difícil para el conocimiento de la verdadera doctrina del filósofo griego, y para emplearla en la explicación de las verdades de la fe. En el caso presente se trata de las especulaciones éticas de Aristóteles y de su aplicación a la Moral cristiana.

El valor de las obras morales del filósofo griego para el desenvolvimiento de la Moral cristiana, no es fácil apreciarlo en su justo valor. Lo que el filósofo griego enseña acerca de la naturaleza del hombre, del alma y de sus potencias, sobre todo en lo concerniente al proceso del conocimiento humano, ofrece un tesoro inestimable para la exposición científica de las saludables verdades que la fe nos ofrece. Por aquí es conocido rectamente el hombre, cuya perfección moral debe luego la Moral enseñar y dirigir. Lo que además enseña Aristóteles sobre las acciones humanas, sobre las virtudes y los vicios, ha influido tanto en nuestra moral especial como acaso ninguna otra doctrina. Alberto reconoció el valor de estas obras, *de anima* y la *Ética*, a pesar de lo desfiguradas que entonces circulaban, y no se puso del lado de los *artistas*, que ciegos aceptaban casi como un dogma cuanto les ofrecían con el nombre de Aristóteles; ni tampoco se fué tras de los viejos teólogos, los cuales absolutamente desechaban estos escritos a causa de los errores que en ellos se encontraban. Alberto no descansó hasta restituir a su pureza la doctrina de Aristóteles y verla introducida en las escuelas. El mismo explicó las obras morales para hacerlas inteligibles a sus contemporáneos. Hasta dos veces

comentó la Etica. Y nosotros disfrutamos hoy de las riquezas aristotélicas introducidas por los esfuerzos de Alberto en la Moral cristiana. Muy pocos llegan a darse cuenta del inmenso trabajo que hubo de costar a S. Alberto esta utilización de Aristóteles.

Con bastante frecuencia le era preciso luchar en dos frentes: contra el imprudente entusiasmo de los *artistas* y contra las incesantes críticas de los viejos teólogos. Pero estos últimos le molestaban más que los asaltos de los *artistas* (1), si bien nunca parece haber tomado por lo trágico los denuestos personales que le dirigieron. Cuando le motejaban de *mono de Aristóteles*, lo hacían sin razón, pues Alberto, a pesar de la alta estima que tenía por el filósofo griego, nunca había jurado seguirle ciegamente. Pesaba en Aristóteles las razones, y le seguía cuanto éstas le movían. Expresamente advierte él que sólo podrá seguir ciegamente al filósofo quien piense que no ha errado jamás. Esto sólo lo podrá pensar de Aristóteles quien le tenga por un Dios (2). De igual modo afirma Alberto claramente que, en lo tocante a la fe y a las costumbres, la autoridad de San Agustín vale más que la de Aristóteles (3). Y fuera de otros muchos puntos de menor importancia, Alberto combate al filósofo griego cuando éste defiende la esclavitud y el aborto. Aun en la doctrina de las virtudes particulares, Alberto no le sigue a ciegas. La concepción incorrecta de Aristóteles acerca de la magnanimidad, él la dobliega diestramente hasta adaptarla a la fe católica. Igualmente procede en muchos otros puntos. Nunca mide la Moral cristiana con la medida de las concepciones aristotélicas, sino que acepta la verdad de éstas para la explicación y ampliación de la doctrina católica. Y en este esfuerzo por completar la doctrina hemos de ver el primer mérito del nuevo Doctor de la Iglesia en el campo de la Moral cristiana.

El segundo mérito que caracteriza la moral de Alberto es su adaptación a la vida práctica, no en el sentido de la casuística actual, sino en cuanto indica oposición al abuso de una especulación exagerada. Hay en el estudio puramente especulativo de la Teología el peligro de perder el contacto con la vida real, absorta la mente con las sutilezas menos útiles. La moral de Alberto tiene la mira puesta en el hombre concreto y en las circunstancias y ocasiones en que su vida se desenvuelve. Y en toda sana moral es este el único procedimiento recto. Alberto poseía para esto una disposición natural. Sentía interés innato por todo lo real. Su inclinación le llevaba hacia la naturaleza y sus fenómenos; todo cuanto existe, sobre todo lo que vive y se mueve, despertaba su atención. Esta

(1) *Politicorum* L. 8, c. 6, in fine.

(2) *Physicorum*, L. 8, tr. 1, c. 14.

(3) *II Sent.* d. 13, c. a. 2.

inclinación fué la que le hizo el más grande naturalista de su época, y ella misma le facultaba para corregir muchos errores de sus coetáneos y para rectificar no pocas concepciones de los antiguos. La misma inclinación le capacitaba para realizar una obra propia en el campo de la Moral, que, más que la Dogmática, reclama un contacto con la realidad y con las relaciones concretas.

Para formar juicio de cómo el hombre ha de alcanzar su perfección moral, para dirigir su esfuerzo en este sentido, es de la mayor importancia la apreciación de la realidad y la estimación del hombre concreto. Alberto tuvo ocasiones de conocer muy a fondo el hombre en las condiciones de su vida real, ya que su vida no fué la de un profesor, que sólo conoce el camino de la cátedra y de la iglesia. Alberto, como provincial de la vasta provincia alemana de su Orden, y más tarde como obispo de Ratisbona, tuvo ocasiones más que suficientes para desarrollar y ejercer sus felices disposiciones naturales mediante la observación de los hombres y sus relaciones. Los éxitos sorprendentes alcanzados por el Santo en la gerencia de los mencionados oficios, y luego como conciliador de la paz, revelaron en él un excelente conocedor de los hombres, cuya ciencia no se cernía en las altas abstracciones, sino que se preocupaba por aprovechar a los hombres. La doctrina moral de Alberto es una ciencia que tiene por objeto al hombre concreto en orden a su perfección moral, para la consecución de su efectiva salvación. Es, pues, una ciencia práctica, no a la manera de la casuística, sino como ciencia del hombre real.

Esta concepción de la Moral se echa de ver en Alberto, desde el momento que trata de definir la Teología. Sin alcanzar la claridad y precisión de su discípulo Tomás, indica él referencias a la vida real, que Santo Tomás no tiene en cuenta. Ambos tratan esta cuestión como cuestión preliminar a la Teología, igual que el Maestro de las Sentencias lo había hecho. Santo Tomás sutilmente hace derivar la Teología del conocimiento de la fe, cuando dice: «Est scientia, procedens a principiis notis lumine superioris scientiae» (1).

Con esto coloca él las verdades de fe, los datos revelados, como principios de la Teología, y estos mismos relacionados con las verdades revelables, esto es, con las verdades que la inteligencia es capaz de deducir de las verdades de fe. Claramente dice esto cuando escribe: «Haec doctrina non argumentatur ad sua principia probanda, quae sunt articuli fidei, sed ex eis procedit ad aliquid ostendendum» (2). E ilustra esta doctrina de dos modos, *primero* señalando el objeto propio de la Teología, que es la deducción de las verdades contenidas en los principios de la fe,

(1) *Summa theologiae* I, q. 1, a. 2.

(2) L. c. a. 8.

como, por ejemplo, el dogma de nuestra resurrección deducido de la resurrección de Cristo: *segundo*, indicando el fin secundario, que es la defensa de las verdades de la fe contra los impugnadores de las mismas. De esta concepción se sigue que la Teología es a un mismo tiempo especulativa y práctica, pero sobre todo especulativa. Nadie había distinguido con esta agudeza la fe y la Teología, ni había expuesto con tal claridad la naturaleza de la Teología como ciencia. Nosotros nos apoyamos todavía hoy sobre esta concepción del Aquinatense.

Alberto trató el mismo problema, y detalladamente como Tomás, pero no con la claridad de éste. Sin embargo le aventaja desde un punto de vista, que es el que toca a la vida real. Para Alberto es la Teología «scientia secundum pietatem». Es una «scientia simpliciter practica». Es también una ciencia afectiva. Lo cual declara diciendo: «Ista scientia proprie est affectiva, id est, veritatis, quae non sequestratur a ratione boni. Et ideo perficit et intellectum et affectum». Con esto Alberto no tanto quiere caracterizar el origen de la Teología cuanto su fin. No pretende manifestar que este conocimiento nazca del afecto, sino más bien que esta ciencia tiene importancia para la formación de los afectos morales, por consiguiente, para la vida real. Su concepción es por tanto estrictamente moral.

Y como se expresa con esta claridad en principio, así en el curso de su obra no la pierde nunca de vista. Y ella le capacitó, en un período en que dominaba la consideración exclusivamente objetiva, para considerar también los elementos subjetivos, tan importantes en la Moral. En el juicio moral de los actos humanos concede el mayor valor al lado personal, al conocimiento del agente, a sus disposiciones, a las relaciones en que vive y obra. Esto aparece sobre todo claro en su doctrina sobre el escándalo y las obras de misericordia (1). Precisamente este segundo mérito de la moral albertina es altamente estimado en la concepción moderna.

El tercer mérito, que admiramos en la moral de Alberto, es su genial tentativa de tratar la Moral por sí, en un orden bien trabado, y por decirlo así, como un todo autónomo, si bien encuadrándola dentro del marco general de la Ciencia Sagrada. Pero este mérito no se le puede adjudicar según las obras impresas. Al contrario, a juzgar por solas ellas, Alberto no habría intentado nunca salirse del plan del Maestro de las Sentencias, como ya había notado con razón Lauer. En su comentario le sigue dócilmente, sin más que añadir en la conclusión del último libro, como un apéndice de diversos puntos tocantes a los párrafos precedentes. Los fragmentos impresos de las dos Sumas, muy incompletos, no nos dan a conocer ninguna mejora de su sistema.

(1) Lauer, 15.

Pero nos queda la parte aun inédita de la Summa de creaturis. De la cual resulta claro que Alberto, por la riqueza de la materia, no es superado por Alejandro de Hales, antes le supera con gran ventaja. Se muestra además como Alberto ha hecho una poderosa tentativa para concebir y desarrollar la Moral conforme a un plan único. Aún más, según la comunicación del profesor Grabmann, no se trata ya de una mera tentativa, sino de su plena ejecución. El prof. Grabmann descubrió en la Biblioteca de S. Marcos de Venecia un manuscrito del tratado *de bono*, que data del siglo xv. De su feliz hallazgo, así como de su contenido nos da, en su relación, una información detallada. De ésta resulta que aquella parte de la Moral, que en las obras impresas aparece descuidada, está aquí tratada con un orden sistemático excelente. Grabmann demuestra además que este tratado data del tiempo del profesorado de Alberto en París, o sea, que es anterior al año 1246. Sacando en conclusión que «la obra de bono o de virtutibus, la cual, lo mismo que toda la Summa de creaturis, pertenece a la primavera del gran escolástico, es unos veinte años antes que la Secunda de Sto. Tomás. Y ella nos da la Etica sistematizada, haciendo proceder toda la doctrina moral de la noción de bien» (1). Tenemos, pues, aquí una obra, independiente de Sto. Tomás, y que expone toda la doctrina moral conforme a un plan único. El mismo Grabmann afirma su construcción sistemática con estas palabras: «Todas las tres partes inéditas de la Summa de creaturis, pero sobre todo las de bono sive de virtutibus, son precisamente muy importantes como ejecución sistemática y constituyen la mejor prueba de la potencia sintética de nuestro gran escolástico alemán».

A causa de estos tres méritos, a saber, la universalidad, mostrada en el respetuoso aprecio de los Padres, en la íntima unión con sus predecesores y en el atrevido empleo de Aristóteles y de sus comentadores, a causa de su eminente sentido de la realidad y a causa de su genial tentativa, coronada con el éxito de exponer en un todo bien trabado la Moral, Alberto debe ser contado entre los grandes moralistas.

Vamos a tomar ahora algunos puntos para mostrar al detalle el trabajo de Alberto y el mérito de su Moral. Para ello comenzaremos por los dos postulados de toda la Moral cristiana, la libertad humana y la gracia divina.

* * *

Donde no hay libertad no hay moralidad. Alberto vió todo el orden moral amenazado por el más famoso representante del aristotelismo arábigo, por Averroes, que consideraba el entendimiento, no como una potencia individual del hombre, sino como una fuerza universal, transcen-

(1) Gabmann M., Der Einfluss Alberts d. G. auf das mittelalterl. Geistesleben, 15.

dental, cósmica. Con esto arrebatada a los individuos la responsabilidad personal, y la moralidad desaparecía. Alberto se había propuesto por tarea de su vida derribar a este adversario, y así en sus obras dedica la mayor atención a este problema volviendo una y otra vez sobre él. No sólo en los escritos filosóficos, sino en las obras teológicas concede a la cuestión de la libertad amplio espacio. De las tres definiciones corrientes entonces del concepto de libertad, juzga las dos primeras desde el punto de vista filosófico, la tercera desde el punto de vista teológico. He aquí la de S. Anselmo: «La libertad es el poder de conservar el bien moral de la voluntad por sí mismo». En esta definición al «por sí mismo» propone él una pequeña corrección, señalando el bien moral como la razón próxima y Dios como la razón última de las acciones morales. La raíz de la libertad la ve él en la independencia de la materia, pero en último término en la ordenación de Dios. Magníficos son sus razonamientos con que muestra cómo a medida que se expande la libertad, crece también su poder y su excelencia; pero, entendámonos, sólo cuando se expande en el bien (1). La facultad de obrar el mal no se ha de considerar como verdadera libertad. El mal mismo lo concibe él como un defecto, y por consiguiente como una impotencia la facultad de ejecutarlo. Y con admirable agudeza aplica esta doctrina al pecado y al poder de pecar (2).

En consideración a la libertad, Alberto dedica también a la *sindéresis* particular atención. La *sindéresis* es para él lo más noble que hay en el alma, lo único que quedó incólume en el naufragio del pecado original.

Por amor a la libertad S. Alberto contradice no raras veces a S. Agustín, a quien en lo demás sigue con particular fidelidad; más bien diríamos que adapta las palabras del Doctor de la gracia, cuando le parece que en ellas peligra la libertad humana.

Alberto desliga la *sindéresis* de la razón y el libre albedrío, que es la propia facultad de elección de la voluntad, para poner más de relieve la independencia (3). La libertad humana la trata con el mayor cariño y la cree en peligro, si aquel hábito descansara en la inteligencia tan fácilmente expuesta al error, y si la voluntad, que con relación al bien universal se mueve necesariamente, fuese la facultad de elegir propiamente tal. Sto. Tomás corrigió estas imperfecciones del sistema de su Maestro, conservando todo lo bueno de él. Pero en la doctrina de orientación puramente objetiva, y de la exposición tan serena y casi monótona del Aquinatense, no resalta con tanta fuerza aquello por lo que Alberto lucha con

(1) II Sent. d. 7, a. 2, ad 1.

(2) *Summa Theologiae* II, q. 141, m. c, contra 2.

(3) *Summa Theologiae* II, tr. 16, q. 99, m. 2, a. 1, ad q. 1: *Summa de creat.* II, q. 70, a. 3.

tanto ardimiento: la alteza del hombre en su libertad y responsabilidad, como fundamento de toda la moral.

En su doctrina sobre la gracia, que es el preámbulo básico de toda la moral sobrenatural cristiana, Alberto sigue, más fielmente aún que en otros tratados, al Doctor de la gracia, S. Agustín, y utiliza con predilección los elementos sólidos del Neoplatonismo, sin renunciar con todo a completarlos con Aristóteles. Aunque este tratado más parece en muchas partes una yuxtaposición de elementos dispares, que un todo bien trabado, todavía se debe consignar el rasgo genial que informa todo el tratado. Alberto consagra a la doctrina de la gracia una atención especial apologética. Los comentadores judíos y arábigos, con su negación de la Providencia, excluían el orden moral y abandonaban el hombre a sí mismo, y en último término a la desesperación. Contra ellos presenta Alberto la gracia como una operación y manifestación de la Providencia divina. La gracia es para él un don libre de Dios, que nadie puede merecer ni exigir. Se da al hombre, que hace lo que está de su parte, porque Dios en su bondad desea comunicársela. A su juicio es la gracia algo creado, real y que, filosóficamente considerado, debe ser denominado un accidente, aunque prefiere designarlo sencillamente como una *perfección* (1). El sujeto de este don de Dios es el alma, y ciertamente lo más íntimo del alma.

El pensamiento unificador de este tratado está tomado de la Moral. Alberto demuestra con hechos que existe en toda criatura una doble inclinación a la nada y al ser (2). Pero Dios es el Ser eterno. La criatura, porque viene de la nada, tiende a la nada; y porque viene de Dios, que es el Ser, aspira a ser. Y esta aspiración a ser, así como la idea que de ella hay en Dios, no sólo responde a su contenido esencial, sino también a su modo de ser.

Pasaremos por alto la opinión de Alberto sobre la posibilidad de actualizar esta tendencia en las criaturas irracionales, limitándonos al hombre. Este participa, según S. Alberto, de la misma doble tendencia. Porque viene de la nada, tiende también a la nada. Y no solamente por razón del cuerpo; también el alma, no obstante ser espíritu imperecedero, participa en su actividad de esta inclinación a la nada, y es la tendencia al pecado. Efectivamente, el alma considerada en sí misma es más disposición que ejecución, es más potencia que acto. Pero en ella existe una especial tendencia al ser, y esta tendencia se actualiza por la gracia (3). Cuando ésta mora en lo íntimo del alma e invade sus potencias,

(1) IV Sent., d. 46, a. 5, ad 2.

(2) Summa de creat. I, tr. 4, q. 20, ad 2. Confer. Doms. 16.

(3) I Sent., d. 37, a. 2, ad 1, 2.

entonces el alma se aleja de la nada para acercarse al Ser eterno. Y, siendo la gracia una participación de la naturaleza divina, Dios mismo está con ella de una manera especial, cuando la gracia se halla presente en el alma. Y todo el tiempo que ella permanece cerca de Dios, otro tanto permanece en la gracia, tiende eficazmente hacia el Ser eterno y sus acciones tienen mérito para la eternidad. Así resalta en la doctrina de S. Alberto, más que en la de los otros, la unión estrecha de la gracia con la naturaleza. El lo mira todo desde el punto de vista de la perfección del hombre, por tanto desde un punto de vista rigurosamente moral.

Alberto no tocó el problema de la libertad y de la gracia. Su atención se fijó casi exclusivamente en la gracia habitual, en la gracia santificante, en las virtudes infusas. Ciertamente es que él reconoce en el hombre la necesidad de ser movido para conocer y desear; pero no insiste sobre ello en este tratado de la gracia. Muy en paz se hallan en él, uno al lado del otro, los dos principios fundamentales de la Moral cristiana, la libertad y la gracia. Por su modo de proceder y por el punto de vista en que lo considera el Santo, merece este tratado particular atención.

Si ahora echamos una mirada a dos actos de la gracia, el acto del amor y el acto de la contemplación, se nos mostrará S. Alberto en su modo de proceder como eminente moralista. Es cierto que no alcanzó a ver en la amistad lo más formal de la caridad. Estaba esto reservado a Santo Tomás, que en su comentario a las Sentencias cierra con esta afirmación su investigación sobre la esencia de la caridad, y en la Suma empieza con la misma sentencia todo su tratado sobre esta virtud. Alberto no calificó expresamente la caridad de amistad (1).

Pero le fué concedido mostrar de un modo particular y casi con más agudeza que Sto. Tomás, tres puntos importantes, que a la caridad conciernen. El primer punto se refiere al desinterés, que es propio del amor. Mientras que Sto. Tomás trata este asunto por primera vez en la cuestión cuarta de la caridad, nosotros podemos admirar en Alberto un teólogo práctico, que propone la cuestión desde el principio. En el primer artículo de la cuestión primera sobre la caridad, en sus comentarios a las Sentencias, se pregunta: *Utrum charitas sit virtus?* y en la respuesta ad 1.^o insiste en la declaración del *diligere Deum propter se*, afirmando un desinterés que, lejos de toda aniquilación del individuo, halla su propia perfección en el verdadero amor de Dios.

En el estudio de esta cuestión establece de una manera ejemplar el objeto formal del acto de la caridad, la bondad divina comunicándose. Y expone asimismo un triple *propter se*: «*Propter se non dicit causam unam tantum, sed tres, scilicet, quae est ut objectum, et quae est ut effi-*

(1) III Sent., d. 29, a. 4.

ciens, et quae est ut finis». El diligere Deum propter se ut objectum lo explica como causalitas formalis. Mientras Sto. Tomás termina en la substantia, quae est bonitas, Alberto se queda en las bonitas, que toma formalmente como difusiva y comunicativa.

Y aquí se debe hallar en último término la ratio formalis objecti, sin hacer caso, como de cosa dicha de paso, de que llama a la caridad amicitia. Con esto no se quiere afirmar que el *ser amado* en cuanto tal sea más esencial a la caridad que el *amar*; sino sólo se dice que el *amar* de Dios, como ratio formalis objecti, precede al amar del hombre. Y así es posible conciliar a Tomás con Alberto en el diligere Deum ut finem. En la explicación del tercer propter S. Alberto pone aun más de relieve que Santo Tomás la supernaturalidad del acto de amar. Mientras que Sto. Tomás explica el diligere Deum in genere causae efficientis, a saber, en que Dios debe ser amado por sí mismo, porque nadie produjo la bondad de Dios y le ha hecho donación de ella; Alberto considera la cuestión desde nuestro punto de vista, en el sentido de que nosotros no podemos, por nosotros mismos, amar a Dios en la manera dicha, es El quien causa en nosotros este amor. Sto. Tomás reduce esto al orden de la causa material, limitándose a la mención de los beneficios divinos, que nos incitan al amor, y a la afirmación de que el habitus charitatis debe ser infundido. De la gracia actual no habla Sto. Tomás aquí.

Alberto no se contenta con esto; exige una atracción y un movimiento semejante a la moción, en virtud de la cual el hombre, en el orden natural, va al bien universal. Expresamente pone él esta comparación. Ciertamente es que Alberto tampoco intercala aquí el tratado de gratia actuali operante; pero dice tanto, que nosotros hemos de reconocer en este diligere Deum propter se in genere causae efficientis aquella moción, que como gratia operans domina tanto la voluntad, que ella, libremente y sin salir aún de su determinación habitual, sino precisamente llevada por la gracia, se vuelve hacia este fin y así cada vez, si es posible, tiende a este fin con mayor fuerza que es propio de la voluntad habitual. Es esta la motio mystica, en la cual el hombre, procede de una manera especial pasiva, que le viene del uso de los dones. Estos tiene el hombre sobre la base de la caridad, de donde todos ellos fluyen.

Respecto de la contemplación, esta piedra de remate de la perfección humana en esta vida, se ha hecho a Sto. Tomás el reproche de no haberla tratado. En lo cual hay esto de verdad, que no escribió sobre ella ningún tratado particular. Pero no se debe pasar por alto que puso los principios con entera claridad, y aun más, que ha estudiado con gran acierto el estado de contemplación, la vida contemplativa. A la verdad, el acto en sí mismo y las cuestiones que sobre él proponen hoy los místicos, si en él se halla el hombre en estado completamente pasivo, si es necesaria para él la cooperación de los sentidos, si ese acto exige espe-

cies infusas, y otros puntos semejantes, esos Sto. Tomás los ha tocado ligeramente acá y allá.

En cambio Alberto los ha tratado exprofeso en su comentario a la *Theologia mystica* del Pseudo Areopagita. Y aquí asienta él sus conclusiones con una claridad y aplomo, y tan en armonía con los principios establecidos por Sto. Tomás, que cabría la duda de si esta obra era de Santo Tomás, de no constar tan irrefragablemente ser obra de S. Alberto. Mas porque hoy la contemplación no es tratada en la Teología Moral, sino en la Mística, no queremos entrar en más detalles sobre las admirables explicaciones de Alberto. Bástenos recordar que la *Revue Thomiste* reconoce sobre este punto la gloria de Alberto en el número consagrado a su honor: «La doctrine du bienheureux Albert sur la contemplation immediate est donc claire et ferme. St. Thomas la reprendra avec la même fermeté, avec la même lucidité; en cette matière il ne surpassera pas son Maître» (1). Yo no sabría decir dónde Sto. Tomás haya tratado este tema con tanta claridad y cohesión. Al contrario, nosotros tenemos aquí un caso bien palpable y significativo de que toda una sección de la doctrina albertina ha podido ser incorporada al sistema del Aquinatense.

De lo dicho resulta suficientemente probada la gran significación de S. Alberto en la Teología Moral. Podríamos corroborar todo lo dicho con los juicios laudatorios de muchas autoridades, sobre todo con las palabras de Hermann Lauer, Herbert Doms y Richard Egenter, pero tememos ser fatigosos al lector. Sólo una cosa no debemos pasar en silencio: Alberto ha sido declarado Doctor de la Iglesia por nuestro santísimo Padre Pío XI a causa de la universalidad de su doctrina. Aun cuando esta universalidad faltase, su doctrina moral sería suficiente motivo para otorgarle este honor.

FR. HIER. WILMS, O. P.

(1) Meersseman G., *La contemplation mystique* (*Revue thomiste* 1931), 197.

S. Alberto Magno expositor de los Salmos

La fuente primera de la ciencia y de la piedad cristianas es la S. Escritura. Y para defender la fe y enseñarle al pueblo fiel los antiguos Padres acudían en busca de doctrina a los Libros sagrados, los cuales interpretaban siempre a la luz de la tradición apostólica. Los mismos fieles seguían en esto el ejemplo de sus pastores. Para todos era norma de conducta la palabra de S. Pablo: «Todas las Escrituras divinamente inspiradas son útiles para enseñar, para argüir, para corregir y para instruir en la justicia, haciendo al hombre de Dios perfecto y dispuesto a toda obra buena» (II Tim. III, 16 s.)

De los libros que componen el Antiguo Testamento eran los Salmos, sin duda, los más leídos. Por su contenido y por su forma literaria se prestaban especialmente para la instrucción y para el fomento de la piedad. Como en la época antigua de Israel se cantaban en el Templo y en las sinagogas; así la Iglesia los adoptó en su liturgia, y los fieles que los cantaban en las asambleas, los repetían luego en medio de sus quehaceres. S. Basilio pondera esa utilidad con estas palabras: «Propterea ergo psalmodum nobis per modulos apta sunt carmina, ut qui, vel aetate puerili, vel adolescentes sunt moribus, quasi cantinela quadam psallentes delectari videantur. Revera enim animos illuminant ac mentem. Plurimi enim ex his qui in Ecclesiam committunt, neque apostolica praecepta facile possunt, neque prophetica vel liquido discere, vel si didicerint, retinere; psalmodum vero responsa et intra domos, interdum etiam in publico, canunt» (Prol. in Psalmos). Bien conocidas son las palabras de S. Jerónimo a Marcela, con que la quiere invitar a visitar la Tierra Santa: «In Christi vero, ut supra diximus, villula, tota rusticitas, et extra psalmos silentium est. Quocumque te verteris, arator stivam tenens, alleluia decantat. Sudans messor psalmis se avocat, et curva attondens vitem falce vinitor, aliquid davidicum canit. Haec sunt in hac provincia carmina; haec, ut vulgo dicitur, amatoriae cantationes, hic pastorum sibilus, haec arma culturae» (Epist. 5).

Teodoreto nos cuenta en su prólogo a la exposición de los Salmos que

esta fué precisamente la razón, que le movió a emprender la interpretación del Salterio: «Mihi quidem prae caeteris divinis oraculis bonum visum est magni Davidis prophetiam interpretari; quandoquidem religionis studiosi, tum qui urbes, tum qui agros incolunt, praecipuam operam huic parti navant omnes. In primis vero qui monasticam vitam agunt, dies noctesque davidicos versus in ore habent, Deum rerum omnium auctorem decantantes, et corporis motus compescentes. Divina enim gratia, temperans utilitatem carminis suavitate, gratam admodum et amabilem doctrinam hominibus proposuit. Licet videre plerosque homines, aut nullam, aut levem de aliis divinis libris mentionem facere, sed de spiritualibus divini Davidis canticis multos saepenumero, et in domibus, et in compitis, et in viis meminisse, cantusque modulatione seipsos demulcere, et per hanc animi delectationem utilitatem consequi».

La misma causa, que movió a Teodoreto a escribir su comentario a los Salmos, movió también a muchos Padres, y esa misma es la que mueve a la mayor parte de los que hoy acrecen con sus trabajos y ediciones el número incalculable de los comentarios o versiones del Salterio. No será, pues, de maravillar que esta razón influya en el método de la exposición.

Las primeras escuelas de la Edad media limitaban su enseñanza a la exposición de la Escritura, ilustrada con los comentarios de los Padres. La *Glossa Ordinaria*, compuesta por el monje benedictino de Fulda Walafrido Estrabon (s. IX), enriquecida más tarde con la *Glossa marginalis* de Anselmo de Laon (s. XII), constituía el monumento más importante de la tradición exegética de los siglos medios. Aun cuando en las escuelas se introdujo el estudio de las Sentencias, y el razonamiento teológico, y hasta la filosofía aristotélica, dando así origen a la teología escolástica, la Escritura conservó todavía su puesto de honor. Los doctores se denominaban *maestros in sacra pagina*, y el texto propio, que debían explicar en clase, era la S. Escritura (Cfr. La C. T., t. XIV, 190 ss. 1916).

La labor literaria de S. Alberto Magno incluye muchos comentarios a la S. Escritura, así del Antiguo como del Nuevo Testamento. Pero de estas obras exegéticas se puede afirmar lo mismo que de las teológicas, filosóficas y científicas, que piden todavía una labor crítica para descubrirlas, distinguir las ciertas de las dudosas o apócrifas, para editar las que resulten auténticas con la debida corrección. Las que conocemos como tales son de muy diversa índole, según los propósitos del autor. Entre ellas figura un extenso comentario a los Salmos, que en la edición moderna, hecha por Borgnet, ocupa tres tomos, el XV, XVI y XVII (1). A pesar de algunos reparos de crítica interna, que contra su autenticidad

(1) Parisiis, apud Ludovicum Vives. Bibliopolam Editorem. 1892-1893.

dad ha puesto algún moderno investigador, no parece que hay motivos para dudar de su autenticidad.

Tales comentarios no están escritos con el criterio exegético que hoy domina en el estudio de la Biblia, sino con el que regía en las escuelas medievales. En él se echa de menos el sentido histórico, y por tanto el esfuerzo por fijar el pensamiento del autor sagrado según el grado de la revelación profética, que él hubiera alcanzado. Se leen los salmos a la luz de la revelación plena del Nuevo Testamento y de la ciencia teológica del siglo XIII. La exégesis moderna, demasiado apegada a las formas históricas y humanas de la verdad escrituraria, no sabrá estimar la obra de nuestro Doctor medieval; pero la exégesis que en la S. Escritura busca la edificación, que mira la verdad bíblica como enseñanza del Espíritu Santo, la cual trasciende todos los tiempos y las formas humanas, podrá sacar de estos comentarios no pequeño provecho. Y en obsequio de los que leen y estudian los Salmos con este espíritu, nos hemos tomado el trabajo de darles a conocer esta grande obra exegética del nuevo Doctor de la Iglesia.

II

Concepto de la S. Escritura.

Antes que abordemos el estudio del Salterio según la mente de nuestro Doctor, debemos exponer brevemente lo que él piensa de la S. Escritura. Estas ideas están casi todas tomadas de sus obras teológicas. Ni por la riqueza ni por la precisión y profundidad se pueden comparar con las de Sto. Tomás; pero todavía convienen con ellas en la sustancia.

Y lo primero que hemos de notar mira a la naturaleza sobrenatural de la verdad divina, que es objeto de la fe y por tanto de la revelación contenida en los Libros Santos. San Pablo ha dejado escrito que el que se acerca a Dios debe creer «que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan» (Heb. XI, 6). Pero estas dos verdades de la existencia de Dios y de su providencia, a que se reducen como a principios supremos los artículos de la fe (II. II. q. 1, a. 7), son verdades que la razón natural alcanza, verdades por consiguiente naturales. ¿Serán éstas de las que habla el Apóstol? Nuestro Doctor responde que no: «cum dicitur *quia est*, non credo quod supponatur quia est in universali tantum *quia hoc investigatur ratione tantum*, vel naturali cognitione, sed *quia est determinatum in quibusdam articulis determinatis revelatione*; et cum dicitur quod inquiringibus se remunerator est, hoc facit ad spem et amorem» (In III Sent. d. XXV, a. 2; t. XXVIII, 476). En la respuesta al argumento siguiente insiste en la misma idea de que la existencia y providencia de

Dios, a que se refiere el Apóstol, deben entenderse como las conocemos por la divina revelación, que son sobrenaturales. Este principio es de sumo interés para la recta aplicación del método histórico, tan desastrosamente aplicado por los protestantes, que borran toda diferencia entre las doctrinas bíblicas y las que, semejantes a éstas, se pueden hallar fuera de Israel.

Otro punto no menos importante para la recta aplicación del mismo método es el progreso de la fe, o lo que es igual, de la revelación profética, que es el objeto de la enseñanza escrituraria. Nuestro Santo distingue en ella tres grandes períodos representados por Moisés, por los Profetas, por Cristo y los Apóstoles: «Fuerunt enim Scripturae quasi initiatae in Moyse, profecerunt in Prophetis, consummatae vero sunt et perfectae in Christo et Apostolis» (In ps. X, 4; t. XV, 144). Pero conviene notar cómo se realiza este progreso de la revelación por vía de explicación de los dos principios antes mencionados: «Ad aliud dicendum quod non creverunt articuli *in se*, sed crevit *articulorum revelatio vel explanatio*; et hoc non est articulum crescere nisi per accidens». E ilustra esta materia por un ejemplo: «Licet enim passio forte tunc (in Lege) alicui determinate non innotuerit, tamen erat articulus, et credebatur implicite ab eis, quando aliquis quicumque modus liberationis (i. e. redemptionis) ab eis futurus credebatur» (In III Sent., d. XXV, a. 1, ad 2; t. XXV, 275). La fe en el Redentor futuro fué siempre necesaria para alcanzar la salud, pero no la fe explícita en tal modo de redención: «Est Mediatorem considerare dupliciter, scilicet, in particulari secundum sacramenta quibus mediavit, vel universaliter secundum quaecumque mediare vellet. Et primo modo videtur mihi secundum Mag. Hugonem, qui hoc expresse dicit, quod non tenebantur explicite credere antiqui, sed modo secundo omnes. Primo autem modo soli illi, quibus facta est revelatio, et illi qui ab illis fuerunt instructi, dummodo instructionem illorum intelligere potuerunt...» (In III Sent., d. XXV, a. 2; t. XXVIII, 476).

Siguiendo al mismo Maestro Hugo, explica más en detalle el desarrollo intelectual de la fe de cuatro modos: «scilicet, revelatione desuper illustrante, doctrina explicante, re credita eveniente, et studio veritatis intellectum aperiente» (In III Sent., d. XXV, a. 1; t. XXVIII, 474 s.)

Más adelante declara la diferencia que, tocante a la declaración de la fe y al consiguiente progreso de la doctrina, existe entre la edad escrituraria y la que ahora vivimos comenzada con la muerte del último Apóstol. «*Antiquitus enim fiebat ad manifestationem articulorum illa revelatio; sed modo fit ad expositionem eorum, quia omnes sunt declarati, quos oportebat credi*» (In III Sent., d. XXV, a. 4; t. XXVIII, 480). Estas palabras nos dan la clave para fijar la diferencia que existe entre el progreso de la revelación en el período escriturario y el progreso que existe después

de completada la revelación, cuando «omnes articuli sunt declarati, quos oportebat credi».

Este punto de doctrina es de tanta importancia que sin él es imposible la inteligencia de la verdad revelada en la S. Escritura, sobre todo en el Antiguo Testamento. La armonía de los dos Testamentos, así como la de sus distintos libros entre sí, no puede realizarse sin tener en cuenta este principio fundamental, enseñado por S. Crisóstomo y la escuela antioquena, recibido, como vemos, por los doctores medievales, fijado por Sto. Tomás, y en mala hora descuidado, cuando no olvidado del todo, por los teólogos modernos, a algunos de los cuales huele esta doctrina a modernismo vitando.

Todo lo que hasta aquí llevamos dicho acerca de la doctrina de la fe lo creemos de suma importancia para conocer lo que es la Escritura, y lo consideramos como el primer capítulo de toda introducción teológica a la S. Escritura, no obstante que los tratadistas no se acuerden de ella.

Tocante a la composición de la Escritura, S. Alberto nos resume en una forma escolástica, y como tal, breve, clara y precisa, la doctrina tradicional. Dice, pues, en el prefacio de su comentario a los Salmos: «Ex dictis patet quae causa efficiens hujus libri, quia movens et non mota, Spiritus Sanctus; movens autem et mota, ipse David». No cabe duda que, según su mente, esta fórmula es universal y aplicable a todos los libros de la Escritura y no al Salterio únicamente. Para obtener una explicación teológica de la inspiración escrituraria, no hay más que ampliar las fórmulas de nuestro Santo con la doctrina de la subordinación de las causas principal e instrumental (1).

De esta explicación síguese luego la doctrina de los sentidos de la Escritura. Estos dependen de la intención del autor, que en la Escritura habla. Veamos ahora cómo se expresa nuestro Doctor: «Scriptura potest attendi penes intentum a scribente, vel penes intentum a Spiritu Sancto inspirante et illuminante. Si primo modo, sic est *sensus historicus*; si secundo modo, intentum a Spiritu Sancto, aut respectu viae, aut respectu patriae. Si respectu viae, aut secundum verum fidei, et sic est *sensus allegoricus*; aut secundum bonum operum, et sic est *sensus moralis*; si autem est intentum respectu patriae, tunc est *sensus anagogicus*» (In I Sent. d. I, a. 5: t. XXV, 20). Es decir, que la intención del Espíritu Santo trasciende la intención del autor sagrado. Lo que éste conoce e intenta expresar es el sentido histórico o literal; pero no alcanza los sentidos típicos implícitos en el mismo sentido literal. Esto es importante para la exégesis histórica, para apreciar el valor que tienen en la historia de

(1) Vosté: *El B. Alberto el Grande y la doctrina de la inspiración escrituraria*. La C. T. t. XV, 391-393 (1917).

la revelación divina las exposiciones típicas del Antiguo Testamento. Sto. Tomás va más allá aún al decir que los profetas como instrumentos imperfectos que son, en manos del Espíritu Santo, no alcanzan todo lo que en sus palabras quiere decir el Espíritu divino. Lo cual no mira sólo a los sentidos típicos sino al mismo sentido literal. Es una consecuencia de la doctrina antes expuesta sobre el progreso de la revelación profética, completada por el Angélico con la afirmación de que Dios no comunica a los profetas mismos sino aquello que el pueblo se halla en condiciones de recibir (II. II. q. 1, a. 7, ad 8.^m) La doctrina sobre los cuatro sentidos la repite y declara Alberto M. en otro pasaje: «Ad hoc dicendum quod in veritate quatuor sunt modi exponendi id quod dicit Sacra Scriptura, ut dicit Beda. Ita tamen quod, sicut dicit Apostolus (I Cor. XV, 46): Non prius quod spiritale est, sed quod animale; deinde quod spiritale. Unde litteralis sensus primus est, *et in ipso fundantur tres alii sensus spirituales*». De aquí parece seguirse que no puede hacerse la exégesis típica sin que preceda la literal. Obrar de otro modo sería edificar sin cimientos. Nuestro Santo liga luego los tres sentidos típicos con las tres virtudes teologales: «Tria enim sunt ad quae nos instrui oportet, verum scilicet, illuminans intellectum per fidem, et ad hoc deservit sensus allegoricus; et bonum virtutis, quo perficitur affectus ad meritum, et ad hoc deservit tropologicus sive moralis; et finis beatitudinis, ad quem tendimus, et ad hoc deservit anagogicus. Et isti tres stant in litterali sicut in fundamento» (Sum. Theol. P. I. Tract. I, q. 5, m. 4; t. XXXI. 28). Es digno de consideración lo que a continuación dice del sentido tropológico, aplicable al sentido típico en general: «Ad id quod de tropologico obijciatur fere similiter respondendum. Rudis enim concio per similitudines rerum facilius inducitur, quam per apertos sermones, praecipue propter hoc, quia sermo de moribus, ut dicit Aristoteles in IX Ethicorum, non habet sufficientem persuasionem, sed plus accipitur amore, vel coactione, quam persuasione. Tropologice autem ut amabilis vel coactivus proponitur, et ideo plus ad instructionem valet tropologicus quam sermo planus; sermo enim planus de moribus non ex ratione persuasivus est» (Ib. ib. t. XXXI, 29). Esta es la razón, sin duda, del amplio uso que hace nuestro Doctor de la exégesis típica, no limitando este sentido, a solas las cosas materiales de la historia sagrada, sino extendiéndolo a las mismas metáforas, que se complace en alegorizar, considerándolas como vehículos muy acomodados para la instrucción y persuasión. Esta doctrina que hemos sacado de las obras teológicas de S. Alberto M., no puede sin duda compararse con la de Sto. Tomás, más rica, más profunda y más precisa; pero todavía merece tomarse en cuenta, primero por la explicación de algunos detalles, y luego porque siempre adquiere mayor autoridad en Teología la doctrina que apoyan mayor número de doctores.

III

Idea general del Salterio.

Según el texto antes citado sobre los autores del Salterio, el autor humano de él es David, y a nuestro Santo no se le ocurre plantear el problema literario, que por otra parte no entraba para nada en su plan. sencillamente se atiene a la tradición de que el Salterio tiene por autor a David. Sin perjuicio de esto nuestro Doctor no desconoce la tradición, inspirada en el IV de Esdras, de que Esdras había restituído el texto todo del Antiguo Testamento, perdido durante los calamitosos años de la guerra y de la cautividad. Obra suya es también la colección de los salmos en un libro, el orden de los mismos y los títulos que llevan. Estos responden al sentido de cada salmo y así resultan de grande importancia para la inteligencia de los mismos

En la misma Glossa ordinaria que S. Alberto utiliza se citan los testimonios de S. Atanasio, de S. Hilario y de Teodoreto, en que se consigna esta tradición. Dice así el último: «Supra centum quinquaginta annos ante interpretationem ptolemaicam mirabilis ille Esdras edidit in lucem libros caelestis gratiae plenos, qui quidem, tum propter Judaeorum incuriam, tum ob impietatem babyloniorum, diutius depravati permanesere» (1).

Y S. Hilario: «Non est ignorandum discretum apud Hebraeos esse numerum psalmodum, sed sine ordinis annotatione esse conscriptos, permixtos sine praescriptione ordinis et numeri. Esdras enim dispersos in unum volumen collegit; septuaginta seniores eorum vim caelestis scientia intelligentes, in numerum et ordinem eos redegerunt singulis quibusque numeris pro efficientia sua et absolute perfectione perfectorum et efficientium psalmodum ordinem deputantes». Hilario había tomado estas noticias de los Padres orientales. De los cuales dice Teodoreto, a continuación del pasaje antes citado: «Si igitur Esdras divino numine affatus horum voluminum memoriam illis hominibus renovavit (a los Setenta intérpretes), etiam hi septuaginta viri non sine sancto Spiritu haec opera in graecum sermonem converterunt. Inter caetera vero sacra volumina etiam inscriptiones interpretati sunt. Rem igitur nimiae temeritatis et confidentiae plenam arbitror, falsas illas existimare, et nostras rationes vi sancti Spiritus sapientiores judicare. Hoc autem apertius ostendet singularis psalmodum explicatio».

Nuestro Doctor menciona varias veces a Esdras atribuyéndole algu-

(1) Prothemata in librum Psalmodum. T. III, c. 437, ed. Antuerpiae, 1617.

nas indicaciones, que fijan el sentido mesiánico de los salmos. El salmo VII, lleva por título *Psalmus David, quem cantavit Domino pro verbis Chusi filii Jemini*. Lo primero indica el autor, lo segundo el motivo de su composición. «Tamen secundum rei veritatem et sicut vult Hieronymus hic titulus huic historiae non alludit. Et hoc probat Hieronymus: Chusi, de quo agitur in libro Regum, fuit filius Arachi; hic autem dicitur filius Jemini... Unde magis, secundum Hieronymum, videtur compositus esse psalmus contra Saulem. *Sed melius est* ut dicatur, quod nec de historia Absalonis, nec Saulis hic agitur in hoc psalmo; *sed Esdrae sic placuit velare mysterium sub interpretationibus nominum praedictorum*» (VII, 1; t. XV, 84). De manera que la indicación histórica, que parece debía servir como de clave para interpretar el texto, sirve más bien para desconcertar al lector y para velar el sentido misterioso del salmo. En el salmo XV la expresión «ipsi David» sirve al contrario para declararlo: «Regula enim est, quod ubi discretivum nomen, *ipsum* additur David intelligatur, non materialis David, sed spiritualis, scilicet, Christus. In hoc autem modo intitulandi Psalmos *videtur Esdras spiritu prophetico subsannasse Judaeos*, qui Christum non crediderunt Regem et caput Ecclesiae, a quo in eam influeret omne bonum, et intellexisse spiritu prophetico factum Pilati, qui scripsit titulum et apposuit super caput Christi crucifixi: *Hic est Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, et non alius» (XV, 1; t. XV, 186).

Demos un paso más adelante y vengamos a tratar del objeto de los Salmos. En lo cual supera el Salterio a los otros profetas: «Non enim hic, sicut in Prophetis aliis, futura bella, captivitas babylonica, et reversio de illa, tanquam intentum principaliter prophetantur, sed Christi mysteria, Incarnatio, Passio, Resurrectio, Ascensio et caetera mysteria, quae tantae altitudinis erant, et, ut ita loquar, in tantum in Dei visceribus profundata, ut ipsos etiam angelos, qui *semper vident faciem Patris*, lateant» (Praef. p. 3 s.)

Esta doctrina no es suya; pertenece totalmente a la tradición exegética del Salterio y se halla consignada en la Glossa ordinaria. Oigamos a S. Hilario: «Non est vero ambigendum ea quae in psalmis dicta sunt secundum evangelicam praedicationem intelligi oportere, ut ex quacunque licet persona prophetiae spiritus loquutus sit, tamen totum illud *ad cognitionem adventus Domini nostri Jesu Christi et corporationis, et passionis, et regni, et resurrectionis, nostrae gloriam virtutemque referatur*». Jesucristo es la llave con que se han de abrir los tesoros cerrados de las profecías, y quien esta llave no tenga, como los judíos nada entenderá de estos misterios. San Agustín es más preciso y más categórico aún: «Materia (psalmoreum est integer Christus, sponsus et sponsa. Intentio, homines in Adam deformatos Christo novo homini conformare. Modus tractandi, quandoque agit de Christo secundum quod caput est, aliquan-

do secundum corpus, aliquando secundum utrumque. Secundum quod caput tripliciter, quia, vel secundum divinitatem, ut *Tecum principium*, etc.; aliquando secundum humanitatem, ut, *Ego dormivi*, etc.; aliquando per transumptionem, ut quando utitur voce membrorum, sicut ibi. *Longe a salute mea*, etc. Item de Ecclesia tribus modis. Aliquando secundum perfectos, aliquando secundum imperfectos, aliquando secundum malos: qui sunt in Ecclesia, corpore non mente, numero non merito, nomine non numine». Este pasaje se halla citado en la Glosa, l. c., 436. Casiodoro lo copia también en su prefacio al Psalt. c. XIII (M. 70, 18). Santo Tomás, que pone a Moisés a la cabeza de los profetas por sus revelaciones sobre los misterios de la divinidad, concede, sin embargo, la primacía a David cuando se trata de los misterios de Cristo: «Sed David plenius cognovit et expressit mysteria incarnationis Christi» (II. II. q. 174 a. 4 ad 1.^m). Acerca del mesianismo de los salmos ha existido y existe no pequeña contienda entre los exégetas. Sobre este tema creemos muy atinadas las palabras siguientes de Cornely: «At non omnes (psalmi) eadem ratione sunt mesianici. Alii enim literali sensu ita agunt de Christo ejusque regno, ut omnem aliam explicationem respuant, alii Davidem vel alium regem V. T. ejusque fata respiciunt, quatenus Christum vel res ad eum pertinentes praefigunt, ita ut typico sensu de rebus Christi aut de ejus persona intelligi possint ac debeant; alii proxime de homine justo generatim ita agere videntur, ut eorum verba plenum et perfectum suum sensum non consequantur, nisi de justo $\chi\alpha\tau' \epsilon\lambda\epsilon\gamma\chi\eta\nu$, i. e. de Christo, simul intelligantur (ex. gr. ps. 8, 20, etc.) Alii demum quartam classem adjungunt eorum in quibus psalmista ad magnam illam promissionem David factam (2 Reg. 7) alludit aut eam supponit vel explicat (v. gr. ps. 17, 88, 131, etc.) (1).

Para nuestro Santo el mesianismo universal del Salterio no ofrece dudas, ni parece necesitar distingos. Y este principio fundamental, que luego toma como norma en toda su exposición, empezando en el salmo I: «*Beatus vir*. Constat quod totus liber iste de Christo est, ut patet ex causis et ex titulo, qui talis est: «Incipit liber hymnorum et soliloquiorum David de Christo». Sed Christus totus est caput et corpus (Ad Eph. I, 22 s.) *Ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam quae est corpus ipsius*». Por consiguiente en este libro se trata al mismo tiempo de Cristo, cabeza y de la Iglesia que es su cuerpo.

En toda exposición doctrinal hecha con arte se debe comenzar por la definición o siquiera notificación del objeto, y así en este primer salmo. En el cual, porque el nombre de Cristo no puede aplicarse a la vez a la cabeza y al cuerpo, usó el salmista otra palabra más genérica, que es el

(1) Hist. et Crit. Introd. in V. T., t. II, n. 193.

Beatus vir, la cual conviene primero a Cristo, pero luego a los otros miembros del cuerpo de Cristo.

Pero siendo cierto que este salmo habla de Cristo y de los impíos, de manera que los cuatro primeros versos hablan de Cristo y los tres restantes de los impíos, nace de aquí una dificultad: ¿cómo se juntan en uno cosas tan distantes? La respuesta es que en los principios doctrinales se comienza definiendo el objeto y luego partiendo de esta misma definición se señala lo que es opuesto a ese objeto: «Sic enim, cum reprobi conveniant cum toto Christo in natura, in principio hujus doctrinae, quae est de toto Christo, subjectum describit et reprobos secernit». Tratando de los réprobos el salmista nos da mejor a conocer a Cristo, como las tinieblas hacen resaltar más la claridad de la luz.

El tema del salmo II se halla indicado en el mismo título, que dice «Psalmus David». El cual indica que fué compuesto por David, y además que trata del espiritual David, esto es, de Cristo. *David* significa *mano fuerte*, lo cual conviene admirablemente a David, que mató a Goliath con la espada misma del gigante, como Cristo, con la mano clavada en la cruz, que el diablo le había preparado, lo venció. Significa también David, de *aspecto agradable*, y Cristo es aquel en quien desean mirar los ángeles, en el cual encuentran los ángeles toda la gracia y hermosura que desear pueden. El tema concreto de este salmo es la potestad regia de Cristo. Mas como hay muchos que desconocen esa potestad y por eso la impugnan en el mismo Cristo o en sus miembros, de aquí la división del salmo en tres partes: en la primera se corrige a los que desconocen a Cristo; en la segunda se pone en claro la verdad de Cristo, y en la tercera se amonesta a los rebeldes para que se conviertan a Cristo (t. XV, 22).

El salmo III, según el mismo título, tiene por tema la tribulación con que afligió a David la sublevación de su hijo Absalón. «Verius tamen secundum spirituales intelligentiam ostenditur materia hujus psalmi, scilicet, Christus». Y entrando más adentro en el tema y tomando por guía la misma historia de David, halla claro que el salmo mira a la persecución que Cristo padeció de su hijo, el traidor Judas. Y halla para esto tres razones: una el afecto que Cristo sentía por Judas, mucho mayor que el que tenía David a Absalón; la otra por el hecho del alejamiento corporal y espiritual que tanto David como Jesús hicieron de sus hijos rebeldes, y finalmente, el término de una y otra rebelión, que fué la ruina de los rebeldes y la consolidación del reino de aquéllos contra quienes se habían rebelado. Y prosigue todavía las relaciones entre Absalón y Judas por la vía de la etimología, que tanto ama nuestro Santo.

El salmo IV, ni más ni menos que los precedentes, tiene por objeto a Cristo, y más en concreto, la influencia que Cristo ejerce sobre sus miembros y cómo los conduce a la gloria (XV, 48). El salmo V habla en particular de la Iglesia, que procede de la gentilidad para ocupar en los de-

signios divinos el lugar desertado por la Sinagoga pérfida (XV, 58). En esta misma forma podríamos recorrer todos los CL salmos y en todos hallaríamos la misma idea y el mismo procedimiento para determinarla. Pero esto ya se ve que es «secundum intelligentiam spiritualem», que al autor interesa, no fijándose sino ligeramente en la historia. Aparte de esto señala algunos salmos como especialmente mesiánicos. Sobre el primer verso del salmo XXI dice: «Hic est psalmus vigesimus primus, in quo sicut dicit Glossa, narratur diffuse Christi passio et dilucide, et est primus illorum, in quibus agitur sic late de Christi passione». Son cinco, añade, los salmos que tratan latamente de la pasión, a saber, el XXXIV, LIV, LXVIII, CVIII y concluye: «Toties enim narratur aperte et diffuse Christi passio, ne quis haesitet de veritate, vel excuset» (l. XV, 297 s.) Otros siete señala que tienen por objeto la exaltación de Cristo, en su doble naturaleza divina y humana, y son el II, VIII, XX, LXXI, LXXXI, CVI y CIX. Es extraño que en esta enumeración se olvide del salmo XLIV, que se canta «in laudum Filii Dei, humanae naturae in utero virginali illi desponsatae» (XV, 663).

La interpretación mesiánica del Salterio, inspirada en los Padres, es el principio fundamental de nuestro Santo; pero se requieren además datos que permitan concretar ese pensamiento general. Esos datos se los suministran generalmente los títulos de los salmos, los cuales, según hemos visto son debidos a Esdras, que los escribió por inspiración divina. Como muchos de los títulos parecen indicar la ocasión de su composición, y en alguna manera el tema que trata, San Alberto se apoya en ellos para precisar el sentido mesiánico, haciendo uso del principio arriba expuesto de que el sentido típico se funda en el histórico. Ya hemos señalado el salmo segundo compuesto por David «cum fugeret a facie Absalom filii sui», que interpreta de la traición de Judas (XV, 38).

El salmo VIII, entre otros lleva el título «pro torcularibus», non materialibus, sicut aperte dicit Glossa, sed spiritualibus, scilicet, ecclesiis, quae torcularia appellantur, ratione et similitudine operis» (XV, 100). El IX tiene por título: *In finem pro occultis filii, psalmus David*, que S. Jerónimo traduce *Victori super mortem filii, canticum David*, lo cual puede aludir a dos hechos distintos de la historia davídica. Pero según la glosa tomada de S. Agustín, «titulus nulli alludit historiae, sed tacta causa efficiente... et utilitate... ostenditur materia psalmi, in quod adjungitur *pro occultis filii David*, filii, inquam David scilicet, Christi, qui filius David dicitur... Vel filii simpliciter, quia, quando dicitur in Scriptura sine determinatione, intelligitur Dei Filius, media scilicet in Trinitate persona... Occulta autem hujus Filii sunt duo, scilicet, ejus latentia in carne mortali, sub qua ejus divinitatis majestatem et potestatem occultaverat... Occulta etiam sunt judicia, quibus mundum regit, disponit et ordinat in praesenti, tam occulta, quod nullis, vel paucissimis, fiunt manifesta». Es-

tos ocultos juicios del gobierno divino son el tema del salmo IX (XV, 111 s.) El largo título del XVII le da ocasión de una exposición larga también, pero es para venir a la tesis desde el principio enunciada de que en este salmo «aguntur gratiae, et laudatur a Christo Deus pro conservatione in bono impetrato in psalmo praecedenti, secundum quod refertur ad Christum pro sui liberatione a morte, et miseriis et judaeis persequentibus; secundum quod ad membra Christi refertur pro certa spe liberationis ab inimicis, daemone et membris ejus et infirmitatibus et miseriis a bono retrahentibus, et ipsa morte» (XV, 217). Por el mismo estilo interpreta el título del salmo LI en el cual la denuncia de David y Aquimelec significa la traición de los malos, o la cabeza de ellos que es el Anticristo; la traición hecha a David es la traición a Cristo mismo; Achimelec es la sinagoga, esto es, el pueblo de Dios antes de la venida de Cristo; finalmente Saúl, a quien la denuncia fué hecha es la muerte a que Cristo fué condenado, o el demonio a quien el Anticristo sirve (XVI, 2 s.) Una interpretación semejante propone para el salmo LII, apoyada en el título «pro Amalec» (XVI, 9 s.), y para el salmo LIII, fundada en la denuncia de los Cifeos (XVI, 15). Y así podríamos señalar otros muchos, que muestran el procedimiento de nuestro Doctor para razonar la interpretación espiritual de los salmos.

Otro punto digno de nota es la división del Salterio y la conexión de sus partes. En primer lugar se divide el Salterio en tres quinquagenas, cada una de las cuales desarrolla un pensamiento principal, lógicamente ordenado con los demás. La primera pertenece a los incipientes en el camino de la virtud, la segunda a los aprovechados y la tercera a los perfectos. Según esto la primera tiene por tema principal la fuente de la misericordia, por la cual se perdonan los pecados; la segunda trata de la cabeza de los malos, que es el Anticristo en persona o en sus miembros, que son todos los malos, contra quien deben pelear los aprovechados, y por fin la tercera, que mira a los perfectos, trata de la contemplación y deseo de las cosas eternas (XVI, 2; XVII, 2).

Este pensamiento no es original de nuestro Santo; como los señalados antes, pertenece a la tradición exegética de los Padres y se halla consignado en la *Glossa ordinaria*. Oigamos a S. Hilario. «Tribus vero quinquagenis Psalmorum liber continetur, et hoc ex ratione ac numero beatae illius nostrae expectationis existit... Cum enim primus gradus sit ad salutem in novum hominem per peccatorum remissionem renasci, sitque post poenitentiae confessionem regnum illud Domini in sanctae illius civitatis et caelestis Jerusalem tempora reservatum, et postea consummata in nos caelesti gloria in Dei Patris regnum per regnum Filii proficiamus, in quo debitas Deo laudes universitas spirituum praedicabit, facile intelligimus in singulis psalmorum virtutibus, sub quinquagenario numero collocatis sacramentum dispositionis hujus quinquagenariae con-

tineri» (Prol. in Psalm. n. II). Y S. Agustín concuerda enteramente con S. Hilario, como se ve por estas palabras: «Item per tres quinquagenas triplex fit psalmorum distinctio propter tres status christianae religionis significandos: Primus paenitentiae in qua et prima psalmorum quinquagena terminatur, silicet *Miserere mei Deus*; secundus justitiae in qua et secunda quinquagena, *Misericordiam et judicium cantabo tibi Domine*; tertius status vitae aeternae, in cujus laudem tertia quinquagena finitur, silicet, *Omnis spiritus laudet Dominum*».

Los salmos no son tampoco cantos desligados unos de otros, o cuando más unidos por el pensamiento general. Nuestro Santo los considera así como capítulos de un libro, en que de una manera lógica se va desarrollando una idea. Por esto pone especial interés en mostrar la conexión de cada salmo con los que preceden y siguen. Señalemos como primer ejemplo los cuatro primeros salmos, de los cuales trata el primero de la bienaventuranza, el segundo de la tribulación por la que se llega a la bienaventuranza, el tercero de la pasión de Cristo, y de las tribulaciones de los fieles, que son la razón por la que podemos llegar a la bienaventuranza, y el cuarto, finalmente, habla de la influencia de Cristo en sus miembros con la que éstos llegan a la gloria (XV, 48). El salmo V pide la herencia eterna; el VI trata de la penitencia, por donde aquélla se alcanza.

En el primero de estos dos, el salmista aseguraba alcanzar esa herencia que pertenece al estado de perfección; en el segundo del temor de los imperfectos y penitentes, con que comienzan a seguir a los perfectos (XV, 72). El salmo VII introduce en escena a los perfectos que oran, gozosos de que les ha sido revelado el consejo divino sobre la salud del género humano (XV, 84). El VIII cumpliendo lo que en el precedente había prometido, prorrumpie en alabanzas por la dilatación de la Iglesia y la multiplicación de ésta en iglesias particulares y distintas, obra consiguiente a la exaltación de Cristo (XV, 100). Sigue el salmo IX en que se trata del admirable gobierno de la Iglesia, constituida por la opresión de sus enemigos hasta los días del Anticristo, en que a todos se harán manifiestos los juicios de Dios (XV, 112). Terminaremos este punto señalando el tema de los tres salmos siguientes, que tratan «de persecutione facta ipsi Ecclesiae per ejus membra. Complices enim sui, qui suo erunt tempore, quasi de capite reputantur». Y son tres las categorías que constituyen el objeto de los tres salmos X, XI y XII. La primera la forman los filósofos, que aspiran a brillar por la falsa doctrina; la segunda los hipócritas, que se desviven por descollar con la ostentación de la santidad, y la tercera son los poderosos, que ejercen la tiranía (XV, 142). Esto bastará para muestra de cómo va nuestro Doctor buscando la conexión de unos salmos con otros, dejándose sin duda llevar de los hábitos contraídos en la exégesis de Aristóteles, Pedro Lombardo, etc.

También este punto pertenece a la tradición exegética de los Padres

y es, según ellos, el fruto de la ilustración divina otorgada a Esdras o a los Setenta Intérpretes al coleccionar los salmos en un volumen, ordenarlos o ponerles los títulos. Las *Esplanationes Psalmorum* de S. Agustín, como los Comentarios de Casiodoro, extractados del primero, ponen también especial cuidado en mostrar esta conexión de los salmos unos con otros. S. Alberto siguió este ejemplo que tenía delante, acaso con más rigor lógico, debido a sus hábitos intelectuales.

El mismo criterio se puede echar de ver en el análisis de cada salmo, su división en partes y el enlace lógico que quiere establecer entre ellas.

Esta norma de exégesis es así mismo recibida de la exégesis tradicional y debe ser Casiodoro el órgano de transmisión, por donde llegó a nuestro Doctor, el cual hizo de ella una aplicación acomodada a su formación intelectual escolástica. Ofrecemos al lector el comienzo del c. XIV del largo prefacio de Casiodoro a los Salmos: «Primo nobis de titulorum inscriptione... unde velut uberibus expressis lacteus sensus divinae praedicationis emanat. Secundo unusquisque psalmus pro sua qualitate dividendus est, ne nobis intellectum permisceat, aut occulta mutatio rerum, aut varietas introducta loquentium. Tertio arcanum psalmi, partim secundum spiritualem intelligentiam, partim secundum historicam, partim secundum mysticum sensum...» (M. 70, 18 s.)

La división es el complemento de la definición y así en nuestro Doctor la división del salmo corresponde a la definición del tema, y se ajusta a la letra del salmo en la misma medida que el tema. Veamos algunos ejemplos. El salmo II habla de Cristo y de su poder soberano. Y por que algunos desconocedores de Cristo le hacen guerra en su propia persona y en la de sus miembros, de aquí la división del salmo en tres partes. En la primera corrige a los que yerran acerca de Cristo (1-5); en la segunda muestra la verdad acerca de Cristo, a quien introduce hablando (6-9). Y esto con buen acuerdo, porque primero se debe desterrar la ignorancia que implantar la verdad. En la tercera los amonesta para que se conviertan a Cristo y se sometan a El (10-12). Cada parte se subdivide luego. La primera en otras tres partes; en las que increpa a los culpables para poner en evidencia su error (1-2); amonesta a los buenos para que no sigan el mismo camino (3), y conmina con la cólera de Dios a los malos, que están en el error, para que hagan penitencia, y a los buenos para que se guarden de él. Todavía insiste en la subdivisión. De los que yerran sobre Cristo, unos son menores o subordinados, otros mayores o directores; además unos son gentiles y otros judíos.

La segunda parte del salmo asienta la verdad del poder soberano de Cristo, en lo cual se deben distinguir dos cosas, el poder mismo (vv. 6-8) y su uso (v. 9). Pero Cristo ejerce su poder sobre dos pueblos, el judío (vv. 6-7) y el gentil (vv. 8-9). Finalmente en la primera parte se señalan

cuatro cosas: el reino que recibe, de quién lo recibe, sobre quiénes y con qué fin.

Acabemos con el análisis de este salmo señalando la subdivisión del tercer miembro, en que se contiene primero una simple admonición (vv. 10-11), y segundo una eficaz persuasión (v. 12). Además la amonestación se ordena a dos cosas, a la inteligencia de la verdad manifestada y a la veneración de la verdad entendida. Por fin la inteligencia puede ser de las cosas ocultas, que uno llega a conocer por sí mismo, y de las manifestadas que se aprenden por instrucción de otro.

Sin duda que el lector hallará este análisis demasiado minucioso y que por esto más estorba que ayuda para seguir el desarrollo del salmo. Como en la concepción del tema predomina la concepción teológica, sin tener bastante en cuenta las modalidades históricas de la concepción del salmista, así mismo la división y subdivisión se halla demasiado influida por las categorías de la ciencia teológica. Tal es el método que sigue nuestro Santo. El cual resalta particularmente en el análisis del salmo CXVIII, que «*tamquam spiritualis sol diversorum meritorum radios ad nos emittit, et infelices, qui aliquo ipsius non tanguntur radio, dicturi sunt illud Sap. V, 6: Sol intelligentiae non est ortus nobis*». El salmo se divide en tres partes según las tres diversidades de méritos, de los incipientes, hasta el v. 32; de los aprovechados, hasta el 128 y de los perfectos hasta el fin. La primera parte se subdivide en dos miembros, correspondientes a las dos cosas que son necesarias a los incipientes, apartarse del mal, hasta el v. 16 y abrazar el bien, hasta el v. 32. El primero de estos dos miembros se subdivide todavía por razón de las dos cosas que concurren al apartarse del mal, y son la cesación del mal, hasta el v. 8 y la destrucción del mismo por la penitencia, hasta el v. 16. Sigue la subdivisión de la primera estrofa (1-8) fundada en el doble motivo de cesar del pecado, que son la esperanza del premio (1-4) y la consideración del precepto divino (5-8). Finalmente distingue en el primer miembro de esta postrera subdivisión, la recomendación de aquéllos que cesan de pecar y a quienes califica de inmaculados (1-2) y la condenación de quienes persisten en el pecado (3-4). Y así procede en el comentario de todo el salmo, añadiendo a las divisiones generales otras más particulares, siempre siguiendo el mismo método.

Terminemos este párrafo señalando la erudición bíblica del autor, en su comentario, que es maravillosa. Cada frase o palabra del texto que explica va seguida de uno o más textos escriturarios, que confirman la exégesis del autor. Fuera de esto la erudición de nuestro Santo es en este libro escasa. Se reduce a S. Agustín, S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Isidoro, S. Bernardo, Casiodoro, la Glosa, Séneca, Aristóteles y si acaso algún otro. Pero aun las citas de estos autores son escasas. Su norma es explicar la Escritura por la Escritura misma, aunque en la forma que nos anuncia su modo de hacer las divisiones en el texto.

IV

Y efectivamente, por lo que precede, ya podremos formarnos una idea del comentario de los salmos, que nos dará el nuevo Doctor. La doctrina teológica sobre el progreso de la fe y de la revelación profética, no tiene en él ninguna parte, y lo mismo la de los dos autores de la S. Escritura, cuyas intenciones no se adecuan. Alberto el Grande prescinde de todo esto, lee los salmos a la luz de la revelación evangélica y de su ciencia teológica, apoyado en el principio de que el objeto de los salmos es Jesucristo en su persona, en la de su Iglesia, su cuerpo místico, o en la de sus opositores. Ya se comprende, pues, que no hemos de buscar en él un comentario histórico, que nos haga conocer la verdad revelada, tal como lo conocían los salmistas, y la piedad israelita correspondiente a ese conocimiento de la verdad. Pero tenemos en cambio una exposición más alta de los misterios de la fe y de la piedad cristianas, tales cuales los conocía y sentía nuestro Santo y los deseaban conocer sus coetáneos. Y esto es sin duda de más valor, si no para la erudición escrituraria, sí para la instrucción y edificación de los fieles cristianos. Ofreceremos a nuestros lectores algunos ejemplos para que se formen idea de esta exégesis y de su valor, empezando por los dogmas que miran más de cerca a la persona y a la obra de Jesucristo.

Y notaremos en primer lugar que acepta la sentencia de algunos, para quienes en V, 1 s. los vocativos «Domine», «Rex meus et Deus meus» insinúan la trinidad de las divinas personas: «Primo Spiritum Sanctum, cum dixit supra (v. 1) *Domine*; secundo Filium cum subjunxit *Rex meus*; tertio Patrem, cum addidit *Deus meus*». Y añade la razón alegada por los maestros antes aludidos, a la cual se atreve a oponer: «Potest et dici, et forte melius, quod per hoc quod dicitur *Domine* Pater intelligitur, apud quem sedet prima auctoritas; per hoc quod dicitur *Rex meus*, Filius, sicut dictum est; et per hoc quod *Deus meus*, Spiritus Sanctus. Deus enim sonat, secundum aliquam intelligentiam, fomentum; fovere autem ad bonitatem Dei pertinet, quae personae Spiritus Sancti appropriatur» (XV, 59 s.) En el salmo VI, 10 admite con la autoridad de la Glossa otra indicación de la Trinidad; pero tiene cuidado de salvar la ortodoxia teológica de tal exposición. En efecto, la Teología enseña que las acciones *ad extra* son comunes a las tres personas: «Nota hic, sicut tangit Glossa, quod ter ponitur Dominus ad monstrandum quod oranti tota Trinitas adesse dignatur, nec dicitur propter hoc quod Trinitas personarum propriis notionibus distinguatur, sed propter hoc tantum quod idem nomen essentiale, scilicet, Dominus, ter ponitur» (XV, 80).

El salmo II celebra al Mesías como Rey, y para nuestro Santo el tema del salmo es la potestad regia de Cristo. Veamos cómo enumera las cinco

condiciones propias de un rey, y que resaltan en Cristo: «Quod sit constitutus, scilicet, a superiori, non ingerens se, nec intrusus, sicut hic qui dicit se constitutum a Deo... Secundo requiritur in eo clementia, ut sit rex, non tyrannus... Requiritur et justitia sive fortitudo... Necessaria est et sapientia propter quod Salomon regnaturus, a Deo sapientiam postulavit (III Reg. VIII, 9 s.) De Christo autem dicit Apostolus (I Cor. I, 23 s.) *Praedicamus Christum... Dei virtutem et Dei sapientiam*» (XV, 28). En el mismo salmo (v. 8) introduce el salmista al Señor, que dice a su Ungido: *Postula a me*. Y nuestro comentarista añade, que Cristo hizo esa petición al Padre: «Postulavit enim ante passionem *sermone* (In XXII, 9, 20): Ego pro eis rogo. Et iterum: Non pro eis rogo tantum, sed et pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in me. Oravit et *opere*, ipsam passionem sustinendo et sanguinem efundendo. Super illud Luc. XVIII, 1: Oportet semper orare, dicitur: «Non cessat orare qui non cessat bene facere». Melius autem facere non potuit, quam seipsum pro nobis immolare. Unde Apostolus (ad Heb. XII, 24): Sanguinem ejus melius loquentem quam Abel (Gen. IV, 10): Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra. Clamat enim sanguis vindictam, sed sanguis Christi misericordiam postulat. Et post passionem cicatricum ostensione semper vivens ad interpellandum pro nobis (I Jn. II, 1): Si quis peccaverit, habemus advocatum apud Patrem, Jesum justum». Y concluye con un hermoso texto de S. Bernardo, que por muy extenso omitimos (XV, 30).

El salmo III tiene por objeto a Cristo traicionado por Judas. Es verdaderamente admirable que Cristo haya tenido quien le impugnara, hallándose en El el cúmulo de todas las perfecciones: «Primo, propter naturae conformitatem, quam ad nos habuit... Secundo, quia nihil omnino contra hominem commisit... Item nihil eorum, quae debuit facere, omisit... Item omnimodam innocentiam habuit, cui etiam ignis habens vim irrationabilem parcit... Item in visu fuit amabilis, quia speciosus (Psal. XLIV, 3): Speciosus forma prae filiis hominum. Formositas ejus naturalis causa amoris, non persecutionis... In sermone suavis... Omnibus liberalis et largus... Miror ergo, quod impugnatus sit, cum omnes causas amoris haberet, et nullam odii (Psal. CXIX, 7): *Cum loquebar illis impugnabant me gratis* (Psal. CXVIII, 161): *Persecuti sunt me gratis*» (XV, 40).

El salmo VIII trata de la exaltación de Cristo según su divinidad y su humanidad. El v. 5 le da ocasión para analizar todas las miserias inherentes a la naturaleza humana que el Hijo de Dios asumió: «Dicit ergo admirando: Domine, *quid est homo*, quia vilis, et quia miser, *quod memor es ejus*, ejus miseriae miserando. Quasi diceret: tanta est carnalis hominis miseria, ut tua miseratione non sit digna (Gen. VI, 3): Non permanebit spiritus meus in homine in aeternum, quia caro est. Et nota quod est miseria hominis duplex, corporalis et spiritualis. Item et spiritualis

duplex, ignorantiae et culpa. Culpa duplex, certitudo de culpa et incertitudo de venia. Certitudo de culpa duplex, quantum ad ingressum vitae... et quantum ad progressum, quod scit se sine peccato non posse vivere... Incertus de venia, quia nescit quo fine clausurus sit terminum vitae suae... Miseria ignorantiae triplex est: sui... proximi... et Dei... Miseria autem corporis in quinque consistit. Primum, naturae infirmitas... Secundum, vitae brevitatis... Tertium, vitae instabilitas... Quartum, miseriarum diversitas: modo esurit, modo sitit, modo alget, modo calet... Ultimum, moriendi necessitas». A esta humanidad tan miserable Dios la visita como médico al enfermo para curarla, como redentor al cautivo para rescatarla, como padre al hijo extraviado, castigándole; como amigo a su amigo, haciéndole regalos, y finalmente como juez discutiendo sus méritos. Y después de todo esto la exaltó en Cristo sobre todas las cosas y la coronó de gloria y de honor (XV, 104 s.) Riquísima exposición y por su riqueza, elocuente.

El comentario del salmo LVI, 9, nos revela sus sentimientos de piedad por la pasión de Jesucristo: «Et nota, quod Christus fuit cithara bene tensa in cruce et dulcissimos sonos reddens. Sonum casti timoris emisit haec cithara cum dixit (Mt. XXVII, 46): Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Sonum pietatis cum pro inimicis rogans, ait (Lc. XXIII, 34): Pater, dimitte illis. Sonum scientiae, cum de matre, qua nihil plus habebat, ordinavit (Jn XIX, 26): Mulier, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Sonum consilii (Lc. XXIII, 46): In manus tuas commendo spiritum meum. Consilium enim est totam animam in manus Dei ponere. Sonuit fortitudo (Lc. XXIII, 43): Hodie mecum eris in paradiso. Sed sonum intellectus quando dixit (Jn. XIX, 18): Consummatum est. Tunc enim velamina remota sunt Scripturarum, et intellectus illarum apparuit. Sonum sapientiae, quando dixit: Sitio. Hic est enim qui dicit (Eccli. XXIV, 29): Qui bibunt me adhuc sitient» (XVI, 53).

Isaías dice repetidas veces del Mesías que será luz de las naciones, y el mismo Jesucristo se llama a sí mismo luz del mundo. La belleza de la luz, sus múltiples efectos y propiedades no podían menos de atraer la atención de los autores sagrados. Y efectivamente, la toman como imagen o término de comparación para expresar las cosas divinas. El v. 4 del salmo CXI dice así: *Exortum est in tenebris lumen, rectis*. Nuestro expositor dice que esta luz es Cristo, primero porque es hermoso como la luz. Así dice la Sabiduría VII, 9: *Speciosior est (Dei Sapientia) sole, et luci (materiali) comparata invenitur purior*. La luz es también incontaminable (ininquinabilis), quae attingit ubique propter suam munditiam (Sap. VII, 24). Se difunde sin ninguna pérdida suya, según Eccli. I, 10: *Effudit illam Deus super omnia opera sua et super omnem carnem*. Es reveladora de las cosas ocultas. Y Cristo dice de sí mismo (Jn. XV, 15): *Omnia quaecumque audivi a Patre meo nota feci vobis*. Es aborrecible

para los que obran mal según la palabra de Jesús: Qui male agit odit lucem (Jn. II, 20). Es en cambio grata para los que gozan de vista sana, es incorruptible, como dice el salmo XV, 10: Non derelinques animam meam in inferno, nec dabis sanctum videre corruptionem. El mismo es el principio de todo movimiento y de toda inteligencia, como la luz, y así dice S. Juan I. 3: Omnia per ipsum facta sunt. Y Miqueas, VI, 8: Indicabo tibi, o homo, quid sit bonum, et quid Dominus requirat a te. Finalmente, Cristo coeterno (coaequaeuus) con el Padre, que es el verdadero sol, fuente de toda luz: Emanatio quaedam est claritatis omnipotentis Dei sincera (Sap. VII, 25; XVII, 182). Sin duda que esta exposición del citado verso no se ajusta al sentido histórico del mismo; pero en cambio nos hace entrar en los misterios de quien vino a este mundo como única y verdadera luz de las almas.

La exposición mesiánica de los salmos VIII y XVIII remonta por lo menos a S. Pablo. La exégesis patristica era natural que se dejase influir por tan alta autoridad, y ni más ni menos la exégesis teológica medieval. Pues el VIII prorrumpe en alabanzas al Señor por la dilatación de la Iglesia y su multiplicación en iglesias particulares y distintas, lo cual es una consecuencia de la exaltación de Cristo. Se divide en dos partes: en la primera trata de la exaltación de Cristo según la divinidad, y en la segunda según la humanidad. El v. 4 dice: «Quoniam videbo caelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam et stellas, quae tu fundasti». Los cielos son los predicadores, a quienes se parecen por la alteza de su vida, por su hermosura, por la infusión de su doctrina, por la continuidad de su movimiento siempre ordenado. Y estos tales predicadores son obra de los dedos de Dios para indicar la diligencia del que los hizo y la fineza de la obra. Las criaturas en general se dicen obras de Dios; los seres racionales, hechos a imagen de Dios, son obras de sus manos; pero los Apóstoles o los varones apostólicos son especialmente obra de sus dedos, por la razón antes dicha.

La luna y las estrellas son como efectos de los cielos. La luna es la Iglesia, porque ilumina la noche de las almas entenebrecidas con los rayos de la predicación y doctrina recibida de Cristo, verdadero sol. Las estrellas son las iglesias particulares, representadas en aquellas siete estrellas que S. Juan vió en la mano del que estaba sentado en el trono (Ap. I, 16). Y se llama así: «quia parva apparet propter humilitatem, sed magna est per virtutem, et lucet per bonam operationem et doctrinam». De la luna y de las estrellas dice el texto «quae tu fundasti», porque, en efecto, son obra propia de Cristo, no siendo los predicadores sino ministros suyos. Así dice el Apóstol: «Fundamentum aliud nemo potest ponere praeter id quod positum est, quod est Christus Jesus». Sobre la roca viva de este fundamento se hallan edificados los Apóstoles y profetas y las iglesias por ellos fundadas (XV, 104).

La exposición del salmo XVIII se ajusta a los mismos principios. Los cielos, que proclaman la gloria de Dios, son «mystice» los Apóstoles. «Sed hi «caeli enarrant». «In quo notantur quinque quae enarrant». Son éstas «doctrinae simplicitas, quia non disputant, sed praedicant, contra illos qui non quaerunt nisi contendere disputando... Et ipsius veritas et auctoritas non probatur praedicatione, sed supponitur tamquam principium et dictum a summo magistrorum (Jn. XIV, 6): Ego sum via, veritas et vita, dicit doctor hujus scientiae. Via in qua nihil erroris, veritas in qua nihil falsitatis, vita in qua, quidquid est, totum est saluti». Y prosigue señalando las condiciones que deben tener los predicadores de Cristo, confirmando todo con escogidos testimonios del Apóstol (XV, 26 s.)

Algo semejante se dice en el salmo IX, 12: «*Psallite Domino, qui habitat in Sion, annuntiate inter gentes studia ejus*». Y conviene notar el orden: «Primo ut psallant bene operando; secundo ut annuntient praedicando (Act. I, 1): Coepit Jesus facere et docere. (Mt. V, 19): Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum». Y nota luego las cinco cosas que son necesarias al predicador para anunciar debidamente las obras de Dios: «Primum est bona vita (Ps. XLIX, 16): Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas. Gregorius: Ille fructus uberes in praedicatione colligit, qui semina bonae operationis praemittit». Intentio recta (Mt. VI, 22): Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Scientia (Ps. XCVIII, 6): Moyses et Aaron in sacerdotibus ejus (Os. IV, 6): Quia tu scientiam repulisti, et repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi. Auctoritas (Rom. X, 15): Quomodo praedicabunt nisi mittantur? Ultimium, perseverantia in his (Ps. XXXIII, 2): Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo. Qui habet haec quinque, lux est (Mt. V, 15): Vos estis lux mundi» (XV, 119 s.)

El salmo X, «*In Domino confido*» tiene por tema las persecuciones de la Iglesia por los miembros que salen de ella misma. En tales persecuciones la seguridad de la Iglesia está en Dios: «Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus» v. 5. El templo es la Iglesia militante en la cual el Señor ejerce su soberanía y realeza. Por muchas razones se compara el templo con la Iglesia: «Primo, quia locus est venerationis divinae, et in quo adoratur Deus (Ps. V, 8): Adorabo ad templum sanctum tuum (In. IV, 23): Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. Item, ratione orationis, in hoc enim tantum valet oratio (Is. LVI, 7): Laetificabo eos in domo orationis meae. Et (Mt. XXI, 13): Domus mea, domus orationis vocabitur. Item ratione immolationis, sicut enim in templo antiquitus, sic in Ecclesia modo sacrificatur et immolatur sacrificium duplex: contriti cordis, de quo (Ps. L, 19): Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Et hoc duplex: proprii per paenitentiam (Rom. XII, 1): Obsecro vos

per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, etc. Corporis Christi per passionis repraesentationem (Deut. XII, 13): Cave ne offeras holocausta tua, scil. incensum corpus Christi divinitate plenum, in omni loco, sed in loco quem elegit Dominus. Item ratione significationis et distinctionis. Templum enim distinctum erat a communibus domibus. Et super templa nostra etiam ponitur crux. Et super spirituale, quod est Ecclesia, Christus passus (Cant. VIII, 6): *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum*. En la segunda parte del versículo ve la Iglesia triunfante, donde el Señor tiene su trono y reina sin ninguna contradicción sobre todos los santos (XV, 145).

* * *

Pero donde se destaca más la nota exegética de nuestro Doctor es en la moral, entendida en el sentido amplio en que se entendía en su época por la parte de la ciencia sagrada que nos enseña cómo hemos de movernos para ir a Dios.

Ya hemos visto cómo el salmo I lo explica de Cristo. El es el varón dichoso de que habla el salmo. Y es de notar que cinco cosas se requieren para ser perfectamente bienaventurado: Tener lo que se desea, no desear sino el bien, tener el poder de saciar este deseo o voluntad, que este bien sea permanente, y que haya seguridad de no perderle. Todas estas cosas existían en Cristo, aun siendo viador. Ni obsta para esto que haya estado sometido a grande pasiones, porque con su voluntad racional aceptaba esas penas y hasta la misma repugnancia de la naturaleza (XV, 9 s.)

Del justo es propio tener puesta su voluntad en la ley del Señor. La relación de la voluntad humana con la ley divina es de cuatro maneras. «Est enim quaedam voluntas super legem, scil., voluntas divina, quae in Christo est in quantum est Deus; et secundum hanc est legis auctor... Et in hoc est singularis, et discretus ab alio quocumque homine... Et est voluntas in lege, quae est ex solo amore in legis operibus et mandatorum Dei conversari... Sic voluntas Christi hominis et membrorum perfecta charitate ei adhaerentium fuit in lege... Et est voluntas sub lege, in illis quibus lex est onus, quia opera legis implent ex timore, quod servus facit... Et est voluntas contra legem in malis, qui audientes mandata, faciunt contraria» (XV, 11 s.)

El salmista invita a exultar con temblor (II, 11), nuestro expositor nos declara las cinco ventajas del temor, que son: Primera que despidе el pecado como buen portero, segunda que echa de sí las moscas de los malos pensamientos, tercera que da estabilidad en la gracia, cuarta que perfecciona la obediencia, y finalmente, quinta, que reprime el viento de la hinchazón. Por esto se dice en los Proverbios XXIII, 17: *In timore Domini esto tota die* (XV, 34). La explicación del salmo V contiene un tratado

de la oración. Contentémonos con señalar las siete circunstancias que debe tener para ser de Dios atendida. La primera es que la intención vaya dirigida a Dios. La segunda es buscar con cuidado el tiempo oportuno para orar, cuando el cuerpo y el espíritu se hallan más dispuestos para darse a las cosas espirituales. La tercera es la constancia y estabilidad en la oración. Sigue la pureza de conciencia, la confianza del que ora, la concordia que nace de la caridad con el prójimo y la reverencia en el orar (XV, 6 ss.)

Hermosamente explica el concepto de la verdad, a propósito del salmo XI, 2: *Quoniam diminutae sunt veritates a filiis hominum*: «Bona enim Dei per culpas hominum depravantur et diminuuntur. Sed quaerendum, cum de sanctitate singulariter sit locutus, quare de veritate loquitur in plurali. Sed est responsio, quod sanctitas una est, veritas autem multiplex, et non una. Veritas, dico, increata, illa una est, de qua dicitur (In. XIV, 6): Ego sum via, veritas et vita, Creata autem triplex est: Vitae, de qua dicitur (IV Reg. XX, 3): Memento, quaeso, quomodo ambulaverim coram te in veritate. Doctrinae, de qua (Mt. XXII, 16): Magister, scimus quia verax est, et viam Dei in veritate doces. Et iustitiae, de qua (Ex. XVIII, 21): Provide de omni plebe viros potentes et timentes Deum, in quibus sit veritas». Esta triple verdad se disminuye por un triple error, cuya explicación termina observando «quod dicitur deficere sanctitas, ipsa enim per gratiam est a Deo, et propter hoc statim deficit multiplicato peccato; sed veritas, quae naturalis est, diminuitur successive» (XV, 151).

El salmista nos habla muchas veces de la especial providencia que Dios tiene de los pobres. En la exposición del salmo IX, 19 el Santo toma ocasión para hacer el elogio de la pobreza, que había profesado. Muchos son, dice él, los bienes que se siguen de la pobreza. Primero, que Dios no echa en olvido al pobre; segundo, que El mismo toma sobre sí el cuidado del pobre que en El confía; tercero, que el pobre conoce con certeza quién le ama de verdad, pues nadie saca interés de adularle como al rico; cuarto, porque se halla libre de los cuidados y en disposición de recogerse dentro de sí mismo; quinto, porque la pobreza hace a quien la practica semejante a Cristo, que la eligió para sí; finalmente, que la pobreza asegura el reino del cielo, como se dice en Mt. V, 3: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum*» (XV, 125; XVII, 6 s.)

En el salmo IX, 22 (X, 1 según el hebreo) se queja a Dios el salmista y dice: *Ut quid, Domine, recessisti longe, despicias in opportunitatibus, in tribulatione?* Este versículo le ofrece materia para una hermosa exposición del valor de las tribulaciones: «Et nota quod tribulationes opportunitates appellantur hic, sicut et supra in eodem psalmo, non tantum propter hoc quia tunc sit auxilium opportunum, sed multiplici alia ratione. Primo, quia tribulatio probat... Probatum humiliat... Humiliatum et pro-

batum erudit et informat... Informatum purgat ad magnopere fructificandum... Purgatum stimulat ad proficiendum semper assurgendo ad maiora... Stimulatum sanat... Tandem sanatum coronat». Todos estos efectos de las tribulaciones se hallan ilustrados y confirmados con numerosos textos de la S. Escritura según su método constante.

No menos rica en doctrina y erudición escrituraria es la exposición del salmo CI, 23: *In conveniendo populos in unum et reges ut serviant Domino*, en que habla de la unidad y concordia (XVII, 14). Alguna conexión tiene con este pasaje el CIV, 38: *Laetata est Aegyptus in projectione eorum (hebraeorum)*, a propósito del cual expone las razones porque los malos se gozan de que los buenos se alejen de su compañía. Primero, porque temen su sociedad, luego porque los miran como una carga pesada; además porque no se creen estimados de los buenos; porque, al lado de éstos, resalta más su malicia, porque la vida de los justos es una reprehensión que les resulta intolerable, finalmente, porque con la vida y la palabra los buenos les traen a la memoria verdades que los inquietan y que por esto no quisieran recordar (XVII, 75).

* * *

Entre las obras que nos ha dejado S. Alberto Magno como fruto de su ingenio altísimo, de su erudición universal y de laboriosidad incansable es una el comentario a la Teología mística del Pseudo-Areopagita, en que explica con admirable agudeza y precisión los problemas de la vida mística, esto es, de la vida cristiana más adentrada en la vida misma de Dios, de la cual es la vida del cristiano una participación. Este aspecto de la vida cristiana se echa de ver muchas veces en los salmos, y sin duda que no ha sido este comentario el que menos habrá contribuido a hacer de Alberto gran maestro de la mística alemana.

En el salmo II, 4 se da a Dios este nombre, *el que habita en los cielos*. Lo cual se dice de Dios, aunque se halla en todas partes, porque en los cielos resplandecen más sus obras, y además es contemplado sin cesar por los moradores de los cielos, según las palabras de S. Mt. XVIII, 10: «Angeli eorum semper vident faciem Patris mei, qui in caelis est». Pero no se queda aquí: «Habitat et in caelis, in animabus justis... Caelum etiam dicitur quasi casa $\pi\lambda\omicron\upsilon$, i. e. domus solis. Sol autem justitiae Christus est (Mal. IV, 2): Orietur vobis timentibus nomen meum sol justitiae. Et hic iusti domum inhabitat ut domum propriam (Jn. I, 14): Verbum caro factum est et habitavit in nobis; et (XIV, 23): Veniemus et mansionem apud eum faciemus. Caelum autem iusti anima ratione dispositionis. In ipsa enim sol ratio et intelligentia, quae per peccatum in malis eclipsatur, et luna sensualitas, quae nisi illuminetur a sole intelligentiae, obscuratur, Eccli. XXVII, 12, de hoc sole et hac luna: Homo sanctus in sapientia manet sicut sol (intelligentiae et rationis); nam stultus ut luna muta-

tur (sensualitatis). In ipsa sunt stellae ordinatae et distinctae, virtutes scil. a Deo infusae. Hae sunt stellae de quibus dicitur (Apoc. I, 16) quod septem stellae erant in dextera sedentis in throno. Universae enim virtutes in Christi sunt potestate». De manera que Dios habita en el alma como en el cielo, en la vida presente por la gracia, en la futura por la gloria. Más aún, Dios está en el alma del justo imperfecto por la fe, como en el primer cielo; en el alma del varón perfecto se halla por la contemplación como en el segundo cielo; y en los ángeles y almas glorificadas se halla por su misma imagen, como en el tercero (I Jn. III, 2): Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est (XV, 25 s.) Análoga doctrina se la sugiere el salmo V, 8: *Introibo in domum tuam*, donde enumera las casas de Dios, en que entra el alma (XV, 64), y en el salmo XIII, 6: *Quoniam Dominus in generatione justa est*. En los justos está Dios ahora por la gracia, y luego lo estará por la gloria. Esta generación es aquella de la que se dice: Qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo. Es la generación que nació de Dios, de la cual habla el Apóstol: Qui natus est ex Deo, non peccat, sed generatio Dei conservat eum (I Jn. V, 18); y la que el mismo evangelista describe: Dedit eis potestatem filios Dei fieri his, qui non ex sanguinibus (Jn. I, 12 s.) En ésta se halla como rey en su reino, según Apoc. V, 10 y Lc. XVII, 21; como arquitecto en el edificio que construye o como agricultor en el campo que cultiva, según I Cor. III, 9; como el sacerdote o como Dios en su templo, conforme a I Cor. III, 17 (XV, 173).

La vida mística no se comprende sin los dones del Espíritu Santo. Nuestro Doctor ha sido uno de los teólogos que más han contribuido a poner en claro la naturaleza de esas gracias, preparando el camino a Santo Tomás, cuya doctrina se halla hoy recibida en las escuelas de Teología. No es, pues, de maravillar que toque este punto muchas veces en sus comentarios. Sobre el salmo I, 6: *Novit Dominus viam justorum*, nos ofrece este hermoso comentario: «Novit», quia nihil ignorat... Sed justorum novit vias notitia approbationis... Quae sint istae viae ostenditur in psalmo LXXXIII, 8: Benedictionem, inquit, dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion. Vere approbanda est via, quae a bono inchoans per melius ducit in optimum. Bona enim gratia, quae animam mundam reddit a macula peccati, quare dicit: *Benedictionem*. Melior est virtus, quae animam meritis et operibus bonis cumulans, defendit a vitiis, quare adhuc dicitur: *Ibunt de virtute in virtutem*. Sed optima est gloria, quae ipsam consummat, et beatam facit, quod notatur cum dicitur: *Videbitur Deus deorum in Sion*.

Ecce recta via, in qua medium non exit ab extremis (Is. XXVI, 7): *Semita justorum recta est, rectus callis justorum ad ambulandum*. Item viae justorum mundae sunt per donum timoris, qui expellit peccatum (Eccli. I, 27): *Timor Domini expellit peccatum*. Planas sunt et aequas per donum pie-

tatis, quae nullum offendit, nullum laedit... Lucidae per donum scientiae (Ps. CXVIII, 66): Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me. Securae per donum fortitudinis (Prov. XXVIII, 1): Justus quasi leo confidens, absque terrore erit. Sed expeditae per donum consilii, quod omnia abjicere facit... Rectae per donum intellectus, qui seipsum gubernare docet, et omnia in Deum dirigit.. Delectabiles per donum sapientiae, quae aeterna bona praegustare facit (Ps. XXXIII, 9); Gustate, et videte, etc.» (XV, 18). Una exposición semejante nos la da al explicar el salmo V, 9. *Deduc me, Domine, in justitia tua, propter inimicos meos* (XV, 65). En el salmo CIII, 26: *Illic naves pertransibunt*, alegoriza las palabras del texto y ve en ellas a los hombres que navegan por el mar de esta vida. De esas naves, unas son buenas, y son los justos, que navegan hacia el puerto de la salud, llevando la preciosa carga de los dones divinos, con el mástil de la cruz levantado en medio, hinchadas las velas por el sople del Espíritu Santo, y teniendo por áncora la esperanza, según las palabras del Apóstol: «Fortissimum solatium habemus, qui confugimus ad tenendam propositam spem, quam sicut anchoram habemus animae tutam ac firmam» (Heb. VI, 18 s.) (XVII, 50).

* * *

En las páginas precedentes el Santo Doctor invocaba la autoridad de Aristóteles para probar la eficacia de las imágenes para enseñar y persuadir a la gente ruda las verdades morales. Sin haber acaso leído a Aristóteles, los Santos Padres tienden siempre en sus exposiciones a alegorizar las parábolas, los símbolos proféticos, los sentidos típicos, etc. Sin duda que tales exposiciones, cuanto más se detallan y amplifican, menos fuerza probativa tienen; pero aumenta en cambio su virtud pedagógica, instructiva y edificante. S. Alberto Magno en el comentario de los salmos sigue también este criterio de los Padres y lo sigue por las mismas razones que ellos. Ilustremos este punto con algunos ejemplos.

En el salmo I, 3 se dice del justo que es como un árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, que dará su fruto en el tiempo propio. Este justo ya hemos dicho que era, según la exposición de nuestro Santo, Cristo, como la realización de la justicia ideal, y que por tanto lleva en sí a todos los justos en la medida que participan de esa justicia. Pues haciendo aplicación de este principio a nuestro versículo, dice que en él se recomienda a Cristo bajo la metáfora del árbol fértil: «primo ab aptitudine fructificandi; secundo a fructificatione, ibi: *fructum*; tertio ab opportunitate fructificandi, ibi: *in tempore*. Dicit ergo: Talis est in mente vel erit; sed quantum ad opus erit tamquam lignum, non quodlibet, sed «quod plantatum est secus decursus aquarum». Christus lignum est, Prov. III, 18: Lignum vitae est his, qui apprehenderint eam. Dicitur de sapientia Dei, quae est Christus Ap. II, 7: Vincenti dabo edere de ligno vitae.

Lignum, inquam, positum *in medio paradisi* (Gen. II, 9) hoc est, in medio Ecclesiae. Est autem arbor, cujus surculus, hoc est, divinitas, insertus est in trunco naturae humanae, Jac. I, 21: In mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras». Y no sólo Cristo en su propia persona es ese árbol, sino Cristo viviendo en cualquier justo lo es también, conforme a Jer. XVII, 8 y Efes. 3, 17.

Aquí tenemos declarada lo fundamental de la metáfora. Sigue luego su explicación. Las aguas cabe las cuales está plantado este árbol es la plenitud de las gracias de que nos habla S. Juan (VII, 38), o es la doctrina de la S. Escritura, según el Eclesiástico (I, 5). «Fons sapientiae verbum Dei in excelsis» y Sap. XI, 4: «Data est illis aqua de petra altissima», declaradas por I Cor. X, 4: «Petra autem erat Christus».

El fruto es de tres especies. Es el fruto de la doctrina pura y exenta de todo error, representado por la vid en Ecclo. XXIV, 23; Jn. XV, 1; el fruto dulce de la consolación y de las promesas eternas, gratas al paladar de los oyentes, según Ez. XLVII; tal fruto sabroso es el de la higuera descortezada por los judíos según Jo. I, 7. Finalmente es el oleo que mitiga los dolores y da la salud, conforme a Jer. XI, 16; Ps. LI, 10 y Cant. I, 2. Y este fruto viene siempre a su tiempo, en el tiempo de la plenitud de la gracia (Gal. IV, 4), en el cual Cristo se da a sí mismo como fruto saludable mediante el sacramento del altar; y los justos como ramos que brotan de Cristo dan frutos de penitencia, que son aquellos que el Apóstol enumera en la epístola a los Gálatas V, 22 s. Y estos frutos los dan los justos en su tiempo, en la vida presente, que es el tiempo de bien obrar, después del cual vendrá el tiempo de recibir la recompensa. Y por este estilo va ampliando la imagen del salmo, pero siempre buscando en la S. Escritura el apoyo de sus explicaciones. (XV, 13 s.)

En el salmo VII, 3 pide a Dios el salmista que le salve de sus perseguidores, no sea que le arrebaten como un león. Este que trata de arrebatarle es el diablo, el cual se asemeja al león en la soberbia (Job. XLI, 25; Ps. LXXIII, 23); en la fortaleza (Job XLI, 24); en la crueldad (Jer. VI, 23); en la audacia (Job XLI, 19); en abrir sus fauces (Is. V, 14); en el terror que infunde a las fieras (Eccli. LI, 4); en echar delante, cuando camina, el pie derecho, como el diablo que pone ante los ojos el bien y esconde el mal debajo de él (II Cor. XII, 14); en estar siempre con fiebre y sentir sed (Job XL, 18); en borrar con la cola sus pisadas, como el diablo encubre el pecado sirviéndose de los aduladores, que son su cola (Is. IX, 15), (XV, 86).

El olivo es uno de los árboles más abundantes y más ricos de la Palestina, y es natural que aparezca con frecuencia en la S. Escritura. En el salmo LI, 10 el salmista dice de sí que es como un olivo fecundo en la casa de Dios. Este texto ofrece a nuestro Santo una ocasión excelente para declarar las propiedades del justo, representado en el olivo. En primer

lugar el olivo está siempre verde, lo mismo en estío que en invierno, y el justo está alegre, así en el tiempo de la bonanza como de la adversidad. Y no sólo alegre, sino fructífero, cuyos frutos son las obras buenas (Jn. XV, 2). Además el olivo tiene las raíces amargas, pero su fruto es dulce; como el justo que vive en medio de la amargura de las tribulaciones, pero esperando el fruto suavísimo de la vida eterna (Heb. XII, 11). El olivo es el símbolo de la paz, y los justos son todos pacíficos (Ps. CXIX, 7; Mt. V, 9). Las hojas del olivo se asemejan a las del sauce infructuoso; y así las palabras del justo son humildes y como de ningún valor. El óleo que se extrae de los olivos es de gran precio, e igualmente las obras de misericordia, que practica el justo. Este óleo es medicinal y no menos lo es la misericordia del justo. «*Breviter, quidquid in oliva est, totum est utile: quidquid in justo, totum est bonum et proficuum aliis. I ad Cor. IX, 22: Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos*» (XVI, 7 s.) Completaremos este punto con el salmo LIV, 23 en que se compara el óleo con la sabiduría. El óleo es claro, pero la sabiduría lo es más; el óleo es medicinal y también la sabiduría; es alimenticio como la ciencia de Dios que se llama pan (Jer. IV, 4); sirve para condimentar las cosas insípidas, y así mismo la sabiduría; fija los colores en las superficies pintadas, y también la sabiduría fija las virtudes en el alma; fomenta el fuego, y la sabiduría alimenta el fuego de la caridad; alumbra, y de la sabiduría dice el salmo: *Lucerna pedibus meis verbum tuum*, etc. (CXVIII, 105). «*Sed caveant ne a bubonibus ebibatur, id est, a daemonibus de nocte volantibus. Ps. XC, 6: A negotio perambulante in tenebris*» (XVI, 34).

Entre los animales es la paloma, la que por la gracia de sus formas, por sus arrullos y por su familiaridad atrae más nuestra atención. Nada extraño que en la Escritura se haga frecuente mención de ella. El salmista pide para sí alas de paloma para volar a donde pueda gozar de descanso (LIV, 8). Nuestro Doctor toma de aquí ocasión para explicar la semejanza del justo con la paloma. Se parecen en la sencillez y el candor, en el amar la sociedad de las de su especie, en alimentar los pollos ajenos junto con los propios, como el justo ama a sus enemigos y hace bien a quien le aborrece. La paloma tiene un beso, que es símbolo de paz, como el justo ama la paz y la busca siempre; la paloma gusta del grano limpio y desecha los alimentos corrompidos; y así hace el justo que ama la sobriedad y la templanza; la paloma se complace en estar junto a las aguas y el justo cabe las corrientes de la doctrina sagrada. El canto o arrullo de la paloma es canto de dolor, no de lascivia, y tal es el canto del corazón del justo compungido. Finalmente hace la paloma el nido en la peña, como el justo en las llagas de Cristo (XVI, 24).

En el mismo salmo LIV, 12 nos dice el salmista que en las plazas de sus enemigos no falta nunca la usura y el dolo, o, como nuestro expositor entiende, la usura dolosa. Al usurero lo conocía sin duda bien el Santo,

del cual dice que se compara con la lapa por la tenacidad con que se agarra al dinero; al topo, que sólo tierra acumula sobre sí, la cual acaba por ahogarle; al buho, que huye de la luz y ama las tinieblas, y al demonio que por poco que da exige mucho (XVI, 27).

Sto. Domingo lleva a sus pies como distintivo un perro, que simboliza su misión de predicador. S. Alberto nos da del salmo LVIII, 15: *Convertentur ad vesperam, famem patientur ut canes* una exposición interesante. El buen perro es el buen predicador. Primero porque ladra contra los tiranos y herejes, que son lobos y ladrones; con sus dientes muerde y destroza los vicios, como si fueran carnes; con la lengua cura las heridas que deja el pecado en el alma, vela mientras los otros duermen, y finalmente, guiado del olfato sigue el rastro de su presa, como el predicador el rastro de Cristo (XVI, 74). Quéjase el salmista de que sus días pasaron como sombra (salmo CI, 12) y nuestro intérprete expone al detalle las semejanzas que existen entre nuestra vida tan breve y la sombra de los cuerpos (XVII, 8 s.)

El vino tiene en la Biblia diversos significados, unos malos como la embriaguez del error, de la liviandad, o buenos como la compunción, la consolación espiritual, etc. (XVII, 42 s.) El corazón del malo se asemeja al mar, que se hincha con la soberbia, hierve con la envidia, se embravece con la ira, se vuelve salobre con la avaricia, con la gula todo lo devora y hiede con la lujuria, que por eso dijo uno:

Inficit, et foetet, quando patrat opus (XVII, 87 s.)

Terminamos esta serie de observaciones sobre el comentario al Salterio de nuestro nuevo Doctor señalando algunos pasajes en que da muestras claras de no ser insensible a las bellezas literarias de los salmos. Sobre el salmo I, 1 nos hace notar *figuratum modum loquendi pulcherrimum*, quando diversa diversis nominibus in singulis clausulis adjunguntur: *Abiit, stetit, sedit*. Item, in *consilio, via, cathedra*. Et item, *impiorum, peccatorum, pestilentiae* (XV, 11). Y algo semejante sobre el salmo V, 7: *Advertendum in principio quomodo pulchre loquatur et rhetorice, diversis clausulis diversa reddens verba. Non habitabit malignus, non permanebit injustus, oditur iniquitatem faciens, perdetur mendax, abominabilis est vir sanguinum et dolosus* (XV, 63).

Los textos que hemos resumido o copiado son una escasa prueba de los riquezas que encierran los tres gruesos tomos que ocupan en la edición de Borgnet la exposición de los Salmos. No nos cabe duda que quien sepa leerla a la luz de los principios que al autor sirvieron de guía, sacará no pequeño provecho para adentrarse en el hondo sentido profético de los cantos davídicos.

FR. ALBERTO COLUNGA.

Alberto Magno y la Química Medioeval

Fué gloria singular de Alberto Magno la perspicacia con que supo descubrir el genio portentoso de Tomás de Aquino, oculto tras el velo de un estudiado silencio y de una candorosa modestia. Y es mayor aún la que le corresponde por el acierto con que logró cultivar aquella privilegiada inteligencia, alentar sus entusiasmos juveniles, estimular su curiosidad científica y encaminarla diestramente hacia las cumbres de la más alta sabiduría. Dada la calidad de relaciones, que por tanto tiempo y tan estrechamente los unieron, no es lógico suponer que el discípulo recibiera del maestro tan sólo los consejos didácticos y las lecciones comunes a los demás escolares; hay que admitir que recibió, asimismo, enseñanzas más concretas y personales: temas de investigación, problemas de sumo interés, normas reguladoras de un estudio fecundo, ideas ricas en contenido doctrinal, observaciones de importancia perenne, sugerencias de máxima utilidad para el progreso intelectual, orientaciones de valor decisivo en la dirección del pensamiento y en la adquisición de un sólido criterio científico.

No es tarea fácil determinar en detalle hasta qué punto se extendió la influencia de S. Alberto sobre la mentalidad y los escritos del Doctor Angélico. Pero es incuestionable que esta influencia fué muy vasta y muy profunda: acaso más vasta y más profunda de lo que comúnmente se cree. Otra prueba de esta afirmación pudiera suministrarla también un análisis comparativo entre las obras del maestro y las del discípulo. Cier-to que la Providencia no había destinado a S. Alberto a que construyera él personalmente el magnífico templo del saber teológico-filosófico, que Sto. Tomás había de erigir para orgullo de su siglo y admiración de la posteridad. Sin embargo, a él le estuvo reservado el mérito extraordinario de haber preparado el solar sobre que había de alzarse el majestuoso edificio, y de haber allegado gran parte de los materiales que se emplearon en su construcción.

Con todo, es forzoso convenir en que, si bien la enorme celebridad del

discípulo, granjeó para el maestro nuevos timbres de gloria, no dejó por otra parte, aunque indirectamente, de redundar en menoscabo de esa misma gloria; y que contribuyó a restarle brillo y esplendor. La mentalidad de Sto. Tomás es de las que no consienten competencia ni parangón. En presencia del sol por necesidad han de eclipsarse los demás astros. La supremacía intelectual del Doctor Angélico está fundada sobre muy sólidos cimientos. Y, comparada con la suya, la gloria de sus contemporáneos queda reducida a proporciones de relativa modestia.

Hay, sin embargo, en la obra científica de S. Alberto, aspectos parciales que la hacen superior a la de su discípulo. Sto. Tomás, gigante sin rival en las elevadas regiones de la Filosofía y de la Teología, no descendió a cultivar los dilatados campos de las ciencias experimentales y de observación externa. Alberto Magno, por el contrario, llevó de frente todos los conocimientos, los de orden especulativo lo mismo que los de orden experimental; extendió su actividad, a todos los ramos del saber humano, y en todos dejó hondas huellas de su gran talento y de su pasmosa laboriosidad. Además de teólogo insigne, filósofo, místico y exégeta, fué botánico maravilloso, geógrafo, matemático, zoólogo, físico, astrónomo, médico, químico y mineralogista.

En este último terreno, en el de las ciencias físico-naturales, es donde el maestro aventajó con mucho al discípulo. En el estudio de las leyes y fenómenos de la naturaleza puso Alberto Magno un cariño, una constancia y una sagacidad por muy pocos superadas. Y, cual otro Salomón, disputó de todas las cosas, desde el cedro del Líbano, hasta el hisopo que crece en la pared. De él dijeron sus contemporáneos que fué *magnus in magia, major in philosophia, maximus in theologia*. Por lo que toca a los dos últimos títulos, el cetro de la superioridad pasó a manos del Doctor Angélico. Pero la supremacía en los dominios de las ciencias naturales sigue siendo suya. Por lo tanto, justo es afirmar que, si no llegó a igualarle en grandeza intelectual, se le acercó quizá más que ningún otro sabio. A lo menos, así parece pensaba el Poeta medioeval:

Questi, che m' è a destra più vicino
Fratre e maestro fummi; ed eso Alberto
É di Colonia, ed io Thomas d' Aquino...

Il Paradiso, X, 97-99.

* * *

Considerado como naturalista y como cultivador de los estudios de carácter experimental, S. Alberto es sin duda la figura más representativa y más relevante de su tiempo: investigador paciente y original, sabio de inmensa lectura y vasta erudición, talento dotado de verdadero espíritu científico en el sentido moderno de la palabra, temperamento de exquisita sensibilidad frente a los secretos de la naturaleza, maestro en el arte

de hacer descripciones llenas de concisión y de verismo. Por eso, como muy atinadamente observa Thorndike (1), está más que justificado el subtítulo que puso Pouchet a su obra: *Historia de las ciencias naturales en la Edad Media, o Alberto Magno y su siglo considerado como el punto de partida de la escuela experimental*.

Un estudio sobre cada uno de los aspectos que integran la obra científica de nuestro santo, al mismo tiempo que a completar su fisonomía intelectual, contribuiría a ilustrar el estado de las ciencias experimentales en uno de los períodos más interesantes de la historia. Huelga decir que un plan tan vasto, por lo menos, si el trabajo aspira a ser documentado, cae fuera de los límites de un breve artículo como el presente. Mi propósito es, pues, mucho más modesto en extensión y en calidad; recoger tan sólo algunas de las notas más salientes de su labor en los dominios de la Química, y destacar su significación en el desenvolvimiento histórico de esta ciencia.

Fuera vano intento buscar entre los escritos del Santo Doctor alguna obra de Química, en el sentido estricto de la palabra. La que más directamente toca puntos y cuestiones de Química es, sin duda la que lleva por título *De mineralibus*, dividida en cinco libros: *De Lapidibus in communi*, *De Lapidibus Pretiosis*, *De Metallis in communi*, *De Metallis in speciali*, *De Mineralibus quae media inter naturas lapidum et metallorum esse videntur*. Aunque en menor grado, revelan también los muchos conocimientos químicos de Alberto sus tratados *De Meteoris*, *De Generatione et Corruptione*, *De Coelo et Mundo*, *De Physico Auditu*. Tratado de Química propiamente dicha, por lo menos tal como ésta se entendía en la Edad Media, puede considerarse el *Libellus Alchimiae*, que suele atribuirse al Santo Doctor; y figura entre sus escritos. Pero existen razones sólidas para calificarlo de apócrifo. Y no es que la obrita sea indigna de su pluma. Al contrario: es uno de los pocos tratados de Alquimia, escritos con verdadera sencillez y claridad e informados por un criterio relativamente cuerdo y fundado. Y, por otra parte, contiene abundancia de doctrina y datos sobre manera interesantes para la historia de la Química en la época medioeval.

Es lógico creer que Alberto Magno escribiera algún tratado de Alquimia. Admitir lo contrario sería desconocer el valor de una tradición constante, tanto oral como escrita. En la *Legenda Beati Alberti Magni*, escrita por «Rodulfo de Nimega», se dice expresamente: *Item fecit librum de scientia alchimiae in quo ostendit fallacias alchimistarum et errores varios eorumdem dicens quod fere omnes deceptores sunt*. Y es in-

(1) Lynn Thorndike, *History of Magic and Experimental Sciences*. Vol. II, p. 535 Nueva York, 1929.

necesario aducir otras autoridades en la materia. Análoga conclusión debe inferirse del carácter enciclopédico que distingue los escritos del que con razón se llama *Doctor Universal*. No parece creíble que dejara de escribir algún tratado de Alquimia quien tan familiarizado estaba con sus problemas, se manifestó tan sagaz investigador de los secretos de la naturaleza y legó a la posteridad obras relativas a cuantas ciencias eran conocidas en su tiempo. Y así parece también colegirse de algunos pasajes de sus libros. En el quinto *De Mineralibus*, por ejemplo, al hablar del agua que usan los alquimistas «in illa lotura quam *lac virginis* vocant», añade «De quo alibi fecimus et adhuc faciemus mentionem» (1). En lo restante de la obra ya no vuelve a mencionarse más el *lac virginis*. No es aventurado suponer que el «adhuc faciemus mentionem» se refiera al tratado de Alquimia, que sería el lugar propio del asunto.

Mas la paternidad albertina del citado *Libellus Alchimiae* no puede fácilmente conciliarse con las consideraciones que siguen. El estilo del *Libellus* difiere notablemente del que distingue las obras genuínas de S. Alberto. En el *Libellus* se hace mención de minerales (e. g. la *cadmia*.) que no figuran en los libros *De Mineralibus*. Y no es probable que el Santo los desconociera al tiempo de escribir esta obra capital sobre la materia; ni tampoco es creíble que los excluyera de un catálogo de minerales que aspira a ser completo. Asimismo, la manera de citar a Arnaldo de Villanova y a Rogerio Bacón da sobrado fundamento para suponer que la obrita sea posterior a la época que se le asigna. Y, por último, existe manifiesta contrariedad entre las doctrinas y puntos de vista defendidos por Alberto Magno en sus escritos genuínos y las que, acerca de la naturaleza, composición y transformación de los metales se sustentan en el *Libellus Alchimiae*, que tan generalmente se le atribuye.

Mas para la gloria de nuestro Santo, como químico, no hace falta recurrir a tratados de autenticidad dudosa. Basta con tener en cuenta las obras que son verdaderamente genuínas. Y no es que se pretenda convertirle en un químico a estilo moderno, concedor de las teorías, leyes y principios sobre que descansa la ciencia química actual. Ni tampoco sería más ajustado a la verdad el suponerle autor de descubrimientos transcendentales, fecundos en consecuencias y en aplicaciones prácticas. Ni menos debe creerse que estuvo exento de errores científicos y de preocupaciones vulgares.

La Química es una de las ciencias experimentales que han progresado con más lentitud y que más dificultades ha encontrado en su desenvolvimiento al través de los siglos. La muchedumbre de datos y de hechos, que hoy constituyen su patrimonio máspreciado, se ha ido adquiriendo

(1) *De Mineralibus*, Lib. V, c. IV.

paulatinamente, después de muchos fracasos y esfuerzos colectivos. La sistematización de esos datos y la sólida articulación de las verdaderas leyes y principios químicos son de época relativamente cercana a la nuestra. Es una labor penosa que inicia Lavoisier a fines del siglo XVIII; y que más tarde continúan poco a poco Dalton, Proust, Berzelius, Liebig, Kekule, Wurtz y otros sabios posteriores.

Para juzgar con acierto la obra científica de Alberto Magno hay que tener presente la época en que vivió, el ambiente cultural que le rodeaba, los obstáculos insuperables que se atravesaron en su camino de investigador y pensador independiente. Adoptar un criterio distinto equivaldría a desfigurar su fisonomía intelectual y a hacer traición a la justicia histórica. Alberto Magno fué un gran químico, pero químico de su tiempo y para su tiempo. Encuadrada en el marco del siglo XIII, es como su figura adquiere relieve extraordinario y se destaca con no superada gallardía. Y entonces es cuando su labor en esta importante rama del saber humano aparece con las debidas proporciones y se presenta con caracteres de mérito excepcional.

Alberto Magno conoció casi toda la literatura que sobre cuestiones de Química se había escrito hasta sus días; recogió en sus obras todos los hechos de mayor trascendencia relacionadss con la materia; discutió y analizó con rara penetración las teorías químicas entonces corrientes; enriqueció el caudal de los conocimientos químicos con nuevos datos y observaciones personales; cultivó constantemente, y aun pudiérase añadir, que inició el verdadero método de investigación científica; tuvo puntos de vista y atisbos geniales muy superiores a su época; planteó con máxima claridad y resolvió, las más de las veces con acierto, problemas de capital importancia para el progreso de la Química. Si no logró desentenderse de todos los errores y prejuicios científicos comunes a su siglo, supo a lo menos conservar aquel grado de independencia de criterio y de moderación doctrinal que las circunstancias hacían posible. En cuestiones de Química estuvo tan alejado de la exagerada y, frecuentemente, perjudicial especulación metafísica como de la práctica de estériles e irracionales experiencias alquimistas. Su talento de sagaz investigador y de agudo dialéctico le acompaña siempre, aún en aquellas ocasiones en que se ve obligado a discurrir, partiendo de principios inexactos y de falsas hipótesis. Al lado de errores inevitables, hijos del tiempo y del estado de primitivo desarrollo en que se hallaba la ciencia química, se encuentran siempre en sus escritos observaciones luminosas; puntos de vista originales, conclusiones de una lógica irreprochable. En cuanto a universalidad de conocimientos químicos puede competir dignamente con Rogerio Bacón, Arnaldo de Villanova y Raimundo Lulio; y los aventaja en cuanto a solidez de criterio, prudencia en los juicios y modernidad de espíritu científico.

La abundancia de datos con que están enriquecidos sus libros, aparte de lo que es fruto de su experiencia personal, está tomada principalmente de escritores antiguos, que él cita con frecuencia: griegos, latinos y árabes. Aunque es justo observar que no todos los autores por él citados merecerían igual crédito a los modernos especialistas en crítica histórica. Además del mitológico Hermes Trismegisto, tan explotado por los alquimistas, de quien él dice que se le ha dado el calificativo de «Propheta Philosophorum» (1), habla también y aduce entre otras la autoridad de Cuates y de Evax, reyes de los árabes; del griego Magor y del babilónico Germa. A Cos-ben-Luca, cuyo es el libro traducido con el título *De Physicis Ligaturis* (2), le da el nombre de *Constabulence*. También habla de «cierto Gilgil de la Arabia Hispalense, que acaba de ser devuelta a los españoles». Y por cierto que lo critica con desusada dureza: «Haec autem inconvenienter et stulte dicta sunt quoniam ipse Gilgil mechanicus et non Philosophus fuit, sed de mechanica alchimia praesumens, praesumpsit mentiri de physicis» (3). En el tercer libro *De Mineralibus* confiesa que, de los escritos de Aristóteles acerca del mismo asunto, sólo pudo hacerse con algunos extractos: «In hoc libro sicut in praecedentibus Aristotelis tractatum non vidi nisi per excerpta, quae diligenter quaesivi per diversas mundi regiones» (4). Y afirma igualmente que son incompletas e insuficientes las noticias que sobre idéntico tema traen Plinio y Avicena (5).

Pero casi tan interesante como los hechos y opiniones recogidas de autores antiguos resulta en las obras de Alberto Magno la narración de sus observaciones y experiencias personales: quizá no tanto por el valor que puedan tener para el progreso de la ciencia, cuanto por el carácter anecdótico y autobiográfico que las distingue, y por el candor y tono de sinceridad que en la narración resplandece. Como curioso ejemplo de observaciones de esta índole, merece transcribirse lo que dice al hablar de *las imágenes y sigilos de las piedras*: «Post hoc autem longo tempore cum essem Parisiis de numero doctorum et grege, contigit advenire ad studium filium regis Castellae, cujus coqui cum piscis emerent, praenominati nobilis famuli piscem emerunt, qui Latine *peccet*, vulgariter *pleis* vocabatur, et erat maximae quantitatis in illo genere piscis: cum autem exenteraretur piscis, in ventre ejus apparuit concha ostrei maximi, quam ad me memoratus nobilis fecit causa dilectionis adaptari: concha ergo illa concavo sui, quod est planum et politum, habebat figuram trium ser-

(1) *Mineralium*, lib. III, t. 2, c. 6.

(2) M. Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, t. I, p. 551. Madrid, 1880.

(3) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 4.

(4) *Loc. cit.*, c. 1.

(5) *Mineralium*, lib. 1, t. 1, c. 1.

pentum ore elevato optime factorum, ita quod nec figura defuit oculorum, cum tamen essent valde parvi: exterius autem in convexo, quod erat asperum, habebat figuras multorum, decem videlicet et amplius serpentum simili modo per omnia opere factorum, nisi quod omnes exteriores nodo quodam in collo videbantur colligati, capitibus tamen et corporibus separatis: neque fuit ulla istarum imaginum quae non esset perforata foramine ab ore serpentis incipiente, et inferius ad caudam serpentis exeunte: et erat foramen ita parvum quod videbatur filo factum fuisse. Hanc autem concham ego multo tempore habui, et multis ostendi, et postea eam misi pro munere in Teutonium cuidam» (1).

Iguales caracteres de nitidez y espontaneidad narrativa demuestra cuando cuenta lo que él oyó a otras personas. Así, hablando sobre el mismo asunto, añade: «Narravit autem mihi quidam nobilis et potens, quod quodam tempore ab uno rusticorum suorum praesentatum fuit sibi ovum minoris quantitatis quam gallinae, in quo corpore exclusorum simili in textu optime figuratus fuit serpens cristatus et alatus, et habebat figuram pedis sicut pes galli». Así mismo, al estudiar las localidades en que se halla la esmeralda, escribe: «Dixit enim unus de Graecia veniens veridicus et curiosus experimentator, quod ille lapis nascitur in rupibus, qui sunt sub aqua maris et quod ibi frequenter invenitur» (2).

* * *

Ya se ha notado anteriormente que la obra de Alberto Magno, más rica en datos y conocimientos químicos, es la que lleva por título *De Mineralibus*. Y, si se rechaza la autenticidad del *Libellus de Alchimia*, a ella hay que atenerse principalmente para juzgar del mérito y significación del Santo Doctor en el terreno de la Química. También contienen noticias aprovechables sobre la materia otros tratados, especialmente los *De Meteoris* y *De Generatione et Corruptione*; pero mucho más escasas y de menor interés científico. En cambio, los libros *De Mineralibus* encierran un caudal de saber químico, superior a lo que pudiera esperarse del título que llevan. En ellos no sólo se catalogan, clasifican y describen los minerales que en aquel tiempo eran conocidos; sino que se tocan multitud de problemas, se consignan experiencias, se indican procedimientos, se exponen juicios y se hacen observaciones de máxima importancia para la historia de la Química. Y en ellos revela Alberto Magno, al par que sus dotes excepcionales de sagaz naturalista y de pensador original, sus vastos conocimientos acerca de las leyes, fenómenos y manipulaciones químicas.

(1) *Mineralium*, lib. 2, t. 3, c. 1.

(2) *Op. cit.*, lib. 11, t. 2 c. 17.

A más de ciento llega el número de minerales que cataloga, indicando al mismo tiempo sus especies y variedades. Fuera vano intento el querer justificar íntegramente su método, sus principios y sus opiniones. Porque huelga repetir que sería injusto aplicar a sus escritos los cánones y postulados por que se rigen las ciencias de nuestro tiempo. Pero no conviene omitir que su división de los minerales en *piedras* o rocas; *metales* y *sustancias intermedias*, coincide, en parte por lo menos, y en parte muy fundamental, con la clasificación de Haüy, en *ácidos*, *metales heterópsidos*, *metales autópsidos* y *combustibles*. Y por lo que atañe al método y orden de materias, a las cuestiones y puntos que analiza, tampoco difiere cosa mayor de la práctica seguida en los modernos manuales de Química y Mineralogía. Examina primero las clases generales de los cuerpos, sus notas y caracteres; y desciende después a tratar de las especies y grupos particulares. El estudio de las propiedades se extiende a todas aquellas que en su época era dable investigar. Se ocupa con bastante detalle y con relativa exactitud de la dureza, del brillo, del sabor, de los colores, de la estructura, de la ductilidad, del magnetismo, del olor, de la densidad, y de las diversas modificaciones que experimentan los cuerpos, los metales sobre todo, al ser sometidos a la acción del fuego. No hace al propósito de este modesto trabajo la tarea de identificar todos los minerales que nombra y describe. Pero sí es útil mencionar algunos, especialmente aquellos en cuyo análisis más claramente se manifiestan sus conocimientos químicos. Además de los mármoles y muchas piedras preciosas (el diamante, el rubí, la turquesa, la esmeralda, el topacio, la amatista, el ágata, el granate, etc.), habla, entre otros, del *asbesto*, de la *calamina*, de la *hematites*, del *oropimente*, del *azufre*, de diversas clases de *alumbres*, del *nítro*, de la *sal común*, de una *sal amónica*, de un compuesto de origen orgánico que probablemente es la *urea*, de las *piritas*, a que él da el nombre de *marcasitas*.

En cuanto a los metales no parece que conociera más que el hierro, el mercurio, el oro, la plata, el plomo, el cobre y el estaño. Pero, si no conocía el zinc, no ignoraba que el *latón* (aleación de cobre y zinc), se puede obtener tratando convenientemente el cobre con la calamina (compuesto de zinc) (1). Sostiene que el acero no es especie distinta del hierro, sino el mismo metal más sutil, duro y compacto (2). Conoce la propiedad que los metales tienen de unirse entre sí para formar lo que hoy llamamos aleaciones (3); y consigna además que el mercurio «de facili eis commis-

(1) *Mineralium*, lib. IV, c. 6. Verdad es que en el *Meteororum* (lib. IV, t. 2, c. 9), expresa el parecer contrario.

(2) *Mineralium*, lib. IV, c. 8.

(3) *Meteororum*, lib. IV, t. 3, c. 20.

cetur propter naturalem quam cum eis habet conformitatem» (1). Y aunque no emplee en la materia los vocablos técnicos de hoy día, manifiesta claramente que no le son desconocidos gran parte de los compuestos que los metales forman al ser atacados por el oxígeno, el azufre o el arsénico. Describe detalladamente el procedimiento para fabricar *albayalde* o carbonato básico de plomo mediante la acción del vinagre sobre dicho metal (2). Tampoco ignora las condiciones en que el cobre puede convertirse en *malaquita* y *azurita*, o sea en carbonato básico (3).

Es digna de transcribirse la descripción que hace de la manera de obtener el hierro en estado libre y de purificarlo: «Cum autem extrahunt ipsum de terra, et est permixtum lapidi et terrae, et ejus scoria est multa, faciunt ignem maximum et calidum, et tunc in fundum destillant ferrum, et lapides et scoriae ejiciuntur sursum, et tunc fit humidum et fluit: et si iterum coagulatur et iterum vehementem ignem solvatur et fluat et saepius ita iteretur, purgabitur deorsum scoria ex ipso, et fiet chalybs... Si vero saepius purgatur ferrum, et ipsum efficitur siccus et frangibilis, et ideo non saepe liquefaciunt ipsum ne emittat curvabilitatem» (4). Muéstrase así mismo familiarizado con los métodos empleados en la metalurgia del oro y de la plata; y describe, o insinúa, los de *copelación*, *amalgamación* y *trituration*.

Es de ponderar también la manera con que describe la fabricación del carbón vegetal: «Quidam (carbones) enim fiunt per ignem ex ligno et ossibus: et hoc dupliciter, scilicet, quando extinguuntur per aquam, vel quando ligna viridia incenduntur, et postea ignis terra coopertus exiccat humidum in eis et perurit, sed non discontinuat: et illi carbones magis durantes sunt in igne» (5). Y no son menos exactos sus conocimientos acerca de los pormenores de la fabricación del vidrio (6) y de los ladrillos (7); de la cal y de la lejía (8).

Ni que decir tiene que frecuentemente alude, nombra, y aun algunas veces explica las operaciones y manipulaciones que en su tiempo se empleaban para realizar experiencias químicas, los aparatos e instrumentos que usaban más comúnmente, las mezclas y reactivos de que solían servirse los alquimistas para sus ensayos y averiguaciones, los aparatos e instrumentos que utilizaban más comúnmente. Así que habla de filtra-

(1) *Mineralium*, lib. IV, t. 1, c. 8.

(2) *Ib.*, c. 3.

(3) *Ib.*, c. 6.

(4) *Meteororum*, lib. IV, t. 2, c. 9.

(5) *Meteororum*, lib. IV, t. 3, c. 15.

(6) *Mineralium*, lib. I, t. 1, c. 3.

(7) *Op. cit.*, t. 2, c. 1.

(8) *Op. cit.*, lib. III, t. 1, c. 4.

ciones, calcinaciones, maceraciones, sublimaciones, destilaciones, incinerizaciones, fusiones, volatilizaciones y «cremaciones»: de hornos, alambiques, vasos de vidrio y otros aparatos menos conocidos como el *alulel* y el *alemech*: de preparados tan peregrinos como el *lac virginis*, *elixir citrinum*, *sapientiae lutum*, *oleum vitri*, *oleum lateritium*, *album lunae*, *rebeum solis*, *elixir album*. Estos nombres misteriosos, aunque acaso no tengan significado concreto para los profanos en el arte de la alquimia, es indudable que representaban, por lo menos algunos, para la Química de aquella época, reactivos de gran importancia (soluciones, sales, ácidos, bases, mezclas).

A este propósito resulta muy instructiva la siguiente descripción que trae el santo Doctor al analizar el origen de los metales: «Signum autem quod locus esse debeat talis dispositionis, ut dictum est, est quod invenimus in operibus alchimorum peritorum qui melius naturam imitantur, quoniam cum elixir facere volunt, quod habeat colorem et tincturam auri, primo quidem accipiunt vas inferius amplum, quod totam recipiat materiam sulphuris et argenti vivi depuratorum et aliorum quae in elixir recipiuntur. Deinde considerant quod super istud sit vas habens collum longum strictum, et super illius colli foramen sit operculum ex luto, in quo sit foramen valde modicum et strictum. Deinde inhumant, hoc est immergunt fundum vasis inferioris in cineribus vel fimo, et forte in fimo melius est, quod vocant *equi clibanum*: et tunc supponunt ignem valde lentum. Et qui melius faciunt, faciunt haec vasa vitrea: et est primi vasis dispositio sicut figura urinalis, et secundum stat super istud, et recipit totum vaporem qui resolvitur ex ipso: et est contactus vitreorum vel vasorum linitus optime luto ne aliquid per illum locum exspirare possit: receptum ergo vaporem dirigit sursum in collum suum longum quod paulatim stringitur, et in ipso vapor praefocari incipit et convolvi: illud vero quod incensum est de vapore, evolat fuliginosum per foramen strictum operculi colli: cum ergo praefocatur redit ad substantiam citrinam convolutus in seipso: quod postea acceptum, tingit quodcumque vis metallum in colore auri et forte pulchriore si fuerit nobile elixir, in quo in nullo erravit artifex. Horum autem vasorum est talis figura, quod inferius vas sit A B C D, superius autem vas E F G, et operculum sit figura H» (1).

Sabido es el papel de capital importancia que la *afinidad* desempeña en el estudio de las leyes y fenómenos químicos. Alberto Magno, si no fué el primero en reconocer el hecho de la afinidad, fué de los primeros en emplear la palabra, dándole el significado propio y preciso que hoy tiene, de aptitud, facilidad y energía de combinación, entre los cuerpos químicos. «Sulphur autem exurit argentum quando spargitur super ar-

(1) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 10.

gentum liquefactum: et denigratio argenti ostendit quod aduritur per sulphur, sicut diximus superius: sulphur enim propter *affinitatem naturae* metalla adurit, et non magnam adustionem infert rebus aliis, sicut lignis et lapidibus, etiamsi spargatur inflammatum super ea» (1). A pesar de lo que comúnmente se afirma (2), no sería justo, sin embargo, concederle la prioridad absoluta: porque él mismo atribuye a Hermes in *suis Alchimis* el siguiente pasaje: «Sulphur ipsum quadam *subtili affinitate* sulphuris ad quam vicinatur omnia metalla, omnia eorum perurit corpora et incinerat, aurum vero non» (3).

En cambio, sí parece cierto que fuera el primero en conocer el arsénico propiamente tal. Si bien hasta el siglo xvii no se lograra obtenerlo en estado puro. «*Falcones*, quod alio nomine *arsenicum* vocatur, et a vulgo *auripigmentum*, idem significat. Est autem de genere lapidum citrinum et rubrum, quem lapidem unum de spiritibus vocant Alchimici. Habet autem naturam sulphuris in calefaciendo et dessicando, et cum calcinatur per ignem, nigrum efficitur, et statim sublimatione efficitur albiissimum. Et si iterum calcinetur, iterum efficitur nigrum, et iterata calcinatione efficitur albiissimum: et cum hoc ter vel quater iteratur in ipso, tantum efficitur adustivum, quod aeri compositum statim facit foramina per ipsum et exurit vehementer omnia metalla praeter aurum solum: appositum autem aeri ipsum in album colorem transmutat» (4). Aquí se empieza con un sulfuro de arsénico y se termina con una substancia que, combinada con el cobre, le comunica color blanco. Esta no puede ser otra que el arsénico, cuya aleación, o arseniuro de cobre es del color indicado.

A lo dicho no estará demás añadir que no sólo conoció los sulfuros del arsénico, *oropimente* y *rejalgav* (citrinum et rubeum), sino también la *arsenita* o anhídrido arsenioso. Pues en otra parte escribe: «Invenitur autem (el arsénico que para él es nombre genérico) et trium modorum, *album* videlicet, et citrinum quod est communius et pulverizabilius albius caeteris, et auripigmentum, et rubeum» (5). La arsenita se distingue de los sulfuros mencionados por su color blanco. Asimismo, habla expresamente del *minio* y de su formación (6).

Que conoció de igual modo el ácido nítrico es opinión corriente. Y no hay motivo para suponer que lo ignorara, cuando ya parece que lo había preparado Geber en el siglo viii. Uno de los textos que con mayor fundamento se puede aducir a este propósito es el que sigue: «...Convenit ali-

(1) *Op. cit.*, lib. IV, t. 1, c. 5.

(2) W. Turner, *History of Philosophy*, p. 342. Nueva York, 1903.

(3) *Mineralium*, lib. IV, t. 1, c. 7.

(4) *Mineralium*, lib. II, t. 2, c. 6.

(5) *Op. cit.*, lib. V, t. 1, c. 5.

(6) *Op. cit.*, lib. IV, t. 1, c. 3.

quando per sapientium industriam per calidum ignis extrahi ab ipso (se refiere al plomo) per evaporationem superfluum humidum... et commisce-ri vaporabiliter in aliquo praefocando continente vaporem terreum cum aqueo radicali optima et fortissima commixtione, et ex vi caloris converti humidum ad colorem citrinum et tunc habere splendorem auri et coloris» (1).

Se atribuye comúnmente a Arnaldo de Villanova la extracción del espíritu de vino (2). Pero la obtención del etanol o alcohol etílico fué ya a su modo conocida de S. Alberto. El nos habla expresamente de un líquido inflamable que se puede sacar del vino. «Vinum est cremabile sicut oleum, et in crematione illa vaporat totum... et ideo tale vinum nomine vinum est, operatione autem non omnino est vinum... Istum autem *vaporem* habet *subtilem valde*: cujus signum est, quia *flamam emittit*. Si enim ponatur ad ignem, et infigantur calami superius et *inflammantur* sicut ab oleo, et sublimatio talis vini fomentum est flammae subtilis» (3). «Et nos dedimus de hoc exemplum in liquore qui eliquatur ex vino, in quo una est unctuositas supernatans *inflammabilis et facile astringibilis* et quasi accidentalis» (4).

Otra de las pruebas que manifiestan el genio químico del Santo nos la suministra el interés que pone en hacer resaltar el valor económico, los usos y aplicaciones que puedan tener las sustancias por él descritas. «Propter quod lapides qui sunt ut creta, vel moliores... in muris non remanent: quia sicco calcinato exterius semper sunt asperi, et hoc recedens relinquit aliam partem lapidis caemento non coagulatam: et ideo cadunt de muris lapides isti, et murus de ipsis post modicum tempus efficitur sicut maceria. Silices autem durissimi sunt... Et ideo etiam illi caementum non bene accipiunt...: propter quod in architectonicis latomi his raro utuntur, et dicunt quod isti lapides scindunt muros. Marmorum autem genera alia optime commixta sunt et vehementer decocta, et ideo dura sunt et muris apta. Sed quadri lapides plus caeteris conveniunt aedificiis... E contra autem lapides aliquantulum humidi... in aere vehementer exsiccantur, et ideo duriores et meliores in aedificiis per longitudinem temporis efficiuntur» (5).

Como la materia es abundante y no carece de interés, bien vale la pena aducir otros textos. «Est autem quod frequentius occurrit (habla del alumbre), et cujus utilitas major est, trium specierum» (6). «Dicitur au-

(1) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 8.

(2) M. Pelayo, *Historia de los Heterodoxos*, p. 456. Madrid, 1880.

(3) *Meteororum*, lib. IV, t. 3, c. 18.

(4) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 2.

(5) *Mineralium*, lib. I, t. 2, c. 4.

(6) *Op. cit.*, lib. V, t. 1, c. 4.

tem in Hispaniarum urbe Segobia primitus inventus (lapis *specularis*). Ego autem vidi illum abundanter inveniri, ita quod currus inde onerantur in diversis partibus Teutoniae... effusus scinditur in quaslibet tenues partes, et fiunt inde fenestrae sicut de vitro, nisi quod loco plumbi oportet ponere lignum leve abignum» (1). «Magnesia, quam quidam *magnosiam* vocant, lapis est niger quo frequenter utuntur vitrarii» (2). «Sunt autem alterius generis carbones, qui fiunt naturaliter in terra..., et isti sunt carbones calidiorem habentes ignem, quos prae omnibus quaerunt fabri» (3). «Sicut est lanugo illa quae vulgo *pennae salamandrae* vocatur: et similiter pannus qui est de lanugine, netur et contextitur: ille enim lycinium factus, flammam dat» (4).

* * *

No fuera leal callar aquí que Alberto Magno, al hablar de las virtudes y propiedades de las piedras cita algunas veces hechos y expresa opiniones tan peregrinas, que hoy nos hacen sonreír. Pero justo es agregar también que, en no pocos de estos casos, no hace más que exponer pareceres ajenos, sin hacerse solidario de su exactitud. En otros consigna los datos sólo a título de información curiosa y amena. Y quizá sean los menos aquellos en que verdaderamente explica su sentir y opinión personal. Así parece inferirse de lo que él mismo nos dice con toda claridad. «Supponamus autem nomina praecipuorum lapidum et virtutes secundum quod ad nos aut per experimentum aut ex scripturis Auctorum de venerunt» (5). «Haec autem sunt experimenta physica, et a magnis viris probata, quae lapides virtutibus suarum formarum et specierum operantur» (6). Y hablando del significado de las imágenes en las piedras: «Licet autem absque dubio ea sufficiant ad praesentem intentionem quae dicta sunt, tamen ad *solatium legentium* quaedam ponemus de significatione imaginum, et postea de suspensionibus et ligaturis earum» (7).

Y aun admitiendo que en esta materia pagó no escaso tributo a las leyendas y creencias vulgares de la época, siempre quedará a salvo la solidez de su criterio filosófico y científico. En casos particulares pudo errar por un exceso de credulidad. Pero los fundamentos de su doctrina, tanto teóricos como experimentales, están por encima de toda discusión. Las piedras poseen virtudes, y virtudes especialísimas, porque lo mani-

(1) *Op. cit.*, lib. II, t. 2, c. 17.

(2) *Ib.*, c. 11.

(3) *Meteororum*, lib. IV, t. 3, c. 19.

(4) *Ib.*, c. 17.

(5) *Mineralium*, lib. II, t. 2, c. 1.

(6) *Ib.*, t. 3, c. 6.

(7) *Ib.*, c. 5.

fiesta la experiencia, lo admite la opinión general de los hombres y lo confirman los principios de la sana filosofía. «Hujus autem contrarium (que las piedras carecen de determinadas virtudes) expertum est sapientissime: quoniam *magnetem videmus ferrum attrahere*, et adamantem illam virtutem in magnete restringere. Adhuc autem expertum est saphiros aliquos anthraces fugare, et unum tale vidimus oculis nostris. Hoc etiam ab omnibus vulgatum est, et non potest esse *quin in toto vel in parte sit verum quod ab omnibus communiter est dictum*» «Nihil tamen est in universa natura quod non habeat propriam suae speciei operationem...: hoc autem in simplicibus probatur medicinis... Idem est de herbis, radicibus et lignis. Propter quod et lapides procul dubio operationes habere constat, aut omnes, aut fere omnes, licet in pluribus sint ignotae operationes eorum. Et ideo dicit Joanes Damascenus, quod nulla res destituitur a propria et substantiali operatione. Risibile enim esset valde, quod diceremus qualitates primarias vehementes habere operationes, et formas substantiales ipsis rebus ut fines naturae datos sicut divinum et optimum omnino nullas habere operationes» (1).

Asimismo hay bastante que rectificar en lo que nos dice acerca del origen de las piedras y de los lugares en que se engendran. Pero muchos de los casos relativos, aunque parezcan extraños, no son más que hechos científicos, explicados a medias. Tal acontece con lo que cuenta acerca de ciertas aguas de la *Gothia*: «Est autem fons in Gothia, de quo verissime traditur quod omnia quae mergantur in ipsum, in lapidem convertit: in tantum quod ad eum misit Imperator Fredericus chirothecam sigillatam, ut probaret veritatem, quae cum per aliquot dies medietas corii et medietas sigilli mersa esset in fonte, medietas corii et medietas sigilli conversa sunt in lapidem, altera medietate corii manente. Refertur et veraciter a fide dignis, quod guttae quae ex impetu casus ejusdem fontis sparguntur super ripam fontis, convertuntur in lapides guttarum quantitatem habentes» (2). Evidentemente, aquí se trata de un fenómeno análogo al que se verifica en la formación de las estalactitas y estalagmitas. El bicarbonato cálcico es relativamente soluble en agua cargada de anhídrido carbónico. De igual modo, la solubilidad de éste aumenta con la presión. Por eso las aguas subterráneas (sometidas a presión) lo dejan libre y lo eliminan, al salir a la superficie, sea la exterior, sea la de las cavidades interiores de la tierra: y en consecuencia, el bicarbonato, que contienen en disolución, se precipita y se va depositando poco a poco. La segunda experiencia citada por el Santo pudiera explicarse de una manera aún más sencilla: por la gran cantidad de sustancias disueltas y precipitadas al evaporarse las gotas de agua.

* * *

(1) *Mineralium*, lib. II, t. 1, c. 1.

(2) *Ib.* lib. I, t. 1, c. 7.

Pero la nota más característica y más gloriosa de Alberto Magno, cómo químico y como hombre de ciencia en general, es el espíritu verdaderamente científico que anima sus escritos acerca de la Historia Natural. El no sólo está persuadido del valor supremo y de la necesidad de la experiencia en el estudio de los fenómenos naturales, sino que escribió y obró de acuerdo con sus convicciones. Desde este punto de vista es superior a su contemporáneo Rogerio Bacón. Ciertamente que no usa con tanta frecuencia como él la palabra observación ni se sirve de ella para criticar los métodos entonces corrientes. Pero quizás practica la observación directa de un modo más perseverante y sistemático: y en todo caso, de un modo más consciente, discreto y racional. La considera como indispensable para llegar a conseguir la verdad integral en las cosas pertenecientes a la naturaleza sensible. En cuantas ocasiones le es permitido, recurre a la experiencia personal, y de esa cantera extrae los materiales más importantes de sus numerosas obras científicas. Y para poder realizar su programa de consultar la naturaleza, observar los hechos por sí mismo y analizar sus detalles y pormenores, no tiene inconveniente en emprender largos viajes, vencer grandes dificultades e imponerse penosos sacrificios. En este orden es ciertamente modelo de investigador desinteresado, tenaz y perseverante; de observador agudo, hábil y diligente.

Los testimonios que pudieran aducirse en confirmación de este juicio son sobre manera abundantes. Los que siguen bastan para el caso; y tal vez sean en número excesivo. Pero la importancia del asunto permite sin duda una documentación menos parca. Y claro que, en presencia de documentos tan explícitos, huelgan todos los comentarios. «Dico quod nihil ad me de miraculis, cum ego de naturalibus disseram» (1). «Scientiae naturalis non est simpliciter narrata accipere, sed in rebus naturalibus inquirere causas» (2). «Neque oportet nos horum omnium (de los mineralogistas citados, Hermes, Cuates, Dioscórides, Aarón y Joseph) inducere sententiam, eo quod scientia rei nos adeo est occulta quod ipsam ex plurimorum erroribus non colligere oporteat» (3). «Probant autem hoc experta tam in naturae operibus quam in artis solertia. In naturae enim operibus visu proprio didici, quod ab una origine vena fluens in quadam parte fuit aurum purum et in alia parte argentum habens admixtam calcem lapideam: et dixerunt mihi fossores et depuratores metallorum, quod hoc frequentissime contingit... Ego autem diligenter tunc examinans inveni aliquod genus esse vasis in quo conversa erat minera in aurum» (4).

(1) *De Gen. et Corrupt.*, lib. I, t. 1, c. 22.

(2) *Mineralium*, lib. II, t. 2, c. 1.

(3) *Op. cit.*, lib. I, t. 1, c. 1.

(4) *Mineralium*, lib. III, t. 2, c. 6.

«Quae igitur *expertus sumus* hic dicemus: distillatur enim et depuratur chalybs saepius...» (1).

Estos otros textos son acaso más interesantes y decisivos: «Exul enim aliquando factus fui, longe vadens ad loca metalla, ut experiri possem naturas metallorum. Hac etiam de causa quaesivi in alchimicis transmutationes metallorum, ut ex his innotesceret aliquatenus eorum natura et eorum accidentia propria. Est autem optimum genus hujus inquisitionis et certissimum: quia tunc per causam uniuscujusque rei propriam res cognoscitur, et de accidentibus minime dubitatur... Ego enim ipse aurum purum inventum vidi in lapide durissimo, et aurum vidi immixtum substantiae lapidis: et similiter argentum ego ipse inveni immixtum in lapide et purum in alio lapide, quasi esset vena currens per lapidem distincta a substantia lapidis. Similiter autem expertus sum de ferro et aere et stanno et plumbo, sed *haec a substantia lapidis non vidi distincta*, sed ab expertis in talibus didici quod frequenter distincta a substantia lapidis inveniuntur sicut inveniuntur auri grana inter arenas» (2). «Nos autem vidimus aurum purum generari inter arenas fluminum diversarum terrarum, et in terra nostra quidem tan in Rheno quam in Albia... Argentum autem quatuor modis invenimus generari et forte pluribus generatur terris aliis. Sed istos quatuor modos invenimus in terra Teutoniae. Ego enim ipsum inveni in lapide toti lapidi incorporatum, quod educitur per calcinationem molindeni et ignem» (3). «Propter quod ego experiri feci quod aurum alchimicum quod ad me devenit, et similiter argentum, postquam sex vel septem ignes sustinuit, statim amplius ignitum consumitur et perditur et ad faecem quasi revertitur» (4).

S. Alberto no sólo observaba con sagacidad los fenómenos de la naturaleza y realizaba él mismo con paciente laboriosidad experimentos propiamente tales, sino que buscaba cuantas oportunidades se le ofrecían para observar las experiencias que otros verificaban. «Hi autem qui in cupro multum operantur in nostris partibus, Parisiis videlicet et Coloniae, et in aliis locis *in quibus fui et vidi experiri*, convertunt cuprum in aurichalcum per pulverem lapidis qui calamina vocatur» (5). Y aun parece ser, a juzgar por ciertos pasajes de sus obras, que tenía a su lado un grupo de colaboradores que le ayudaban a recoger datos y a verificar experiencias. «Expertum autem est in nostro tempore, quod si in aquam bullientem immittitur (el topacio), ita defervere facit, quod statim manu

(1) *Op. cit.*, lib. II, t. 3, c. 2.

(2) *Op. cit.*, lib. III, t. 1, c. 1.

(3) *Ib.*, c. 10.

(4) *Ib.*, c. 9.

(5) *Mineralium*, lib. IV, t. 1, c. 6.

immissa extrahitur: et hoc fecit Parisiis *unus de nostris sociis*» (1). «Narravit mihi *unus ex nostris sociis, curiosus experimentator*, quod vidit Fredericum Imperatorem habere magnetem, qui non traxit ferrum, sed ferrum vice versa traxit illum» (2).

Un aspecto parcial del espíritu de observación en él tan arraigado, del criterio sólidamente científico que poseía, y del anhelo constante que le impulsaba a aprender en la escuela de la experiencia directa y personal, es su raro talento descriptivo, su habilidad en pintar cuadros vigorosos y de contornos bien definidos. En este arte raya algunas veces a maravillosa altura. Sabe escoger los detalles de relieve, combinar el colorido y la fuerza con la sobriedad y la precisión. Cualidad tanto más de admirar cuanto que, de ordinario, su estilo es difuso y desaliñado. Pero, como sabe observar con diligencia y sagacidad los fenómenos de la naturaleza, acierta a expresarlos siempre con exactitud y con discreta parquedad en el detalle. Como ejemplo de ese talento descriptivo pueden servir muchos de los textos anteriormente citados.

Por el interés especial que encierran también bajo otros aspectos, no estará, sin embargo, demás transcribir los dos que siguen. «*Teutonicum* (el nitro), quod in loco qui Goselaria dicitur, abundanter invenitur, ita quod pluvia cadente super montem qui plenus est minera cupri, et colata aqua pluviae per montem, quando venit ad centum passus in foveam quam fecerunt fossores, conversa videtur aqua in nitrum, quod tamen putatur ab incolis esse salgemma, sed ego visu et tactu probavi esse nitrum. Stat autem, in concavo montis *ad modum et formam qua glacies generatur in tectis ex aqua a tecto stillante tempore gelantis frigoris*: et hoc non est laminale, sed rotundum» (3). «*Iscustos*, ut refert Isidorus et Aaron similiter, est lapis in ultimis Hispaniarum partibus frequentius inventus juxta Gades Herculis in tertio vel secundo climatibus ultra Hispaniam illam, quam modo Hispaniam vocamus. *Est autem filabilis propter viscositatem in eo arefactam: et, si de ipso vestis fiat, non comburitur, sed igne purgatur et nitet*: et forte illud est quod pennam vocant *salamandrae*» (4).

* * *

Este ensayo de estudio resultaría manco y radicalmente incompleto si se omitiera aquí otra cuestión de capital importancia en la materia: la actitud de Alberto Magno respecto de la Alquimia. Huelga decir que, en este asunto, es preciso descartar todas las noticias de carácter legenda-

(1) *Op. cit.*, lib. II, t. 2, c. 18.

(2) *Ib.*, c. 11.

(3) *Mineralium*, lib. V, t. 1, c. 7.

(4) *Op. cit.*, lib. II, t. 2, c. 8.

rio: y, si se niega al Santo la paternidad del *Libellus Alchimiae*, otras fuentes de información que parecían más seguras. Es indudable que Alberto Magno conocía a fondo toda la literatura alquimista de su tiempo: que estaba familiarizado con las doctrinas y teorías de los alquimistas, sus métodos, sus experiencias, sus secretos y sus preocupaciones. Es igualmente indiscutible que él mismo realizó experimentos a estilo de los alquimistas sus contemporáneos, y que participó de algunos de sus errores y prejuicios. Y hay que convenir, por último, en que sentía respeto y admiración por la Alquimia y sus cultivadores. Con todo, hablando con rigor, no puede llamársele alquimista: por lo menos, alquimista activo y militante, convencido e incondicional.

La Alquimia puede considerarse (y lo fué en realidad) como una Química embrionaria e imperfecta, como un arte o ciencia práctica, que busca, en la acción mutua de los cuerpos, transformaciones más o menos profundas y cambios que suelen ser de gran utilidad para satisfacer las necesidades humanas. En este sentido no cabe duda que Alberto Magno fué alquimista: y alquimista de relieve. Para él la Alquimia era un arte general y superior, a la que estaban subordinadas las artes particulares que tienen por objeto la transformación de materias y la fabricación de artículos industriales. Así se explica aquella frase suya: «Et in arte vitraria quae alchimiae subalternatur, ostenditur visibiliter» (1).

Considerada de esta suerte la Alquimia, él no sólo la admite, sino que la cultivó extensamente adentrándose en sus doctrinas, métodos y principios: y la ejercitó prácticamente con trabajos propios y experiencias personales.

Acerca de este punto no hay para qué traer aquí nuevas pruebas. Bastan muchos de los textos ya citados en páginas anteriores. Pero sí conviene advertir que en lo que pudiera llamarse ejercicio práctico de laboratorio alquimista, el Santo se ocupó acaso menos de lo que comúnmente se cree. Las expresiones *expertus sum*, *ego ipse experiri feci*, son muy frecuentes en sus escritos. Pero cuando habla de experimentos de Alquimia propiamente dichos, más bien da a entender que se refiere a cosas que tan sólo había leído, visto u observado. «Sicut docent alchimici in loturis suis» (2). «Signum autem hujus est quod videmus in arte alchimiae fieri» (3). «Propter quod alchimici volentes aurum facere, student ad elixir rubeum, quod medicinam vocant» (4). «Si autem diu stet in igne aes, exspirabit... sicut probatur in alchimis» (5). «Quidam ex his qui

(1) *Mineralium*, lib. I, t. 1, c. 3.

(2) *Op. cit.*, lib. III, t. 1, c. 4.

(3) *Op. cit.*, lib. III, t. 1, c. 2.

(4) *Op. cit.*, lib. IV, t. 1, c. 7.

(5) *Ib.*, c. 6.

nostro tempore in alchimicis studuerunt, dicere omnino videntur» (1). «Hi autem qui in cupro multum operantur... et in aliis locis in quibus fui et vidi experiri» (2).

Puede también tomarse la Alquimia en cuanto significa ciencia esotérica y oculta, arte envuelto en un laberinto de fórmulas misteriosas y de símbolos cabalísticos, doctrina expuesta en un lenguaje lleno de metáforas obscuras, de frases desconcertantes, de alusiones ininteligibles, donde la huera palabrería y el misterio de las formas servía para encubrir la vacuidad del contenido y la ausencia de todo pensamiento sólido. Esta clase de Alquimia no sólo no tuvo la simpatía de Alberto Magno, sino que mereció su censura y reprobación: «Propter hanc quaestionem debite discutiendam (se trata de la unidad de forma en los metales) plurimos inspexi libros alchimicos, et inveni libros illos absque sigillo et probatione, tantum expertis inniti et celare intentionem eorum per verba metaphorica, quae nunquam fuit consuetudo philosophiae» (3).

Puede, finalmente, entenderse la Alquimia, según dice el Santo, como la entendía Calistenes, «scientiam quae inferioribus metallis nobilitatem attribuit superiorum» (4): como el arte de transformar los metales de calidad inferior en otros de calidad superior, sobre todo en oro, el rey de los metales. Que la transformación se verificara mediante el empleo del *elixir*, *medicina*, *piedra filosofal*, o mediante sustancias y procedimientos de índole más variada, era indiferente para el caso. Lo importante era llegar a la meta, a la apetecida transformación.

Tampoco en este sentido puede llamarse alquimista a Alberto Magno. Por lo menos él supo adoptar en la materia una actitud mental digna de su talento filosófico y de su perspicacia científica. Desconfía prudentemente del valor objetivo que a sus experiencias atribuían los alquimistas: y ponía sabios reparos a la lógica de las conclusiones que pretendían inferir. Así, explicando los supuestos experimentos según los cuales «per elixir aes redit ad argentum, et plumbum ad aurum et similiter ferrum ad argentum», contesta: «De experimento autem quod inducunt, non sufficiens est adhibita probatio: quoniam non est certum utrum inducat colorem argenti et auri et pondus et odorem propter illud quod additur et penetrat in aes vel plumbum vel inducat substantiam: et probasse debuisset Callisthenes quod substantiam auri induceret» (5).

No menos explícitos y significativos son los textos que siguen: «Qui autem per alba albificant, et per citrina citrinant manente specie metalli

(1) *Mineralium*, lib. I, t. 1, c. 4.

(2) *Op. cit.*, lib. IV, t. 1, c. 6.

(3) *Op. cit.*, lib. III, t. 1, c. 7.

(4) *Ibidem*.

(5) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 7.

prioris in materia, procul dubio deceptores sunt, et verum aurum et verum argentum non faciunt: et *hoc modo fere omnes vel in toto vel in parte procedunt*: propter quod ego experiri feci, quod aurum alchimicum quod ad me devenit, et similiter argentum postquam sex vel septem ignes sustinuit, statim amplius ignitum consumitur et perditur, et ad faecem quasi revertitur» (1). «Hoc autem multo magis videbitur verum, quando non est probatum, hoc quod sit de plumbo, dicitur esse aurum: hoc est forte aliquid auri simile, non aurum, eo quod sola ars dare non potest formam substantialem. Praeterea alchimicum *vix aut nunquam invenimus*, sicut dictum est, *in toto operantem*, sed potius citrino elixir colorat in auri speciem, et albo elixir colorat in argenti similitudinem, studens ut color in igne remaneat et penetret per totum metallum, sicut spiritalis substantia immissa materiae medicinali: et hoc modo operationis potest induci flavus color, substantia metalli remanente» (2).

Con todo, no sería lógico inferir de aquí que el Santo negaba en absoluto el hecho: y mucho menos, la posibilidad de la transformación de los metales. Al contrario, parece admitir ambas suposiciones. En uno de los capítulos de la obra tantas veces citada, los libros *De Mineralibus*, pregunta. «Utrum species metallorum possint ad invicem transmutari sicut dicunt alchimici», y después de exponer la opinión de Avicena, según el cual «non permutantur species, nisi forte in primam materiam et in materiam metallorum reducuntur, et sic juvamine artis deducuntur in speciem metalli quam voluerint», añade él por su cuenta: «Sed tunc oportet nos dicere, quod alchimicorum periti operantur sicut periti medicorum: medici enim per medicinas purgativas... et postea per confortantia naturam juvant virtutem naturalem, ut digerendo sanitatem naturalem inducant. Ita enim procul dubio sanitas effectus erit naturae effective, et artis organice et instrumentaliter. Per omnem autem eundem modum dicemus operari alchimicorum peritos in transmutatione metallorum. Primo enim purgant multum materiam argenti vivi...: et tunc ipsa natura operatur, et non ars, nisi organice, juvando et expediendo, ut diximus: et sic verum aurum et verum argentum educere et facere videntur» (3).

Y más adelante, en el mismo capítulo, continúa: «Alchimia autem per hunc modum procedit, scilicet corrumpendo unum a specie sua removendo: et cum juvamine eorum quae in materia sunt, alterius speciem inducendo: propter quod omnium operationum alchimicarum, melior est illa quae procedit ex eisdem ex quibus procedit natura, sicut ex purgatione sulphuris per decoctionem et sublimationem, et ex purgatione argenti vi-

(1) *Loco. cit.*, c. 9.

(2) *Ib.*, c. 8.

(3) *Mineralium*, lib. III, t. 1, c. 9.

vi, et bona permixtione horum cum materia metalli: in his enim ex virtutibus horum omnis metalli species inducitur».

Otro capítulo lleva el expresivo título: «*Quod generatio metallorum ad se invicem sit circularis*». Y entre otras cosas dice: «His autem adjiciendum est, commune omnibus metallis esse, quod propinqua est valde materia eorum. Scimus autem ex his quae in scientia *Peri Geneseos* determinata sunt, quod inter habentia symbolum in materia et virtutibus et potentiis naturalibus, facilis est transmutatio ad invicem. Propter quod et multorum philosophorum, quorum tamen pater est Hermes Trismegistus, qui Propheta Philosophorum vocatur, assertio est, circularem esse metallorum generationem, et ex se invicem sicut circularis est generatio elementorum: *quod etiam mihi videtur verissimum*... Contingit igitur materias proximas elementorum ad invicem transmutari, quae transmutata necesse est ipsa ad invicem esse transmutabilia. *Per hunc igitur modum contingit circularem esse ex se invicem metallorum generationem*».

Esta opinión pretende confirmarla con lo que él observó en una mina: la coexistencia del oro y de la plata en una misma veta mineral. E, igualmente, apoya su parecer en las experiencias que el arte logra realizar: «*Probant autem hoc experta tam in naturae operibus quam in artis solertia*». Y concluye refiriéndose al argumento experimental: «*Artificum autem experimentum quod faciunt alchimici qui, si unam speciem metalli cum natura operantur, deducunt in aliam, quemadmodum dictum est. Sic igitur non est improbabile circularem ex se invicem esse generationem metallorum, et hoc solum metallum (?) est proprium inter elementa et mixta*» (1).

La posición pues de Alberto Magno frente al problema de la transformación de los metales puede resumirse en las proposiciones siguientes: es indudable la posibilidad de dicha transformación; debe admitirse, por lo menos, como muy probable en algunos casos, la existencia actual de la transformación; cuando ésta se verifica, la causa principal del cambio son las virtudes y fuerzas de la naturaleza, no el arte de la Alquimia, que sólo puede influir como causa instrumental, disponiendo y preparando la materia; es asimismo, cuando menos probable, la transformación circular y recíproca, esto es, en ambos sentidos, ascendente y descendente; la inmensa mayoría de las transformaciones que pregonan los alquimistas no son otra cosa que meras fantasías o manifiestas falsificaciones (2).

(1) *Mineralium*, lib. III, t. 2, c. 6.

(2) El Cardenal González en su *Historia de la Filosofía* (Tom. II, p. 218. Madrid, 1886), toca esta cuestión; y dice: «Los que le atribuyen (a Alberto Magno) la opinión de que es posible la piedra filosofal, se conoce que no han leído sus obras, en las que dice expresamente que no es posible la fabricación del oro, ya fundándose en que el arte

Como puede fácilmente colegirse de los textos citados, una de las consideraciones principales en que se funda el Santo para defender la mutua transformación de los metales es de analogía, un argumento *a pari*, o mejor dicho, *a fortiori*. Admitida la doctrina entonces corriente acerca de los cuatro elementos, el razonamiento no deja de tener fuerza. Si la tierra, agua, aire y fuego se transforman mutuamente, análogo fenómeno, y con mayor razón, debe verificarse respecto de los metales; puesto que entre ellos hay mayor parentesco, mayor semejanza de naturaleza y de propiedades. En el mismo sentido debió influir también sobre su opinión la creencia casi general entre los alquimistas, que él asimismo compartía: creencia que consideraba el azufre y el mercurio como los componentes inmediatos de todos los metales.

Pero más que nada, sin duda, pesaron en su mente a este propósito consideraciones de orden superior, o sea, las exigencias del sistema peripatético. Supuesta la constitución hilemórfica de los cuerpos, no parece pueda negarse lógicamente la posibilidad de la disputada transformación. Esa posibilidad viene a ser un postulado de la naturaleza y atributos de la *materia prima*, realidad puramente potencial, sujeto enteramente indeterminado, capacidad y aptitud para recibir todas las formas, pero sin preferencia ni inclinación hacia alguna de ellas en particular. Claro que el sistema no pide que de hecho se verifique la transformación. La forma substancial no se recibe en la materia, si no preceden antes determinadas disposiciones, cuya presencia está regulada por la naturaleza misma de los cuerpos y por las leyes que rigen sus mutuas relaciones. Mas por parte de la materia prima, la posibilidad, no sólo absoluta, sino también física, es incuestionable. El hecho depende únicamente de que se consigan, o no, las disposiciones requeridas.

La actitud de los químicos modernos en orden al problema ha variado bastante en estos últimos tiempos. Los fenómenos de radioactividad, los novísimos experimentos acerca de la constitución del átomo y, sobre todo, los postulados de la teoría electrónica demuestran que las doctrinas de los antiguos alquimistas no eran tan fantásticas y desconcertadas como solía suponerse. En todo caso, los atomistas partidarios del mecanicismo clásico, más bien que maravillarse de que se defendiera la transformabilidad de los elementos, debieran preguntarse la razón de por qué no se transforman. En el sistema y doctrinas mecanicistas, lo natural y lógico sería la transformación: lo incoherente e inexplicable, la no transformación.

no puede producir formas substanciales, ya alegando otras razones más o menos sólidas y científicas». De los textos aducidos a este propósito, uno, más bien que expresar la opinión del Santo, expresa la de Avicena, que él no hace suya. Los otros pueden interpretarse fácilmente, teniendo en cuenta los diversos aspectos del problema.

Para lo que constituye el objeto principal de este artículo, tan importante o más importante que lo anterior, tal vez sea otro punto que no se ha tocado todavía: el que se refiere a la opinión de Alberto Magno acerca del *modo cómo permanecen los elementos en el mixto o compuesto químico*. La importancia del problema deriva, sobre todo de su alta importancia filosófica; puesto que coincide con aquel otro capitalísimo en la Cosmología, el de la unidad de la forma substancial en los compuestos naturales. Mas, por lo mismo que es de tanta transcendencia, no cabe ya tratarlo con la extensión que el asunto requiere. Sin embargo, no estará demás consignar algunas breves observaciones, pertinentes al caso.

Alberto Magno plantea el problema con admirable claridad y precisión; examina todos sus aspectos y dificultades, e insinúa los principales que después habían de utilizarse en uno y otro sentido de la controversia (1). En la solución que, finalmente, adopta, prevalecen las consideraciones de orden empírico y experimental sobre las de carácter predominantemente especulativo y metafísico: otra prueba más de su temperamento científico y de su respeto a la lógica de los hechos (2). Sus puntos

(1) *Adhuc autem forte videbitur alicui quaerendum de formis substantialibus elementorum, utrum maneant in mixto ex elementis, vel non? Si remanere dicantur, tunc videbitur sequi necessario quod compositum plures habeat formas substantiales: et ad hoc multa sequuntur inconvenientia, quorum unum et primum est, quod nihil suscipit multas substantiales formas: ergo nec compositum. Adhuc autem quia per multas formas substantiales poneretur in diversis speciebus. Adhuc autem quia non esset vere unicum, sed potius esset contiguum, vel per accidens unum. Quae omnia absurda sunt. Si autem non manent, tunc videtur quod cum materia mixti nullam habeat actu formam, nec simplicis scilicet, nec compositi, quod privatio ipsius adeo sit generalis privatio materiae primae, si prima materia est simplex: ergo et materia compositi, quod omnino est absurdum. Adhuc autem secundum haec materia prima et communis per multis efficeretur propria hujus vel illius materia. Adhuc autem secundum hoc tot formarum esset susceptibilis materia compositi, quot formarum est susceptibilis forma simplicis elementi... Si autem signis credere velimus, tunc signum est elementum esse in composito secundum suam formam hoc quod est ibi proprietas elementi, quae est virtus ejus activa vel passiva secundum qualitates elementares: eo quod non possumus dicere compositum vel calidum vel frigidum vel humidum vel siccum, nisi in eo quod est ex elementis. Cum enim sciemus proprietatem nusquam esse sine proprio subjecto, oportebit quod secundum aliquem modum elementum insit composito secundum formam substantialem. Adhuc autem in resolutione ipsum compositum non resolvitur ad materiam communem elementorum, sed potius ad elementa, ut (?) videtur, etiam tunc quod elementa sint in ipso aliquo modo secundum actum (De Coelo et Mundo, lib. III, t. 2, c. 8).*

(2) *Ibidem. De Gen. et Corrupt., lib. I, t. 6, c. 3, 5, 7 y 8. Justo es anotar aquí que el pensamiento del Santo sobre la materia no aparece expuesto con aquella claridad, aquella precisión y aquel tono de certeza que fuera de desear.*

de vista en la materia, a pesar de no conciliarse fácilmente con la autoridad y con los sólidos razonamientos de Sto. Tomás, han encontrado siempre, y encuentran aún hoy, partidarios decididos, que ven en ellos el único camino expedito para salir al paso de serias dificultades que la ciencia moderna ha ido acumulando en contra de la doctrina tomista sobre la unidad de la forma sustancial en los compuestos naturales.

Por ser de máxima transcendencia desde el punto de vista químico, tampoco puede pasar sin un ligero comentario su opinión acerca de la divisibilidad de los cuerpos naturales. En el tratado *De Generatione et Corruptione* (1) se encuentra el siguiente pasaje: «Cum enim dicitur corpus esse divisibile in infinitum, non est hoc verum de naturali corpore: minimum enim in illo accipitur: et id est quod operationem corporis naturalis perficere potest: quia si dividatur, corrumpitur ab operatione et essentia, quia alterantibus resistere non potest». Y en el *Isagoge in Libros Aristotelis* (que, si no es obra genuína del Santo, es un resumen de sus libros filosóficos) se expone la misma doctrina de un modo más claro y preciso: «Omne enim corpus divisile est, sed usque ad quasdam particulas minimas a natura determinatas, id est, usque ad minima secundum speciem» (2).

Estas ideas, que después había de ampliar y completar Sto. Tomás, contienen en germen toda la sustancia de la teoría atómica y de cuanto en ella hay de cierto y sólidamente fundado. Si los cuerpos naturales, y por lo tanto, los elementos químicos también, sólo son divisibles hasta ciertos límites, y si por otra parte, el compuesto químico resulta de la unión entre dos o más cuerpos simples, ya tenemos elaborado el concepto de *átomo químico*: la mínima parte de un cuerpo simple capaz de entrar en combinación con los otros. Si la mínima cantidad indispensable para la existencia de un elemento dado está determinada por su naturaleza específica, por su forma sustancial, síguese lógicamente que cada elemento tendrá su *peso atómico* propio y característico; el peso relativo del átomo en cuestión. Admitidos estos dos postulados, las leyes estequiométricas o ponderales ya no son más que una consecuencia espontánea de los mismos: los elementos se combinarán entre sí, ya según la proporción que responde a los pesos atómicos respectivos, ya según proporciones dobles, triples, etc., de esos pesos atómicos. Que no otra cosa significa la ley de las *proporciones definidas*, la de las *proporciones múltiples* y la de los *números proporcionales*.

Pero S. Alberto no niega la divisibilidad indefinida del cuerpo, simple o compuesto, si se trata de la divisibilidad absoluta. Niega sólo la divisibilidad relativa y condicionada, la que supone que el cuerpo dividido

(1) *De Generatione et Corruptione*, lib. I, t. 1, c. 14.

(2) *Isagoge in Libros Aristotelis*, 3.^a p., c. 9.

conserva su naturaleza específica, cualquiera que sea el grado de división a que se llegue. ¿Qué sucederá, pues, cuando se desdoblen y subdividan el átomo, la porción mínima de cuerpo simple, más allá de la cual no se salva su naturaleza, y la molécula del compuesto, porción mínima también cuyos límites no pueden tampoco traspasarse sin herir de muerte la naturaleza de ese compuesto?

Según los principios de Alberto Magno (puesto que la materia no se aniquila) el átomo y la molécula (las porciones mínimas posibles del cuerpo simple y del compuesto, respectivamente) experimentarán un cambio sustancial, se transformarán y convertirán en otro u otros cuerpos de diversa naturaleza. La Química tradicional y la Química novísima han confirmado la legitimidad de estas deducciones. Cuando por electrólisis se desdobla la molécula de agua en sus elementos, ya no es agua lo que queda como resultado de la división, sino oxígeno e hidrógeno. Asimismo, cuando se desintegra y subdivide el átomo de *radio*, éste se convierte en *helio* y *nilon*, dos sustancias esencialmente distintas del radio cuya desintegración los produjo.

Merece especial atención este punto, porque es uno de los varios casos típicos en que los adelantos de la Química han venido a robustecer los grandes principios de la Cosmología albertino-tomista. En cambio sería fácil demostrar que los partidarios del mecanismo, solamente poniéndose en contradicción con sus propias doctrinas, pueden admitir los postulados de la teoría atómica, centro y fundamento de la ciencia química. Partiendo únicamente de la materia homogénea y del movimiento local extrínseco, ya no es posible llegar en buena lógica a la noción del átomo químico; y menos a la del peso atómico, propio y característico de cada elemento. Y en ese caso quedan también sin razón que las justifique todas las leyes estequiométricas.

FR. C. FERNANDEZ, O. P.

San Alberto Magno, naturalista

Buscar en el siglo XIII un teólogo o un filósofo es cosa que a nadie extraña; pero irse a aquellos siglos en busca de un científico, en el sentido restringido que hoy se da a la palabra, parecerá a muchos verdadero desatino.

No andaba muy lejos de pensar de este modo el que ahora se dispone a presentar a los lectores de CIENCIA TOMISTA la figura científica de San Alberto Magno (siquiera sea en un sector muy reducido, puesto que hemos de limitarnos a sus Tratados sobre Zoología). No en vano los historiadores de las ciencias físico naturales se imaginan los «siglos medios» como un páramo sólo poblado de fábulas pintorescas y sueños cabalísticos. Ni entre los precedentes de los descubrimientos modernos, ni entre las figuras que forman el catálogo de los sabios dan lugar nuestros historiadores a nada que nos recuerde los «siglos medios».

¿Cómo extrañar que los interesados en formar idea de conjunto sobre el desarrollo de las ciencias naturales, los lectores asíduos de tales historias, lleguen a conceptos tan pobres y equivocados sobre períodos enteros y sobre personalidades dignas de mejor nombre?

Con esas prevenciones comenzamos la lectura de las obras científicas de Alberto Magno; y, quizá por lo mismo, ha sido mayor nuestra sorpresa. El resultado lo verán nuestros lectores en las páginas sucesivas.

De esas mismas prevenciones, por lo generalizadas entre el público más o menos ilustrado, nace una gran dificultad para quien se proponga escribir sobre personas, víctimas de tan lamentable descrédito. No es cosa fácil despertar la curiosidad de los lectores, hacerles simpático y atractivo lo que por instinto acostumbran a despreciar.

Alberto Magno, fraile, santo y hombre del siglo XIII, lleva sobre sí el sanbenito con que los hombres de nuestro tiempo suelen señalar lo más despreciable e inútil. No hay por qué disimular, por consiguiente, las dificultades que salen al paso de quienes pretendan rectificar añejos conceptos, aunque falsos e injustificados, generalmente admitidos como indiscutibles.

Conste que no vamos a seguir el procedimiento fácil de algunos escritores que ponen todo su ingenio en remozar, retocándolas con cuidado, las figuras de sus biografiados para que las arrugas de su ancianidad no ofendan los ojos de sus admiradores. Procedimiento fácil, decimos, porque evita el ímprobo trabajo de estudiar en sus detalles y reconstruir en su real valor la personalidad científica que se pretende dar a conocer. Pero, aunque fácil, es procedimiento demasiado ineficaz; a la corta o a la larga, llega el momento en que tales figuras contrahechas son justamente despreciadas y relegadas al rincón de las creaciones inútiles. Alberto Magno es figura bastante saliente para que necesite retoques y alifafes de pacotilla; los hombres de su tiempo han sabido apreciarle en todo su valor y han cristalizado su concepto en una sola palabra: Alberto el «Grande». La posteridad no ha tenido que mermar nada de tan glorioso nombre; por el contrario, bajo muchos aspectos casi ha subido más alta su excelsa personalidad.

Creemos lo más justo presentarle tal como es y como resulta de la lectura imparcial y serena de sus obras. Que sea él mismo quien hable y justifique sus apreciaciones y dé el verdadero relieve a su figura científica. Procuraremos presentar su punto de vista general sobre los distintos temas biológicos, señalando de paso algunos detalles importantes y curiosos (1).

Hay que advertir, desde luego, que Alberto Magno no guarda orden aparente en sus tratados, y nosotros tampoco intentamos someter sus doctrinas a sistema preconcebido. Nuestro estudio será, por consiguiente, un conjunto de puntos relacionados con ciertas cuestiones que estudia la Biología contemporánea.

Alberto Magno y los naturalistas antiguos.

Alberto Magno nos dice que escribe sus tratados a petición de sus hermanos, que deseaban un comentario sobre los libros de Historia Natural del Filósofo. Bien sabido es lo que por aquella época significaba la autoridad de Aristóteles en las escuelas filosóficas y científicas; de sus obras

(1) Para estudiar a Alberto M. como naturalista tenemos la edición crítica de la obra *De vegetabilibus libri VII*, comenzada por E. Meyer y concluida por C. Jessen. Berlín, 1867, y la *De animalibus libri XXVI*, publicada, según el código original que se conserva en Colonia, en dos gruesos volúmenes, en la colección *Beiträge zur Gesch. der Philos. des Ma.*, Baud XV-XVI. Münster, 1916-1921. Los tres mencionados naturalistas alemanes han consagrado una buena parte de su vida y de su ciencia a esta ingrata y meritoria labor de publicar la edición crítica de estas dos obras, base para todo estudio serio sobre el valor científico de nuestro Santo en la Botánica y Zoología y en las otras ciencias, que son como ramas de estas dos.

habían de salir las soluciones a todos los problemas, y las sentencias del Filósofo eran generalmente soluciones definitivas e indiscutibles.

Por lo mismo, era de absoluta necesidad estudiarlo, si los religiosos de entonces no querían renunciar a toda intervención en las cuestiones científico filosóficas de su tiempo. De manera especialísima necesitaban este estudio los apologistas cristianos.

Y no hay que decir la dificultad de encuadrar dentro del molde cristiano las doctrinas de un filósofo gentil. De ahí la conveniencia de que maestros de competencia probada, sometiendo las obras originales a una severa crítica, ofreciesen a la generalidad de los católicos el genuino pensamiento del Filósofo, moldeado según el espíritu cristiano.

Esta obra de cristianizar a Aristóteles, en su parte filosófica, tuvo principio en S. Alberto y culminó en Sto. Tomás; en la de ciencias naturales fué ya terminada por el primero.

De aquí el gran respeto con que Alberto Magno trata las opiniones de Aristóteles, aun cuando no siempre las comparta y siga. Ocasiones hay en que nuestro Santo se desentiende de tales opiniones, haciendo constar expresamente que son del Filósofo y no suyas; otras veces se vuelve abiertamente contra la sentencia de aquél y la rebate con energía, para sentar como más cierta o más aceptable la suya propia. Pero esto lo hace siempre con máxima consideración y respeto, viendo de disculparle y achacando los errores a los comentaristas o a las malas traducciones.

No se crea, sin embargo, que el respeto al Filósofo cohibía la iniciativa individual e impedía la formación de propia personalidad en los pensadores del siglo XIII. Al menos, Alberto Magno se mueve en el campo de las ciencias naturales con toda libertad y desembarazo, y con un criterio objetivo que nada tiene que envidiar al que observamos en los mejores naturalistas modernos.

Después de leer el libro «De Animalibus» no acertamos a explicarnos cómo Vaccari y otros se atreven a decir con todo aplomo que, hasta Celsipini (1583) todos habían seguido ciegamente a Aristóteles, cuyas obras constituían el canon de las ciencias; y que ante un *Magister dixit* todo el mundo se abatía. Es una petulancia afirmar que hasta que vino al mundo dicho naturalista italiano, los que le habían precedido sólo habían hecho clasificaciones fundadas en meras apariencias externas, prescindiendo en absoluto de las analogías de estructura y constitución de los organismos.

Basta leer algunas líneas en los libros *naturales* de Alberto Magno para convencerse de que tales señores están muy lejos de haber estudiado las doctrinas del gran Maestro del siglo XIII, y suplen con fantasías lo que debiera ser fruto de serena lectura y meditación.

La simple apariencia de la obra de nuestro Santo nos indica ya que no

es un mero traductor o repetidor del Estagirita, ni siquiera se le puede aplicar el calificativo de simple comentarista. Ciertamente recopila y comenta la ciencia de Aristóteles y demás sabios de la antigüedad, y, ya bajo este concepto, merece el aplauso y reconocimiento de la posteridad. Pero no ha sido sólo eso; la ciencia de aquéllos la tiene Alberto Magno perfectamente digerida y depurada y sárvele de base para ulteriores investigaciones personales, en las que se aprecia un criterio y sentido crítico perfectamente cultivado.

Puede afirmarse que las obras de Alberto Magno encierran todo lo mejor que nos ha legado la antigüedad, acrecido con un buen contingente de observaciones y experiencias personales. Apenas sienta una afirmación que no apoye en autoridades dignas de crédito, y nunca adelanta alguna novedad sin antes contrastarla con datos indiscutibles de su propia experiencia. Bajo su pluma van sucediéndose nombres de naturalistas griegos y romanos, judíos y árabes. Parece que ningún autor de mediana autoridad, de cuantos le han precedido, le era desconocido y ninguno había dejado de estudiar con detenimiento.

Hemos de adelantar, para los no familiarizados con las obras de nuestro Doctor, que se nota una gran diferencia en su criterio y procedimientos cuando trata de medicina y cuando se ocupa de asuntos propiamente de ciencias naturales. Como médico, conoce, sí, a maravilla la constitución y funcionamiento del organismo, pero usa de continuo la farmacopea popular de su tiempo; como naturalista se revela siempre más elevado, más rigurosamente científico y con pleno dominio de la materia que trata. Esto no impide que, al hablar de cada especie de animales domésticos, sobre todo en aves de cetrería, preste gran atención a sus enfermedades y procedimiento para curarlas.

Como naturalista es ante todo observador; se aprecia ahí su verdadera vocación. Apenas hay un capítulo en que no tropecemos con expresiones como estas: «ego vidi»; «ego expertus sum»; «ego experimentum feci»; «hoc dictum est mihi ab expertis piscatoribus»; «aucupes hoc mihi retulerunt»; «hoc non est notum apud nos». Expresiones parecidas están diseminadas por toda la obra del autor.

Veamos pruebas de su independencia aun respecto de los naturalistas que pudiéramos creer le inspiraban mayor confianza.

Scias autem quod Aristoteles et quidam alii philosophi aquilam et vulturem in idem genus avis ponunt, aquilam quidem ab acumine, vulturem autem a volando et capiendo nominantes: propter quod quidam dicunt, nobilissimum genus avis esse vulturem. Et hoc non est in usu nostro, quia vultur apud nos magna quidem valde est avis pigra et ignobilis... (De Animalibus, lib. XXIII, tract. 1).

Quod autem Plinius dicit aquilam aquilonarem in vulpis pelle ova involvere et sic sub sole in ramis arborum suspendere, donec maturata so-

lis calore exeant, et non ea fovere aquilam, sed cum calore pellis et solis pulli exierint, ad ea tunc primum redire, jam expertus sum esse falsissimum: quoniam in Livonia ubi aquilae sunt aquilonares et feroces valde et magnae, nihil penitus talium experimur, sed potius fovent ova aquilae, et piscibus et avibus et bestiis nutriunt pullos suos... (Ibid.)

Al hablar del ruiseñor, a la vez que combate a Plinio, nos revela su espíritu de observación.

De hac ave expertus sum quod advolat ad cantantes si bene cantant: et dum cantant auscultat tacens: et postea quasi vincere nitens recantat et respondet: et hoc modo etiam se ipsas invicem provocant ad cantandum.—De hac ave Plinius falsum dicit quod videlicet postquam coierit, deponit vocem et mutat colorem: quia nos saepe vidimus eam cantantem dum adhaerere (sic) sedet in ovis (Ibidem, cap. 24).

En la introducción a este libro (XXIII) se pueden ver otras muchas experiencias personales que vienen a corregir las afirmaciones de otros autores, que no nos entretenemos en transcribir aquí por no hacernos demasiado largos y pesados. Plinio le merece muy poca confianza, pero mucho menos le merece Solino, de quien dice en alguna ocasión: «...et si cut in multis mentitur Solinus, ita et in hoc falsum dicit...» Poco después dice, dudando de ciertas afirmaciones. «Dicunt etiam quidam quod est quoddam basilisci genus quod volat: sed de hoc non legi ego in libris sapientum philosophorum».

Por lo dicho puede ver el lector con cuanta prudencia y seriedad procede Alberto Magno antes de propasarse a rechazar las opiniones recibidas que no le parecen ciertas. Sabe él muy bien que la naturaleza es rica en sorpresas y que no es fácil precisar *a priori* hasta dónde llega la potencialidad de sus energías y la riqueza de sus formas.

Jorach es otro de los filósofos o naturalistas de quienes guarda mayor recelo, y así niega lo que dicen (Jorach y otros) que la salamandra viva en el fuego, «...et hoc falsum est nisi pro tanto, sicut dicit Galienus... quod videlicet salamandra si igne parvo tempore moretur, ignis impressionem non efficit in ea: sed si diu moratur, aduritur». Y en otra parte: «sed iste Jorach frequenter mentitur».

En el libro XXII nos dice que considera una fábula lo que algunos afirman que el dragón lucha con el elefante y que después de vencerle bebe su sangre. De ciertos autores dice que sus obras, más que historias fundadas en hechos, deben considerarse como artificiosas fábulas.

Por fábula desecha la creencia de que ciertas aves (pluviales, las llama) no tengan otro alimento más que el aire: «Sed hoc jam a nobis improbatum est, quia aër no est elementum incorporabile per nutrimentum».

Su juicio sobre los naturalistas antiguos él mismo lo sintetiza en las siguientes palabras: *Hanc autem indagationem oportet subicere ideo*

quia antiqui naturales incomplete et insipienter fallacia ferentes signa tractaverunt de originibus istorum. Causa autem ignorantiae eorum fuit difficultas speculationis per sensum et anathomiam membrorum... Sed nos oportet conjungere rationem cum sensu et solvere objecta: tunc enim vere sciemus omnium similium partium origines, quae sunt in corporibus animalium... Accipiamus autem quaecunque de hoc dicta sunt ab antiquis, ut bene dicta discernamus a contrario modo se habentibus (III, 1.º, 1).

Véase como ejemplo del indicado procedimiento, el caso concreto del origen de los vasos sanguíneos: *Nos autem perfectam de hiis intendentes tradere doctrinam, primo ponemus de hoc sententiam Aristotelis cum explanatione manifesta, et secundo objiciemus hoc quod contradicit Galienus, et tertio inducimus de hiis Avicennae solutionem. Quarto autem objiciemus omnia quae contra Avicennam objicit Averroys et ponemus solutionem suam. Quinto autem et ultimo ex hiis omnibus eliciemus opinionem nostram, et probabimus eam ratione et experimento certo, quod non fallit (III, 1.º, 2).*

Método.

Por lo que llevamos dicho se puede ya sospechar que nuestro naturalista es ante todo un filósofo de la naturaleza orgánica. No se contenta con relatar hechos ni con describir órganos y aparatos, busca siempre la última explicación, la razón más honda, el por qué de las cosas, lo que explique lo mismo la existencia de tales o cuales órganos en unos, que la carencia de los mismos órganos en otros individuos.

A cada paso nos sorprende con ocurrencias agudísimas, explicaciones ingeniosas y casi siempre satisfactorias, que brotan natural y espontáneamente del inagotable manantial de sabiduría del autor.

Más de una vez degenera en vicio su empeño en buscar explicación física a las más insignificantes modalidades de los seres y de los fenómenos.

La naturaleza es para él obra de una inteligencia sapientísima que va escalonando las esencias y las causas. Las propiedades, las inclinaciones, las tendencias y los instintos fluyen de las complexiones y de los humores que modifican hasta la misma organización de los seres. El *sicum* y el *humidum*, con el *calidum* y el *frigidum*, en sus combinaciones e infinitas proporciones relativas, constituyen el principal recurso para explicar los fenómenos biológicos. Véase un ejemplo:

•Ad omnium autem horum intelligentiam oportet scire, quod naturae opus est intelligentiae omnia praeordinantis opus, quae causa est ordinis et optimi in quolibet. Cum igitur facit ambulancia et natantia et volantia, facit ea in figuris motibus illis ordinatissime convenientibus... Ambulationis autem omnis ambulantis virtus est in cruribus et pedibus posterioribus.

ribus praecipue; propter quod oportet illa fortia et grossa esse, ut ad utrumque latus totum corpus et vehere possint et ordinate movere... Volantia autem figuram exigunt rotundam et strictam, ut aërem penetrare velociter possint...; et ideo posteriora ipsorum oportet stringi, ut in viam pectoris eorum transeant in volatu, quia aliter facerent in volatu impedimentum, et pectus oportet esse rotundum, ut in nullo angulo aëri dividendo obviet. Ad stricturam autem posteriorum sequitur necessario uteri artitudo, propter quam non possunt formari in tali utero complete animalia: propter quod de ovis providet natura. In natalibus autem hoc est magis necessarium, eo quod illa natando spisius dividunt elementum...» (Lib. VI, III, 3).

Ya dejamos indicado que Alberto Magno no tiene una clasificación zoológica propiamente dicha; sin embargo su método de estudio presta base para una clasificación racional.

Censura, y con razón, a los naturalistas que estudian cada organismo aisladamente y sin relacionarlo con los demás. El, por su parte, procura estudiar bien las piezas anatómicas y los actos fisiológicos en el hombre, y al hombre, como tipo, va refiriendo las analogías y discrepancias de los demás animales más conocidos; cada uno de éstos, ya estudiado, sirve a su vez de punto de referencia para el estudio de otros similares. Así resulta un conjunto de grupos bien caracterizados con resultados de lo que podemos ya llamar Anatomía Comparada, siquiera sea aún muy imperfecta.

Esto constituye el objeto principal de su obra, que no es ni quiere ser un catálogo de formas orgánicas: «Modi autem specierum volatiliū nominantur valde multi, de quibus non est philosophi facere mentionem, sed convenientias et differentias communes in eis considerare: ex hiis enim sufficienter scitur natura eorum».

Se puede decir que la mayor parte de su Descriptiva la tiene el autor diluida en las otras ramas de su Historia Natural. Su voluminosa obra le permite explayarse en esas ramas; pero es indudable que en el estudio anatómico y funcional de los organismos encuentra muchos más motivos para discurrir y filosofar, a lo cual muestra irresistible inclinación. Más que una Historia Natural, la obra de S. Alberto es una Biología de inestimable valor: la parte de detalle se orienta principalmente a suministrar los materiales precisos para llevarnos a una idea comprensiva del mundo orgánico y de las leyes que le rigen. Aunque admite la división del reino animal en cuatro grandes grupos (gresibilia, reptilia, natatilia, volatilia), no considera suficiente esta clasificación, puesto que muchos organismos, que según ella debieran figurar en uno de tales grupos, tienen su estructura análoga a la de los individuos de otro.

Nos sorprende de pronto cuando designa los cetáceos con el nombre de peces, y cuando coloca entre las aves los insectos voladores. Quizá

para muchos lectores modernos bastarían estas expresiones para dar por definitivamente juzgado a nuestro naturalista medieval.

Pero no hay que precipitar el juicio. Los grupos taxonómicos que hoy admitimos, en cuanto a su tecnicismo y nomenclatura, son de origen relativamente reciente: no así lo substancial de su contenido, el conocimiento de la verdadera naturaleza de las formas agrupadas bajo la etiqueta general.

Alberto Magno toma muchas veces como sinónimas las palabras *piscis* y *natale*; pero, en esos casos, pronto establece la distinción necesaria entre los peces propiamente dichos y los cetáceos que él refiere siempre, como a forma típica, al delfín. De aquéllos dice que tienen branquias, por donde circule el agua; en su lugar estos otros tienen *anhelitus* (pulmones); cuidan la prole, cosa que no suelen hacer los primeros (VI, 2, 2). En otro pasaje, tomando en cuenta el medio en que viven estos animales, así como su configuración externa, nos dice: «*Delphinus autem et sibi similia et id quod vocatur Kalene, sive balaena, et cetus, et universaliter omnia aquatica habentia cannas (tráqueas), per quam respiriant aerem, et cum hic tamen manens in aqua, non est facile determinare, utrum plus sequantur naturam marinorum simpliciter aquaticorum aut plus sequantur naturam ambulantium simpliciter terrestrium*». Continúa extendiéndose en consideraciones acerca del puesto que se debe asignar a estos organismos, y concluye por decir que lo mejor sería señalarles un lugar intermedio (VII, 1, 2). Aunque al hablar de los tejidos nos dice que no hay distinción fundamental entre las llamadas espinas de los peces y verdaderos huesos de los cuadrúpedos, también advierte al señalar los motivos que hay para separar los cetáceos de los peces, que aquéllos tienen verdaderos huesos y no espinas (III, 2, 1); además, añade, los cetáceos son mamíferos.

También a los reptiles se les debe colocar en lugar intermedio entre los peces y los mamíferos (*quadrupedia generantia simile sibi*). Desde luego muchos de aquellos animales pasan la noche en agua, porque este elemento, por su mayor capacidad calorífica, conserva mejor el calor; el día lo pasan en tierra, porque ésta se caldea más a los rayos directos del sol (II, 1, 5). Los ofidios (serpentes) se parecen también a los peces por los huesos, que semejan espinas. La fecundación, en aquéllos, le parece que es también externa, aunque no cree que esto se pueda afirmar con la misma certeza que en los peces; pues, aunque en las serpiertes no ha encontrado órganos copuladores, afirma que los dos sexos se juntan con este fin. Desde luego, los otros reptiles (*quadrupedia ovantia*), como ponen huevos dotados de cubierta más resistente e impenetrable, tienen que estar dotados de fecundación interna. La víbora es ovovivípara. La lengua de las serpientes es enteramente diferente de la de los peces, que la tienen inmóvil e indivisa.

Es típico de las serpientes el que puedan hacer girar la cabeza en todos sentidos, permaneciendo inmóvil el resto del cuerpo. Como la forma alargada del cuerpo les expone a tantos peligros, y por otra parte, su única defensa consiste en los dientes y en las glándulas venenosas, situadas en comunicación con ellos, deben poseer suma movilidad en la parte anterior del cuerpo para explorar, primero, con la vista, y acudir luego con los órganos de defensa y de ataque, a donde esté el peligro o la presa.

La generalidad de los reptiles se aletargan al venir la época del frío; tienen poca sangre, y fría; en esto se parecen también a los peces. Cuando de nuevo despiertan a la vida es cuando abandonan su cubierta. Para ello pasan por sitios angostos donde el roce facilite la operación: de este modo se *refuvenecen*, como hacen también los crustáceos (*animalia lenis testae*).

Ya queda indicado que Alberto Magno incluye entre las aves los insectos voladores. Es que también toma la palabra *ave* como equivalente a *volátil*, aunque no siempre. «Aves autem annulosae, quae volant in comitatu et habitant simul civiliter, quatuor habent alas et sunt levis corporis, sicut apes et sibi similia». Más tarde nos dice que también existen algunas de éstas que, como la mosca y otras, no tienen más que dos alas.

Obsérvese que a estos animales ya les llama *anillados*: la idea de *artrópodos* viene expresada en la obra de Alberto Magno con la frase *animalia annulosi aut rugosi corporis*, únicamente reserva para los crustáceos la expresión de *animantia lenis testae*, en contraposición a los moluscos dotados de concha calcárea, que vienen nombrados como animales de caparazón o cubierta dura (XIV, 1, 1).

Para mayor distinción entre las aves y los otros volátiles y, en especial, entre los que no tienen más que dos alas, que según el criterio anterior no sería fácil distinguir, nos dice: «Generaliter autem omne avium genus ambulat, sive habeat *alas coriales*, sive *pennatas*» (I, 1, 3). Todavía precisa más los caracteres de las alas y la distinción de los animales que las poseen: las alas coriáceas son propiamente las alas elitrosas, las alas membranosas de los insectos vienen ya indicadas con el calificativo de *membranales*; aún nos habla de alas de constitución intermedia. Las alas duras (élitros) están destinadas a proteger las otras; son «quasi quaedam coopertoria dura osea vel testea, sicut gurgulio, scarabaeus et scabrones», y las presentan también casi todos los que tienen aguijón en la parte posterior, que no habitan en colmenas o sociedades como la abejas. Es indudable que se refiere en esto a los ortópteros, cuyos oviscaptos toma como órganos de defensa, pues en ninguna parte aparece nada que nos indique haya él dado con la verdadera finalidad de tales órganos. Así nos lo da a entender también en las siguientes palabras: «...et haec ani-

malia omnia quae retro in cauda habent aculeum, habent aculeum ad arma tantum» (XIV, 1.º, 1).

Ya que hablamos de aguijón, digamos de paso que Alberto Magno advierte a este propósito que de los animales que tienen solamente dos alas, y esas membranosas (*muscae*, *musciliones* et *muscae bestiarum*... = dípteros), ninguno está provisto de aguijón propiamente tal; porque, si bien punzan como si lo tuvieran, no lo hacen con aguijón (*aculeo*) sino con el pico o lengüeta (*calceo* sive rostro, *quod est in anteriori parte capitum suorum*. I, 1.º, 7).

Las alas de los quirópteros entran en la categoría de membranosas; pero ya advierte que están regadas por sangre, lo que ocurre con otras. (I, 1.º, 17).

Las verdaderas aves tienen dos patas, en contraposición a los *anillados* que tienen más. Los murciélagos, en cambio, no tienen más que rudimentos de ellas; además éstos tienen dientes y el cuerpo recubierto de pelo, mientras que aquéllas tienen pluma. En esto de tener el cuerpo recubierto de pelo va implícita una distinción más profunda: dice nuestro autor que el tener el cuerpo cubierto de pelo es característico de los mamíferos (*animalia generantia simile sibi*): los pequeños y escasos pelos que poseen algunos otros animales, especialmente orugas, no deben tomarse en consideración, porque son imperfectos.

Las aves carecen de dientes y, en su lugar, tienen pico; pero como éste no les sirve para masticar, están dotadas de una dilatación o buche (*papo*, *struma*) en el esófago, tanto mayor cuanto más duras son las substancias que constituyen su alimento. Casi todas tienen cuatro dedos, de los cuales uno, el más robusto, puesto que tiene que sostener mayor peso, está dirigido hacia atrás. Cuando las aves tienen que buscar el alimento nadando en las aguas, los dedos están unidos por una membrana, que hace de remo. Las aves de rapiña tienen las alas más desarrolladas y el esternón más saliente; beben poco, y nunca tienen espólón. En las aves que vuelan mal, estos caracteres están cambiados. Las aves tienen párpados que se mueven de abajo arriba (II, 1.º, 6).

Se ve por lo que antecede que, si bien una ojeada superficial a la obra de S. Alberto podría dejar en los lectores idea poco favorable a su saber de naturalista, cuando se estudia con detención y se observa el conjunto de su panorama científico-natural llega uno a cambiar completamente de opinión. Ciertamente que no se ocupa mucho de inventar nombres ni de establecer grupos taxonómicos diferentes de los que estaban en uso; pero, sin pretenderlo él mismo, llega con frecuencia a ese resultado como consecuencia ineludible de sus observaciones y del desmenuzamiento anatómico que realiza sobre los distintos animales.

Interdependencia de órganos y funciones.

Hoy sabemos que las secreciones de las glándulas internas y de las mixtas permiten explicar muchas alteraciones que afectan a los organismos: así las modificaciones sufridas por el tiroides, el bazo, el páncreas y las glándulas sexuales se traducen en notables alteraciones en órganos muy distanciados que, en apariencia, ninguna relación guardan con las citadas vísceras.

No ha escapado a la observación atenta de Alberto Magno esta interdependencia de los órganos; así escribe (lib. XV, I, 3).

Scitum autem est ex aliis nostris libris physicis, quod parva alteratio quae fit in principio primo magnam inducit alteritatem in consequentibus principium illud: et hoc est manifeste videre in castratis: quoniam cum ementulantur aliqui mares abscisione virgae et testiculorum, totus aspectus complexionis corporis alterari videtur, et continue serpens alteratio multiplicatur quousque feminae proprietates accipiat, eo quod lunc a femina castratus modicam habet differentiam.

Y sigue en otros lugares enumerando las modificaciones que produce la amputación de las glándulas sexuales: El eunuco rarísima vez se quedará calvo; el gallo muda algo de color, deja de cantar, y si aun no había echado espolón, ya no lo echa; los cuadrúpedos afeminan la voz; la amputación hecha en un animal joven es causa de un mayor crecimiento; si se somete el ciervo a la misma operación antes que le hayan salido los cuernos, ya éstos no le salen; y si le sorprende en pleno desarrollo de los mismos, se estacionan y ya no se renuevan.

Advierte que las hembras, en general, tienen la voz más aguda que los machos; la vaca es una excepción de la regla general. Pues bien, el toro tiene la voz menos gruesa que el buey.

Estos caracteres sexuales secundarios, que así resultan modificados, guardan relación con la función reproductora.

En el estudio de los órganos y de sus actos, así como de los aparatos y de sus funciones, es minuciosísimo. Acaso resulte alguna vez demasiado pesado y machacón; pero muy pronto rompe la monotonía con observaciones que ni sabíamos ni se nos ocurrían.

Por poco iniciada que esté una persona en historia natural, sabe perfectamente la importancia del régimen dentario para la clasificación de los animales, y en especial de los mamíferos: los dientes indican el régimen alimenticio, y con el régimen alimenticio guardan perfecta armonía todo el aparato digestivo y los órganos destinados a buscar los alimentos apropiados.

Alberto Magno se ha dado perfecta cuenta de la importancia del régimen dentario, y dice que bajo este aspecto hay gran diversidad en los

animales, aunque en lo demás no haya tanta variación de unas especies a otras. Todos los mamíferos tienen incisivos (los que son excepción en esta ley general no forman parte de la fauna del mundo antiguo, único que conocía Alberto Magno); pero esta clase de diente la poseen unos mamíferos en las dos mandíbulas, y otros únicamente en la inferior, como sucede en los rumiantes.

No se crea (observa nuestro autor) como algunos sospechan, que la materia de los incisivos superiores emigró en los rumiantes a formar los cuernos, porque los camellos, a pesar de ser rumiantes y carecer de incisivos superiores, están desprovistos de cuernos (1).

A falta de aquellos instrumentos de masticación poseen los rumiantes cuatro dilataciones (ventres) del tubo digestivo, donde el alimento se detiene, y vuelto de nuevo a la boca para más prolongada y lenta masticación, pasa luego al verdadero estómago donde se digiere. Pero como las hierbas son difíciles de digerir y asimilar, tienen los herbívoros un intestino muy largo a fin de que en las vellosidades intestinales (*meseraycae*) estén los alimentos mucho tiempo en contacto con la sangre: «Generaliter autem intestinum omnium animalium habentium dentes in utraque mandibula est minus intestino carentium dentibus in superiori» (II, 2.º, 1). El elefante tiene los incisivos superiores en forma impropia para la masticación, y por eso tiene también el intestino muy largo; pero carece de las cuatro cavidades ventrales propias de los rumiantes, por más que personas poco versadas crean lo contrario.

No solamente la presencia o ausencia de dientes tiene importancia para distinguir los animales; también la forma de esos instrumentos es muy de tomarse en cuenta. Algunos los tienen como engranajes (dientes serrales), de suerte que encajan los de arriba en los de abajo (león, leopardo, perro, gato; fieras); en otros están los molares surcados transversalmente (caballo, toro, etc.) Los molares son los que presentan más variedad de formas. Los colmillos, a veces, se desarrollan mucho y, en tal caso, se convierten en órganos de defensa: el jabalí y el cerdo macho los poseen muy grandes.

Obsérvese que hace aquí una limitación al sexo masculino del cerdo: en ello quiere el autor hacernos ver, una vez más, la influencia de las glándulas sexuales, como lo hace al hablar del espolón de las aves y de los cuernos del ciervo. También nos llama la atención haciendo notar que ningún animal que tenga cuernos posee colmillos desarrollados: de donde se deduce igualmente que estos órganos tienen carácter de defensas, pues la naturaleza no hace cosas superfluas acumulando órganos que tengan idéntica finalidad.

(1) Los dos incisivos que tienen los camellos están muy desviados lateralmente y por eso S. Alberto no los considera como tales.

Los dientes nos permiten apreciar con bastante aproximación la edad de los animales: en general, son más blancos y más agudos en los jóvenes; en los viejos suelen ser amarillentos y con tendencia a ennegrecer.

Los peces tienen muchos dientes; a veces, hasta en el esófago, y en la lengua casi siempre. Este órgano (la lengua) es en ellos inmóvil y no tiene más función que la gustativa; en cambio, en las aves, como carecen de dientes, tiene la lengua capital importancia. Así como en los mamíferos existe gran variedad en el sistema dentario, en las aves es la lengua la que adquiere esa multiplicidad de formas, acomodadas a fines especiales en cada caso.

Los órganos de locomoción en los animales varían mucho en cantidad y forma. Ya se habló de las alas. Las patas difieren mucho en cuanto al número, aunque desde luego (dice Alberto Magno) no conozco ningún animal que tenga más de veinte. Además, estos órganos siempre se disponen por pares; así se observa aun en los peces, pues los verdaderos órganos de propulsión son las aletas pares. La ley de simetría y el uniforme reparto del peso del cuerpo así lo exigen. Con una sola extremidad motora, el animal no podría obtener un movimiento continuo. Los peces, por ejemplo, que no tuvieran más que una aleta o que las tuviera de un solo lado, se encontrarían en el mismo caso de una embarcación en la que se remara solamente de un lado.—Las serpientes se valen de las costillas para la locomoción.—El hombre, como se apoya solamente sobre dos pies, tiene los músculos de estas extremidades más desarrollados que ningún otro animal. Su posición vertical le permite tener el pecho ancho y mamas pectorales.—Los cuadrúpedos no pueden tener las extremidades anteriores tan distanciadas, porque en tal caso el centro de gravedad de la parte delantera del animal no tendría apoyo conveniente sobre ellas, y andarían con mucha incomodidad; por esta misma razón las mamas son en ellos inguinales o ventrales.

El hombre tiene en las extremidades, así torácicas como abdominales, una flexión contraria a la que ofrecen esos miembros en el resto de los animales. Estos, cuando apoyan las patas lateralmente, no son muy corredores, como ocurre con muchos insectos; si lo son alguna vez, es porque tienen muy próximo el punto de inserción de las patas del mismo par: se puede esto apreciar en las arañas y en las hormigas (II, 1.º, 1).—Animales de muchas patas son lentos en el andar.

Sexualidad.

En vista de las modalidades de partenogénesis, normal, alternante, estacionaria, facultativa, así como ante los resultados obtenidos artificialmente aplicando a uno u otro de los sexos estímulos diversos, se debate

hoy con interés la principalidad que tiene cada uno de los sexos en el fenómeno de la reproducción.

Esta cuestión ya se la habían planteado los antiguos, y Alberto Magno nos hace ver cuánta diversidad hubo de opiniones entre aquéllos. En la solución de este problema tomaban parte así filósofos como médicos y naturalistas, que acaloradamente defendían sus opiniones. No deja de tener interés el observar con qué sutileza de argumentos defendía cada uno su tesis: unos aplicaban un raciocinio filosófico y otros hacían más cuenta de los datos experimentales.

En esta materia Aristóteles ejerce gran influencia en la opinión de Alberto Magno.

Dice éste que los huevos que no reciben la influencia del macho (ova venti) no pueden dar origen a un nuevo ser: «sunt enim materia quidem pulli, proprio formante destituta..., ex qua materia nichil omnino generatur» (VI, 1.º, 2). En cuanto al caso de que la fecundación sea externa, como ocurre en los peces, los huevos que no son alcanzados por la sustancia espermática se malogran todos. Nos repite: «Ovum autem venti tali spermate destitutum omnino caret formante et ad speciem deducente, et non est nisi sicut materia aedificii, ad quam non accedit manus artificis». Sin embargo, afirma que los dos sexos son igualmente indispensables: «Hoc autem humidum (spermaticum), si habeat completam virtutem generationis, necesse est in se habere et proprietatem virtutis masculi et proprietatem virtutis feminae» (VI, 1.º, 6). Además que, según él, no tiene vuelta de hoja el argumento de Aristóteles cuando afirma que, de no ser igualmente indispensables los dos sexos, estaría de más uno de ellos. La parte activa de la generación corresponde al sexo masculino, la pasiva al femenino: como para la obtención del queso se necesita fermento y leche, así aquí: el sexo masculino desempeña el papel del primero y el femenino el otro.

Niega que todas las partes (células) de los progenitores hayan de intervenir para transmitir a la descendencia sus caracteres: hay partes especializadas que tienen virtualidad suficiente para transmitir la forma completa. De necesitarse la intervención de todas las partes vivas, las piezas evidentemente muertas, como son los pelos y las uñas, no podrían ser semejantes en padres e hijos, y vemos con frecuencia que es en esto en lo que más se parecen. Además, los mutilados tendrían forzosamente una descendencia defectuosa y contrahecha (XV, 2).

Determinación del sexo.

Esta cuestión de investigar los determinantes del sexo es otro de los puntos que hoy ocupan a los biólogos, sin que hayan dado todavía con

una verdadera solución, si bien han logrado señalar algunos factores que influyen en determinado sentido en casos particulares.

Los antiguos también se preocupaban de este problema. Menciona Alberto Magno la opinión de los que asignan como causa determinante del sexo la circunstancia de que el embrión o el huevo se desarrollen en un lado u otro del útero o de los ovarios. Los que así opinaban veían en el lado derecho cierta excelencia, y allí suponían originarse el sexo masculino.

Esta opinión carece de fundamento para nuestro naturalista. Según él, vemos que en la práctica son muchísimos los casos en que falla esta regla: «eo quod plurima sunt accidentia, quae operantur sexuum discretionem in piscibus et quadrupedibus» (VI, 2.º, 1). Afirma que vemos en los animales domésticos cómo ciertos progenitores originan infaliblemente un sexo determinado. Tampoco le parece merezcan mucho crédito otros naturalistas, que hacen depender el resultado sexual de circunstancias meramente externas en el acto de la fecundación. Menos aceptable, todavía, le parece la opinión de Avicena, que afirma ser la preponderancia de uno de los progenitores el factor determinante.

Mejor le parece la sentencia de Platón, quien asegura que la naturaleza tiende siempre a lo perfecto y, por lo tanto, a la formación del sexo masculino, ya que en él está la forma específica completa. Piensa también Alberto Magno que la forma definitiva y perfecta es la masculina y, por tanto, a ella tiende naturalmente el embrión; lo que ocurre es que en el desarrollo embrionario se presentan muchas causas perturbadoras, como en el proceso de la digestión ocurren muchas alteraciones que impiden su buena marcha. Así, en el período embrionario, pueden ocurrir circunstancias que, en momento especial y crítico, producen un retraso o desviación en la tendencia de la naturaleza, determinando el sexo femenino (XVI, 1.º).

Pudiera objetarse que la naturaleza alcanza su perfección en la mayoría de los casos, y que, por lo tanto, los individuos del sexo masculino debieran preponderar en número; cosa que no sucede así, pues vemos que en los animales superiores aparecen ambos sexos sensiblemente equilibrados, y en los inferiores, a veces, faltan en absoluto los machos (1). Por otra parte, siendo el sexo femenino resultado de una perturbación del desarrollo del otro, debieran originarse muchas formas intersexuales y muchas formas monstruosas, según la intensidad de la perturbación y las distintas direcciones en que pudiera operarse.

A esto podría contestarse que las formas intersexuales son más frecuentes de lo que se cree, aunque por no tener estabilidad esas formas

(1) El mismo Alberto Magno lo asegura de algunos peces.

intermedias, tienden a polarizarse hacia las de máximo equilibrio, que son las francamente masculinas o femeninas. Por esta misma falta de estabilidad de forma, fuera de los dos tipos extremos, podríamos afirmar que no bastan perturbaciones de poca amplitud para originar divergencias hacia estados teratológicos, y por consiguiente, que no pueden ser tan frecuentes como sería de temer.

Señala caracteres de estados intersexuales en nuestra especie: los individuos de un sexo, a veces, adquieren formas y tendencias propias del sexo contrario (I, 2.º, 9). La abundancia de barba indica virilidad (*ibidem*); en cambio, el desarrollo de las mamas es señal de feminización (I, 2.º, 23). La carencia o escasez de barba en el varón indica que no es apto para propagar la especie o que, a todo más, sólo podrá tener descendencia femenina. En cambio, las mujeres con barba difícilmente podrán ser madres, porque «non multum menstruatur». Si las mujeres no suelen quedar calvas, es porque no tienen barba (III, 2.º, 2).

Observa nuestro naturalista que ciertas gallinas tienen carácter pendenciero y batallador y que luchan con los gallos jóvenes y, cuando vencen, hacen los mismos ademanes y simulan las mismas operaciones que los gallos. A esas tendencias acompaña en semejantes gallinas un desarrollo exagerado de la cresta y de los espolones; pudiendo llegar esos caracteres tan pronunciados en ellas, que no es rara la ocasión en que se hace difícil discernir si tales individuos son machos o hembras.

Por el contrario, hay gallos feminizados hasta un grado tal que, llevados del instinto maternal, matan a las gallinas que están criando, para cobijar ellos bajo sus alas la pollada, y cambian completamente la voz. A los capones se les puede aficionar a empollar huevos (VIII, 5.º, 3).

Estas afirmaciones, con otros datos que a este propósito pudieramos colegir de la obra de Alberto Magno, hacen de nuestro autor un predecesor muy autorizado de las conclusiones de Marazón y de las experiencias de Steinach.

En las plantas, según Alberto Magno, no hay sexualidad. A formar en él esta opinión ha debido contribuir el significado etimológico de la palabra *sperma*, semilla, que en sentido vulgar se toma como sinónimo de ciertos frutos secos, y tratándose de fisiología zoológica equivalía entonces a la secreción de las glándulas sexuales de cualquiera de los sexos.

Precisamente en esto encontraba nuestro naturalista un motivo más para comparar con las plantas esos animales en que no apreciaba diferencia de sexos (VIII, 1.º, 1),

En los peces la reproducción es externa. Repetidas veces nos lo advierte (V, 1.º, 1 y VI, 2.º, 2). Cuando en algunas especies, como la anguila, no encuentra huevos en ningún individuo, deduce que esos animales deben formarse de la arena o del cieno. Los huevos que accidentalmente se les encuentra en el tubo digestivo, los juzga, con razón, como pro-

cedentes de otros peces y que, en las anguilas no son más que simples residuos de alimentos. Adviértase que las anguilas son de los peces que tiene mejor estudiados. Niega que se alimenten del fango, como algunos dicen; él mismo las ha visto cazar otros animales, y bastaría tener en cuenta el modo de pescarlas con cebo. Este pez puede vivir bastante tiempo fuera del agua y pasa por las praderas húmedas de unos sitios a otros. Según él, los huevos de los peces crecen después de verificarse el desove; y que no puede menos de ocurrir así lo deduce de la abundancia de freza, pues que no podría esta multitud de huevos estar contenida en los ovarios si en ellos hubieran adquirido el desarrollo completo (VI, 2.º, 2). Además, nos indica en otra parte, que la forma estrecha de la parte posterior de los peces no les permite gran amplitud en los ovarios.

Generación espontánea.

No sería fácil convencer, aún hoy, a una gran masa de gente de que la generación espontánea es imposible. Son tantas las apariencias, tan fáciles las contaminaciones, tan numerosos, tan sutiles y tan resistentes los gérmenes invisibles que dan lugar a seres y fenómenos palpables, que se han necesitado todos los recursos del genio de Pasteur para convencer a los sabios de su tiempo, y para sentar como verdad científica definitiva, que todo ser vivo procede de otro ser vivo, y que nunca la materia inerte llega a producir la vida. Todavía la pertinacia materialista no se da por satisfecha y se acoge como a suprema esperanza a condiciones excepcionales, lejos de nuestra experiencia, en que la materia hubiera sido capaz de realizar este milagro.

Cuando era poco menos que imposible realizar experiencias como la de Pasteur, con tales precauciones y tal precisión de examen, se imponía a los sabios naturalistas el admitir, como un hecho incontrovertible, que la vida de los organismos inferiores brotaba espontáneamente de la materia inerte.

Los filósofos buscarían la explicación del fenómeno, y cada uno lo explicaba según sus puntos de vista. Avicena suponía en la materia virtualidad intrínseca y connatural para producir la vida en grados elementales; Alberto Magno, con el común sentir de los filósofos cristianos, niega esa virtualidad innata de la materia, y supone una virtud sobreañadida por el Creador. Las ideas metafísicas y abstractas pueden deducirse fácilmente de los primeros principios; las empíricas necesitan una incubación más prolongada, y sólo se llega a ellas por etapas y tanteos. A nadie puede extrañar esta añeja creencia en la generación espontánea, cuando tanto tiempo se ha necesitado para que la experiencia viniese a desecharla.

Por generación espontánea brotaban esos enjambres de microorganis-

mos que se veían pulular sobre los cadáveres y carnes en putrefacción, lo mismo que los hongos que aparecen en los troncos añosos y en la madera que empieza a pudrirse. *Corruptio unius generatio alterius*, se decía en las escuelas, y casos concretos de esa ley general eran los fenómenos que vamos enumerando. Los gusanos del queso, los que se encuentran o salen del interior de los árboles o de los frutos son efecto de la descomposición de aquellas materias (XV, 1.º, 1). De ciertos moluscos dice que se originan dondequiera que haya lodo y cieno, pues de estas materias germinan; otros tienen su origen en la arena, donde principalmente se crían las conchas (*duræ testæ animal*), los cangrejos y las esponjas. Estas últimas también se pueden formar de las rocas sobre que habitan y donde llevan vida sedentaria, procurándose alimento de manera muy original: producen corrientes en el agua para que, con sus oscilaciones, lleve partículas alimenticias hasta la boca de ellas, que mantienen siempre abierta para recogerlas (V, 2.º, 2 y 3).

Otros organismos, aun cuando pueden originarse por generación espontánea, en muchos casos vienen a la vida por obra de progenitores: los múridos pueden ser hijos de sus padres, como también pueden brotar espontáneos de la tierra (XXII, 1.º, 2, 3). Aunque no faltan quienes atribuyen a Alberto Magno la afirmación de que las golondrinas pueden formarse en los huecos de los troncos, en madera putrefacta, no hay motivo para tal imputación: lo que él afirma es que se han encontrado escondidas y como aletargadas en troncos de encina en la Germania Superior, refiriéndose a uno de los modos de pasar la época del frío en sitios abrigados (VII, 1.º, 8).

Transformismo.

Supuesto que la naturaleza no ofrece saltos bruscos en la gradación de los seres, afirma nuestro autor que ciertos animales apenas difieren de las plantas, ni en su constitución ni en sus manifestaciones: «et haec animalia imperfecta media inter plantam et animal non habent diversitatem ad invicem nisi paucam: eo quod multum sunt propinqua ad invicem» (XIII, 2.º, 7).

Ya hemos dicho cómo admite la generación espontánea para todos aquellos animales en los que no se aprecia la diversidad de sexos, generándose unos de la materia inorgánica, otros de la que está en vías de desorganización, y otros, por fin, de los mismos vegetales vivos: «...sicut animalia quae generantur ex arboribus et exeunt ab eis postquam generata sunt». Esta misma impresión debía sacar al ver cómo del cuerpo de los herbívoros parecían salir larvas de reznos, y cómo del tubo digestivo se desprendían lombrices.

En cambio, no admite que pueda haber generación partenogenética; pues, aparte de que no admite *a priori* que pueda originarse ningún or-

ganismo de huevos no fecundados, dice que la generación espontánea tiene lugar en las especies que no presentan sexos distintos, y aun en ciertos casos, como en los múridos, puede aquella coexistir con la generación sexual, como ya queda dicho.

Animales hay que producen descendencia, no por generación sexual, sino por descomposición de ellos mismos: «quod fit sine coitu ex putrefactione sui ipsius, est annulosum, et hoc ut frequenter non generat sibi simile» (XV, 1.º, 1). En esto parece hacer alusión a los animales que salen del huevo al abrigo del cadáver de su madre, como sucede en las cochinillas; y también puede ser que se haya fijado en otros animales, sobre todo larvas, en las que otros insectos han puesto sus huevos, después de haberles paralizado los nervios motores para que no se defiendan contra la voracidad de la futura prole, que se apacentará y criará a expensas de aquellas víctimas. De esa clase de animales afirma que, al principio engendran organismos de constitución diferente de la suya (larvas): en esta fase (*gusanos*) no existe perfecta distinción de sexos.

Aunque alguna vez parece sostener lo contrario, todavía afirma que entre especies muy afines se da mútua fecundidad (XVI, 2.º, 8). Especifica algunos casos, aunque en ello más bien podemos ver referencias a las afirmaciones de otros, que no su propia convicción. Sin embargo, los productos híbridos de las especies *asno* y *caballo* están bien estudiados por él, afirmando, contra lo que hoy se dice, que el mulo es con alguna frecuencia fecundo y que la mula lo es rarísima vez.

Influencia del medio.

El calor y la humedad son los principios de la vida (VII, 2.º, 2). La influencia del lugar afecta profundamente a los animales en sus costumbres: se puede notar que los animales que habitan las montañas tienen hábitos diversos de los que viven en los valles. En la forma y desarrollo también se pueden apreciar diferencias para los distintos climas. Los peces varían mucho de forma con las localidades: otro tanto se puede decir de los animales de cuerpo anillado (artrópodos), que en ciertos lugares ni siquiera existen, en otros alcanzan muy escasa talla o muy poca duración; dándose el caso singular que esa gran divergencia en la forma de tales organismos se encuentra, a veces, en regiones muy poco distanciadas. Los lagartos, que entre nosotros tienen la longitud de un palmo, en Arabia llegan a medir un codo; en España los hay grandes y pequeños, pero feroces y hasta pueden atacar al hombre (VII, 2.º, 4).

Por lo común, los animales salvajes y los de los países fríos suelen ser más fuertes y bravos que los otros. En cambio la actividad del veneno suele ser mayor en los animales de países cálidos (VII, 2.º, 5). En las re-

giones en que escasea el agua la fauna está integrada por especies de poco beber (Ibidem).

Entiéndese por Ecología la parte de la Biología que estudia las relaciones de los organismos con el medio en que viven. Nuestro naturalista siente especial empeño en hacer resaltar esa especie de adecuación entre los organismos y el medio. No queremos hacer una cadena de relatos para probarlo, porque es la primera impresión que saca el lector del contacto con los estudios naturales de aquél. Recordemos solo la disposición de la lengua y pico de las aves, así como las uñas de éstos y otros animales; también señala la proporción que existe entre el cuello y las patas de las aves, proporción que sólo se altera cuando la longitud del pico compensa la del cuello; y si éste es muy largo, siendo cortas las patas (como en el cisne y aves semejantes), es por la circunstancia de vivir en el agua. Observaciones parecidas para otros órganos y animales pudieran aducirse, si no fuera excesivamente largo y pesado.

Respecto de si es el órgano el que crea la función o es ésta la que produce el órgano, sabido es que hay naturalistas que hoy sostienen una u otra opinión. A propósito de esta cuestión son interesantes las siguientes palabras de Alberto Magno: «*Amplius autem quaedam aves sunt longorum crurium; et causa illius est debilitas suae vitae: omnia enim instrumenta quae natura dat, dat secundum convenientiam quam habent ad operationem: non enim praeparat operationem secundum instrumentum*» (XIV, 2.º, 6).

Así nos dice también en el mismo lugar que la naturaleza no hace cosas inútiles, «*natura nichil facit superflue*», pero tampoco falla en lo necesario. Sin gran esfuerzo se ve en estas doctrinas a un precursor de Lamarck. Ambos convienen en decir que el órgano existe por la función, y no viceversa; pero, mientras según Alberto Magno la función no supone anterioridad en el tiempo sino simple prioridad de naturaleza respecto al órgano, para el naturalista francés sucede lo contrario: en el lamarckismo el medio crea la necesidad, y la necesidad crea el órgano.

Por otra parte, en esta teoría es fundamental admitir la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, para que, acumulándose las modificaciones lentas originadas por el medio ambiente, puedan llegar a formar verdaderas estructuras orgánicas. Alberto Magno afirma que es frecuente que los progenitores transmitan a sus descendientes las enfermedades contraídas por ellos, las cuales se propagan a veces a través de muchas generaciones; pero también es verdad que no siempre ocurre esto. Cita el caso de que una mujer blanca tuvo de un negro una hija blanca, y casada más tarde aquella hija con un blanco, tuvo con él un niño negro. Los mutilados tampoco transmiten a la descendencia las imperfecciones de su forma (IX, 1.º, 6).

Cambio de coloración.

Como una forma de adaptación al medio ambiente podemos citar los cambios de color que experimentan muchos animales. En estos cambios se nota con frecuencia la acción de estímulos internos: los cefalópodos cambian el color bajo la impresión del miedo, y lo mismo hace el camaleón. (XIV, 2.º, 6). Cuenta que del reno afirman algunos que, bajo la misma impresión de miedo, puede pasar desde el color verde al blanco, imitando los colores de los objetos que le rodean: «Hoc animal (pirader = reno) dicunt in timore colorem variare ad similitudinem corporum juxta se positorum: et ideo delitescens inter saxa alba, album efficitur, et latens inter frutecta efficitur viride» XXII, 2.º, 1). Obsérvese que pone esta afirmación en boca de otros, como suele hacer cuando sus observaciones no lo confirman.

Algunos animales experimentan este cambio de coloración en la época del celo, y así dice de ciertos moluscos: «et cum incipit femina impregnari, accidit maribus variatio coloris, et fiunt nigri et maculosi diversorum colorum».—El cambio de color es en otras ocasiones menos brusco, pues sólo tiene lugar en el tránsito de la estación fría a la caliente, y viceversa: así ocurre al armiño y a muchas aves, aunque en éstas no sea el cambio tan aparente. En las ardillas y en algunas aves no hay cambio de color cada año, sino que van blanqueando con el transcurso de la edad. En algunos mustélidos que pasan mucho tiempo bajo tierra, también se va pronunciando la palidez en el transcurso de la vida.

Como veremos luego, afirma S. Alberto que casi todos esos animales cambian el pelo o la pluma cada año: podría muy bien sospecharse que esa tendencia de los animales a palidecer, es una especie de canicie estacional o permanente, que en el primer caso desaparece con el nuevo pelaje, y en el segundo continúa paulatinamente. En cambio, la homocromía de los otros animales, como el pulpo, es más rápida y facultativa: «Jam autem in praehabitibus temporibus inventum est etiam quod coloratur ipse polipus et alii quidem *pisces* colore loci in quo manent, et cum *hunc* induunt *colorem* fiunt sicut lapides ibidem jacentes: et tunc ab ipsis se non observant pisces parvi, et tunc capiuntur ab ipsis (VIII, 3). Por más que en el texto citado nos habla de *peces*, nos dice a renglón seguido que entre los peces el único que tiene la facultad de cambiar de color es la raya.

Renovación de cubierta y de órganos: rejuvenecimiento.

Ya nos ha indicado nuestro naturalista que los animales dotados de pelo o de pluma renuevan casi todos cada año su vestido. A estas pro-

ducciones corresponden otras en grupos de animales diferentes: las escamas de los reptiles y el caparazón de los artrópodos se encuentran en este caso. Los cambian esos animales de diverso modo: en unos, la substitución de su cubierta se efectúa en primavera; en otros en otoño; los hay también que «amittunt senectutem suam» (es el modo de expresarse el autor) en ambas épocas del año.

Observa que esos animales, que así cambian la piel, son los que carecen de sangre o la tienen muy escasa. El desprendimiento de la cubierta suele empezar por la cabeza. Algunos de esos mismos animales están igualmente dotados de la facultad de regenerar órganos perdidos, aunque no las vísceras del vientre. Los reptiles pueden regenerar la cola; los pulpos sus brazos; los anillados que no tienen patas (anélidos), si se les divide transversalmente, se regenera en ellos la parte quitada; los animales superiores solamente regeneran los pelos y las plumas, los ciervos renuevan también los cuernos, aunque sólo durante unos seis años, y eso si no les han sido extirpadas las glándulas sexuales.

Las uñas y los cuernos son de la misma naturaleza de los pelos, de las escamas y de las plumas. No se renuevan periódica y naturalmente ellos de por sí, como los cuernos de los ciervos y los de sus semejantes, que son ramificados y macizos; por eso se deben diferenciar de los de otros animales. Se renuevan, sí, pero después de un accidente: en cambio, están en continuo crecimiento, y por su forma se puede calcular la edad del animal. Los cuernos son característicos de los animales que tienen cuatro patas, con pezuña hendida; el del rinoceronte es un cuerno único, y por eso debe considerarse como de naturaleza distinta.

Otro modo de adaptarse los animales para no sucumbir es el letargo. Muchos animales anillados (artrópodos) se esconden en sus madrigueras durante los rigores del invierno, y allí permanecen sin comer y en reposo casi absoluto. Esta paralización de las funciones vitales se efectúa también en la mayoría de los reptiles. Algunos peces se esconden asimismo durante la estación invernal. Como hay muchos animales que, para no perecer, emigran a otras regiones.

He aquí la explicación que del aletargamiento nos da nuestro autor. «Dicamus igitur, quod quaecumque animalia frigida sunt et frigidis utentia, et cum hoc sunt valde viscosa, et voracia sunt consequenter, eo quod frigiditas inordinatum facit cibi appetitum: et haec necesse est multos contrahere ex cibis humores superfluos viscosos circa locum digestionis, quoniam calor debilis potens est convertere, et est potens sufficienter alterare et digerere et consumere superfluum... Quaecumque autem talium sunt consequenter necesse est etiam esse spinae et viscosae pellis, quoniam ex tali procreatur humido, quod constat coagulatum in circuitu: et propter pellis hujus spissitudinem et viscositatem frigiditas claudit poros et comprimit partes pellis, ita quod nichil ex profundo vaporabiliter spi-

rare potest per ipsam, sed et si quid debili vapore ab interioribus resolvitur, reflectitur rursus ad interiora a pelle clausa, cujus pori opilati sunt, et convertitur in humorem fleumaticum sicut fumus (vapor) elevatus a fundo ollae coopertae, quae est ad debilem ignem: hic enim a cooperculo reflexus convertitur in aquam et recurrit in ollam; ita etiam talis exalatio rediens auget fleuma naturale, et precipue tempore frigoris, quod et exterius magis constringit poros, et immobilitat animalia et prohibet ab ambulatione: et tunc spissatur humor et hebetatur digestio et pigrescit desiderium cibi».

En una especie de letargo voluntario puede permanecer el hombre inmóvil y ayuno por espacio de seis o siete semanas: se prestan mejor para esto los flemáticos y melancólicos.

El tiempo que los animales permanecen aletargados varía mucho de unas especies a otras: la época suele ser el invierno; pero también los hay que durante el verano se esconden en sitios frescos (VII, 3.º, 3).

Según se deduce de otros pasajes, la desaparición de algunas especies, que él considera debida al aletargamiento, es motivada más bien por la emigración. También cita la sequía excesiva como otra de las causas del letargo (VII, 1.º, 8).

Reacción de los organismos contra el medio.

No siempre los animales se quedan pasivos cuando les sobrevienen circunstancias adversas en el medio que los rodea.

Vamos a citar un ejemplo en que Alberto Magno describe uno de tantos hechos curiosos, filosofando luego sobre él, como podría hacerlo un biólogo de nuestros días.

Dice que hay algunos organismos marinos dotados de la facultad de hacer que el agua del mar pierda salinidad y hasta se vuelva dulce y más conveniente para su uso. A este fin la obligan a pasar repetidas veces por finísimos poros de su propio cuerpo: «Si enim accipiat quis terram glutinosam et fecerit in ea vas spissum, concavum, undique clausum, et immiserit in mare spatium aliquot dierum et noctium, attrahet et implebitur aqua dulci» (VII, 1.º, 2).

Véase aquí todo un aparato, que representa un especie de célula artificial, para explicarnos las acciones osmóticas que se verifican através de la membrana celular. Hugo de Vries y Van t' Hoff tienen ya un precursor en el siglo XIII.

En otra ocasión advierte que los animales viejos son más difíciles de salar. Bien puede ser que haya vislumbrado una mayor dificultad de los tejidos viejos para ser atravesados por las sustancias disueltas, debido a un mayor espesamiento o endurecimiento, como ocurre en la senectud de la vida.

Emigraciones.

Otro modo de reaccionar contra el medio lo encuentran los animales en las emigraciones. Si nos fijamos en la conducta de los hombres ante los rigores de las estaciones, veremos que cuando no les es posible trasladarse a las regiones frescas en el estío, ni a las templadas en el invierno, lo que hacen es buscar en sus viviendas abrigo contra las inclemencias. Del mismo modo, dice Alberto Magno, los animales, que fácilmente pueden hacerlo, emigran hacia climas más benignos; y cuando no están dotados por la naturaleza de tales facilidades para trasladarse, se esconden, se aletargan o se sepultan esperando mejores tiempos.

El desplazamiento de los animales se limita a veces a simples ascensiones a las montañas cercanas, o por el contrario, a descensos a los valles abrigados. Dice nuestro naturalista que él ha comprobado que los diversos gansos, que habitaban en aquella tierra, marchaban hacia Esclavia en busca de regiones pantanosas, al comenzar la primavera, y volvían, en busca de pastos y de aire más templado, al principio del invierno. Con frecuencia se observa que los peces se abrigan en cavernas; y en ocasiones se les ve emigrar en grandes bandadas hacia mares más templados, como el Bósforo, donde suelen desovar.

La causa determinante de semejantes emigraciones es frecuentemente la falta de alimento o la presencia de enemigos en el lugar que habitan. En los animales de mar, que vemos correrse hacia las costas, se ha de admitir la conveniencia de apacentarse en las praderas de algas que allí vegetan, o de percibir mayor eficacia de los rayos solares que allí penetran más fácilmente. En tal caso, también los peces se hacen más sabrosos (VII, 1.º, 7).

Las aves igualmente son impulsadas a moverse de norte a sur; y las causas se puede decir que son las mismas, necesidad de alimento y de calor. La excesiva sequía de los países meridionales, en verano, lleva consigo el agostamiento de cuanto allí existe (VII, 3.º, 3); y en esa época se pueblan las regiones septentrionales de insectos y de frutos que les convidan a venir hacia nosotros. Al reaparecer los fríos y las lluvias se invierten los términos.

Los animales, cuando emigran, lo hacen en bandadas que, en ocasiones se ordenan en forma de ángulo o cuña, como sucede en las grullas. Pero es de advertir que ese modo de emprender el viaje, así reunidas, solamente tiene lugar cuando caminan hacia uno de los términos de sus emigraciones; cuando regresan lo hacen separadas: así lo observamos en las mismas grullas y algunas otras aves. Siempre que la emigración se efectúa como en orden de batalla, para mejor vencer las dificultades que se opongan a su paso, van capitaneadas por algún jefe que se pone al frente, y suele ser un macho robusto, el cual deja el puesto a otro seme-

jante cuando se encuentra cansado, efectuándose así un verdadero relevo.

Las emigraciones suelen tener su orden cronológico para las diversas especies. Las cigüeñas, por ejemplo, se nos marchan antes que las golondrinas, y éstas antes que las codornices; pero, primero que todas ellas, se ausenta el cuclillo. El vuelo de la emigración suele ser alto, con objeto de evitar las nieblas o nubes densas, además de que así marchan más rectas y mejor orientadas al punto de destino; pero si a pesar de tales precauciones, se ven envueltas en una nube, producen entonces gran ruido con la voz y con las alas para evitar el peligro de desbandarse.

Las aves que emigran suelen elegir la residencia más septentrional para la reproducción; los peces emigrantes también llevan, con frecuencia, como único objeto el desove (VIII, 2.^o, 4).

Lucha por la existencia.

De muy diversos modos se puede manifestar esta lucha contra lo que es adverso para la vida de los animales. Alberto Magno cita como motivos fundamentales de esa lucha el alimento, la defensa de la prole, la posesión de la hembra y la habitación. Los que se alimentan de presas vivas son en todos los órdenes los animales más audaces y valientes; el macho suele ser más robusto y corpulento, la hembra más astuta; pero no faltan excepciones a esta regla general. Cuando uno de esos animales es impotente por sí solo para salir vencedor en la lucha por la presa, se asocia con otros individuos de la misma especie; en cambio, vemos que las grandes aves de rapiña y los mayores animales carnívoros suelen ser solitarios. Los que se agrupan en manadas son los que encuentran pastos fáciles y abundantes. Aun las fieras se vuelven mucho más mansas cuando abunda la comida; pero, cuando escasea, no admiten ni a sus propios hijos en sus dominios; por eso los expulsan tan pronto están en condiciones de valerse por sí mismos (VIII, 1.^o).

Junto con esta preocupación constante por buscar el alimento y los recursos de que para ello se valen, podemos recordar las habilidades e instintos que también tienen para procurarse la salud, buscando medicinas generalmente en hierbas especiales, en cuya enumeración y virtudes curativas se entretiene este gran naturalista.

Las luchas para defender la prole están generalmente encomendadas a las madres. Bástenos aquí recordar lo que queda dicho a propósito del instinto y amor maternal.

En la época del celo sostienen los machos grandes combates. En aquellas especies que están dotadas de órganos especiales, aparecen esas piezas en la edad de la pubertad, si son permanentes, o por lo menos en esa época adquieren un gran incremento; cuando se renuevan, aparecen poco antes de la época del celo, como vemos en los ciervos. Pero tales

órganos no siempre están destinados a sostener combates sangrientos, a veces tienen como fin el adorno y la atracción amorosa; de ahí la coloración intensa de que aparecen teñidos y los olores fuertes que exhalan por glándulas especiales. Advierte nuestro naturalista que, durante ese período, muchas especies que suelen vivir en forma gregaria se separan por parejas.

Y renunciamos a referir los combates que, según Alberto Magno, sostienen los animales para defender su vivienda.

Instinto maternal.

Aunque, según opinión de Aristóteles, los peces se cuidan de la cría de la prole, Alberto Magno no comparte este modo de pensar: vemos en ello una vez más su independencia de criterio. La observación de las especies que conoce es lo que le da fundamento para pensar así. Los únicos peces en que pudo apreciar verdadera solicitud para alimentar y cuidar la cría, son los víparos (cetáceos). Tanto es así, que rara vez en aquella clase de animales tiene lugar la incubación, operación que, cuando existe, está generalmente encomendada a los machos, los cuales continúan a veces ocupándose de la descendencia aun después que ésta salió del huevo (VIII, 3.º). Lo que sí hacen los peces es adoptar precauciones antes de verificar el desove: buscan para ello un sitio resguardado donde el ímpetu de las aguas no arrastre la puesta; se procuran sitios en que la cría encuentre comida abundante al nacer; en ocasiones acuden al artificio de adherir los huevos a las raíces o ramas de árboles (algas) por medio de algunos apéndices de que están aquéllos provistos. Buscando un medio adecuado a las exigencias de la cría, son varias las especies que bajan de los ríos al mar para efectuar el desove, mientras que otras se remontan a los ríos con el mismo fin (VI, 2.º, 2).

Vivo contraste con la conducta de los peces en este sentido, nos lo ofrecen las aves en su casi totalidad. En ocasiones es tanto el deleite que los dos sexos experimentan en el acto de la incubación, que ambos se disputan los huevos para incubarlos: los pavos y las grullas son ejemplo de ello. En otras ocasiones, en aquel acto, alternan pacíficamente los dos sexos: en tal caso suele limitarse el macho a cubrir los huevos mientras sale la hembra a reparar sus fuerzas procurándose algún alimento. Para aliviarla de este trabajo, no es raro que el macho traiga al nido el sustento para la hembra, y de este modo no se ve ella forzada a dejar los huevos. En las gallinas y otras muchas aves domésticas es la hembra la única encargada de prestar calor a los huevos: los machos se desentendían de todo cuidado. En las distintas especies no necesitan los huevos el mismo grado de calor: desde luego el período de incubación no dura lo mismo en todas. Pero además de esta circunstancia se puede notar en los

nidos diferente disposición y clase de materiales: algunas aves los abrigan interiormente con lana, en tanto que otras se contentan con entretejer unas ramas secas, o depositan los huevos sobre la desnuda tierra; las que adicionan estiércol a sus nidos, como hace la abubilla, son las que más calor les proporcionan, a causa de la fermentación que con ello se origina (VI, 3.º, 3). El esmero y habilidad con que algunas aves construyen sus nidos obliga a nuestro naturalista a ver en aquella arquitectura *indicios de arte y de entendimiento*: no solamente hacen una escrupulosa selección de materiales, sino que en la parte interior colocan aquellos que pueden prestar más abrigo y menos aspereza.

En cuanto al sitio elegido para anidar hay también gran variedad de inclinaciones: nidifican unas aves en los árboles, otras en las peñas; éstas en una simple depresión del terreno, aquéllas en las oquedades de los troncos o de las piedras; las hay que se contentan con los agujeros de ruinosas paredes. Lo que preside siempre el acto de elegir ese sitio, es el instinto de sustraer el nido a la vista de animales dañinos; y así vemos cómo están siempre en lugares inaccesibles o disimulados. Nos dice Alberto Magno que él ha visto nidos que para llegar a ellos, era preciso descolgarse por largas y fuertes cuerdas, al mismo tiempo que, para defenderse de las acometidas de las aves, se hacía indispensable soltar constantemente saetas contra ellas. Los instintos belicosos de ciertas aves cuando incuban o crían, así como las astucias con que otras despistan a los que quieren arrebatárles los huevos o los pollos, nos ponen bien manifiesto su amor maternal. El preferir unas los bosques y otras los herbazales o las tierras labrantías, lo hacen con miras a que tenga la prole alimento abundante al salir del huevo: esto tiene más razón de ser cuando los mismos pollos tienen que procurarse por sí mismos los alimentos (VI, 1.º, 6). Las aves que anidan en el suelo son precisamente las que no ceban los pollos, sino que los van conduciendo de acá acullá enseñándoles a descubrir la comida; por eso las crías en este caso salen ya del huevo en tal estado de desarrollo, que pueden corretear tras de sus padres y despistar a sus enemigos, dispersándose, escondiéndose bajo sus alas o apretándose contra el terreno cuyo color imitan. Pero hay todavía otra razón muy poderosa: esos polluelos, aunque pueden correr bien, no pueden volar todavía; pues son de formas muy pesadas; así que, si estas aves pusieran los nidos en sitios elevados, expondrían a muerte segura toda su descendencia, que por ser además muy numerosa, no podría tampoco ser alimentada, no siendo que los hijos estén ya dotados de recursos para procurarse el alimento en el suelo, tan pronto como salen del cascarón (VIII, 3.º, 2).

Cita los avestruces como ejemplo de animales desnaturalizados para con la cría, pues abandonan sus huevos en el desierto dejando al calor solar el encargo de sacar los pollos: y no podía menos de ser así, puesto

que esas aves, por su falta de plumaje, no serían capaces de cobijar en debida forma los huevos: cuando los pollos nacen, ya se bastan (VI, 1.º, 1 y 3). De la astucia del cuclillo al poner su único huevo en el nido de otras aves, así como de las explicaciones diversas que se dan acerca de cómo desaparecen del nido los hijos legítimos, se ocupa S. Alberto muy extensamente.

La cierva pare en sitios frondosos, pero no alejados de los puntos por donde transite el hombre, pues en ellos existe menos peligro por parte de las fieras: luego que las crías crecen un poco, las lleva a las aberturas de las peñas que no tengan más que una entrada (VIII, 2.º)

Pudiéramos continuar citando ejemplos que en diversos lugares de su obra nos ofrece nuestro naturalista para mostrarnos la solicitud de los padres para con sus hijos mientras les sea necesaria la protección paterna. Aun privándonos de ver una gran riqueza y variedad de casos notables, desistimos de continuar. Citemos como resumen de todo el siguiente párrafo: *Quaedam enim animalia in toto simul complent generationem suam, ita quod postea nichil sollicitantur de partu sicut plantae. Quaedam autem incompletum edunt partum, et ideo de educatione filiorum sollicitantur, donec compleantur, et tunc dimittunt eos, et ulterius omnino non associantur cum eis. Quaedam autem circa filios stabiliores habent conceptus et aestimationes, et habent magnam partem memoriae et forte providentiae filiorum: et illa circa filios etiam diversimode sollicitantur diutius et tardius, et provide et minus provide (VII, 1.º, 2).*

Huevos.

No se escapa a la consideración del autor la diversidad grande que hay en los huevos: algunos son frágiles, como los de la gallina; otros resistentes, como los de avestruz; los de las aves contienen dos clases de substancia, clara y yema; en los de la generalidad de los reptiles falta esta dualidad de materia. La yema contenida en los huevos de aves acuáticas es aproximadamente doble de la contenida en huevos de igual tamaño puestos por aves de ribera. La forma externa de los mismos varía hasta en las aves de la misma especie: a este propósito hagamos constar que rechaza la opinión atribuida (falsamente, dice él) al filósofo, según la cual, los huevos más aguzados, dentro de los de la misma especie, originan machos, y los más esféricos producen hembras. Las propias experiencias le conducen a dar más bien la razón a Avicena, que sostiene precisamente lo contrario. Para Alberto Magno también en este caso fué mal interpretado Aristóteles (VI, 1.º, 1). Así mismo nos advierte que los grandes truenos, que conmueven sensiblemente el aire, son funestos para el desarrollo normal de los pollos dentro del huevo:

estas alteraciones son muy acentuadas en los huevos de los cuervos (VI, 1.º, 3).

Fecundidad y longevidad.

Hay que notar, según nuestro autor, que las aves pequeñas suelen incubar repetidas veces al año: lo mismo ocurre con aquellas otras especies, que siendo ya mayores, ponen pocos huevos en cada nidada, como sucede en las palomas. Las aves de corral podrían tomarse como una excepción; pero adviértase que tanto ellas como los demás animales domésticos, están influidos y modificados por ese régimen de vida un tanto antinatural. Si se trata de aves de rapiña, y sobre todo de las de gran tamaño, se ve que ponen un escaso número de huevos, que a veces no pasa de uno solo, y para eso una vez única en el año. Alberto Magno dice que él mismo pudo comprobar esa escasa fecundidad en el águila visitando durante seis años un nido, en el cual nunca logró encontrar más que una cría. La voracidad de los hijos, los sitios inaccesibles donde los coloca, el estado de retraso en que nacen, con otras circunstancias desfavorables, haría cosa muy difícil para la madre la tarea de buscar sustento suficiente para una familia más numerosa. Pero a cambio de esa escasa fecundidad provee la naturaleza asegurando la vida de esa única cría, preservándola de los peligros, ya por el lugar que habita, y también por el valor irresistible de sus padres. Las aves que ponen el nido en el suelo, como hacen las perdices y las codornices, son las que sacan las polladas más numerosas: ya se ha dicho que en este caso, las crías nacen ya muy desarrolladas y que ya se bastan para procurar el alimento; pero téngase también en cuenta que son animales mucho más indefensos y que tienen que asegurar la descendencia, valiéndose para ello de su gran fecundidad.

De los *peces* dice que únicamente las especies muy grandes (recuérdese que también incluye los cetáceos en esta clase) tienen escasa fecundidad, y que no suelen pasar de uno o dos hijos: en las demás especies, en las que la fecundación es externa, y por lo tanto se malogran muchos huevos por no recibir contacto con la substancia fertilizante, la fecundidad es grandísima: «In piscibus autem ovantibus ex coitu (entiende el acto de restregarse esos animales mutuamente el vientre, de lo cual nos habla en otros sitios), multa ova pereunt, eo quod quidam dicunt ipsas feminas piscium sua ova iterato glutire et comedere. Multa etiam damnantur ex ipsa frigiditate humidí aquei et impetu aquae, nec salvantur ex eis nisi illa, quae cadunt in locis quietis, in qua fetus calore loci et quiete educi potest. Si enim omnia ova salvarentur, nimium pisces multiplicarentur» (VI, 2.º, 2 XXIV, 1).

En cuanto a los mamíferos también le interesa hacernos ver su diversa fecundidad, llegando a formular las mismas conclusiones, es decir,

que los animales superiores, perfectamente dotados de medios de defensa y de larga vida, son cada vez menos fecundos en la misma proporción en que tienen desarrolladas aquellas cualidades. Recuerda que algunos animales muy fecundos, como la generalidad de los peces, sufren tal pérdida de energías en su reproducción, que llegan a veces a morir, y cuando no, llegan a tal estado de postración que fácilmente quedan indefensos y vienen a ser pasto de otros (VIII, 3.º)

Digamos de paso que el autor se cuida también de darnos datos interesantes acerca de la longevidad de los animales. Se fija también en la diferencia que desde un punto de vista se puede notar en cada uno de los sexos de ciertos grupos: en las aves, dice él, los machos viven menos que las hembras, pues se advierte en la coloración y menor dureza en el pico. Las ovejas pueden vivir más de 13 años, el pavo 25, el elefante podrá llegar hasta 300. Cortando la cola a los individuos jóvenes, se ha visto que los delfines pueden vivir hasta 130 años.

Asociaciones de animales.

Los animales que viven en forma gregaria buscan ese régimen de vida con el fin de prestarse mutua ayuda: saben que la unión hace la fuerza. Las pequeñas avejillas, ante la presencia de una de rapiña, se amotinan y tratan de aturdirla: los patos y otras aves acuáticas, cuando ven un águila, se congregan todas, y sepultadas las cabezas en el líquido elemento, procuran con el cuerpo salpicar fuertemente el agua, y así impiden que aquel enemigo se cebe en ellas (I, 1.º, 4).

Si se trata de animales fuertes, suele tener cada individuo su dominio o área de depredaciones: su excesiva ferocidad y la exigencia de muchas presas no se armonizan con las pacíficas relaciones que reclama la convivencia. Y mientras estos animales de vida solitaria se asocian por parejas en la época del celo, los que acostumbran vivir en grupos suelen separarse de dos en dos durante el mismo período (VIII, 2.º, 3).

Los que viven en sociedad necesitan algún individuo especial que les dé unidad y orden: buen ejemplo tenemos de ello en las abejas. Esto es lo general; pero también podemos observar agrupaciones en que no se vislumbra por ninguna parte semejante instinto de monarquía: es el caso de las bandadas de langosta y el de la ordenada *anarquía* del hormiguero. Cuando el jefe está dotado por la naturaleza de cualidades u organización especial, como sucede entre las abejas, es un verdadero rey, y su reinado es vitalicio: los súbditos son incapaces de vivir sin presidente. En el caso de que la naturaleza no distinga con cualidades singulares a ningún miembro de la sociedad, solamente se constituye el jefe en ciertas épocas o para determinados fines: su privilegio o autoridad es tempo-

ral. En los animales emigrantes se ve muy bien esta clase de subordinación cuando se efectúan las marchas (I, 1.º, 3 y 4).

Pero no siempre los individuos que se agrupan en sociedad de socorros mutuos son de la misma especie, ni mucho menos. Especies hay de cocodrilos que cuando sienten entre sus dientes molestos resíduos de comida, abren la boca desmesuradamente, a la que luego acude una avecilla, que se introduce confiada en las temibles fauces del reptil, donde hace el oficio de mondadientes, de lo cual resulta evidente beneficio para los dos comensales. Luego que el pájaro hubo cumplido su oficio debe marchar, pues de no hacerlo, el mismo cocodrilo se encarga de avisarle haciendo un ruido como de gárgaras para ahuyentarlo antes de cerrar la boca, indicación que es inmediatamente atendida por el ave (VIII, 2.º, 2). También nos dice Alberto Magno que una persona muy entendida en estas cosas, le ha contado que un cangrejo pequeño vive unido por un ligamento (abdomen?) a una concha en la cual se refugia de sus enemigos: cuando el crustáceo observa algún peligro corre presuroso a la concha, y entonces la ostra cierra su concha y le preserva principalmente de los ataques del pulpo, aunque por fin éste con su fuerza y astucia se ingenia luego para abrir (V, 2.º, 2). El cangrejo, a medida que va creciendo, va también eligiendo conchas cada vez mayores.

Los fósiles.

Mencionados estos casos de comensalismo e inquilinismo en los animales y haciendo omisión de los hechos de parasitismo, nos resolvemos ya a poner fin a estas desaliñadas cuartillas acerca de la obra de S. Alberto como zoólogo. No estaría de más que extractáramos de sus libros algún pasaje donde pudiéramos apreciar también sus relevantes cualidades para describir con exactitud y viveza las especies diversas de animales: en ocasiones parece que estamos leyendo el libro de Job. Si merece el calificativo de doctor universal por sus vastos conocimientos, no deja por eso de penetrar en la médula misma de las cuestiones, adelantándose muchas veces varios siglos en dar con la verdadera explicación de los hechos.

No queremos dejar de tocar otro punto interesante para que se vea lo que acabamos de afirmar. Dícese que Aristóteles en ningún lugar de sus obras hace mención de los fósiles, que no emplea ninguna expresión que se refiera a esas formaciones. Los que siguieron al Estagirita sin independencia de criterio tampoco se ocuparon en buscar un origen racional de aquellos productos; los consideraron como simples caprichos de la naturaleza, *ludus naturae*. Avicena es el único que quiso ver en la *generatio aequivoca* del filósofo griego algo que debería relacionarse con la formación de las piedras que figuraban seres o vestigios de seres orgánicos: se-

gún el filósofo árabe el *fango primitivo* húmedo, en virtud de una fuerza misteriosa, debía originar aquella especie de formas imitativas y caprichosas. Pero éstas siguieron considerándose como simples juegos de la naturaleza hasta bien entrado ya el siglo xvi; entonces es cuando van apareciendo entre los sabios algunos más *avanzados* que van, como por casualidad y con timidez, asignando un origen orgánico a las piedras en cuestión. Pues bien, unos cuantos siglos antes que estos naturalistas que esporádicamente apuntaban el verdadero origen de aquellas formaciones, ya Alberto Magno establece «la posibilidad de que las petrificaciones no fuesen exclusivamente producto de la *virtus formativa*, sino que también pudieran petrificarse auténticos restos de cadáveres de animales o vegetales» (*Los animales prehistóricos*, por el Prof. Oth. Abel. Trad. de F. Galiano; pág. 80).

Con esto doy fin a mi trabajo, quedándome el sentimiento de haber molestado demasiado al pobre lector que haya tenido la paciencia de leer estas líneas, sin haber logrado darle ni idea siquiera del mérito que San Alberto Magno tiene como naturalista.

FR. NICOLÁS ALBUERNE.

Corias.

Comentarios de San Alberto Magno a los Económicos de Aristóteles

Los primeros catálogos de los escritos de San Alberto Magno no mencionan este comentario. Sólo aparece en los clasificados por el doctor Scheeben en el tercer grupo, que pertenecen al siglo xv, a saber el de Luis de Valladolid, el de Pedro de Prusia y el de Rodolfo de Nimega (1). Los dos últimos han tomado la noticia, como en otros casos, del vallisoletano. Este por su parte no indica la fuente en que se inspira; pero lo mismo que sucede con otras obras silenciadas por los catálogos anteriores, puede suponerse que se basa en el testimonio de los manuscritos. El enunciado en cuestión dice así: «Exposuit ad litteram... libros duos Yconomicorum». Esta fórmula corresponde a la realidad, porque en efecto el comentario es una exposición literal del texto del Filósofo.

Otro testimonio, según toda probabilidad independiente de éste, nos lo facilita un catálogo formado en la segunda mitad del siglo xv de los manuscritos que poseía el monasterio de cartujos de Aggsbach, en donde aparece consignado, «Albertus Magnus super libros Yconomicorum, (2).

Los autores de estas dos noticias, al registrarlas en sus listas, tenían delante el texto mismo del comentario, privilegio que fué restringiéndose cada vez más, por ser muy limitado el número de ejemplares de dicho escrito. La posesión del libro primero sobre los Políticos del mismo Alberto, que contiene doctrina paralela, hacía casi innecesario su estudio, y por consiguiente su reproducción. Un paso más y se hubiera perdido el hilo conductor para poder identificarlo entre los fondos manuscritos que se han salvado de los siglos medios.

Según nota que me comunica el padre Jerónimo Wilms, O. P., el men-

(1) Dr. H. Ch. SCHEEBEN: *Les écrits d'Albert, d'après les catalogues*, en «Revue thomiste», t. 15 (1931), pp. 260-292.

(2) D. PLANZER, O. P.: *Albertus Magnus-Handschriften in mittelalterlichen Bibliothekskatalogen des deutschen Sprachgebietes*, en «Divus Thomas» de Friburgo, t. 10 (1932), pp. 246-276.

cionado doctor Scheeben tuvo noticia de que existió un ejemplar en Viena; pero hechas las diligencias no pudo dar con él. Al revisar yo hace años los fondos manuscritos de las bibliotecas españolas para hacer el inventario de los de Santo Tomás, procuré registrar también los que iban apareciendo de A. Magno, y entre ellos tuve la suerte de dar con dos en que se contiene el texto de dicho comentario, manuscritos que resultan ser los únicos actualmente conocidos de esta obra. Se trata del códice 2-M 4 del antiguo palacio real, hoy Palacio Nacional de Madrid, y del cód. 7.804 (antes V-201) de la Biblioteca Nacional también de Madrid. La atribución explícita a Alberto sólo se consigna en el segundo. En el primero viene a continuación de un comentario a los *Éticos* atribuido también a Alberto en la rúbrica final, aunque este es un extremo que falta por comprobar, como verá el lector por la descripción de dicho manuscrito que insertamos en este mismo número de LA CIENCIA TOMISTA.

Los precedentes datos que nos suministran los criterios externos, de sí suficientes para asegurar en firme que Alberto escribió un comentario a los *Económicos* y que ese comentario debe identificarse con el conservado en estos dos manuscritos, se corrobora todavía más por el análisis interno de su contenido y estilo, comparado con el de otros escritos del mismo autor. Puede servir de base para el cotejo el comentario a los *Políticos*, en que Alberto sigue el mismo procedimiento literario en la división del texto y en su exposición. Reproducamos en forma paralela algunos textos que sirvan de muestra, dejando al lector el ampliar su número y variedad, si dispone de ambos comentarios.

Coment. a los *Políticos*.

«His quidem, id est quibusdam *vide-tur*, supple *esse justum*» (B. 8, 33).

«Deinde redit ad propositum et aptat quae dicta sunt subdens: *Cum autem hoc dicant*, supple *philosophi, nihil aliud*, supple *volunt dicere, quam quod virtus et malitia determinant*, supple *natura servum et liberum*, et *natura nobiles et ignobiles; dignificant enim*, id est *dignum reputant, quemadmodum ex homine*, supple *secundum naturam, hominem nasci...*» (ib. p. 34).

«Sic determinato de iis ponit transitum ad sequentia subdens: *Quare quoniam de iis quidem*, scilicet *communicationibus oeconomica, despotica, nuptiali et paterna determinatum est, de reliquis autem*, supple *communicationibus in aliis, supple sequentibus libris dicendum; dimittentes*

Coment. a los *Económicos*.

«Mulierem oportet esse gratia liberorum, id est filiorum ut ex ea, scilicet paterfamilias filios generet, et mulier eosdem generatos custodiat et nutriat» (lib. 1, n. 2).

«Secunda pars capituli in qua epiloga-tur circa dicta duo: quod tantum possessiones extra domum sunt horum, id est de numero horum, supple de quibus dictum est» (ib. n. 3).

«Hoc idem probat per proverbium *Libii* dicentis, quod optimum stercus, supple ad impinguandum agrum, sunt vestigia domini» (ib. n. 7).

«...Sed melioribus ad invicem secundum, supple utriusque opinionem, ut scilicet quod vir opinetur...» (lib. 2, n. 5).

«Ille enim (sc. Agamenon) propter Creseidem illam, scilicet mulierem quam inor-

tamquam finem habentes eos qui nunc sermones, de oeconomica scilicet... (ib. p. 82).

«Et ostendit reprehensionem in hoc: *Siquidem igitur*, id est contingit uno modo, supple ut *communissimam hanc constituit civitatibus*, supple Phedon» (ib. p. 128).

dinate dilexit, peccavit ad ejus uxorem propriam Clenistram, sic scilicet vocatam in ecclesia, id est in loco publico» (ib. n. 5).

«Propter ea quae dicta sunt decet eum, supple yconomum qui secundum rectam rationem vivit» (ib. n. 7).

El comentario a los Económicos parece a primera vista más sobrio que el resto de la obra de Alberto sobre Aristóteles. Ello es verdad en parte, puesto que aquí el comentario se desenvuelve con plena subordinación al texto, sin rebasar apenas sus linderos. Alberto, que en sus comentarios al Filósofo procura reservar su opinión personal, contentándose con alegar a modo de ilustración hechos o razones nuevas, tenía en nuestro caso motivos especiales para proceder con esa concisión, por haber escrito sobre la misma materia en el comentario al libro primero de los Políticos, y tal vez en los cuatro libros *De re oeconomica* que le atribuye Luis de Valladolid.

Nada diremos acerca de la versión del texto del Filósofo utilizada en nuestro comentario, estando aún por precisar el número, autores y fechas de las que existían en su tiempo (1). El análisis del texto mismo del comentario puede contribuir a esclarecer este problema.

De los dos manuscritos que sirven de base a la presente edición y cuya descripción puede ver el lector en otro lugar de este número, el más autorizado es indudablemente el de la biblioteca del Palacio Nacional, que señalamos con la sigla A. No sólo por su antigüedad, sino hasta por el lugar de origen, que sospechamos ser París, merece la preferencia.

Su venida a España se debe probablemente a don Diego de Anaya, fundador del Colegio mayor de San Bartolomé de Salamanca, donde se conservó hasta su ingreso en la exbiblioteca real. Había asistido este ilustre prelado al concilio de Constanza, visitando a su regreso diversos centros académicos de Italia, donde es de creer que adquiriese parte de la rica biblioteca que antes de morir legó a su Colegio. Hacia 1423 fué enviado por don Juan II como embajador al rey de Francia, y no podía descuidar, teniendo ocasión tan propicia, la adquisición de nuevos fondos literarios. Todavía hoy, a través de las diversas vicisitudes y traslados sufridos por su biblioteca, pueden identificarse gran número de los manuscritos que la formaban conservados en el Palacio Nacional. En otra ocasión hemos realizado el cotejo con respecto a los de Santo Tomás, vi-

(1) Cf. M. GRABMANN: *Forschungen über die lateinischen Aristotelesübersetzungen des XII. Jahrhunderts*, Münster i. W., 1916, pp. 240-242, 256.

niendo a concluir que el fondo primitivo apenas ha sufrido mermas (1). En cuanto a los de Alb. Magno, ocurre algo parecido. El que en el Palacio Nacional lleva hoy el número 386 fué adquirido en París durante el siglo xv, pasando luego al Colegio de San Bartolomé. Si no hay base para afirmar que el 2-M-4 haya seguido la misma trayectoria, sabemos por lo menos que formó parte de la biblioteca del Colegio, en cuyos catálogos figura registrado como *Alberti Magni summa*, que es la indicación que lleva hoy en el tejuelo.

El segundo manuscrito, que designamos con la sigla B, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Su excelente caligrafía no corresponde al poco esmero puesto en la reproducción del texto. Contiene varias omisiones por homeoteleutia, deformación de palabras que delatan un amanuense mal impuesto en el latín, y ciertas características que le hacen desmerecer desde el punto de vista crítico. Por otra parte la fecha de su confección se puede fijar aproximadamente hacia mediados del siglo, xv o sea que se halla a doble distancia cronológica del original autógrafo que el manuscrito A.

Faltando un tercer término de comparación, no es fácil fallar si ambos pertenecen a una misma familia, o proceden del original por líneas divergentes; esto es, si para hallar la fuente común hay que remontarse al autógrafo, o se encuentran en una copia más reciente. Lo que sí puede afirmarse es que el momento de conexión alcanza por lo menos a la primera mitad del siglo xiv. En efecto, la atribución en B no puede proceder de A, puesto que éste no la consigna. Por otra parte las frecuentes omisiones por homeoteleutia en B contribuyen a alejarlo de A, aproximándose ambos al original en forma independiente.

De todos modos es evidente que A nos ha conservado una tradición más pura del arquetipo, y por tanto que, aun prescindiendo de su mayor antigüedad, debe dársele la preferencia, como lo hacemos en la presente edición, salvo en contados casos en que parece más aceptable la lección de B.

Hemos señalado la división de libros y tratados y añadido la numeración marginal, que coincide casi en todo con la de capítulos indicados en el texto.

FR. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.

(1) V. BELTRÁN DE HEREDIA, O. P. *Los manuscritos de Santo Tomás en la Biblioteca Real de Madrid*, en LA CIENCIA TOMISTA, t. 34 (1926), pp. 196-216.

Incipit expositio librorum Yconomicorum Aristotelis secundum Albertum Magnum ^a.

Yconomica et politica differunt. Iste est ^b liber Yconomicorum quem fecit Aristoteles, in quo determinatur de his quae pertinent ad regimen plurium in domo, postquam in libro *Ethicorum* determinavit de his quae pertinent ad regimen unius. Et dividitur in duos libros particulares ^c.

I

In quorum primo determinat ^d de partibus yconomicae et aliquantulum de communicatione viri et mulieris quae dicitur nuptialis, et de communicatione parentum ad filios quae dicitur paterna, et dominorum ad servos quae dicitur despotica. Et hic primus liber habet duos tractatus.

A

In primo quidem determinat de partibus materialibus yconomicae ex quibus yconomica componitur, accipiendo ^e yconomicam pro communicatione domestica. Et dividitur in sex capitula.

1. — In quorum primo tamquam prooemio ^f manifestat quaedam praeambula, et simul cum hoc ostendit de quo sit intentio determinare in hoc libro. Et habet capitulum istud tres partes principales, in quarum prima ponit ^g differentiam inter yconomicam et politicam.

Et sic prima conclusio hujus capituli, yconomica et politica in aliquo differunt probatur. Subjecta eorum de quibus considerant, differunt, scilicet domus et civitas: ergo et ipsae differunt. Probatur antecedens, quia civitas ex multis principantibus est, sicut ex multis patribusfamilias; sed domus non, quia in domo non est nisi unus principans, scilicet paterfamilias.

Nota etiam quod ^h yconomica sumitur tripliciter. Uno modo, pro communitate domestica; secundo modo, pro prudentia quae est communitatis domesticae regitiva, qualiter accipit Aristoteles politicam circa medium sexti *Ethicorum* (1); tertio modo accipitur pro scientia quae de tali communitate considerat tamquam de objecto. Proportionaliter distingue de ly *politica*. Modo in conclusione dicti termini accipiuntur ultimo modo. Nam ad hoc vadit ratio ad conclusionem, licet etiam conclusio haberet veritatem dictis terminis acceptis primo vel secundo modis.

^a A Incipit yconomica Aristotelis, om. sec. Alb. Magn. ^b B om. est. ^c A partiales. ^d B determinavit. ^e B allegando. ^f B prooemium, nam prooemium. ^g A proponit. ^h A om. etiam quod.

(1) Arist. *Ethic.* lib. 6, c. 5, n. 5 et c. 8, nn. 1-5 (Didot, 2, pp. 68, 71).

Nota secundo quod domus accipitur aliquando pro cooperimento prohibente nos a caumatibus et frigoribus; aliquando autem pro civitate seu communitate ^a domestica seu hominum qui in tali habitaculo simul habitant. Proportionaliter distingue de civitate. Modo in probatione ^b conclusionis dicti termini accipiuntur tertio modo.

Artium quidem. Secunda pars principalis capituli in qua ponitur convenientia inter yconomicam et politicam. Et nota conclusionem secundam ^c capituli: Yconomica et politica in aliquo conveniunt. Probatur. Quia sicut politicae est instituere civitatem et ipsa instituta bene uti ea, ^d ita yconomicae est instituere domum et uti ea bene. Per hoc enim differt ab aliis artibus, quae licet sua objecta in esse constituent, tamen illis constitutis in esse non utuntur ^e, sed aliae artes ab illis. Unde alterius artis est facere fistulam, et alterius uti ea cum jam facta est.

Nota quod quantum ad hoc, artes in triplici differentia sunt. Quaedam enim facit rem et non utitur re facta, sicut ars frenorum factiva. Quaedam vero utitur re facta et non facit ipsam ^f; sicut ars equestris utitur freno, sed non facit frenum. Quaedam autem facit rem et utitur ea cum jam facta est, sicut ars fabrilis. Per ipsam enim efficitur ^g maleus, quo facto ipsa utitur eodem. Et cum ista convenit yconomica et politica aliquo modo.

Civitas quidem igitur, etc. Tertia pars principalis capituli in qua ponit ordinem yconomicae et politicae. Et habet haec pars duas particulas. In quarum prima praemittit diffinitionem civitatis, et est tertia conclusio capituli: quod civitas est domorum pluralitas et praediorum et possessionum abundans ad bene vivendum ordinata. Aristoteles dicit domorum, et non domibus, ponens genitivum pro ablativo, more graecorum. Conclusio probatur. Quia deficiente aliquo dictorum, deficit civitas; positis autem omnibus dictis, simul ponitur civitas: ergo conclusio vera. Consequentia tenet. Antecedens satis expresse declaratur ^h in littera.

Nota quod per ⁱ praedium intelligit possessiones naturales, ut agros, blada, vineas et hujusmodi. Per possessiones intelligit possessiones alias a naturalibus, ut vestes, pecuniam et hujusmodi.

Quare quidem palam. Tertia particula tertiae partis principalis in qua probat conclusionem quartam capituli: Yconomica est prior politica, et opus yconomicae est prius opere politicae. Probatur. Quia domus quae est objectum yconomicae est pars civitatis, et per consequens prior ea; de qua quidem civitate considerat politica. Ergo etc. Consequentia tenet, quia secundum ordinem objectorum debet attendi ordo scientiarum. Antecedens patet per ^k tertiam conclusionem. Et demum proponit intentio-

^a B pro communicatione. ^b B om. in, et legit *propositione*. ^c B om. secundam. ^d B et. ^e B utimur. ^f B illam. ^g A fit. ^h A declarat. ⁱ B om. per. ^k A om. per.

nem, et dicit quod igitur ^a videndum est de yconomica, et quid sit opus ejus.

Nota quod ex isto aliquialiter ^b apparet ordo scientiae moralis. Nam sicut yconomica est posterior ethica ^c, ita post yconomicam debet esse politica. Bonus enim ordo est primo scire ea quae pertinent ad regimen unius, demum scire ea quae pertinent ad regimen plurium in domo, et deinde scire ea quae pertinent ad regimen plurium in civitate.

2. — *Pars vero domus etc.* Capitulum secundum in quo enuntiantur partes materiales domus, accipiendo domum pro communitate domestica. Et habet tres partes. In quarum prima enuntiat partes materiales domus utiles. Et nota quod ex isto textu elicitur prima conclusio ^d capituli: Partes materiales domus utiles sunt homo et possessio. Conclusio intelligitur accipiendo ly *homo* ut extendit se ad virum et mulierem, et accipiendo ly *possessio* ut se extendit ad possessiones naturales et artificiales.

Cum autem primo etc. Secunda pars capituli in qua enuntiat partes materiales domus particulares. Et nota conclusionem secundam capituli: Partes domus materiales particulares sunt vir et uxor, bos arans. Ambae istae conclusiones probantur auctoritate Hesiodi. Deinde exprimit ^e fines dictarum duarum partium dicens *f*: bobem esse nutrimenti gratia, id est propter alimentum acquirendum. Bobus enim terra colitur et aratur, saltem in aliquibus partibus. Mulierem autem oportet esse gratia liberorum ^g, id est filiorum, ut ex ea, scilicet paterfamilias filios generet, et mulier eosdem generatos custodiat et nutriet.

Nota quod Aristoteles primo partes domus considerat et explicat ut ex hoc in cognitionem domus perveniat. Et hic processus est rationalis, ex quo ex cognitione partium devenitur in cognitionem totius.

Quare oportet utique. Tertia pars principalis capituli in qua ^h infert unum correllarium, et est tertia conclusio capituli: Oportet considerare et docere ea quae pertinent ad uxoris statum in ordine ad virum proprium et ad alios ⁱ. Probatur, quia uxor est principalis domus pars, sicut patet patere ex jam dictis. Quare pro communitate domestica bene regenda oportet considerare illa quae decencia et indecentia sunt mulieri, ut indecentia fugiat et decencia prosequatur.

3. — *Possessionis autem etc.* Tertium capitulum in quo Aristoteles determinat ^k de una dictarum partium in speciali, scilicet de possessione

^a A ergo. ^b B aliter. ^c A sicut ante yconomicam est ethica. ^d A primam conclusionem et om. quod ex isto t. elic. ^e B om. exprimit. ^f B om. dicens. ^g B ciborum. ^h B om. in qua. ⁱ B illos. ^k B declarat.

eorum quae sunt extra domum, postquam eas generaliter simul enuntiavit in capitulo praecedenti. Et habet duas partes principales, in quarum prima proponit et probat primam conclusionem hujus capituli, scilicet: Prima cura yconomi quantum ad possessiones debet esse circa agriculturam. Probatur quatuor rationibus. Prima, quia magis justa et humana. Unde ars acquisitiva necessariorum venando ^a est magis inhumana quam agricultura, quia fit cum quadam violentia et bello ad animalia quae capiuntur. Secunda ratio est quia est magis naturalis, eo quod mediante ipsa a terra capitur nutrimentum tamquam a matre. Capere autem nutrimentum a matre est capere nutrimentum naturalissimo modo. Tertia ratio est, quia agricultura corpus agricolae magis reddit aptum ad operandum; non enim corpus nimis debilitat per excessum ^b sicut facit ars fabrilis, nec etiam ^c hebetat per exercitii defectum sicut facit ars texendi pannos vel aliquid ^d hujusmodi. Quarta ratio est quia agricultura facit corpora humana potentia resistere hostibus. Patet, quia facit ea fortia per praecedentem rationem.

Nota pro littera ^e quod georgica idem est quod agricultura, et dicitur a *ge* quod est terra, et *arge* graece quod est cultura latine.

Horum enim etc.—Secunda pars capituli ^f in qua epilogatur circa ^g dicta duo: quod tantum possessiones extra domum sunt horum, id est de numero horum, supple de quibus dictum est; quasi dicat: nunc dictum est tantum de possessionibus extra domum; per quod innuit se non complete determinasse de possessionibus, ex eo quod posterius determinaturus est de possessionibus interioribus domus.

4. — *Hominibus enim etc.* Capitulum quartum in quo Aristoteles determinat in speciali de alia parte materiali yconomicae, scilicet de homine prout se extendit ad virum et mulierem. Et habet tres partes principales. In quarum prima proponit ^h quod intendit et propositionem ⁱ et conclusionem primam ^k ponit hujus ^l capituli: Hominibus yconomis prima cura debet esse de conjuge, scilicet ut bene se habeat in se et ad illa quae sunt in domo et quae sunt extra domum. In praecedenti dicebatur capitulo ^m quod prima cura ⁿ debet esse circa agriculturam; hic autem dicitur quod prima cura yconomi debet esse circa conjugem ^o. Respondetur quod primum dictum debet intelligi quantum ad illa quae sunt extra domum ^p, secundum autem debet intelligi quantum ad illa quae sunt in domo. Unde de iis ^q quae sunt in domo, se excepto, debet habere maximam curam circa conjugem.

^a B *venanda*. ^b B om. *per excessum*. ^c B om. *etiam*. ^d B *aliqua*.
^e B *per litteram*. ^f B *principalis*. ^g B *contra*. ^h B add. *parte*. ⁱ B *proportionem*.
^k B add. *ponit*. ^l B *hujusmodi*. ^m A *dicens in praecedenti capitulo dicebat*.
ⁿ B add. *yconomi*. ^o B *circa possessionem et non circa conjugem*. ^p A om. *domum*. ^q B *aliis*.

Sequitur textus: *Communicatio namque etc.* Secunda pars ^a in qua probat propositum. Et habet duas particulas. In quarum prima proponit rationem ad suum propositum. Et arguitur sic: Communicatio viri et mulieris est maxime naturalis: ergo vir primam curam et maximam ^b de his quae sunt in domo debet habere de muliere. Consequentia nota est de se. Antecedens probatur in sequenti littera.

Suppositum est. Secunda particula secundae partis principalis in qua probat suppositum ^c in ratione jam facta. Et habet quatuor particulas secundum quatuor rationes quibus probat illud.

Et nota secundam conclusionem capituli: *Communicatio masculi et feminae est naturalis.* Probatur. Quia sine tali communicatione nec masculus nec femina possunt efficere operationes quas appetunt secundum naturam. Ergo talis communicatio est naturalis. Consequentia tenet ex eo quod natura ^d, intendens aliquem finem, intendit media sine quibus non potest esse ille finis, sicut habetur ex secundo *Physicorum* (1). Antecedens patet, quia nec masculus sine femina, nec femina sine masculo potest generare; quae quidem generatio est operatio ad quam tam masculus quam femella habent inclinationem naturalem. Juxta istam rationem subjungit differentiam inter communicationem masculi et femellae in hominibus ex una parte, et communicationem ^e masculi et femellae in brutis ex alia ^f parte, licet tam ista quam illa sit naturalis. Et nota conclusionem tertiam capituli: Communicatio viri et feminae differenter reperitur in hominibus et in brutis. Probatur. Quia in brutis solum ^g provenit talis communicatio ex appetitu naturali; sed in hominibus provenit ex appetitu naturali et rationali. Secunda differentia: quia in brutis dicta ^h communicatio est propter generare, et in quibusdam cum hoc est ⁱ propter prolem educandam, sicut in illis qui diu commanent, sicut sunt columbae et turtures. In hominibus autem ^k talis communicatio est propter generare et propter prolem educare, et ultra hoc propter conferentia et subsidia sibi mutuo impendere.

Et hominibus etc. Hic ponit secundam rationem ad conclusionem, et est talis: nam per talem communicationem masculus et femella acquirunt sibi neccessaria: ergo est naturalis. Consequentia tenet ex eo quod natura non deficit in necessariis. Et ideo quia communicatio masculi et feminae requiritur ^l ad acquisitionem utrique, natura nolens deficere in necessario, inclinavit tam virum quam mulierem ad inclinationem hujusmodi. Antecedens probatur. Quia per talem communicationem acquirunt

^a A add. capituli. ^b B maxime. ^c B propositum. ^d B om. natura.
^e B om. communicationem. ^f B om. altera. ^g B om. solum. ^h B om. dicta.
ⁱ B add. proprium. ^k B om. autem. ^l B sequuntur.

sibi filios et filias, qui nutrimentum necessarium parentibus in senectutē impotentibus dant et multa alia eis auxilia et necessaria impendunt in senio.

Simul autem etc. Hic ponitur tertia ratio. Et est ista: quia per huiusmodi communicationem masculus et femina acquirunt esse perpetuum et divinum. Omnia esse divinum appetunt et gratia illius agunt quaecumque agunt, sicut dicitur secundo *De anima* (1). Assumptum patet, quia per huiusmodi communicationem sibi filios acquirunt, qui iterum acquirunt sibi filios, et sic ultra; et sic per communicationem masculi et feminae fit perpetuatio hominis secundum speciem, quod est quoddam divinum; quae perpetuatio fieri non potest sine huiusmodi communicatione. Quare concluditur talem communicationem esse naturalem.

Omnia enim etc. Hic ponit quartam rationem, et est ista: Natura sollicita fuit in dando instrumenta proportionalia masculis et femellis, et virtutes contrarias, licet proportionales; quod non fecisset nisi masculus et femella deberent ^a adinvicem communicare. Ex quo sequitur quod natura intendebat in dando talia instrumenta et virtutes communicationem viri et mulieris. Quare huiusmodi communicatio est naturalis quia intenta a natura. Assumptum autem de instrumentis proportionalibus manifestum est de se. Sed de virtutibus contrariis adinvicem, tamen proportionalibus, declarat Aristoteles in littera. Natura enim fecit ^b virum fortem, et mulierem debilem et fragilem ut custodiat ne virum offendant. Etiam quia ad mulierem pertinet solum illa custodire quae sunt in domo, et ad hoc non requiritur magna fortitudo. Et natura, nolens abundare in superfluo, fecit eam non ita fortem sicut est vir. Fecit autem virum fortem ut posset vindicare mulierem, si aliqua per alios fieret sibi injuria. Etiam propter aliud, quia ad virum pertinet quaerere illa quae sunt extra domum et necessaria ad yconomiam. Et ad hoc requiritur magnus labor et magna fortitudo. Et natura nolens deficere in necessariis, fecit masculos fortes.

Nota quod, ut in pluribus animalibus tam rationalibus quam irrationalibus, masculus est fortior et audacior femella, et ita debet intelligi littera. Sed si reperitur oppositum, hoc est in paucis. Unde bene verum est quod in quibusdam animalibus rapacibus, propter aliquas actiones ^c speciales, reperitur oppositum; de quo considerare pertinet ad librum *De Historiis animalium*, et non ad praesentem speculationem.

Secundo nota, quod masculus ordinatus sit ad ulciscendum injurias sibi et suae famellae factas. Patet in asino et in animalibus irrationalibus. In illis enim masculis natura providit de cornibus et ungibus fortiori-

^a B debeant. ^b B facit. ^c A occasiones.

(1) Arist. *De anima* lib. 2, c. 4, n. 2 (2, 448).

bus quam femellis, quod non fecisset nisi masculus deberet bellare pro se et pro sua femella.

Et de filiis etc. Tertia pars principalis capituli in qua Aristoteles infert unum corollarium ex dictis. Et nota conclusionem quartam capituli: Parentes generando filios non generantur, sed impendendo ^a filiis impendunt sibi et filiis. Prima pars patet de se. Secunda pars patet ex illo quod dicebatur ex secunda ratione, quia ^b filii in senio parentum relevant indigentiam eorum. Deinde enumerat utilitates eorum quas inferunt parentes filiis; et sunt principaliter duae, scilicet nutrire et docere. Principaliter pertinet ad matrem nutrire, docere autem ^c ad patrem.

5. — *Primo quidem igitur etc.* Capitulum quintum ^d, in quo ponit quaedam documenta circa communicationem viri et mulieris observanda. Et habet quatuor partes principales secundum quatuor ^e documenta. Primum est prima conclusio hujus capituli: Vir non debet facere injuriam mulieri. Et ratio, quia tunc mulier etiam cavebit ne faciet injuriam viro. Et exprimit in littera ^f injuriam quam vir possit facere mulieri, ut si vir commisceretur carnaliter cum alia muliere. Unde si vir — dicit — ^g sic faceret, mulier haberet occasionem se commiscendi cum viro extraneo, et tunc negotia domus male irent.

De coitu vero etc. Secunda pars capituli. Et nota conclusionem secundam capituli: Vir debet cum uxore sua temperate coire et maxime cum primo conveniunt. Ratio est quia si ^h nimis parum, forte peteret ab alio; et si nimis multum, vir non posset hoc ⁱ continuare, et tunc mulier in hoc assueta, vellet habere et peteret ab alio ut se ei carnaliter commisceret. Et ideo vir quantum ad hoc debet esse prudens ut sic cum ea coitum exerceat, ut mulier ipso absente vel infirmo existente possit se a coitu per tempus abstinere.

Bene etiam habet etc. Tertia pars capituli, in qua ponit tertium documentum, et est tertia conclusio capituli: Expedientius est quod vir ducat puellam in uxorem quam viduam. Ratio est quia puellam potest facilius ducere ad suos mores et ad suam voluntatem quam viduam. Unde semper viduae petunt dominari et ducere virum secundum suam voluntatem ^k. Istud confirmatur etiam ^l auctoritate Hesiodi, qui fuit quidam sapiens ante tempus Aristotelis.

De ornatu. Quarta pars capituli, in qua ponit quartum documentum, et est quarta conclusio capituli: Expedit quod vir et uxor habeant corporales ornatus proportionales. Ratio est quia hoc servat amicitiam inter eos. Si enim vir excessive ornaret se ultra mulierem, mulieri displiceret;

^a B impendo. ^b B quod. ^c B om. autem. ^d B add. ponit. ^e B om. quatuor. ^f B om. in littera. ^g B om. dicit. ^h B om. si. ⁱ B haec. ^k B om. Unde ...voluntatem. ^l B ex.

et si econtrario, similiter et *a* homines de hoc loquerentur. Unde si vir excedat, dicunt homines quod descipit uxorem et quod habet *b* aliam amasiam; si vero mulier excedat, dicunt eam amari ab aliis et quod est meretrix et despicit virum suum.

Nota quod *c* per ornatus proportionales non intelligitur quod habeant ornatus aequales, sed quod quilibet habeat talem ornatum qualem decet eum habere secundum statum suum.

Secundo nota propter litteram. Dicitur etiam in littera: Ornatus autem nichil differens est loquutionis tragoediarum in apparatus ad invicem. Unde ly *tragoedia*, secundum quod dicit Hugutio, componitur a *tragos* quod est hircus et *oda* cantus, quasi hirceus seu foetidus cantus. Hircus enim est animal foetidum. Et in proposito tragoedia idem est quod sermo vituperativus.

6. — *De possessionibus autem etc.* Capitulum sextum in quo determinat de possessione interiori domus, scilicet de servo, qui est *d* principalissima possessio yconomi possessionum quae sunt in domo, postquam *e* determinavit de possessione exteriori in isto, scilicet tertio capitulo. Et habet istud capitulum duas partes *f* principales. In quarum prima probat quod in domo oportet ordinare servos studiosos. Et ad ostendendum hoc *g*, probat primo primam conclusionem capituli, et est: Servus est prima et necessaria possessio yconomi. Probatur, quia est optima et principalissima possessio *h*, ut patet ex eo quod est possessio animata anima intellectiva, et ideo principalior et perfectior quam aliqua alia possessio. Secunda conclusio est: Oportet in domo ipsum yconomum primo ordinare servos studiosos. Probatur ex eo quod servus est prima et necessaria possessio yconomi, per praecedentem conclusionem. Etiam, quia ex bonitate servi dependet bonitas *i* aliorum. De hoc quod servus fiat studiosus, yconomus debet habere curam.

Sed dicet *k* aliquis: si hoc esset verum, sequeretur quod prima cura yconomi, de his quae sunt in domo, deberet esse circa servum; et tamen prius dictum est quod debet esse circa conjugem. Respondetur quod illud quod dictum est prius, debet intelligi *l* de his quae sunt in domo simpliciter. Prima cura yconomi, se excepto, debet esse circa conjugem. Sed quantum ad possessiones interiores domus, prima cura debet esse circa servum. Diceret tu: Nonne conjux est possessio yconomi? Dico quod non, nam possessio yconomi proprie dicitur cujus dominium et usum yconomus potest ferre in alium juste. Modo yconomus dominium et usum quem habet ad suam mulierem non posset licite ferre in alium, qualiter tamen bene facere posset de servo.

a A econtra et similiter. *b* A habeat. *c* A om. quod. *d* B om. est.

e A add. prius. *f* B om. partes. *g* B om. hoc. *h* A possessionum, om. ut. *i* A bonum. *k* A diceret. *l* A add. quod.

Servorum autem etc. Secunda pars capituli in qua vult ponere documenta ad faciendum servos studiosos. Et habet ista pars duas particulas. In quarum prima ponit ^a divisionem servorum tamquam quoddam praeambulum. Et est ista: quod servorum duae sunt species, scilicet servus curator, et servus operator. Servus curator dicitur ille qui habet praecipere operatoribus et dirigere eos ^b. Debet tamen semper inspicere et intendere ut hoc sciant servi ^c, voluntatem yconomi. Servus autem operator debet obedire curatori et exequi praecepta ab eo. Ex quo sequitur servum curatorem habere rationem idoneam ad directionem operatorum; operatorem autem sufficit habere tantum rationis et virtutis quod intelligat et exequi possit praecepta curatorum. Sequitur etiam quod operator magis est servus quam curator.

Quia vero etc. Secunda particula secundae partis, in qua exequitur documenta ponenda ad faciendum ^d servos studiosos. Et habet ^e septem particulas secundum septem documenta. Primum documentum est tertia conclusio capituli: Expedit quod yconomus servum curatorem a sua pueritia nutriat secum. Ratio est, nam tunc melius potest scire voluntatem ejus quantum ad ea quae sunt in sua cura, et erit etiam sibi fidelior. Et dicit hic servum curatorem debere habere ^f opera liberaliora servo operatore. Et istud patet ex praecedenti parte, quia curatorum est praecipere operatori, et operatorum vero exequi.

Colloquutio vero. Aliud documentum est. Et nota conclusionem quartam capituli: Yconomus debet servis alloqui cum modestia, et non injuriose. Ratio est quia si yconomus ad servos habet colloquia injuriosa, facit eos ^g involuntarios et male operari. Si autem non habeat verba admonentia et correctiva ad eos et dimittit eos operari sicut eis placet, facit eos servos inobedientes et dissolutos. Et ideo debet habere modum et prudentiam in alloquendo eos, non nimis injuriando, nec etiam nimis blandiendo.

Liberalioribus etc. Aliud documentum, et est quinta conclusio capituli: Yconomus debet tradere servis curatoribus quoddam honorabile, et operatoribus abundantiam ciborum. Ratio primi est quia servi curatores aliquantulum participant plus de ratione, et ideo aliquantulum plus appetunt aliqualem honorem et opera minus vilia operari. Ratio secundi est quia laboratores satis parum participant de ratione, et ideo de honore nihil ^h vel modicum curant, sed magis de cibo. Et est causa, quia propter laborem quem faciunt, multo cibo indigent.

Et quoniam potatio vini etc. Aliud documentum, et est sexta conclusio capituli: Yconomus non debet dare vinum servis. Probatur, quia non

^a B qua prima; om. ponit. ^b B om. eos. ^c B utrum hoc ut sc. et om. servi.
^d A pro faciendo. ^e B ponit. ^f B om. habere. ^g B reddit. et om. eos.
^h B nec.

debet dare vinum liberis ^a; ergo minus servis. Consequentia tenet per locum a majori, quia magis videtur ^b quod deberet dare vinum liberi quam servis ex eo quod liberi magis vigent ratione, et ideo potatio vini minus faceret eos injuriosos quam servos. Antecedens patet, quia propter potationem vini liberi fiunt injuriosi et recedunt a bonis et honestis operationibus, quemadmodum declarat per cardonenses, qui propter potationem vini in exercitu, fuerunt facti inobedientes duci exercitus et propter hoc perierunt.

Existentibus etc. Ponit ^c aliud documentum et est ^d septima conclusio capituli: Yconomus debet servis ^e dare operationem et poenam, pro tempore tamen debito, et victum sufficientem. Probatur. Quia si dat eis victum sine opere et poena, facit eos lascivos. Facti autem lascivi, propter modicum rationis quod est in eis, fiunt injuriosi et inobedientes. Hoc enim debet praecavere yconomus. Si autem dat eis opus et poenam sine victu sufficienti, facit eos debiles et contra voluntatem eorum operari; et cum non sit remuneratio debita operanti, invite operantur. Remuneratio autem servorum est victus. Unde dicit unam pulchram auctoritatem in littera: Quando bonis bonum non fit, melioribus melius, nec praemia bonitatis et malitiae, [peiores fiunt. Sic etiam ^f de servis. Deinde concludit quoddam correllarium, scilicet: quod oportet deliberare yconomum penes se et distribuere singula condigne, distribuendo scilicet servis victum et vestitum et opus, etiam otium tempore debito. Et hoc debet facere verbo et opere, et non altero tantum. Et quantum ad hoc debet imitari medicos prudentes, qui bene se habent in dando medicinas, quoniam illi dant simul medicinas eis ^g convenientes, et considerant quod ^h de farmacia, id est medicina laxativa non est esca, id est cibus, propter continuitatem, id est ejus viscositatem, quae de difficili sunt digestibilia.

Genera vero etc. Aliud documentum ponit ⁱ, et est conclusio octava capituli: Servi sunt optimi qui nec sunt ^k nimis animosi nec nimis timidi. Probatur, quia nimis timidi non paterentur ardua et difficilia pro domino; et ^l nimis animosi non obedirent domino. Debet ergo ^m bonus servus non esse nimis timidus, ut pro domino audeat pati ardua et difficilia; nec nimis audax et animosus, ut ⁿ etiam domino obediat et ^o reverentiam exhibeat.

Oportet etiam etc. Aliud documentum, et est conclusio nona capituli ^p: Dominus quandoque servis debet dare otium, quandoque [laborem. Probatur dupliciter. Primo, quia hoc est justum, nam quarto ^q *Ethi-*

^a B filiis. ^b B videretur. ^c A om. ponit. ^d B om. est. ^e B om. servis. ^f B et sic de. ^g B om. quoniam... eis. ^h B om. quod. ⁱ A om. ponit. ^k B fiunt. ^l B etiam. ^m B igitur. ⁿ B add. nec. ^o B add. nec. ^p B add. quod. ^q B decimo.

corum dicitur (1) quod requies et recreatio sunt necessaria ad vitam humanam. Probatur secundo, quia per hoc servi fiunt voluntarii ad laborandum. Nota quod tantum dandum est eis de requie, quod sufficit ad hoc quod possint bene operari. Requies enim eorum ordinatur in opus, ut postea possint melius operari. Et non est dandum eis plus de otio, quia aliter fierent dissoluti et superbi.

B

7. — *Species yconomiae quatuor etc.* Tractatus secundus hujus primi. In quo determinat de partibus subjectivis sive speciebus yconomicae, accipiendo yconomicam pro habitu vel prudentia secundum quem vel quam quis recte potest regere domum, postquam in primo tractatu determinavit de partibus materialibus yconomicae, accipiendo yconomicam pro communitate domestica. Ista distinctio yconomicae ponitur circa principium hujus libri, et habet duo capitula. In quorum primo, quod est septimum totalis libri, ponit unam ^a divisionem yconomicae, id est prudentiae yconomi regitivae domus in suas partes subjectivas, et cum hoc ^b determinat de duabus earum. Et dividitur in duas partes principales. In prima quidem ponit divisionem yconomicae. Et nota conclusionem primam capituli: Quatuor sunt species yconomicae, scilicet acquisitiva, custoditiva, usualis et ornativa. Probatur. Nam oportet yconomum habere habitum secundum quem ipse sciat acquirere necessaria et utilia domus. Et iste ^c habitus seu prudentia vocatur acquisitiva. Oportet etiam eum habere prudentiam per quam sciat custodire acquisita. Nam si non sciret custodire acquisita, frustra acquireret ea. Oportet etiam eum habere prudentiam per quam sciat expendere custodita cum opus fuerit. Etiam oportet eum habere prudentiam per quam sciat ^d ordinare ea quae pertinent ad domum. Unde cum yconomus dictas habet prudentias, bene stat domus ejus.

Distingui tamen oportet etc. Secunda pars principalis, in qua probat determinationem de duabus speciebus yconomicae, scilicet acquisitivae et custoditivae. Et habet ista pars duas particulas; in quarum prima probat duas conclusiones, unam de acquisitiva, et aliam de custoditiva. Una est, et est secunda conclusio capituli: Yconomus magis debet curare acquirendo fructifera quam infructifera. Ratio, quia fructifera magis conferunt domui. Et ideo in domo plures debent esse servi facientes opera fructifera quam infructifera; et eodem modo plura animalia fructifera sicut sunt oves et bobes quam infructifera, sicut sunt cati et parvi canes.

^a B In quo primo ponitur septimus totalis libri. Ponit unam... ^b B om. hoc.

^c A ille. ^d B om. per homoteleton custodire acquisita. Nam... per quam sciat.

(1) Arist. *Ethic*, lib. 4, c. 14, n. 11 (2, 51).

Unde notandum quod possessionum quaedam sunt utiles, scilicet ex quibus proveniunt proventus, ut sunt agri, oves et arbores; aliae autem sunt infructiferae ex quibus non eveniunt proventus, quemadmodum sunt jocalia argentea, lapides pretiosi, vestes et alia ^a hujusmodi.

Alia conclusio pro custoditiva, et est tertia ^b capituli: Omnia quae pertinent ad domum debet custodire yconomus, quod posset eis uti cum fuerit necessarium. Istam conclusionem primo proponit, deinde probat. Quantum ad primum, dicit quod quantum ad hoc utendum est laconicis documentis et exemplis, et etiam ^c ad hoc attica dispositio est utilis. Pro cuius intelligentia sciendum est ^d quod lacones fuerunt quidam cives Graecie qui valde prudenter se habuerunt in custodia rerum. Quapropter utendum est documentis et exemplis in custodiendo res pertinentes ^e ad domum. Per atticam vero dispositionem intelligit quod ^f illud quod emit statim debet solvere, et non facere sicut aliqui mercatores imprudentes, qui semper emunt, et non statim solvunt. Et qui sic faciunt, nesciunt quantum habent nec quantum lucrantur, nec per consequens quantum expendunt vel ^g expendere possunt. Unde multotiens expendunt plus quam possunt, et aliquando contingit quod petitur ab eis solutio ^h et, non habentes pecuniam, oportet res subito vendere et facere jacturam sibi ⁱ.

Quantum ad hujusmodi atticam dispositionem de positione horrei, non parva cura debet haberi pro custodia et salvatione eorum quae inducuntur, quatenus temporibus necessariis et magis utilibus habeant.

Et Dion etc. Hic probat dictam conclusionem, scilicet tertiam hujus capituli auctoritatibus duorum antiquorum prudentum, et maxime ^k quantum ad illam partem, quod yconomus debet curare ea quae pertinent ad suam domum. Primo quidem auctoritate unius qui vocabatur Dion, qui dixit quod licet magis curare propria quam aliena. Et ideo si yconomus non haberet curam de suis in domo, quis tunc haberet curam ^l de eo? Certe ^m nullus. Probatur hoc idem secundo per verba duorum, scilicet Persiani ⁿ et Libii. Unde quando familia videt quod dominus habet curam de rebus suis et respicit ad eas, magis diligenter faciunt facienda. Unde Persianus ^o dixit quod oculus domini impinguat equum, id est cum dominus curat de equo et famulus hoc videt, dat equo ^p satis ad comedendum et ipsum impinguat ^q; quod non faceret si videret dominum nullam curam de equo habere. Hoc idem probat per ^r proverbium Libii

^a A om. alia. ^b B add. conclusio. ^c A om. etiam. ^d A om. est. ^e B particulares. ^f B om. quod. ^g A om. expendunt vel. ^h B absolutio et om. eis. ⁱ B om. et fac. j. sibi. ^k B om. antiq. prud. et max. ^l B om. de suis... curam. ^m A certus. ⁿ A Perciani. ^o A Percianus. ^p B om. et famulus...equo. ^q B et sic impinguat equum. ^r B patet; A om. per.

dicentis, quod optimum stercus, supple ad impinguandum agrum, sunt vestigia domini. Quod intelligitur sic ^a cum yconomus vadit ad campos et respicit quomodo operantur servi sui colentes agrum suum, tunc servi attentius operantur et agrum melius disponunt et colunt, et per consequens meliorem potest facere fructum.

Custodiunt ergo etc. Secunda particula hujus partis principalis est, in qua ponit quaedam documenta juxta prudentiam custoditivam. Et sunt duo. Primum est quarta conclusio hujus capituli: In custodiendo res domus, quaedam debent esse sub custodia viri, et quaedam mulieris. Probat, quia tunc unus non dimittit se super alium, et per consequens res domus melius custodiuntur.

Nota. Ex quo sequitur quod multitudo servorum non expedit nisi unusquisque habeat ^b opus determinatum et proprium. Unde secundo *Politicae* dicitur, quod multi servi quandoque serviunt deterius paucis. Secunda ratio ad eandem conclusionem: nam nisi opera viri et mulieris essent taliter distincta quod ad unum pertineret custodire aliqua ^c et ad alterum alia, filii et servi non possent bene imitari virum et uxorem nec in cura nec in aliis operibus per ipsos faciendis. Nota quod conclusio debet intelligi quantum ad res magnas et utiles domui. Unde de parvis non debet esse consilium, nec per consequens cura nec sollicitudo, sed de magnis, ut habetur tertio *Ethicorum* (1). Hoc etiam tangit in littera. Pro quo nota quintam conclusionem capituli: De parvis rebus non oportet distinguere custodiam aliam viri et aliam mulieris. Probat. Quia talia modicum prosunt ad domum; secundo quia talia ^d quasi infinita et non bene determinabilia ab homine. Ex istis duabus conclusionibus sequitur unum corollarium, et est conclusio sexta capituli: Cum yconomus est negligens, impossibile est astatores ^e esse sollicitos. Per astatores intelligit servos curatores. Conclusio patet, quia yconomus debet esse regimen et exemplar eorum quae sunt in domo; et ideo si ipse est negligens, alii erunt negligentes.

Cum autem. Aliud documentum, et est septima conclusio capituli: Oportet yconomum primo surgere, et ultimo dormire. Patet, quia per hoc reddit famulum sollicitum. Secundo, quia hoc confert ei ad sanitatem et cognitionem veritatis, et sic valet ad corpus et ad animam.

8. — *In modicis autem etc.* Capitulum secundum hujus tractatus, et

^a B om. sic. ^b A add. suum. ^c B om. aliqua. ^d B om. modicum... talia. ^e B astatione.

(1) Arist. *Ethic.* lib. 3, c. 4, n. 10 (2. 28).

est octavum hujus totalis libri, in quo determinat de aliis speciebus yconomicae. Et habet duas principales partes. In quarum prima determinat de industria usiva ^a. Pro quo nomine ^b nota duas conclusiones. Prima est yconomo valde ^c utilis, et ^d est industria qua sciat dividere ea quibus oportet uti in die ab eis quae ^e in mense et ab eis quae in anno. Patet, quia ^f hoc confert utilitatem communitati domesticae. Si enim in die non proportionaliter expenderet ^g divitias nec in mense nec in anno, statim depauperaretur. Notandum quod si proventus diei essent magni, non oporteret consumere in die; et sic similiter ^h de proventibus mensis, et de proventibus anni, sed aliqua essent reponenda pro necessitate futura forte casualiter emergente vel aliquo hujusmodi. Alia conclusio. Supellectilia, sicut sunt vasa argentea et consimilia, debet yconomus tradere astatoribus, id est servis curatoribus ad custodiendum sub certo numero, et certo pretio, et ad certum tempus; et in fine temporis yconomus de his debet recipere compotum, et videre quid de eis salvum sit, et quid deficiat. Expedit etiam ut yconomus pretium talium ad folia sua ⁱ scribat. Probatur, quia hoc confert utilitatem domui. Nota quod istud intelligitur de yconomia magna et divite.

Domum. Secunda pars principalis capituli, in qua determinat de prudentia ornativa domus. Et nota conclusiones quatuor, quarum prima est tertia capituli: In domo bene ordinata debent esse diversa loca et anguli pro diversis rebus pertinentibus ad domum custodiendis, et etiam pro diversis hominibus, in domo debentibus habitare, etiam pro diversis hominibus, scilicet intraneis et extraneis, et etiam pro diversis temporibus, scilicet aestate et hieme. Ista enim ornant ^k domum. Ratio primi est quia ad domum pertinent res diversarum complexionum, puta cibus et potus. Modo hujusmodi res non sunt aptae in eodem loco conservari, sed requirunt diversa loca pro conservatione ipsarum. Ratio ^l secundi est quia familia non debet scire omnia secreta yconomi et yconomiae. Ideo ^m alia debet esse camera et locus in domo pro yconomo et yconoma ⁿ, et alius pro familia. Ratio ^o tertii est quia non debet esse idem locus in quo debent dormire famuli et famulae, sed in alio famuli et in alio famulae. Et locus seu camera in qua debent dormire famulae debet esse fortior quam ^p famulorum camera, ne de nocte famuli vadant ad famulas. Etiam debent esse aliae camerae pro filiabus et aliae pro filiis. Nec decet filios dormire ^q cum famulis, nec famulas cum filiis, nec famuli ^r cum famulabus. Ratio quarti est quia extranei non debent scire secreta intra-

^a B usia. ^b A om. nomine. ^c B om. yconomo valde. ^d A om. utilis, et.
^e B om. quae. ^f B add. in. ^g B impendens. ^h B sumitur. ⁱ B om. sua.
^k B ordinant. ^l B secundo. ^m A Et ideo. ⁿ B yconomia. ^o B tertio.
^p B quasi pro fortior quam. ^q B om. dormire. ^r A om. famulas... nec; pro famuli legit filias.

neorum, et ideo alius debet esse locus pro extraneis et alius pro intraneis. Ratio quinti est quia ^a yconomus pro aestate debet habere locum versus boream ^b et habentem multas fenestras pro refrigerio corporis; in hieme autem debet habere locum bene clausum et calidum ne patiatur frigore. Et ita est in partibus nostris, quia pro hieme habemus quaedam loca quae vocantur stuaría, in quibus nichil fit in aestate; pro aestate autem amplia loca et fenestrosa valde. Aliqui habent locum ita amplum quod est totum fenestra.

Alia conclusio, et est quarta capituli: Domus debet esse situata ut versus boream sit magis lata, sic scilicet quod ostium sit versus ^c boream, et versus meridiem sit clausum, et versus orientem sint fenestrae, et versus occidentem non. Et hoc intelligitur si locus patitur. Ratio primi est quia a septentrione venit ventus serenus et recens, scilicet boreas qui ^d valet pro sanitate corporis; sed a meridie venit ventus pluviosus qui inficit corpora. Et quia oriens est dextra et nobilior pars caeli, ideo est nobilior, et per consequens ventus orientalis est melior occidentali.

Alia conclusio, et est quinta capituli: Ante ostium debet esse ostiarius in aliis operibus inutilis, scilicet ^e ut quod sit claudus vel aliquid huiusmodi. Probatur. Quia ille potest videre qui debent intrare et qui non, et quia claudus semper manet coram ostio, et hoc expedit pro communitate domestica. Alia conclusio, et est sexta capituli: Unumquodque vasorum debet poni in loco determinato in domo. Patet, quia tunc cito potest inveniri cum ejus habetur indigentia. Sed dices, contra, prius dictum est quod yconomus vasa debet tradere astatori. Respondetur quod ^f hoc intelligendum est de parvis vasis ^g, quae faciliter possunt deportari et furari. Sed illud quod hic dicitur intelligitur de vasis magnis et gravibus, quemadmodum est mortarius etc.; talia enim non faciliter possunt deportari nec furari. Et ideo talia audacter dimittantur in domo publice sine speciali custodia astatorum; in aliquo tamen loco determinato prout citius ea inveniantur. Et sic est finis sententiae primi Yconomicae Aristotelis continentis in universo octo capitula.

II

Bonam mulierem etc. Iste est secundus liber Yconomicae in quo regreditur ad determinandum complete de communicatione viri et mulieris, postquam prius determinavit de ea aliquid incompleto cum quibusdam aliis quae visa sunt in primo libro. Et dividitur in duos tractatus.

A

In primo determinat quaedam propria tam viri quam mulieris in eo-

^a B quod. ^z A septentrionem. ^c A om. versus. ^d B quia. ^e A om. scilicet. ^f B Responde quia. ^g A vasis.

rum communicatione adinvicem observanda. Et habet quinque capitula.

1. — In quorum primo determinat quomodo mulier debet se habere ad alia a viro suo. Et habet tres partes principales. Nam primo ostendit quomodo mulier se debet habere ad domum et ad ea quae sunt in domo. Et nota ex ista littera tres conclusiones, quarum una est prima capituli: Mulier debet dominari super his quae sunt in domo. Istud intelligitur de bona muliere. Probatur. Vir habet curare de illa ^a quae sunt extra domum. Modo nimis esset sibi difficile cum hoc ^b etiam curare et custodire ea quae sunt in domo, cum unum organum non debeat nisi ad unum officium esse deputatum. Alia conclusio, et est secunda capituli: Mulier non debet permittere aliquos extraneos intrare domum sine praecepto viri. Hujus triplex est ratio: primo, ne extranei sciant secreta domus; secundo, ne ipsa infametur; tertio, ne a viro suo increpetur. Hujusmodi autem increpationem mulier summe debet cavere, et ideo dicit in littera quod mulier debet habere curam de his ^c quae sunt in domo, secundum leges, supple sibi scriptas a viro suo et impositas. Tertia conclusio est: quod mulier debet esse domina sumptuum et expensarum in domo ad festivitates quas vir promisit. Ista conclusio sequitur ex prima. Et notanter dixit quas vir promisit ^d, quia mulier non debet facere expensas viro absente, nisi vir eas promississet, id est teneretur facere, quemamodum ^e expensae quae sunt faciendae amicis viri si veniant ad domum. Et illarum expensarum uxor debet esse domina, sive vir fuerit praesens, sive absens; propter hoc enim ipsam diligit vir.

Expensis etc. Secunda pars principalis capituli in qua ostendit quomodo mulier debet se habere ad victum et ad ornatum. Et nota conclusionem quartam capituli: Mulier debet uti victu et vestitu minori quam ^f civitas praecipit. Pro cuius intellectu nota quod in aliquibus partibus praecipitur, quemadmodum ego vidi in partibus nostris, quod nulla sit mulier in civitate quae audeat ^g portare ornamenta aurea vel argentea vel ^h deaurata vestium ultra valorem tantae summae pecuniae. Quod si oppositum faceret, maritus ejus incurreret dampnum, solvendo certam pecuniam civitati. Et istud fit ne mulieres per nimium ornatum viros suos depauperarent. Tunc probatur conclusio. Si uteretur tanto quanto civitas praecipit, statim diceretur: ipsa uteretur major si auderet; et si uteretur major, faceret contra praeceptum civitatis et diceretur quod esset fatua ⁱ, ex quo faceret maritum suum incurrere dampnum pecuniae. Secundo, quia talis ornatus modestus redundat sibi et filiis in laudem certam. Notandum tamen quod non debet uti ornatu nimis basso, ne despiciatur ab hominibus.

^a B curam de his. ^b B om. hoc. ^c A om. de his. ^d B om. Ista conclusio... promisit. ^e A add. sunt. ^f A qua. ^g B audebat. ^h A om. vel.
ⁱ B factiva.

Indecens etc. Tertia pars principalis capituli, in qua ^a ostendit quomodo mulier debet se habere ad magna et exteriora negotia pertinentia ad domum. Et nota ex ista littera quatuor conclusiones. Quarum prima est quarta capituli, et est: De magnis et exterioribus negotiis domus non debet ^b se intromittere mulier. Probatur. Nam sicut turpe est viro intromittere se de parvis negotiis in domo, ut quid faciant gallinae vel anseres vel de aliquibus hujusmodi, ita turpe et turpius est mulieri intromittere se de magnis extra domum et investigare quid accadat in civitate vel villa.

Alia conclusio, et est sexta capituli: Si accadat quod filius debet uxori vel filia maritari, de hoc mulier cum viro potest bene deliberare quid et quomodo expediat. Patet, quia licet mulier non sit magnae rationis et iudicii, tamen suum consilium, licet modicum sit, valet ad melius deliberandum.

Alia conclusio, et est septima capituli: Si in his vir velit aliquid facere quod displicet mulieri, mulier non debet ^c pertinaciter sibi resistere, sed finaliter ei obedire. Patet, quia aliter rederet se mulier ingrata ^d viro, immo mulier debet ^e supponere quod vir, cum sit melioris iudicii, bene faciat illa quae facit.

Alia conclusio, et est octava capituli: Turpius est mulieri intromittere se de magnis negotiis exterioribus, quam ^f viro intromittere se de parvis negotiis interioribus, supple domus. Probatur. Quia primum excedit potentiam mulieris, quia mulier modica viget ratione, sed secundum ^g non excedit potentiam viri. Sed diceret: si mulier non haberet maritum, nonne deberet se ^h intromittere de negotiis magnis exterioribus pertinentibus ad domum? Dico quod si maritus esset ⁱ mortuus, tunc debet habere consilium cum amicis suis et consanguineis viri sui mortui et consanguineis puerorum suorum ^k.

2. — *Sed arbitrari decet etc.* Capitulum secundum in quo ostendit quomodo mulier debet se habere ad suum virum. Et habet tres partes principales secundum tria documenta quae debet mulier observare in ordine ad suum virum. Primum est, et est prima conclusio capituli: Mulier debet se conformare in omnibus viro tamquam legibus sibi impositis a Deo et fortuna. Probatur. Quia tunc feliciter reget domum cum viro, quod non posset facere si discordaret secum in moribus, juxta illud: disparibus bobus nunquam trahitur bene currus. Secundo ^l, quia vir magis viget ratione, ideo ipse debet esse sicut regula ipsius mulieris et totius com-

^a B quo ^b B om. debet. ^c B. om. debet. ^d A om. mulier, et legit ingrati-
 gratam. ^e B add. se. ^f A add. sit. ^g B add. se. ^h B om. se. ⁱ A ejus
 est. ^k A om. suorum. ^l B cumus pro currus et om. Secundo.

munitatis domesticae; propter quod mulier in omnibus licitis debet sequi virum, se ei conformando.

Nota pro littera quod dicit *a Deo*, quia antiquitus a ministro Dei quem admodum a sacerdotibus solebant injungi mulieribus. Dicit quod *a fortuna*, quia fortuitum est casuale quod talis vir jungitur cum tali muliere et non cum alia.

Propter quem etc. Secunda pars capituli, in qua ponitur secundum documentum a muliere observandum in ordine ad virum, et est secunda conclusio capituli: Mulier debet esse unanims viro, non solum in prosperitatibus, sed etiam *a* in adversitatibus. Probatur tripliciter. Primo, quia ex hoc magnam obtinebit *b* gratiam a viro cum ab improspertate, puta a paupertate vel infirmitate, liberatus fuerit. Et si contingat quod vir ex passione animae, puta ex ira vel ex tristitia, peccaverit erga mulierem, non conqueratur mulier propter hoc de viro suo, sed dicat, si utique de hoc aliquid velit dicere, quod fecit hoc motus ex passione vel aegritudine vel ex ignorantia. Nec debet postea graviter gerere in animo nec male propter hoc ad virum se habere. Secunda ratio est, quia *c* si mulier in adversitatibus viri non est unanims viro, magis displicet viro quam si faceret hoc in prosperitatibus viri. Juxta istam rationem infert unum correllarium, et est tertia conclusio capituli *d*: Mulier diligentius debet servire viro quam si *e* esset portio empta, id est quam si esset serva. Patet, quia vir mulierem carissime emit, scilicet societate et amicitia quae debet esse intransmutabilis et durare per totum tempus vitae eorum. Quam quidem societatem et amicitiam contraxerunt gratia bene et virtuose vivere et gratia procreationis liberorum, quibus duobus nichil est magis *f* sanctius in hac vita. Tertia ratio, quia si mulier *g* vivat cum viro in adversitatibus posito unanimiter, in omnibus licitis ei obediendo et fideliter serviendo, majorem ex hoc reportabit honorem, gloriam et famam, quam si taliter conviveret *h* viro semper in prosperitatibus posito. Ad bonam autem famam habendam mulier summe debet studere.

Orare etc. Tertia pars in qua ponit tertium documentum. Et habet tres particulas. Ex prima nota conclusionem quartam capituli: Mulier debet orare Deum ut non contingat virum suum venire ad improspertatem et adversitatem. Patet, quia mulier tenetur velle viro bonum sicut sibi. Et ideo sicut debet orare ut viro non eveniat adversitas, si tamen sibi adveniat, debet sibi *i* unanimiter convivere et fideliter in omnibus servire quemadmodum dictum est.

Existimantem etc. Tertia particula tertiae partis, in qua manifestat

a B om. *etiam*. *b* B *obtinebat*. *c* A om. *est*; B *quod* pro *quia*. *d* B om. *capituli*. *e* B *ad. ei*. *f* A *add. neque*. *g* B *similiter*. *h* B *conveniret cum*. *i* B om. *Et ideo... debet sibi*.

per exempla dicta in tertia ratione facta ad conclusionem secundam capituli. Dicebatur enim ibi quod multum confert ad laudem mulieris unanimiter convivere viro ^a in infortunio posito, immo plus quam si conviveret viro in fortuna posito. Quod patet exemplo. Nam nec Alciste ^b nec Penelope, illae scilicet mulieres tot et tantas laudes meruissent si cum viris semper fortunatis vixissent, sicut meruerunt ex hoc quod viris pluries in improspexitatibus positos unanimiter convixerunt. Et istud bene habet rationem, quia in tempore prosperitatis quilibet bene invenit societatem cujuscumque; tempore autem ^c infortunitatis paucorum. Et ideo qui tunc faciunt homini societatem, illi sunt veri amici comprobandi.

Propter quae. Tertia particula in qua ex dictis infert unum correlarium. Et est quinta conclusio capituli: Mulier non debet verecundari si sit pauper vel si non generet ex ea Herculem, id est filium pulchrum, fortem et animosum. Ista conclusio patet ex his quae dicta sunt in isto capitulo. Plures ponit ^d bonas auctoritates, et ideo vide textum.

3. — *Vir autem leges etc.* Capitulum tertium hujus secundi libri in quo probat quod vir maxime ^e debet studere ad faciendum mulierem bonam. Et habet duas partes principales. In prima quidem proponit intentionem, et probat ipsam una ratione. Et nota conclusionem primam capituli: Vir debet adinvenire leges quibus faciat mulierem optimam. Prima ratio est ista: vir debet studere ad faciendum optimos filios; sed illos facit ex optima muliere: ergo etc. Et interponit quod filii debent habere ^f nomina parentum et eorum progenitorum ^g. Et nota quod maxime progenitorum viri et etiam maxime meliorum ^h, quia per hoc talis stirps diutius manet in memoria hominum. Ista prima pars principalis capituli habet tres particulas. Nam in prima proponit conclusionem et rationem ad eam secundum quod visum est.

Senectutis etc. Secunda particula primae partis ⁱ est in qua probat majorem dictae rationis. Et nota conclusionem secundam capituli: Vir circa nichil magis debet studere quam quod generet filios optimos ^k. Ratio est quia tales erunt mundi et pudici custodes et conservatores senectutis paternae et maternae. Diceret aliquis: vir magis debet curare quod fiat beatus quam quod generet filios optimos. Respondetur quod, quamvis simpliciter loquendo felicitas et beatitudo sint ^l ipsi yconomo melior et eligibilior, tamen cum hoc stat quod quantum ad procurandum bonum domus, filii sunt sibi eligibiliores; sicut quamvis intellectus simpliciter sit magis eligibilis ^m quam visus, tamen quantum ad apprehendendum hos colores pulchros visus est eligibilior.

^a B om. viro. ^b B Alciste. ^c B om. autem. ^d B om. ponit. ^e B om. in quo... maxime et add. est. ^f B om. habere. ^g B genitorum. ^h B mulieris. ⁱ B particulae. ^k B om. optimos. ^l B sunt. ^m B eligi.

Quoniam etc. Tertia particula in qua probat minorem dictae rationis. Et nota conclusionem tertiam capituli: Bonus vir ex optima muliere generat optimos filios. Probatur dupliciter. Quia cum tam vir quam mulier sunt boni, non permittunt pueros aliter quam bene agere; et cum ex bonis operationibus generatur virtus, sequitur quod talium hominum pueri sunt virtuosi et optimi fiunt ^a. Secundo, quia cum tam vir quam mulier sunt boni et virtuose agunt, erunt exemplum pueris ^b ad virtuose agendum. Et vae parentibus qui non sunt ^c bonum exemplum suis pueris et permittunt ^d eos vitiose agere! Unde istud finaliter cedit parentibus ad mortem et maledictionem. Cum enim pueri facti adulti corriguntur pro suis malis operibus, maledicunt parentibus dicentes: maledicantur parentes mei qui me ad bonum non induxerunt. Unde solet communiter dici de quodam, qui instigatus ^e ad furtum a matre, cum duceretur ad patibulum, dixit matri quod vellet eam ^f osculari antequam suspenderetur. Et cum eam tangeret, momordit ^g sibi nasum dicens: vos fecistis me suspendi: ecce stipendium vestrum (1). Deinde concludit intentum principale, scilicet conclusionem primam capituli, scilicet quod vir nichil debet omittere in instruendo uxorem ex qua vult optimos filios procreare.

Etenim etc. Secunda pars principalis capituli ^h in qua ponit quinque alias rationes ad primam conclusionem, et sic erunt in universo sex. Est igitur secunda ratio: minus videtur quod ad terram optime colendam et ad generandum ex ea optimos fructus sit omne studium faciendum, quam sit ad uxorem optime disponendam ad generandum ex ea optimos liberos. Istud patet, quia ex muliere optima generantur optimi filii, qui sunt nobiliores quam quicumque fructus ⁱ qui ex terra quantumcumque culta possunt generari. Sed agricola pro colenda terra maximum apponit studium, immo tantum quod aliquando pugnando cum inimicis qui volunt ab eo accipere iumenta quibus debet colere terram, exponit se morti; et huiusmodi mors dicit Aristoteles maxime honoratur. Ergo ^k etiam yconomus maximum debet apponere studium in colendo uxorem in bonis moribus, ex qua bonos et virtuosos liberos intendit procreare. Tertia ratio est: vir debet studere ut participet immortalitatem quam possit; sed illam maxime ^l participat per generationem bonorum filiorum, et quantum ad esse, et quantum ad famam, et per possessiones quas procuravit ex bona muliere: ergo. etc. Quarta ratio est: vir debet studere ad hoc ut sic faciat quod Deus eum diligit, et orationes ejus factae ad Deum a Deo exau-

^a A fiunt virtuosi et optimi. ^b B puerorum. ^c B solum. ^d B dant sed etiam perm. ^e B communiter dicitur de quodam instigato. ^f A posset; B om. eam. ^g A amordebat. ^h B om. capituli. ⁱ B filii. ^k B igitur. ^l A maximam.

(1) A in margine: Boetius in libro *De scholastica disciplina*, ubi tractat de triplici luxuria.

diantur. Sed haec sunt cum intendit facere bonam mulierem pro generando ex ea bonos et virtuosos liberos ^a. Quinta ratio est: nam vir debet hoc facere propter deos coram quibus sacra mactantur cum uxorem duxit. Pro cuius intellectu nota quod homines antiquitus in nuptiis solebant mactare animalia coram idolis, qui vocabant deos, in honorem deorum ad hunc finem ut darent eis bonam societatem et bonos filios. Sexta ratio est, quia ^b vir in nuptiis promisit uxorem honorare maxime post suos parentes, et econtrario uxor consimile promisit viro. Et ideo manifestum est quod vir est obligatus uxorem erudire et instruere, et ob reverentiam deorum, et ex promisso ^c.

4. — *Maximus autem honor etc.* Capitulum quartum, in quo ponit quaedam documenta quibus vir debet facere mulierem suam optimam, et cum hoc leges viri ad mulierem. Et habet sex partes secundum sex documenta. Quorum primum est prima conclusio capituli: Debet vir observare uxori castitatem, fidelitatem et amicitiam. Patet, quia cum mulier videt hoc a viro, sic similiter facit viro et sic efficitur proba et bona.

Ergo prudenter etc. Secundum documentum, et ^d est secunda conclusio capituli: Vir debet cognoscere qui honores debeantur parentibus uxoris et qui uxori et qui filiorum, et unicuique illos impendere ^e secundum quod decet. Patet, quia sic faciendo, erit exemplum mulieris similiter sic faciendi, et ex hoc mulier efficitur proba et bona. Deinde subiungit unam rationem pro prima conclusione huius capituli: quia quilibet graviter fert si bono sibi debito privetur, etiamsi multa alia bona accipit. Proprium autem mulieris est societas viri ^f ad ipsam. Ergo rationabiliter mulier multum graviter ferre posset si vir faceret ei infidelitatem commiscendo se alteri mulieri.

Propter quod etc. Tertium documentum, et est tertia conclusio capituli: Vir sanae mentis non debet semen suum mittere in quamcumque mulierem. Patet ex dictis, quia ^g solum semen suum debet mittere in propriam. Secundo, hoc debet cavere ne generet filios ex ^h vili muliere similes filiis legitimis. Tertio, ne ex hoc legitimi filii sui opprobrium patiantur. Unde fama et diffama parentum redundat aliquialiter in amicos, primo *Ethicorum*. Ideo si vir male se habendo mittit semen suum in mulierem aliam ab uxore propria, ex hoc infamabitur et obprobrium erit ⁱ filiis, et multo plus si mater eorum patri fidelitatem non observaverit, quod faciliter accidit cum pater uxori fidelitatem non observat.

Appropinquare igitur etc. Quartum documentum, et est quarta conclusio capituli. Vir cum modestia et timore et pudicitia debet appropin-

^a B filios ^b B quod. ^c B etiam promisit. ^d B om. et. ^e B om. qui honores... impendere, ^f B om. viri. ^g B quod. ^h B in. ⁱ A et.

quare mulieri in commiscendo ei carnaliter. Patet, quia hoc conservat mulierem temperatam. Si enim vir in commiscendo se uxori sine pudicitia quacumque et timore et modestia eam invadit, mulier faciliter et finaliter, non timens invasionem viri proprii, non timebit invasionem viri alieni. Et ideo vir mulieri debet dare verba honesta et non inhonesta, quemadmodum faciunt ribaldi ^a, qui non curant inhoneste et infacete conversari cum suis mulieribus.

Prava quidem etc. Quintum documentum, et est quinta conclusio capituli: Vir in castigando mulierem non debet esse negligens nec severus, sed etiam ipsam corrigendo debet ei incutere timorem cum verecundia. Unde peccata quae quasi continue oportet facere, debet ei remittere. Sed pro magnis, debet eam monere amicabiliter ut dimittat, et si non dimiserit, debet ei acrius loqui. Probatur, quia ^b nisi sic fieret, mulier propter instabilitatem et defectum rationis in mulieribus fieret meretrix.

Deinde incidentaliter distinguit de timore, dicens quod quidam est timor cum verecundia et timore, qualis est timor filiorum ad parentes, et sobrii id est virtuosius civis ad benignos rectores civitatis. Alius vero est timor cum inimicitia et odio qualiter est timor subditi ad tyrannum et servi per violentiam ad suum dominum. Modo vult quod vir sic debet facere mulieri, quod eum timeat, non timore qui est cum odio et inimicitia, sed timore qui est cum pudore et verecundia. Similiter vir debet sic facere mulieri ^c, quod viro absente, mulier non sentiat sibi aliquem esse ita fidelem nec ita honestum sicut est vir suus. Cum enim talis est amicitia et fidelitas inter virum et uxorem, tunc yconomia bene poterit ^d regi.

Et si ipse etc. Sextum documentum, et est sexta conclusio ^e: quod vir ante omnia debet seipsum regulare. Unde turpe est doctori cum culpa redarguit ipsum. Probatur. Quia vir debet esse regula et exemplar omnium eorum quae sunt in domo; ideo ante omnia debet seipsum regulare et passiones suas sedare etc.

5. — *Nam nec etc.* Capitulum quintum, in quo confirmat aliqua de dictis documentis sententiis antiquorum. Et habet sex partes secundum sex confirmationes. Unde prius dictum est quod bona mulier debet diligere virum suum cum pudore et timore. Istud probat ^f per Homerum, qui fuit ^g magnus poëta inter graecos, qui nec amicitiam nec timorem absque pudore honoravit, sed praecepit ubique amare cum modestia et timore.

Timere autem etc. Secunda pars in qua ponitur secunda confirmatio ejusdem per sententiam Helenae sic dicentis ad quemdam socerum ejus: amantissime socer, metuendus et reverendus est mihi Priamus. Ex quibus verbis patet Helenam Priamum dilexisse cum pudore et timore. Ti-

^a A robaldi; B om. qui. ^b B om. quia. ^c B om. quod eum timeat... facere mulieri. ^d A potest. ^e A om. et est sexta conc. ^f B om. probat. ^g B om. fuit

mor enim simpliciter innuitur per hoc quod dicitur *metuendus*; pudor etiam ^a per hoc quod dicitur *reuerendus*. Timor autem magnus innuitur per hoc quod dicitur *terribilis*; vel aliter dicitur ^b metuendus quantum ad actum interiorem, *terribilis* quantum ad actum exteriorem.

Nota pro littera quod Priamus fuit rex ^c Trojanorum, et Hector et Paris fuerunt ejus filii. Helena autem fuit quaedam regina Graeciae quae erat pulcherrima mulierum. Et Paris accedens ad terram graecorum, rapuit eam violenter et duxit eam ad Trojam, propter quod factum erat postea bellum Trojanum. Et ideo forte per socerum intelligit Hectorem, qui erat frater Paridis, cui quidem Hectori ipsa Helena voluit explicare ^d quod diligeret patrem suum Priamum dilectione cum pudore et reuerentia.

Et rursum etc. Tertia confirmatio ejusdem est sententia Ulixis ad Nausicam ad quam dixit: te mulier valde miror et timeo. Et sic *miror* respectu bonitatis ejus magnae. Magna enim et non parva sunt miranda, primo *Rhetoricae* (1). Et sic *timeo* respectu offensionis. Dubitavit enim eam offendere.

Nota pro littera quod Ulixes fuit quidam ^e dux graecorum magnae auctoritatis et prudentiae inter eos. Et Nausica forte fuit uxor ejus aut consanguinea aut amica.

Arbitramur autem etc. Quarta confirmatio ejusdem, et est iterum sententia Homeri dicentis, virum et uxorem optime se habere adinvicem cum diligunt se cum timore et pudore. Et nota conclusionem primam capituli: Tunc vir et mulier optime se habent ad invicem, cum uterque diligit alium cum timore et pudore. Probat. Nam hoc est signum quod uterque eorum est virtuosus, et cuilibet apparet de alio quod sit virtuosior eo. Cum enim uni ^f de alio apparet quod sit virtuosior eo, tunc ipsum diligit cum timore et pudore. Cum autem sibi apparet quod sit infra eum, tunc non diligit eum cum ^g timore et pudore. Nemo enim diligit nec miratur unquam pejorem se, nec etiam timet cum pudore.

Sed diceret ^h aliquis contra hoc, quia ⁱ amicitia potest esse superiorum ^k ad inferiorem, et meliorum ad minus ^l bonum, et similiter inter aequales, ut patet octavo ^m *Ethicorum*, cap. 7 (2). Respondetur quod hic Aristoteles loquitur de dilectione quae est cum admiratione et ⁿ timore diligentis. Timere enim et admirari proprie est minoribus et inferioribus respectu superioris. Dilectio tamen absolute sumpta potest esse ad mino-

^a A autem. ^b A dicit. ^c B om. rex. ^d B om. voluit, et legit explicaret.
^e B om. fuit et legit quidem. ^f B viri. ^g A om. cum. ^h B dicere.
ⁱ B quod. ^k B superioris. ^l B mulieris ad nimis. ^m A secundo. ⁿ B om. et.

(1) Arist. *Rhetor.* lib. 1, c. 11 (1, 337).

(2) Arist. *Ethic.* lib. 8, c. 7, n. 4 (2, 96).

rem et ad aequalem. Sed tunc dubium est quomodo Ulixes mirabatur et timuit Nausicam, id est illam mulierem, cum mulier sit infra virum, postquam mulier est vir occasionatus, id est monstruosus, secundum quod dicit Aristoteles 16 *De animalibus* (1). Respondetur quod licet Nausica erat minus bona secundum naturam quam Ulixes, tamen Nausica poterat esse melior Ulixi, non secundum rei veritatem, sed secundum Ulixis opinionem. Et propter hoc Ulixes poterat habere admirationem et timorem quantum ad Nausicam. Et ita potest etiam intelligi illud quod dicit Aristoteles in littera, quod huiusmodi passiones, scilicet timor et admiratio contingunt melioribus adinvicem. Non quidem melioribus adinvicem ^a secundum rei veritatem, nam hoc esset impossibile, nam idem esset melius et pejus respectu ejusdem ^b, sed melioribus adinvicem secundum, supple utriusque opinionem, ut scilicet quod vir opinetur suam uxorem esse meliorem se, et econtrario mulier opinetur virum esse meliorem se. Ulterius nota quod istae confirmationes ^c vadunt pro illo solum quod dicebatur in septimo ^d capitulo, scilicet quod mulier debet diligere virum cum pudore et timore.

Hunc habitum etc. Quinta confirmatio ^e. Et vadit pro illo quod prius dictum est, quod vir debet esse fidelis mulieri non mittens semen in aliam mulierem. Istud patet exemplo Ulixis ad Penelopem, ejus scilicet uxorem. Unde Ulixes quantumcumque erat absens a sua muliere, nullo modo voluit habere rem cum aliqua alia muliere propter fidelitatem quam habuit ad eam. Sed sic non habuit Agamenon. Ille enim propter Creseidem illam, scilicet mulierem quam inordinate dilexit, peccavit ad ejus uxorem propriam Clenistram, sic scilicet vocatam in ecclesia, id est in loco publico, dicens ^f ipsam esse captivam et non bonam immo barbaram, cum tamen erat valde proba, virtuosa et in nullo deficit. Et certe in hoc non bene fecit Agamenon, ex quo habuit ex ea liberos, id est filios legitimos. Quod enim dixit de obprobrio ejus uxori, cecidit in obprobrium suorum filiorum. Et addit quod etiam ipse Agamenon non erat visus nisi cohabitare cum Creseide, scilicet ^g sua meretrice. Et tunc reprehendendo ipsum ^h in hoc, dicit: qualiter enim poterat Agamenon juste ista facere? quasi diceret, nullo modo.

Nota pro littera quod Agamenon fuit imperator graecorum qui ⁱ duxit exercitum coram Troja; et Clenistra fuit ejus uxor legitima, et Creseides fuit ejus meretrix quam habuerat secum in exercitu coram Troja ^k.

Ulixes autem etc. Sexta confirmatio pro eodem, et est exemplaris. Et

^a B om. Non... adinvicem. ^b B eadem. ^c B conformationes. ^d A alio.
^e B conformatio. ^f B dum. ^g B id est. ^h B ipsam. ⁱ B om. qui.
^k B exercitu Trojae.

(1) Cf. Arist. *De animalium generatione*, lib. 2, c. 3 (3, 352).

stat in hoc quod cum Ulixes fuit cum exercitu ante Trojam, rogabatur per Atlantis filiam quae vocabatur Circe, quod vellet secum coire; et si faceret, ipsa vellet eum facere immortalem. Ulixes dixit ^a quod non vellet hoc facere, immo vellet suae uxori propriae servare fidelitatem; immo magis voluit esse fidelis uxori propriae et esse mortalis quam fieri immortalis faciendo infidelitatem uxori suae propriae. Unde oravit quod suam uxorem filiumque mortalem posset videre, quod plus voluit quam esse immortalis et non amplius videre. Dixit enim nihil esse dulcius ejus prima, licet aspera. Et Expositor dicit, *prima*, id est uxore; *aspera*, id est antiqua. Et sic apparet quomodo magnam servavit fidelitatem suae uxori, et tantam sibi servabat sua uxor. Et hoc cuilibet yconomo et yconomae debet esse exemplum.

Nota pro littera quod Atlas fingitur esse magnus homo, habens caput in uno polo, et pedes in alio, et manum dexteram in oriente, et sinistram in occidente, qui continue volvitur caelum de oriente in occidentem. Et illius filia vocabatur Circe, quae fingitur habuisse potestatem faciendi homines immortales.

B

6. — Pateat tractatus secundus, in quo vult ponere quaedam communia tam a viro quam a muliere observanda in eorum communicatione. Et habet duo capitula, quorum primum est sextum hujus secundi libri. In quo vult probare istam conclusionem: quod vir et mulier debent esse unanimes. Et dividitur in quinque partes principales. In prima probat suam conclusionem duplici auctoritate, scilicet Homeri et Nausicae. Primo quidem auctoritate Homeri. Unde Homerus maxime honoravit unanimitatem et pudicam societatem viri et uxoris. Secundo auctoritate Nausicae, quae erat una mulier multum proba et prudens. Unde Nausica oravit deos quod darent sibi ^b virum et domum et unanimitatem ad virum optatum, non quemcumque, sed bonum. Unanimitas enim bona et quae est in bonis, solum est laudabilis; quae autem in malis, vituperabilis. Unde Nausica nichil majus bonum in hominibus ait esse, quam cum vir et uxor concordet in voluntatibus domum regunt.

Huic patet etc. Secunda pars in qua dictam conclusionem exponit, et dicit quod non sufficit inter virum et uxorem esse unanimitatem circa parva, immo debent esse unanimes circa magna. Et potest esse secunda conclusio capituli. Et ratio ejus est quia si sunt unanimes circa magna ^c, multo magis erunt unanimes circa parva, sed non econtrario. Cum autem unanimes sint ^d circa magna et circa parva, optime possunt simul regere domum.

Et iterum etc. Tertia pars capituli, in qua probat conclusionem suam

^a B om. *dixit.* ^b B om. *sibi.* ^c B om. *Et potest... magna.* ^d A add. *et.*

principalem ratione. Et est ista, quia cum vir et uxor sint adinvicem unanimis, facient gaudium et utilitatem amicis, et fiunt terribiles inimicis et inferunt eis tristitiam. Et hoc expedit pro ^a regimine domus et totius communitalis domesticae.

His vero etc. Quarta pars principalis capituli in qua ostendit quae mala contingunt ex eorum discordia adinvicem. Primum est quod, cum vir et uxor dissentiant et discordant, tunc etiam amici eorum discordabunt abinvicem. Secundo, quod ^b cum vir et uxor discordant adinvicem, tunc ^c uterque eorum ex hoc reditur debilior. Unde est de hoc quemadmodum in naturalibus. Videmus enim quod res dispersa debilioris virtutis est et facilius corrumpitur quam si esset unica. Unde omnis virtus unita fortior est seipsa dispersa. Sic similiter erit in agibilibus et moralibus. Et ideo cum vir et uxor divisi sunt adinvicem per discordiam, debilis potentiae erunt et per consequens facilius corruptibiles abinvicem. Et ideo ipsi sunt qui huiusmodi discordiam primo sentiunt, amici autem eorum secundario ^d.

In istis autem etc. Quinta pars capituli est in qua ostendit in quibus debet esse huiusmodi unanimitas. Et dicit quod in his, scilicet quod quae prava et impudica sunt sibi invicem inhibeat. Unde vir non debet permittere, si possit, quod uxor prava operetur nec e contrario. Similiter in hoc debent esse unanimis, quod unusquisque serviat alteri in quantum potest in his quae pudica et justa sunt.

7. — *Studentes primo etc.* Capitulum septimum huius secundi libri et secundum huius tractatus, in quo ponit documenta quibus fit et salvatur unanimitas viri et uxoris. Et habet duas partes principales. In quarum prima ponit tria documenta. Primum est prima conclusio capituli: Uterque, scilicet tam vir quam mulier debet ad hoc studere ut habeat curam de parentibus et ^e amicis alterius tantam quantum de propriis. Secundum documentum est, et est secunda conclusio capituli: Tantam debet habere curam unus eorum de rebus in domo quantum alter. Tertium documentum est, et est tertia conclusio capituli: Vir et uxor debent esse adinvicem colutantes quod uterque eorum fiat causa plurium bonorum communium pertinentium ad domum.

Ut cum ad etc. Secunda pars capituli in qua probat conclusiones positas et infert unum corollarium; et secundum hoc ista pars habet duas particulas. Verum est quod rationem primae conclusionis non ponit in littera; sed ^f potest poni talis, quia non est dubium quin quilibet diligit quod amicis suis benefiat, et diligit illum qui amicis suis benefacit ^g. Et

^a B de. ^b A quia. ^c A om. tunc. ^d B amicitiam eorum contrario.
^e B om. et. ^f A et. ^g B om. benefiat... amicis suis.

ideo cum vir videt mulierem suam amicos suos, scilicet viri diligere, et mulier videt proportionale in viro, vir propter hoc diligit mulierem, et econtrario mulier virum. Talis autem dilectio est principium et causa unanimittatis eorum adinvicem.

Aliarum autem duarum conclusionum rationem tangit in littera; et est quia cum vir et mulier sic faciunt quemadmodum dictum est in illis duabus conclusionibus, quilibet eorum de hoc ^a in senectute, cum fuerit liberatus a multa cura concupiscibilium et voluntate quae interdum fiunt in juventute inter virum et mulierem, potest delectari et dicere in mente sua: hoc tu fecisti et illud, et per hoc habere meritum a Deo principaliter et a filiis. Secunda ratio ^b: bene tunc dulce est sibi cor et spes quam habet de merito perpetuo et immortalis per hoc quod talia fecit, tunc suam voluntatem gubernat etc.

Propter quae etc. Secunda particula hujus partis in qua ^c infert unum corollarium. Et est istud: quod propter ea quae dicta sunt decet eum, supple yconomum, qui secundum rectam rationem vivit, considerare quae proprie et communiter debentur cuilibet vel singulis ad domum pertinentibus. Et multum decet eum considerare ad suam uxorem et filios et parentes, quod tribuat unicuique quod sibi debetur secundum exigentiam status sui. Et decet eum, scilicet yconomum considerare ^d ad deos ita quod obediat legibus secundum quod decet, et agat ^e ea quae ob reverentiam deorum sunt agenda. Similiter decet eum considerare ad homines juste considerantes, scilicet ut ipsos imitetur et agat juste. Sic enim faciendo singula juste dispensabit. Ad quam quidem justam dispensationem nos perducatur ille qui cuncta ^f recte dispensat. Et sic fit finis istius secundi libri Yconomicae et per consequens totius libri Yconomicae. Deo gratias.

Explicit sententia seu ^g expositio librorum ^h Yconomicorum Aristotelis secundum Albertum Magnum ⁱ. Deo gratias. Amen.

^a B om. *de hoc*. ^b A *Secundario*. ^c B. om. *in qua*. ^d B om. *considerare*. ^e B *regat pro et agat*. ^f B *cum ita*. ^g B. om. *sententia seu*. ^h A libri. ⁱ A om. *secundum Alb. Mag.* In fine addit scriba: *anno 1359*^o

Manuscritos de San Alberto Magno

en la Biblioteca Nacional de París

Entre los muchos trabajos que se han de dedicar al nuevo Doctor de la Iglesia, San Alberto Magno, será sin duda uno de los más útiles el referente al estudio de los códices que encierran los tesoros de su saber y que pueden proporcionarnos el medio de hacer una edición completa y depurada de su extraordinaria producción, y de conjeturar su influjo en el pasado.

Examinando nosotros este verano en la Biblioteca Nacional de París códices españoles medievales, dimos con tantos de San Alberto, que dedicamos algún espacio a revisarlos, y tomamos una nota de ellos, por si pudiera ofrecer interés y ser ocasión de que alguno les dedique la atención que merecen.

Es curioso que se encuentren con frecuencia encuadrados con códices de procedencia hispánica, árabes y latinos, lo que patentiza una vez más que el gran filósofo alemán de la edad media se apoyó en las versiones de Aristóteles hechas por nuestros traductores para estudiar y comentar al filósofo de Estagira, que en cierta manera revivió en él, pues no hay otro filósofo que más se le parezca por su universalidad.

Su idea obsesionante de *ofrecer a los latinos todas las doctrinas griegas, árabes y judías*, = *nostra intentio est omnes dictas partes facere Latinis intelligibiles*, no podía llevarse a efecto sin la obra de los traductores, que tuvo su fragua en España, donde siglo y medio antes que en París se estudiaron y comentaron los filósofos griegos. Al lado de Domingo Gundisalvo, de Juan de España se formó una falange de traductores que pasaban del árabe al latín las obras que del griego y del siríaco habían venido al árabe y las que en árabe originalmente aparecieran, como las de Avicena, Algazel y Alfarabi, mandadas traducir por el Arzobispo de Toledo, don Raimundo.

De todas hubo de aprovecharse Alberto Magno para asimilar y comentar la filosofía griega, árabe y judaica; y por eso no es de extrañar

que sus códices se encuentren empastados con los nuestros más de cuatro veces (1).

Alberto Magno fué como la primera turbina que utilizó para servicio de la Escolástica y de la filosofía cristiana, las aguas revueltas de las filosofías clásicas; y las recibió por el canal de los traductores hispánicos.

La prehistoria de la escolástica parisina está en España; el florecimiento de ella en alas del genio de Alberto Magno y de Santo Tomás en el siglo XIII, no sólo no se explica sin el movimiento filosófico español de los siglos XI y XII, magníficamente depurado por ellos, sino que necesita también o por lo menos utilizó de hecho las versiones al latín que dieron nuestros traductores, que eran a la vez autores originales.

Del *Joannes Hispanicus*, a quien se atribuyen tantas traducciones, encontramos en la Biblioteca Nacional de París otros originales también; aunque suele llamársele *Joannes Hispalensis*. Tomemos unas cuantas notas de nuestros cartapacios:

MESSAHALLACH, *de radicibus revolutionum*, interprete Joanne hispalensi (Cat. t. IV-VII, MCCCXVI-14).

Joannis Inspalensis, PRONOSTICATIO DE VARIIS TEMPESTATIBUS (Ibid. A. 3.º)

CENILOQUIUM *Bereni*. Interprete Joanne *Hispalensi* (Ibid. núm. 4.º)

Alchabitii ISAGOGE AD MAGISTERIUM JUDICIORUM ASTROLOGORUM, interprete Joanne *Hispanico* (Ibid. VII, MCCCXXI).

MESSAHALLACH EPISTOLA IN REBUS ECLYPSIS SOLIS ET LUNAE, IN CONJUNCTIONIBUS PLANETARUM AC REVOLUTIONIS ANNORUM: BREVITER ELUCIDATA A *Joanne Hispalensi* (Ibid. VII, MCCCXXIX).

Joannis Hispalensis INTRODUCTIO IN ASTROLOGIAM JUDICIARIAM (Ibid. VII, MCCCXXXVIII, 1.º)

El MESSAHALLACH tiene innumerables códices en la Bib. Nac. de París.

Hay también algunas obras de Nicolás de Dacia (Ord. Praed.), que por su competencia, podía haber sido para S. Alberto Magno lo que Moerbeke para Santo Tomás (2). Por ejemplo en el VII, MCCCXXXVI, núm. 1.

(1) No tiene el hecho gran importancia; pero merece la pena que se anote. La *Cosmografía* de Alberto Magno se halla entre las Tablas astronómicas de *Alfonso el Sabio* y los Opúsculos astronómicos de *Abraham Avenasra*, *Alkindio* y *Mesahalla*; el SPECULUM ASTRONOMICUM *Alberti Magni* se encuaderna en el núm. VII, MXCXL con el *Alkindi* DE AERIBUS ET PLUVIIS y con el APHORISMI DE ASTROLOGORUM JUDICIIS de *Rhazis* y con el *Messahallach*, DE ECLIPSIS; el libro DE INSOMNIS figura en el n.º VII, MCCCXXXVII con el *Tractatus introductorius* AD JUDICIA ASTROLOGIAE QUANTUM PERTINET AD MEDICOS de *Arnaldo de Villanova*; el SPECULUM se halla junto con la SUMMA JUDICIALIS DE ACCIDENTIBUS MUNDI.

(2) De Moerbeke existe el siguiente Manuscrito con el núm. 10.198: *Procli Lyci philosophi ac successoris platonici* OPUSCULA TRIA, interprete *Guilelmo de Morbeka*.

LIBER SECUNDUS ANAGLYPHARUM, in quo de Astrologia judiciaria disputatur: aucthoris nomen non comparet: is autem est Magister Nicolaus de Dacia, Ord. Fratrum Praedicatorum... 15. *Azarchelis sive Azarchelis* CANONES SUPER TABULAS TOLETANAS: accedunt tabulae Toletanae... núm. 18. *Liber tertius ANAGLYPHARUM*, qui est de industriis astrologicis circa scientiam medicinae, aucthore *Nicolao de Dacia*.

LIBER DE DISTINTIONE METEORUM, scriptus in memoriam domini Adamarri de Valence, comitis Penbroquie, compilatus per manus *Jacobi Nicholai de Dacia*, completus a. 1363.

Vengamos ya a los códices de San Alberto Magno. Registremos primero los que andan salteados, para luego anotar los que ya fueron catalogados en los fondos latinos en 1744. Cuando vayan varios números seguidos se denota tan sólo que son repeticiones del mismo códice:

En el núm. 9619 del Inventario supletorio de Leopold Lelisle (París, 1863-1871). Tractatus magistri *Alberti Magni* DE OFFICIO MISSE.

En el núm. 10264: *Alberti Magni*, COSMOGRAPHIA.

En el núm. 10358: *Alberti Magni*, DE MINERALIBUS, libri quinque. XIII-s.

Los números 10711, 10712 y 10713 contienen otros tantos códices *Fratris Alberti Magni*, LIBER DE ARTE MORIENDI del siglo xv.

El 10730, también del siglo xv el Tractatus *Alberti*, DE CONFESIONE.

El 11413, del siglo xv: *Albertus Magnus* DE VERIS VIRTUTIBUS.

Por ir empastados con códices españoles ya hemos citado anteriormente el LIBER DE INSOMNIS y el SPECULUM ASTRONOMICUM.

La verdadera colección de códices albertinos existente en esta Biblioteca y una de las mejores de sus asombrosos *fondos* latinos, se encuentra entre los números 6509 y 7162, y es como sigue:

COMMENTARIA IN PHYSICA ARISTOTELIS. 6509.

Libri quatuor DE COELO ET MUNDO. 6509, 6510 y 6511.

Libri duo DE GENERATIONE ET CORRUPTIONE. 6510 y 6512.

Libri quatuor METEORORUM. 6510, 6512, 6513 y 6523.

Libri quinque MINERALIUM. 6510, 6514, 6515, 6523, 6749, 6787, 7156 y 7475.

Libri tres DE ANIMA. 6509.

Metaphisica. 6511.

POLITICORUM, libri octo. 6456.

Libri DE SENSU ET SENSATO. 6512 y 6523.

Liber DE SOMNO ET VIGILIA. 6512 y 6523.

Liber DE MORTE ET VITA. 6512 y 6523.

Liber DE NUTRIMENTO ET NUTRITO. 6512 y 6523.

Liber DE INTELLECTU, INTELLIGENTIA ET DE ORIGINE ANIME. 6512.

Liber DE IMMORTALITATE ANIMAE. 6512.

Liber DE PERFECTIOE ANIMAE. 6552.

Liber DE SEPARATIONE ANIMAE A CORPORE. 6512.

Liber DE VIRIBUS ANIMAE. 6552.

Tractatus DE UNITATE ET UNO. 6511.

Liber DE NATURA LOCORUM. 6510, 6512 y 6523.

Libri duo DE PROPRIETATE ELEMENTORUM. 6510, 6512 y 6523.

Opusculum DE PASIONIBUS AERIS. 3411.

Tractatus DE VEGETALIBUS. 6516.

SPECULUM ASTRONOMICUM. 7335, 7408 y 7440.

Tractatus DE ANIMALIBUS. 6517, 6518, 6518 A, 6519 y 7817.

Liber DE LAUDIBUS B. M. VIRGINIS. 3172.

Tractatus DE ARTE BENE MORIENDI. 3613.

Opus DE MIRABILIBUS MUNDI. 7287.

Liber DE INSOMNIS. 7337.

Liber DE NATURA AVIUM. 6521 y 6749.

Liber DE QUADRUPEDIBUS. 6521.

Liber DE HOMINE DIVERSISQUE EJUS DEFINITIONIBUS. 6522.

Compendium DE NEGOTIO NATURALI. 6523 A.

SUMMA PHILOSOPHIAE NATURALIS. 6749.

Liber DE PHYSIONOMIA. 6524.

SEMITA RECTA. 7147 y 7162.

Liber DE PERFECTO MAGISTERIO. 7161.

ALCHYMIA MINOR. 6749 y 7162.

En el número 2831 hay un Tractatus DE PROPORTIONIBUS *Alberti de Saxonia*, que fué profesor del siglo xiv, y en los números 6526 y 6527 unas Quaestiones IN LIBROS PHYSICORUM, y en el 2598 un Tractatus DE FORMA IN SPECULO de un Alberto que no se determina.

En el *Fondo espacial*, catalogado recientemente por el tan conocido hispanista Sr. Morel Fatio, figura con el número 106 un LLIBRE DE LES *virtuts* de *Alberto Magno*; pero nada encontramos en él ni referente a las virtudes de San Alberto ni escrito por él acerca de las virtudes. Pudo dar ocasión a atribuirle alguno de los tratados una referencia del folio 197-v, que dice así: «Si lligas al llibre deles *virtuts* de *Albert* trobaras molts mes llargamet coses marevellosos». Desde ese folio hasta el 105 que es el final sobre la piedra filosofal, en varios capitulitos: la sublimatio, la abstractio, la calcinatio, la disolucio, etc., que no merece la pena resumir.

El códice en cuestión empieza por contener doctrinas de Raimundo Lulio que traslada un tal Juan Mas y que empieza de esta manera. «En nom de deo e de la berge maria yo yahne mas de la villa de бага començo a trasladar lo mbre ques en lo testamento de mestre *ramon llul*, qui tracta de obres molt altes y escures».

A esta lista queríamos haber agregado la de los manuscritos de la Sorbona, que por haber sido el estadio de enseñanza de Alberto Magno, parece natural que conserve muchos y buenos ejemplares de sus obras; la magnífica *Bibliothèque Mazarine* que posee 4.600 manuscritos y la de

L' arsenal que pasa de la mitad y tiene tanta fama por la selección de sus fondos; pero el estar cerradas aquellos días, me lo estorbó.

Pueden calcular nuestros lectores por los manuscritos de San Alberto Magno que sólo en París se custodian, la influencia que hubieron de tener en la edad media las obras de ese mago de la ciencia, de quien decía su émulo Rogerio Bacón que «ya en vida se le citaba con la autoridad que a los grandes maestros Aristóteles, Avicena y Averroes», y que «en vida ningún hombre, ni el mismo Cristo, gozó de tanta autoridad en materia de doctrina».

El delimitó el campo de la filosofía y de la teología; él concede a San Agustín en materias de fe y costumbre una autoridad que en Medicina reserva para Galeno e Hipócrates y en Física para Aristóteles «que conocía mejor la naturaleza»; él exige del teólogo la alegación de autoridades para sus conclusiones y del filósofo la de las razones = *philosophi enim est id quod dicit, dicere cum ratione*; él estudió la naturaleza más que hombre alguno de su tiempo y tanto como el que más de tiempos sucesivos. El, por haber cultivado todas las ciencias de su época y haber dado origen a ramas nuevas del saber, es acreedor a que se le estudie, no como objeto de rara y excepcional curiosidad, sino como modelo de hombre verdaderamente progresivo y comprensor: escripturista, teólogo, filósofo, naturalista, astrónomo, físico, médico.

FR. LUIS GETINO.

BOLETIN DE FILOSOFIA MORAL

INTRODUCCION

Decididamente y en honor de la verdad a quien todos debemos incondicionalmente rendir culto, plácenos consignar que la ciencia filosófico-jurídico-española está de enhorabuena. Muchos de sus representantes, siguiendo las huellas, hasta el presente casi ignoradas, de esos grandes genios llamados Francisco de Vitoria, Domingo Soto, Báñez, Alonso de Castro y otros muchos que forman legión y que sería prolijo enumerar, han elevado a un alto exponente nuestro prestigio científico en el terreno jurídico. No está muerto el terrible león hispano, yace tan sólo dormido; de vez en cuando sacude sus melenas y sus rugidos hacen eco en todo el mundo. Por fin vamos despertando de esa modorra intelectual en que estábamos sumidos, vamos sanando de esa enfermedad endémica de todos los españoles que se designa con los nombres de inactividad, apatía, indolencia, pasividad ante los más grandes ideales e indiferencia glacial que tantas energías consume inútilmente. Esa terrible enfermedad va haciendo crisis y por fortuna en buen sentido.

Ya alborea el resurgimiento intelectual de la raza española, y nuestros sabios de hoy dan el más solemne mentís a todos los que siguen dando crédito a la injuriosa «Leyenda Negra», a cuantos creían, acaso de buena fe, que ya se iba apagando el eco del estertor de nuestra agonía intelectual. España no ha perdido el sentido de sus gloriosos destinos, ni se duerme sobre los laureles conquistados, ni padece la embriaguez y ceguedad de un orgullo necio e insensato. Todo hace prever un bello resurgir de la ciencia española en el terreno jurídico, porque sus más ilustres representantes, lejos de perderse en inútiles escarceos científicos y abismarse en sutilezas de jurisprudencia casuística, se remontan a más altos principios, se dejan llevar de la mano de aquellas eminencias del Derecho de los siglos XVI y XVII, audaces de concepciones maravillosas y de atisbos verdaderamente geniales. Las doctrinas inmortales de estos hombres tan señalados prestan sólido fundamento a las lucubraciones jurídicas de los sabios de la moderna España.

Evocar la memoria de aquellas figuras gigantescas injustamente preteridas, honor y prez de toda una raza, es un deber histórico impuesto por la justicia. Debemos velar por mantener intacto el rico patrimonio intelectual, que

nos han legado nuestros antepasados y ponerlo al abrigo de todos los ataques de los *espíritus fuertes* de los tiempos modernos que les hacen cargos infundados y blasfeman de lo que ignoran. Porque no eran estos representantes de la Escolástica espíritus anquilosados y vetustos que caminaban de espaldas a la verdad, encastillados en sus concepciones apriorísticas.

Eran genios que descendían al terreno de la realidad y que en las batallas contra el error figuraban y avanzaban en vanguardia; eran espíritus abiertos a todas las influencias de la verdad, cerebros cuyas concepciones se ajustaron a los hechos y cuya certeza han testificado los siglos posteriores, proclamando a Francisco de Vitoria fundador del Derecho Internacional Moderno, a Domingo Soto padre del Derecho de Gentes y a Fr. Alonso de Castro sistematizador de la Filosofía Penal.

Como españoles, como dominicos y como amantes de la ciencia, no podemos menos de aplaudir esa nueva dirección que se imprime actualmente a la ciencia del Derecho.

En la reseña de este movimiento intelectual y al enjuiciar el valor intrínseco de los libros españoles y extranjeros que forman parte de este Boletín, quisiéramos reflejar una absoluta imparcialidad y aunar en lo posible estas dos cosas: el máximo respeto para las personas y el máximo rigor contra los errores e inexactitudes que en manera alguna deben adquirir carta de ciudadanía en la república literaria. Seremos siempre fieles a aquella antigua consigna: «amicus meus Plato, sed magis amica veritas».

I

Publicaciones españolas.

En ese movimiento científico, abre la marcha el que fué Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad Central de Madrid y hoy arrebatado a la vida don Luis Mendizábal y Martín (1859-1931). Antes de entrar en el exámen de su última producción literaria, permítansenos pergeñar unos datos biográficos de tan excelso pensador y trazar los rasgos más salientes de su personalidad científica; es un deber de justicia para con el que fué discípulo ferviente de Santo Tomás de Aquino y debelador incansable del positivismo jurídico en sus diversas ramas.

Don Luis Mendizábal y Martín, el jurista acaso más logrado de estos últimos tiempos, vió la primera luz por los años 1859-1860 del siglo pasado. Aún no contaba veintisiete de edad cuando obtuvo la cátedra de Derecho Natural, desempeñando el profesorado en las Universidades de Salamanca, Valladolid y Zaragoza. El año de 1917 pasó a ocupar la cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad Central de Madrid.

Defensor acérrimo del indestructible Derecho Natural y enemigo implacable del Positivismo jurídico, ha ejercido marcada influencia en las nuevas generaciones de juristas españoles por medio de sus explicaciones orales y por sus obras acerca del Derecho Natural, verdaderos tratados magistrales

filosófico-jurídicos (1). Sobresale entre todos su «Tratado de Derecho Natural» (2), verdadero arsenal de ciencia por su carácter enciclopédico, pues abarca todos los problemas del Derecho en general y del Derecho privado y del Derecho público en sus diversas ramas (Derecho Político, Penal y Administrativo), por su estructura netamente escolástica y racional, sin desdeñar los datos de la experiencia y las estadísticas más recientes, por la inmensa erudición que puesta al servicio de una inteligencia prócer rinde doblados frutos, cualidades excelsas que hacen al autor de esta obra acreedor a la inmortalidad científica y le dan perfecto derecho a ocupar un alto puesto no sólo entre los sabios españoles sino entre los del mundo entero. Y de hecho la «Revista Internazionale di Filosofia del Diritto», hace de don Luis Mendizábal un cumplido elogio, señal inequívoca de que la fama de su nombre ha traspasado las fronteras de nuestra patria. Creemos que el hecho es sintomático.

Digno remate de todas esas buenas prendas que le adornan es el principio teológico que preside a todas sus concepciones jurídicas. Fué don Luis Mendizábal el tipo del hombre justo en la doble acepción moral y social de esta palabra, dice la ya citada revista. No se limitó a investigar la naturaleza de la justicia, sino que consagró todas sus fuerzas a practicarla y toda su conducta aparece iluminada y dirigida por aquel supremo y luminoso principio: «*jus suum cuique tribuere*». En su espíritu se dieron cita los dictámenes cristianos de la caridad y de la fraternidad juntamente con los nobles anhelos del jurista, que suspira por el respeto de los derechos de la personalidad humana, siendo constante defensor del ideal de la paz fundada en el orden jurídico y en la supremacía de la razón frente a la teoría absurda del derecho-fuerza.

No pasaremos por alto la cualidad que constituye algo así como la clave para averiguar el secreto del éxito de la actualidad siempre perenne de las doctrinas de Mendizábal: su tomismo. Imposible soslayar este aspecto; Mendizábal fué un tomista de cuerpo entero. Para él, Santo Tomás es el punto

(1) OBRAS DEL AUTOR: «*La fórmula de la Justicia*», Zaragoza, 1900; «*Principios de Derecho Natural*», Barcelona, 1903; «*Discurso de apertura en la Universidad de Zaragoza*», 1908; «*Principios Morales Básicos*», Zaragoza, 1915; «*Teoría general del Derecho*», Zaragoza, 1915; «*Los obreros, los propietarios y los holgazanes ante la justicia social*», Madrid, 1920; «*El indestructible Derecho Natural*», Modena, 1931.

(2) «*Tratado de Derecho Natural*», 7.^a ed. enteramente refundida con la colaboración de Alfredo Mendizábal Villalba, catedrático de Derecho Natural en la Universidad de Oviedo: Tomo I, *Teoría fundamental del Derecho*, Madrid, 1928, págs. 500, precio 15 ptas. Tomo II, *El derecho en la vida*: sección 1.^a, *Derecho privado* (estudio filosófico de sus instituciones fundamentales y referencias críticas al Derecho Positivo), Madrid, 1929, págs. 363, precio 18 ptas. Tomo III, sección 2.^a, *Derecho público*; I) *Constitucional*; II) *Administrativo*; III) *Penal* (estudio filosófico de sus instituciones fundamentales y referencias críticas al derecho positivo), Madrid, 1931, págs. 704, precio 20 ptas. En el Tomo IV y último (de inmediata aparición) se estudiarán las *Instituciones Fundamentales del Derecho Procesal, Internacional Público y Privado y las Relaciones entre la Iglesia y el Estado*; terminando con dos copiosos Índices, de Autores y de Materias, minuciosamente elaborados, para facilitar el manejo del tratado completo.

inicial de todos o casi todos los problemas jurídicos, sobre los que el Angélico proyecta vivísima luz. Como verdadero tomista se esforzó por hacer ver la vitalidad intrínseca de los principios del Angélico, examinando las teorías modernas a la luz de esos mismos principios y haciendo palpable esta sublime verdad: lo que se creía una conquista de los sabios de hoy, era para Santo Tomás una intuición, una verdad axiomática. Porque, a decir verdad, aquel viejo aforismo «nihil novum sub sole» que encierra más filosofía de lo que vulgarmente se cree, viene aquí como anillo al dedo. Apenas hay problema de Derecho Político o Penal, por no citar más que unos ejemplos, que Santo Tomás no haya resuelto satisfactoriamente, o al menos dado la clave para resolverlos.

De ese tomismo bien entendido hace gala a cada paso el Sr. Mendizábal, disimulando las rigideces escolásticas bajo un estilo elegante y algún tanto oratorio, aunando maravillosamente dos cosas que suelen andar distanciadas, la profundidad en el raciocinio y la elegancia en la exposición. Con lo cual el éxito es indiscutible. Y la prueba es que la obra del Sr. Mendizábal va ya editada por séptima vez; testimonio elocuente que no admite réplica.

Con la reciente muerte de don Luis Mendizábal, apóstol incansable del Derecho Natural, la ciencia española ha recibido un rudo golpe. Pero consolémonos. El sabio nunca muere; vive y se perpetúa en sus obras, que si son macizas, pasan a la posteridad. Vive y se perpetúa en sus discípulos, que son la corona y el honor del maestro. Don Luis Mendizábal vive en la memoria de todos los amantes del saber que han hecho sentimiento por su muerte. LA CIENCIA TOMISTA se asocia a ese sentimiento universal por la muerte de tan excelente maestro y da el más sentido pésame a su hijo don Alfredo Mendizábal, cultísimo profesor de la Universidad de Oviedo y colaborador benemérito en la obra llevada a feliz término por el autor de sus días.

En la imposibilidad de ocuparnos de la totalidad de la obra y sin perjuicio de que algún día nos ocupemos de un trabajo de esa índole, hoy vamos a limitarnos al examen, por fuerza superficial y no tan detallado como sería de nuestro gusto, del tercer volumen de la obra intitulada «Tratado de Derecho Natural».

Sus AA. la dividieron en tres partes: a) Derecho Constitucional o Derecho Político como quieren algunos (pp. 7-203), b) Derecho Administrativo (pp. 207-284), c) Derecho Penal (pp. 287-704).

En Derecho Político, optan por la doctrina escolástica de la transmisión del poder y dan su completa aprobación a las teorías de Suárez y Belarmino, según los cuales el poder reside por derecho natural en la comunidad, o como se diría ahora, en la nación. Belarmino había dicho que la soberanía o jurisdicción política «reside *inmediatamente* en toda la multitud como en su sujeto». Pero como la nación no podría ejercerla por sí misma, deposita esa soberanía en uno (monarquía) o algunos (república) que deberán desempeñarla con vistas al bien común. Ya sabemos que esta doctrina no es muy del agrado de muchos autores modernos; pero nos parece la más conforme a razón y la que únicamente nos explicaría satisfactoriamente muchos hechos históricos, que no es del caso relatar. Es un problema de libre discusión; pero hay que convenir en que el punto de vista adoptado por los escolásticos y en el que se

sitúan los Mendizábal está de perfecto acuerdo con la doctrina de Santo Tomás, cuando afirma decididamente que: «Legislar (el acto más principal de la soberanía o del poder) es de la incumbencia, *o de toda la colectividad o del príncipe o persona pública investida de su representación para su dirección y gobierno*». Esta posición doctrinal de los AA. es una de las notas más simpáticas de su libro y no se recatan de manifestarla en bastantes ocasiones. Ni que decir tiene que son perfectos tomistas en lo que concierne al origen de la sociedad y al origen del poder, cuestiones que estudian en los primeros capítulos del tomo III que estamos analizando.

El capítulo IV es de los de más enjundia. En él se debaten problemas delicadísimos y de suma actualidad para nuestra amada Patria trabajada por los horrores de una revolución político-social. Los dictámenes de la prudencia más elemental nos vedan entrar de lleno en esos problemas. Hay en ese capítulo temas tan sugestivos como estos: «Usurpación de la autoridad soberana; sus efectos en el orden jurídico. ¿Puede consolidarse la usurpación?». «Tiranos de usurpación y tiranos de administración». «El tiranicidio». «Juicio y deposición del tirano: doctrinas de Santo Tomás, Suárez y Belarmino y crítica de la opinión de Taparelli». Por razones prudenciales esquivamos todos esos problemas. Lo que sí afirmamos es que muy pocos habrá que resistan a la tentación de hojear ese substancioso capítulo que, desde luego, nos permitimos recomendar a cuantos se interesan vivamente por ese mal planteado y peor entendido problema del acatamiento a los Poderes constituídos. Sepamos de una vez a qué debemos atenernos. Los pueblos no son una masa gregaria, que obedece, sin hacer resistencia, a los que pretenden inmolarse a espaldas de toda ley y de todo derecho.

Un paso más y saltamos al capítulo X, que llama poderosamente nuestra atención. Lo encabeza este título: «Las formas de gobierno». Crean algunos que los sistemas políticos no son cosas accidentales. No ha mucho tiempo leíamos en la prensa, la crítica de un libro, uno de cuyos capítulos «estaba dedicado a controvertir la pedantería pedagógica, que encubre una mentira, cuando no una gran estafa política, la accidentalidad de las formas de gobierno». Y como si esto fuera poco, añade, que «la exclusiva adecuación a cada país de un determinado régimen político, no se pierde ni se atenúa por el fortuito predominio de mayorías voltarias, ni aún por la obstinada ceguera de toda una generación».

En las palabras que acabamos de transcribir, y que condensan la opinión de un gran sector intelectual, sobre condenar ideas controvertibles, en las que no ha fallado ni la fe ni la razón, hay más buena intención que sólido raciocinio. Nosotros no compartimos esos juicios. Nos parece mucho más conforme a razón la posición que adoptan los AA. cuya obra estamos reseñando. Para ellos «tanto la monarquía como el gobierno representativo y cualquiera otra poliarquía pueden ser legítimos, y por tanto, buenos. Si la experiencia nos acredita la prosperidad de los países regidos por las más diversas formas de gobierno, y por el contrario, la infelicidad bajo cualquiera de las propuestas, en determinados pueblos y momentos históricos, habremos de convenir en que no son las indicadas formas las que acarrear a la sociedad la ventura ni la desgracia, sino que éstas dependen de causas diversas, bien difíciles de con-

cretar; entre las cuales no es la menor la buena o mala voluntad de los gobernantes» (pp. 191-192). Y León XIII, a quien nadie negará exquisito tacto político, afirma que cualquiera que sea la forma de gobierno que rija los destinos de una nación, *nunca* se la debe considerar como forma permanente y definitiva, de tal suerte que jamás pueda variar. Solamente la Iglesia de Cristo conservará hasta el fin de los siglos su forma de gobierno. Pero concretándose a las sociedades naturales o humanas—continúa León XIII—podemos observar un hecho, que se repite indefinidamente a través de la historia y es que el tiempo, que todo lo destruye, obra en los gobiernos políticos profundas modificaciones. Unas veces se limita a modificaciones accidentales, otras, empero, reemplaza las formas primitivas por otras totalmente diferentes.

Adviértase que hemos traducido casi literalmente el pensamiento del Papa. Despréndese de lo dicho que las formas de gobierno ante la Moral Católica son *indiferentes*, o lo que es lo mismo, todas son de suyo *buenas*, es decir, aptas para promover el bien común. Ahora bien, cabe preguntar; si todas son buenas, ¿cuál es la *mejor*? Debatida la cuestión en el terreno meramente especulativo, la superioridad o primacía están de parte de la monarquía, como lo prueban razones *filosóficas* y aún *históricas*. Pero no hay que perder de vista, que un problema de Moral como es el presente debe plantearse en el terreno práctico, y entonces, en virtud de circunstancias históricas, la república puede ser mejor que la monarquía. Pero nótese que sólo en determinadas circunstancias. Por eso no se puede sostener la opinión de algunos que afirman ser la república en absoluto, la mejor forma de gobierno, ni mucho menos se puede invocar la autoridad de Santo Tomás en apoyo de esa tesis.

En síntesis, creemos que el camino más expedito para resolver el problema de las formas de gobierno es el siguiente: a) Afirmer la licitud moral de todas las formas de gobierno, monarquía, aristocracia y democracia, lo cual equivale a decir que son *accidentales*. b) A la pregunta de cuál es la *mejor*, se responde que lo mismo la monarquía que la república tienen grandes ventajas y graves inconvenientes, lo que contribuye a plantear un problema tan insoluble como determinado. Ya lo hemos indicado antes; en *abstracto* es preferible la monarquía, en *concreto* puede serlo la república. c) En *abstracto* y en *concreto*, la mejor forma de gobierno sería, en sentir de Santo Tomás, el *régimen mixto*, consistente en una fusión de los tres regímenes ya mencionados, sistema político que procura reunir las ventajas de las monarquías y poliarquías y evitar sus inconvenientes. De esta forma de gobierno, ideal para Santo Tomás que puede actualizarse de muchas maneras, y por tanto no se debe confundir con las monarquías constitucionales modernas, hablan los AA. que reseñamos, pero sin entrar a fondo en ella (p. 194).

El tratado de Derecho Administrativo es el que tiene menos extensión. Nosotros lo pasaremos por alto, no sin antes advertir que hay puntos tratados con magistral competencia, aún cuando reconozcamos que algunos exigirían más amplitude en razón de su actualidad.

Nos gusta sobremanera la exposición que hace del descanso dominical como norma del derecho (pp. 242-245). Tema fecundísimo en aplicaciones prácticas es el del intervencionismo del Estado en el orden *económico*, con la exposición de sus ventajas y sus inconvenientes. Los señores Mendizábal abor-

dan este problema y nos dan una admirable síntesis de la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños, así como de la ley de accidentes del trabajo y casos de enfermedad, dejando para el capítulo siguiente el tratar de la cooperación del Estado al progreso y a la civilización social mediante la tutela del orden *moral*. En el cap. V se debaten cuestiones tan actuales como la de la escuela y libertad de enseñanza, la escuela neutra, la necesidad de que los principios religiosos y la religión verdadera se enseñe en las escuelas, todo con un criterio netamente jurídico y católico sin claudicaciones de ningún género.

Y casi sin darnos cuenta entramos en el campo inmenso del Derecho Penal, terreno abonado para toda clase de polémicas y discusiones, bien que estériles las más de las veces.

La doctrina de que los delincuentes son seres humanos que, desprovistos de libertad, tienden al crimen por una fatalidad irresistible, es para muchos penalistas modernos un cánón de la ciencia penal, un axioma que no necesita demostración. Contra esta tendencia proclaman los Mendizábal que el delito es *un producto del libre albedrío del criminal*, es «un acto que se inicia en el interior de nuestra mente; en el cual hay diversos momentos sucesivos, y podemos distinguir dos órdenes de actos, *internos y externos*; en aquéllos intervienen principalmente la inteligencia y la voluntad; en éstos, los medios orgánicos, de que el hombre dispone para ejecutar sus designios» (p. 308). Y un poco más adelante redondean su pensamiento afirmando que «la voluntad siempre es alma de la acción, y después de haber decidido cometer el crimen, *impera* sobre las facultades inferiores y los medios sometidos al poder del criminal hasta consumir el designio criminoso» (pp. 309-310).

Y definen el delito: «La infracción de la ley jurídica positiva, cuya efectividad está garantizada con sanción penal, realizada mediante algún acto externo, positivo o negativo, imputable moral y jurídicamente a una o más personas» (pp. 301-302).

En el cap. II, al estudiar y someter a un detenido análisis los falsos conceptos acerca del delito, emiten su opinión acerca de la originalidad de la obra de Beccaria. Semejante juicio es muy poco favorable al filósofo milanés y a su reacción humanitaria iniciada a favor de los criminales. «Si analizamos la verdad de los hechos—dice Mendizábal—aún más que progreso científico, marca la obra de César Beccaria un derrotero de benevolencia en las penas y en favor de los que caían bajo las sanciones de la ley: era, en concepto nuestro, un libro de protesta contra el rigor extremado y aún ciego de la penalidad en aquellos tiempos de absolutismo. Por lo demás, léase con atención el libro *De los delitos y de las penas*, y no se hallará fuerza de argumentación ni profunda ciencia, sino más bien generosidad de sentimientos. Beccaria era un orador, y a veces, la elocuencia y la verdad no son amigas».

Estudia a continuación la clasificación de los delitos, siendo muy dignas de notarse las observaciones que hace acerca de la punibilidad de los delitos *políticos*. La doctrina que aquí sienta Mendizábal es de máxima actualidad. Serviría además esta doctrina de punto de apoyo para fundamentar aquella otra discusión del Derecho Penal que se plantea en estos o parecidos términos: ¿debe aplicarse la pena de muerte a los delitos que tienen por objeto

cambiar la forma de gobierno en un país determinado? De hecho, en la nueva reforma del Código Penal de Italia se aplica la pena de muerte a los delincuentes de lesa majestad, a todos los que atenten contra la vida, la integridad o la libertad personal del Jefe del gobierno. No hacemos más que consignar un hecho, dejando amplio margen para su discusión en el terreno del derecho Político y Penal.

También se ocupa de los delitos *sociales*, del *duelo* o de los delitos que originariamente proceden del duelo (pp. 343-348).

A los aficionados con exceso a los deportes, y sobre todo a los desmesuradamente apasionados del boxeo recomendamos lo que el autor escribe bajo el epígrafe «La delincuencia en los deportes»; donde se muestra muy riguroso y sostiene que el boxeo es algo *esencialmente* antijurídico; en consecuencia lógica nunca podrán legitimarlo «un mero permiso gubernativo ni una mera legalidad material». Y termina este cap. III estudiando los delitos procedentes del suicidio no consumado y la cooperación al suicidio de otro, el atentado contra la fecundidad y el aborto procurado, pronunciándose definitivamente contra la *eutanasia* por motivos de índole jurídico-social.

En los capítulos siguientes se estudia la responsabilidad criminal nacida de los delitos (cap. IV), la delincuencia colectiva (cap. V), la responsabilidad civil nacida de los actos punibles (cap. VI), las circunstancias de los delitos: la locura y la menor edad consideradas como *eximentes* (cap. VII), segundo y tercer grupo de circunstancias *eximentes* (cap. VIII), *atenuantes* (cap. IX), y *aggravantes* (cap. X), terminando el cap. XI con un estudio profundo y bien documentado de las doctrinas modernas acerca de la responsabilidad criminal, pulverizando los argumentos aducidos por los deterministas en Derecho Penal, sintetizando el autor su opinión en estos términos: el determinismo es, 1) *anticientífico* y 2) *anticristiano*.

El estudio del determinismo lleva como por la mano a Mendizábal al análisis del llamado hombre delincuente, y a la Escuela Antropológica, cuya exposición hace en el cap. XII, reservando para el cap. XIII el examen de las principales tendencias de los representantes de esa escuela. Nos parecen los capítulos más hermosos y más bien expuestos de este tratado.

Ya en los capítulos precedentes y al estudiar las doctrinas modernas acerca del delito, Mendizábal enjuicia la obra de Lombroso, jefe y fundador de la Antropología criminal positivista, diciendo que «intentó sustituir la ciencia del Derecho Penal por un conjunto de datos incompletos y contradictorios, y por una serie de hipótesis y doctrinas fundadas sobre tan deleznable base como es el criminal nato» (pág. 327). Juicio exactísimo de esa escuela, que en algún tiempo se paseó triunfante por las aulas europeas, pero que actualmente va perdiendo terreno de día en día. El que quiera convencerse de la exactitud de la afirmación sentada por nuestro autor que lea y medite atentamente los cap. XII y XIII ya mencionados, y verá si le asiste o no razón al mencionado penalista.

Anotamos lo referente a la herencia del crimen que para esta escuela es un dogma. Distingue el autor la herencia *fisiológica*, la *intelectual* y la *moral*. Admite, aunque con muchas atenuaciones, la herencia *fisiológica*, pero rechaza la *intelectual* y la *moral*, «toda vez que los hechos no las demues-

tran ni siquiera como frecuentes». Y lo que pretende explicarse como un producto de la herencia, obedece más bien a otras causas que pueden ser la *educación*, el *ejemplo* y el *medio ambiente*. En otra parte afirma que «la transmisión de la criminalidad por herencia es una hipótesis no demostrada y aún contraria a los datos de la experiencia» (p. 589). Y lo peor del caso es que esa teoría no puede apoyarse en las modernas investigaciones científicas que le son adversas, como confiesan hoy no pocas eminencias médicas.

Lo más curioso es el origen y paternidad de la escuela Lombrosiana que se remonta nada menos que a cinco siglos antes de Jesucristo. Protágoras, de Abdera, negaba que hubiese delito: «lo que se llama crimen es un fenómeno morboso que revela la existencia de una enfermedad, y esta misma doctrina viene a ser enseñada como una novedad por los propagandistas de la nueva Escuela de Derecho penal» (pp. 327-328). No respondemos de la veracidad de esta afirmación, quédese eso para la Historia de la Filosofía; lo que importa es el dejar bien sentado que las teorías lombrosianas no pueden convencer a ningún hombre de ciencia. Por lo demás, en la obra del benemérito P. Montes, «Precursores de la ciencia Penal en España», puede verse la poca o ninguna originalidad de Lombroso, así como un estudio crítico de los principios de la escuela.

Y pasando por alto el cap. XIV donde se estudian los principales factores que influyen en la criminalidad, llegamos al estudio de la pena, consecuencia necesaria del delito. En tres capítulos consecutivos se nos da una idea bien clara de la noción de pena y cualidades que debe reunir, de las diversas teorías penales que en el transcurso de la historia han surgido, terminando estos tres capítulos con un resumen de la teoría penal, donde plantea problemas como éste: ¿debe ser *físico* o *moral* el padecimiento de la pena?

Con el cap. XVIII, donde se estudia la clasificación de las penas, entramos en el problema de la pena capital, de incuestionable actualidad. En un principio nos pareció que los AA. de este libro abordaban el tema con alguna indecisión. Ya al hacer la crítica de la escuela correccionalista y al enumerar los bienes que esta escuela ha producido, los Sres. Mendizábal nos indican que uno de ellos fué «combatir la pena de muerte y aún las penas perpetuas» (pág. 585). Y al tratar *ex professo* este árduo tema de la pena de muerte dejan entrever bastante claramente esa indecisión de que parecen estar poseídos cuando afirman: «distamos de considerar que hayan obrado injustamente los Poderes públicos al aplicar, y en ocasiones, hasta con alguna frecuencia, la última pena: el atraso de las ideas, la rudeza de los tiempos, la necesidad de luchar la sociedad contra los enemigos del orden y amenguar su audacia, la falta de otros medios adecuados de represión y de castigo pueden explicar y aún servir de razón a su conducta: el que obra mal creyendo hacer bien no puede ser llamado inmoral o injusto, podrá calificársele tan sólo de indocto u obcecado; y por tanto, donde no alcancen a justificarlo las causas mencionadas u otras equivalentes, pondrían a salvo su buena voluntad la falta de una inteligencia bien esclarecida» (p. 614).

Indudablemente estos dos textos parecen acusar alguna ambigüedad en la mente de sus autores, y de hecho una revista española de fama bien acreditada, en unos artículos sobre la pena de muerte señalaba a don Luis Mendizábal,

bal poco menos que en el número de los abolicionistas. Sin embargo, no sería exacto incluir en dicha lista a los beneméritos autores Mendizábal, cuando a renglón seguido del último texto citado dicen que los que abominan de la pena de muerte «son más bien una falange de oradores brillantes que un ejército numeroso» (p. 615) y esgrimen contra ellos las terribles armas de la Dialéctica, argumentando *ad hominem* y haciéndoles batirse en vergonzosa retirada. Demostrando que la inviolabilidad de la vida es un mito, ya que el derecho a la conservación de la existencia individual no es un derecho absoluto ni mucho menos, y que la pena de muerte es *justísima*, puesto que, si la pena ha de ser proporcionada al delito, hay crímenes que no pueden vengarse adecuadamente sino con la muerte del delincuente, demostrado eso, como se demuestra, se deduce que el criminal ha merecido la muerte y no debe conservarse en la vida. O lo que es igual, la pena de muerte es *justa* y además *necesaria*. ¿Que la pena de muerte es irreparable? Evidentemente. También lo es la pena de cárcel, y sin embargo los mismos abolicionistas la consideran como legítima. Si tuviéramos que abominar de la pena capital por ser irreparable, tendríamos que abominar de las penas de privación de la libertad y de las penas corporales: únicamente quedarían en pie las penas pecuniarias por ser las únicas reparables. ¿Qué se seguiría de aquí? Pues la absoluta impunidad de los facinerosos, toda vez que todos o casi todos son insolventes. Ahora ya se ve la fuerza que tiene el argumento de la irreparabilidad de la pena de muerte, y cuenta que es el argumento más certero de los abolicionistas.

A pesar de todos los argumentos en contra, los AA. se pronuncian a favor de la ejecución pública de la pena de muerte: evidentemente, la ejecución en el interior de la cárcel, amén de otros inconvenientes, priva a la pena de muerte de una de sus cualidades esenciales, que es la *ejemplaridad*. Podría hallarse una solución intermedia a aquéllas extremas; sería la de algunos autores que optan por la ejecución pública, aunque con la exclusión de mujeres y niños en semejante espectáculo, por razones, que fácilmente se dejan entender. Pero éstas son cuestiones secundarias en que no entramos, lo que importa es dejar bien sentada la *legitimidad* de la pena de muerte, contra la cual no se ha alegado hasta la fecha ningún argumento decisivo. Por lo tanto estamos o está la doctrina tradicional en posesión tranquila de la verdad mientras no se demuestre lo contrario. Seguimos, pues, creyendo con Donoso Cortés en la *legitimidad* y en la *necesidad* de la pena de muerte. Lo que decía aquel ilustre orador «en donde quiera que la pena de muerte ha sido abolida, la sociedad ha destilado sangre por todos sus poros», es, por desgracia, muy verdadero en nuestros días.

En los capítulos XIX y XX se estudian respectivamente la individualización de las penas y la extinción de la responsabilidad nacida del delito, donde no deja de haber puntos de vista originales.

Cerramos la revisión de esta obra con honda pena porque hay en ella muchas cosas buenas que por fuerza tenemos que pasar por alto a causa de la amplitud e incremento de este trabajo. Nuestra más cordial enhorabuena a don Alfredo Mendizábal, acreedor a las alabanzas que hemos tributado a su insigne padre y a quien rogamos encarecidamente dé pronto a luz el tomo IV

y último de esta magna obra, monumento imperecedero de la literatura jurídica española.

Conocemos los tres primeros volúmenes y estamos seguros que el IV no ha de desdecir de ellos. Nos ratificamos en todo lo dicho al principio de este Boletín acerca de los caracteres de la obra jurídica de don Luis Mendizábal, y sirvan estas páginas de bien merecido homenaje de parte de LA CIENCIA TOMISTA.

Mil plácemes merece el autor de la obra «Santo Tomás de Aquino y Las Leyes» (1). Preside a toda ella un rigor lógico e inflexible, cualidad ésta que por sí sola es la mejor recomendación de una obra científica. Analicemos su contenido que es muy vasto.

Cabe distinguir en este trabajo tres partes muy bien definidas: introducción (4-30), cuerpo de la obra (31-247 y algunos apéndices o notas (248-263), terminando con un cuadro sinóptico, en que el autor condensa todas sus ideas que son las de Santo Tomás.

En la Introducción, después de una sucinta biografía del Doctor Angélico, bosqueja brevemente su doble personalidad *científica y espiritual*, sintetizándolas en estas tres palabras: Sabiduría, Caridad y Paz. No se recata de hacer mención de las relaciones de Sto. Tomás con la Eucaristía, donde su inteligencia bebió a raudales la sabiduría, lo cual ha valido al Doctor Angélico el dictado de «Doctor Eucharisticus».

Los lectores le agradecerán la lista, por materias, de las obras auténticas del Santo, con las fechas aproximadas de su composición, según las investigaciones históricas de Mandonnet y Grabman. Es cosa que facilita en gran manera el manejo de las obras de Sto. Tomás sin necesidad de compulsar libros de mucha amplitud, que no están al alcance de todos.

En el párrafo dedicado a investigar la influencia de Sto. Tomás en el mundo científico, hace un recuento de las vicisitudes por que atravesó la doctrina tomista hasta abrirse paso a las inteligencias y ser patrimonio común de la Escolástica; haciendo sobre todo hincapié y subrayando la afirmación de que la doctrina tomista tuvo siempre el apoyo decidido y la aprobación de la Iglesia Católica, pudiendo afirmarse, sin temor a errar, que la doctrina de Sto. Tomás es la doctrina de la Iglesia.

En cuanto al objeto de este libro, su autor se ha propuesto estudiar el tratado de las leyes de Sto. Tomás, a la luz de los comentarios más importantes del mismo, dando preferencia a los autores de los siglos XVI y XVII, sin excluir a los modernos, pero entendiendo que «para penetrar el sentido de la tradición jurídico-filosófica española», aquéllos han de llevar la primacía. ¿Ha conseguido su intento? Creemos que sí y a las mil maravillas. Pero la respuesta a esa pregunta exige más detención; y con esto hemos llegado a lo que constituye, por decirlo así, la médula del libro.

(1) *Santo Tomás de Aquino y Las Leyes* (Ensayo de Filosofía del Derecho), por FRANCISCO JAVIER DOTRES y AURRECORCHEA, Doctor en Derecho, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Juez de Primera Instancia y Notario. Un vol. en rústica, 281 págs. en 8.º Madrid. Tipografía de Archivos. Olózaga, I. 1932.

Huelga decir que el autor sigue el orden de Sto. Tomás y así estudia en primer término la *esencia* de la ley, analizando los elementos que la integran.

Al estudiar el art. 2.º de la cuestión 90, hace observar con mucho acierto que el citado artículo tiene un doble sentido. En primer lugar, significa que la ley debe ordenarse al bien común, tesis que responde directamente a la pregunta de Sto. Tomás. Puede también significar, que sólo las sociedades perfectas pueden ser sujetos pasivos de la ley, tesis que se encuentra formulada y probada en muchos escolásticos, v. gr. en Suárez, y que en los autores modernos pasa completamente desapercibida con grave detrimento de otros muchos problemas que sólo pueden encontrar adecuada solución en esta doctrina. Y si bien es verdad que Sto. Tomás no la demuestra directamente, es a todas luces evidente que la da por cierta y la toma como base de ulteriores afirmaciones jurídicas.

Y de hecho define la ley diciendo que es: «dictamen rationis practicae in principe qui gubernat aliquam *communitatem perfectam*» (1-2, q. 91, a. 1, c). No menos acertado estuvo el autor al señalar la doble manera con que la ley se ordena al bien común, con lo que tácitamente queda resuelta una de las principales objeciones que se formulan contra la tesis de Sto. Tomás, doctrina muy bien expuesta por los juristas españoles de nuestro siglo de oro.

Tampoco tenemos palabras para ponderar el acierto con que el autor de este libro enjuicia el problema de la promulgación de la ley. Sabido es que hay sobre este punto dos corrientes opuestas. Algunos afirman que la promulgación no es un elemento esencial a la ley, sino una condición necesaria para que obligue. Otros entienden que la promulgación no sólo es una condición prerrequerida para que la ley obligue, sino que es algo que pertenece al constitutivo intrínseco, es algo esencial a la ley. *Gonet* opta por la primera, *Medina* y *Vázquez* por la segunda.

Nuestro autor se inclina por esta última sentencia y no la acepta a carga cerrada, sino que la razona y la conceptúa muy conforme con el pensamiento de Sto. Tomás, si bien reconoce que el Doctor Angélico no planteó la cuestión «*expressis verbis*». Creemos que esa es la posición más segura, toda vez que los argumentos de los contrarios son muy endeble y los de autaridad parecen inclinarse del lado de la última. Pero en fin de cuentas, es un problema de libre discusión dentro de la doctrina tomista.

Termina el autor lo referente a la esencia de la ley preguntando si la coacción es un elemento esencial a la ley. Y responde con el insigne Balmes que en la definición de la ley que dió Sto. Tomás «no entra la idea de fuerza ni siquiera como pena: su profundo autor creyó, y con razón, que la sanción penal no era esencial a la ley; la pena era el escudo, o si se quiere, la espada de la ley; mas no pertenece a su esencia. La pena es una triste necesidad a que apela el legislador para suplir lo que falta a la influencia puramente moral».

Siguiendo el plan tomista, pasa al estudio de las diversas leyes.

Y pasando por alto la ley eterna, asunto que no es de nuestra incumbencia, nos encontramos con la ley natural, cuyo estudio es fecundísimo en aplicaciones prácticas.

Plácenos consignar lo bien expuesto que están el concepto de ley o dere-

cho natural, los diversos órdenes o categorías de preceptos naturales y sobre todo la doctrina tomista tocante a las propiedades de la ley natural que, tal como la expone el autor, está al alcance de cualquier fortuna intelectual. No estaría mal que el autor ilustrase su doctrina con algunos ejemplos los cuales proyectarían no poca luz sobre una materia que parece poco accesible a muchas inteligencias. Con ampliar un poco más la doctrina de Báñez indicada en una nota, y con algunos símiles ya empleados por los juristas del siglo xvi, robustecería no poco sus afirmaciones netamente tomistas. Y este es un tratado de capital importancia para resolver acertadamente muchas cuestiones de Filosofía Moral. Y esa importancia sube de punto si se advierte que los libros de texto desfiguran, acaso inconscientemente, el verdadero concepto de la ley natural y de sus propiedades, con no poco detrimento de la ciencia ética.

Nada serio tenemos que oponer al estudio de la ley positiva, su génesis de la ley natural y cualidades de que debe estar revestida. Pero en lo tocante a la división de la ley positiva, no compartimos el criterio del autor, que estamos reseñando. Me refiero a la naturaleza del Derecho de Gentes que en concepto del autor «es verdadero derecho natural y no simple derecho positivo» (p. 174). La interpretación que hace de la doctrina tradicional, formulada sin ambages ni rodeos y sin matices de escuelas en los comentaristas de Sto. Tomás, antojásenos que es algo arbitraria y está bastante lejos de la verdad. Sentimos no disponer de espacio para discutir ampliamente esta cuestión, pero no podemos prescindir de hacer algunas observaciones de carácter general.

Para nosotros el pensamiento de los escolásticos, llámense éstos Medina o Soto, Báñez o Covarrubias, Suárez o Vázquez, es demasiado obvio y no puede estar más terminante; todos, absolutamente todos, afirman que el Derecho de Gentes es de derecho positivo.

No creemos pueda nadie citar un solo escolástico que desmienta esta afirmación. No hay más que fijarse en las pruebas que Báñez aduce para probar su aserto de que el Derecho de Gentes es de derecho positivo, y fácilmente se convencerá que las expresiones de ese teólogo-jurista distan mucho de ser equívocas. Una concienzuda y reposada exégesis de los textos suarezianos nos lleva a conclusiones muy diferentes de las que infiere el autor de este libro, a quien quisiéramos ver menos vacilante y más decidido en este punto concreto. En síntesis, hay que concluir que los textos de los comentaristas están precisos y terminantes. Los autores modernos (y entiendo por tales algunos de los siglos xviii xix) son los que se han divorciado del pensamiento tomista y han adoptado posiciones que no son seguras ni mucho menos.

Pero todavía hay más. El autor cree que Sto. Tomás hizo suya la doctrina tradicional de los juristas romanos, según los cuales el Derecho de Gentes es el derecho natural *propio* de los seres racionales, en oposición a un derecho natural *común* a hombres y animales. Con lo cual quedaría demostrado que el Derecho de Gentes, en sentir de Sto. Tomás, es derecho natural y no derecho positivo.

Esa concepción de la ley natural es una concepción demasiado estrecha y desde luego no es tomista. Es cierto que el Doctor Angélico habla muchas veces de una ley natural común a hombres y animales, pero lo hace exponiendo las diversas acepciones en que puede tomarse la ley natural, sin hacerse soli-

dario de esa doctrina. Siempre enuncia ese concepto al *exponer* la doctrina de los juristas romanos, como no podrá menos de reconocer el autor cuyo libro reseñamos. Y puesto que hablo con un eminente abogado, me permito recordarle que también Sto. Tomás acepta la definición de la justicia tal como corría por el Derecho Romano, pero a vuelta de explicaciones la modifica, e introduce en el concepto de justicia elementos nuevos con que no soñaron antiguos juristas.

Del comentario de Sto. Tomás a la Ética de Aristóteles, lib. V, lec. 12, pretenden muchos sacar argumento decisivo en apoyo de la tesis del autor; pero no tienen en cuenta que en ese lugar del Doctor Angélico hace el papel de mero expositor, declarando el pensamiento del Estagirita sin emitir un juicio definitivo acerca de esa cuestión. No hay puntos de vista personales ni apreciaciones subjetivas. Verdad tanto más obvia, cuanto que en la Suma, y en diversas ocasiones, ha rectificado, al menos implícitamente, esos conceptos de los juristas romanos. Creemos, pues, que hay solución de continuidad entre éstos y Sto. Tomás en lo que se refiere a la verdadera naturaleza del derecho.

Además, no sabemos cómo se aviene la doctrina que aquí expone el autor con la de la pág. 112, donde al delimitar el concepto de ley o derecho natural según la doctrina tomista, dice estas palabras que por terminantes no pueden dejar lugar a duda. «Como la ley implica en el lenguaje tomista un *aspecto racional*, que no se encuentra en otros seres fuera del hombre, se reserva la denominación de *ley natural*, para designar la ley *propia* de la *naturaleza racional*». Y en nota aparte cita en confirmación de su doctrina unas palabras de Gonet, quien afirma que los animales no tienen *ley natural*, sino *instinto natural*. La misma idea corre por las págs. 58, 63 y 64 del libro.

Así pues se impone por su clarividencia este dilema. O es cierta la concepción tomista de la ley natural, que el autor nos da en las líneas precedentes. Y entonces el Derecho de Gentes se inclina al lado del derecho positivo, en contradicción palmaria con lo que dice más adelante al firmar que hay un derecho natural *común* a hombres y animales; o afirma esto último, y entonces viene a echar por tierra la concepción tomista de la ley natural por el autor tan bien expuesta (págs. 107-141). ¿A qué carta nos quedamos?

Creemos que el Derecho de Gentes es de derecho positivo y a esta conclusión nos llevan tanto los argumentos de autoridad como los de razón, en los que no queremos parar mientes por no alargar demasiado esta reseña. Si alguna amplitud hemos dado a esta discusión es porque vimos al autor muy indeciso y porque no es una cuestión baladí, sino de capital importancia. Y esto por dos razones; porque así se esclarece el concepto del derecho en general, y en particular el del derecho de propiedad, que es un caso típico del Derecho de Gentes.

Subscribimos gustosos la exposición que hace del tiranicidio, porque es muy escolástica, aún cuando no se nos oculta que es una cuestión harto delicada en la que conviene andar con pies de plomo. En lo que no convenimos es en la aserción de que Mariana «se mostró favorable al reconocimiento del derecho de dar muerte al tirano» (p. 211, nota 2). Es esa una objeción manida de los enemigos de la Iglesia y de los Jesuitas, un tópico ya gastado, que no

merece los honores de una refutación seria. Sabido es que el mismo cargo se hizo también a Sto. Tomás y a Suárez.

Terminamos esta reseña no sin antes felicitar de nuevo al autor de este libro, por haber sabido dar en él una síntesis admirable de la doctrina tomista acerca de la ley, razón por la cual quisiéramos verlo en las manos de todos, profesores y discípulos. Es un libro recomendable por muchos conceptos; por su buena orientación, nitidez de pensamiento, precisión científica y erudición copiosa, como lo demuestra la abundante bibliografía, y por el amor a Santo Tomás que late en cada una de sus páginas. El benemérito autor de este trabajo ha demostrado hasta la evidencia que la doctrina escolástico-tomista, lejos de ser una antigualla, es algo que se impone por su perenne actualidad, y que los españoles no vamos a la zaga en ese movimiento tomista, que ya tiempo se ha iniciado. Nosotros le aconsejábamos que, reduciendo el campo de su acción científica, estudie alguno de los problemas modernos de Derecho a la luz del Angélico y le auguramos felices éxitos. Si le hemos puesto algún reparo, lo hicimos guiados de las mejores intenciones, y en último término los defectos son algo consubstancial a todas las obras humanas, y de esta regla no creo que pretenda eximirse el benemérito autor de este trabajo.

En un Boletín de Ética y Derecho no me es posible silenciar el nombre de un ilustre Penalista Español de estos tiempos, la voz más autorizada entre los historiadores del Derecho Penal en nuestra patria: P. J. Montes, de la Orden de S. Agustín y Profesor de Derecho en el Escorial. Un correligionario suyo, el P. Esteban García Suárez, en un artículo de la revista «Religión y Cultura» (1), hace un recuento de la magna empresa llevada a feliz éxito por el padre Montes. En verdad que es un trabajo substancioso, que nos ha gustado sobremanera. Continuando otro artículo publicado en Febrero de 1930 en la misma revista y que viene a ser como un *substratum* de la obra del P. Montes «Derecho Penal Español» aparecida en 1929, el P. Esteban García Suárez hace resaltar el influjo beneficioso de la Iglesia en la elaboración del Derecho Penal, la influencia del libro de Beccaria así como su poco mérito científico, las escuelas penales en diversas naciones y la gran penuria intelectual española hasta estos tiempos en que los nombres de Quintiliano Saldaña, Jiménez de Asúa y Cuello Calón son conocidos dentro y fuera de España como distinguidos penalistas y criminólogos. Expone después a grandes rasgos la escuela *criminológica* o *antropológica* y a continuación la escuela *clásica* fijándose con preferencia en el problema de la herencia. Acerca de este problema nota que se transmiten por herencia los caracteres *orgánicos*, como la estatura, color, timbre de voz, la fisonomía y hasta la locura en un porcentaje muy elevado. La ley de la herencia sufre mayor número de excepciones a medida que se descende de las cualidades propias de la raza y de la especie a las cualidades peculiares del individuo, y de los caracteres *orgánicos* a los *intelectuales y morales*.

¿Es hereditario el crimen? De ningún modo. Lo que se transmite por he-

(1) «Labor jurídico-penal del P. J. Montes», tomo XVIII, 21-55, Abril de 1932.

rencia no son los *actos*, ni los *pensamientos*, ni los *vicios y virtudes*, ni el *delito*, sino—nótese bien—la *predisposición*, la *aptitud* y las *inclinaciones*. Lo que si ejerce gran influencia en la producción del delito son la *educación* perversa, la lectura de malos libros y las malas compañías; en una palabra el medio ambiente. La doctrina católica recibe todavía más fuerza con las notabilísimas experiencias mendelianas que echan por tierra la teoría Lombrosiana. Esta, «archivo y elenco a la vez de todos los errores materialistas» va perdiendo terreno y toca ya a su ocaso. Por lo demás, sería un cerrilismo necio no reconocer las indudables ventajas que esa teoría aportó a la ciencia penal como indica el articulista. La obra del P. Montes no morirá. De una de sus producciones ha dicho una eminencia de la abogacía, el Sr. Osorio y Gallardo: «es interesante y profunda»... No suministrará grandes armas de combate a los anticlericales. Es trabajo de fraile, pero no, ciertamente de obcecación ni de atavismo. Es hombre de su tiempo». Con eso está hecho su más cumplido elogio.

A la hora presente, el ferviente apóstol de los estudios penales en España y el terrible debelador del Positivismo jurídico-penal duerme el sueño de la muerte. ¡Lástima grande que la inexorable Parca haya segado una vida tan fecunda en todo género de producciones jurídicas! ¡Loor al digno discípulo y benemérito continuador de la obra del inmortal Alfonso de Castro, el padre del Derecho Penal! Con sobrada razón ha podido escribir un eminente penalista italiano, Alimena, que España ha escrito una de las páginas más nobles y más bellas en la historia de las ciencias penales y que la Historia del Derecho penal del P. Montes, forma parte de una serie de luminosos programas y de etapas fecundas. El Señor se haya dignado acogerle en su seno y nos depare quien pueda ocupar el puesto que el insigne Agustino ha dejado vacío.

La cuestión de la mejor forma de gobierno es una de las más interesantes de la filosofía moral y del derecho político. Y es natural, si se atiende a las ansias que todo buen filósofo y jurista sienta por realizar el ideal de felicidad social, en lo cual no cabe duda que tiene gran influencia la forma en que la autoridad del Estado se ejerza. Don Hilario Yaben, arcediano de Sigüenza publicó en 1931 un libro, cuyo título es *Monarquía o República?* (1), en el cual hay lugar a distinguir dos partes: la primera respondía a la actualidad española de principios del año pasado, cuando se discutía en la prensa y en la tribuna el problema de la forma de gobierno que a España convenía.

De este aspecto del libro no hemos de decir nada. Pero tiene otro que está por encima de las discusiones del momento, que entra de lleno en la ciencia del derecho político o de la filosofía, y por el cual la obra del Sr. Yaben no ha pasado y puede servir de utilidad para los estudiosos de estos problemas que no pasan porque cambien las formas de gobierno de las naciones. El autor estudia en su obra las formas en el terreno puramente doctrinal y defendiendo con criterio grave y sólido la doctrina, que pudiéramos llamar tradicional.

La Nueva Biblioteca Filosófica, que lleva publicados más de cincuenta

(1) Un volumen de 170 págs. Madrid. 1931. Precio 3 ptas.

volúmenes, nos ofrece en los números LIII y LV la *Ética* a Nicómaco de Aristóteles y la *Ética* mayor junto con la *República* ateniense, y la *Economía* del mismo filósofo (1). Las obras de Aristóteles son de sobra conocidas y no hay por qué en una reseña nos detengamos a apreciar el valor de estos libros, tan estudiados y comentados de los filósofos escolásticos y que tanto han influido en la formación de la ciencia ética cristiana. Solo diremos algo de la edición «preparada y traducida por don Francisco Gallach Palés. Profesor en el Instituto de Valencia». Y ante todo hemos de dar las gracias al Sr. Gallach y a la Dirección de la Biblioteca, por haberse tomado el trabajo de preparar esta edición y darle cabida en la Biblioteca. Aristóteles no pasa, como tantos escritores, para los hombres amantes de los estudios serios; y hoy es en las naciones, que más cultivan la alta investigación filosófica y científica, tenido en gran estima. Pero después de este testimonio de gratitud, hemos de ser sinceros, diciendo, que la edición presente dista mucho de satisfacerlos. Indudablemente que las obras de Aristóteles, sea por su pensamiento, sea por su estilo, sea por su tecnicismo, son difíciles de traducir y requieren en quien tome este oficio gran conocimiento de la lengua griega, y no menor de la filosofía aristotélica. Solo así podrá ofrecer al público docto una edición del filósofo inteligible, y clara, ya que no pidamos otros méritos literarios. Nosotros creemos que la obra del Sr. Gallach adolece por este capítulo de graves defectos. Como prueba nos contentaremos con transcribir el principio del cap. III del t. I de la *Ética* a Nicómaco. En él Aristóteles demuestra una verdad muy importante, a saber, que no se puede exigir la misma evidencia en todas las ciencias.

Veamos la traducción: «Nuestra investigación será proporcionada al objeto que nos proponemos si brilla en ella la claridad, que permita el asunto de que tratamos; porque no hay que pretender la misma precisión en toda clase de discusiones, de la misma manera que no se pretende en todas las producciones de las artes. Pero las cosas buenas y justas objeto de la ciencia política, admiten gran variedad y fluctuación en cuanto a la opinión, de manera que pudiera creerse existen únicamente debido a convenio, mas no por naturaleza. También los bienes dan origen a parecida fluctuación por procurar daño a muchas personas; porque ya se dió el caso de que los hombres fueron perjudicados a causa de su riqueza y otros de su valor. Debemos contentarnos, pues, en discurrir sobre tales materias y de acuerdo con tales premisas para indicar la verdad a grandes rasgos y esbozarla, tratando de cosas que son sólo ciertas para la mayor parte y valiéndonos de premisas del mismo género para llegar a conclusiones que no son mejores que ellas». Con lo copiado se podrán dar los lectores cuenta de que la traducción ni es clara ni menos correcta.

Tampoco nos explicamos por qué se han de presentar estas obras sin una introducción, que facilite su inteligencia, y asimismo por qué no ha de llevar epígrafe a la cabeza de cada libro y capítulo, cosa que los lectores agradecerían mucho.

El tomo LVI de la misma Biblioteca está dedicado a Raimundo Lulio y

(1) *Aristóteles. Obras completas*. VI. *Ética* a Nicómaco, págs. 297 en 8.º VII. *Gran Ética. República Ateniense. Economía*, págs. 267 en 8.º Precio de cada tomo 7 pesetas. Venta exclusiva en España-Calpe. Madrid.

contiene la *Filosofía moral* y los *Ejemplos de la ciencia* (1). El texto no dice quien sea el autor de la traducción. Por introducción lleva unas 40 páginas de *Juicios y opiniones sobre Raimundo Lulio*, debidos a Adolfo de Castro, Juan Pablo Forner, César Cantú, Vicente de la Fuente, Dr. Mattes, Francisco Mounier y Eliphas Levi, casi todos entusiastas del *Doctor iluminado*. El lector agradecería una introducción breve y sintética de la significación científica del autor y en particular de las obras que el tomo contiene.

De las cuales la primera trata de las virtudes cardinales, de las teologales y de otras virtudes secundarias, y luego de las múltiples combinaciones que con ellas se pueden formar. La doctrina se halla expuesta según el método del *Ars magna*, tan ponderada de los lulistas. Ofrecemos al lector algunos ejemplos por vía de muestra. Y empezando por la justicia, que pone la primera, dice así: «La justicia es aquella virtud por cuya razón los hombres dan a cada uno lo que es suyo. La justicia es de las raíces del árbol y principalmente de la *igualdad*, por razón de la cual, la *bondad* y la *grandeza*, etc. se dan a sí mismas e igual y recíprocamente sus semejanzas; y en aquella igualdad de dar nace y está la justicia; porque justo es que la *grandeza* dé su semejanza a la *bondad*, por lo cual la *bondad* la da a ella su semejanza. Y es bueno que las semejanzas sean igualmente dadas, y esto es semejantemente grande y duradero, por cuanto se dan igual y recíprocamente a sí mismas sus semejanzas; y por eso la justicia es buena, grande y durable en la igualdad de las donaciones que son de este modo.» De la fortaleza dice que «es principalísimamente por razón del poder que reina en la *bondad*, *grandeza*, *duración*, *sabiduría*, *voluntad*, *verdad*, *gloria*, *diferencia*, *concordancia* y *contrariedad*, que compelen y fortifican el *principio*, *medio* y *fin*, y la *mayoridad* e *igualdad* de aquellas que son malas.» A los teólogos les brindamos con esta definición de la fe, que «es la virtud que compele el entendimiento a afirmar o negar positivamente las cosas, que son verdaderas... Por razón de la fe la intelectividad inquiriere la inteligibilidad de las cosas verdaderas, y dispone la materia, para que se entienda por razones necesarias, y a esta disposición ayuda Dios. Y ayuda la amatividad de la voluntad y de la memoratividad de la memoria. Y por esta causa el entendimiento se exalta y subtiliza tanto cuanto puede, para subir y remontar su entender a las verdades de las cosas por razones necesarias; como a el entender la Trinidad de Dios y su encarnación, la creación del mundo y la resurrección de los hombres, el Sacramento del altar y la potestad que el Papa tiene en las llaves y así de otras cosas semejantes a estas».

Los Ejemplos de la Ciencia van precedidos de un juicio sobre el Arbol de la ciencia de R. L. Es el autor de tal juicio el Dr. Alonso de Cepeda y Adrada, que, hablando al lector, le dice: «Si eres filósofo, hallarás en este libro manifiesto lo más arcano de la naturaleza; si astrólogo, nuevo modo de constituir el tema celeste y cierta guía para conocer los influjos de las estrellas y tener aciertos más asegurados en los vaticinios; si eres médico, te da reglas para saber graduar las plantas y enfermedades; si jurista... si estudioso de las bue-

(1) Un vol. de págs. 222 en 8.º Precio 7 ptas.

nas letras..., político... si confesor... si teólogo... tendrá cuanto necesite para ser consumado en su profesión.» El lector discreto tendrá por sospechosas tales ponderaciones. Y a la verdad, la obra sólo la creemos útil para conocer uno de los más singulares ingenios, que ha habido en España y en el mundo. La sabiduría de R. L. ha sido objeto de grandes discusiones y acaloradas contiendas; quien desee formar juicio de él por sí mismo y no por los contradictorios de sus devotos o adversarios, lea este libro, que le bastará para juzgar al filósofo y al sabio, ya que el misionero y el mártir de la fe pertenece a otro tribunal distinto. Es la ventaja que reconocemos, y no es pequeña, a la publicación de este libro.

II

Publicaciones extranjeras.

Sobre las ideas políticas vertidas por Francisco Suárez en su monumental obra «*Defensio fidei*» hay un libro escrito por Renato Vuillermín (1).

Después de una Introducción (pp. 8-50) en que se nos habla de la significación de Suárez en la Historia de la Filosofía y de la ocasión que motivó la composición de aquella celeberrima obra Suareziana, Vuillermín pasa revista a los diferentes problemas de Derecho Político abordados por el Doctor Granadino. Y trata del origen del poder civil, sus límites, relaciones entre la Iglesia y el Estado, inmunidad eclesiástica y por fin, del abuso del poder.

La exposición de estas doctrinas es algún tanto superficial. No compartimos el criterio del autor en lo que se refiere a la cuestión de la mejor forma de gobierno según Santo Tomás (p. 103); problema tratado con bastante ligereza. Dígase otro tanto de las páginas que dedica a exponer la contradicción aparente entre León XIII y los escolásticos en lo que se refiere a la transmisión del poder. De este libro debieran eliminarse, a nuestro juicio, temas que no son netamente políticos, v. gr. el de la *inmunidad eclesiástica* que está muy bien para ser tratado en una clase de «*Locis Theologicis*» pero que para nada reza con el título del libro de Renato Vuillermín.

Los lectores asiduos de la CIENCIA TOMISTA no ignoraa que «*Archives de Philosophie*» es una publicación efectuada por un grupo de profesores especialistas en los diversos ramos del saber humano, lo cual da no poco interés a esas producciones.

A nuestras manos ha llegado el fascículo II del volumen IX de esa Biblioteca y lleva por título «*Les Libertés Culturelles*» (2). El asunto del libro se sintetiza en estas ideas.

(1) Renato Vuillermín. «*Concetti politici della «Defensio Fidei» di Francisco Suarez*». Ed. «Athena» (S. A.) Milano, 1931. Un vol. en 16.º, 232 p. Lire: 8.

(2) «*Les Libertés Culturelles*», etude de Morale Societe par J. Lucien Brun, S. J. Caluir II, Vol. IX «*Archives de Philosophie*». Un vol. de 123 pages. Beauchesne et Fils, Editeurs, Rue de Reunes, 197. París, 1932.

Se trata de aunar la diversidad de temperamentos, de sentimientos nacionales y de creencias religiosas con la unidad política. Para realizar, en cuanto cabe, esa fusión, estudia el autor los conceptos de cultura y civilización y los factores que en esta última intesvienen reducidos a dos categorías: a) *factores físicos (raza y patria)* y factores de orden *espiritual* (lengua y religión). En el decurso de la obra se ocupa de las cuestiones relativas al libre ejercicio de la lengua, de la libertad de cultos y libertad de conciencia, terminando con unas consideraciones espirituales acerca del sentido nacional y de la caridad cristianas.

De buen grado haría una excursión por los campos de la Filosofía Moral para discutir los temas que aquí plantea con ojo certero el autor de este libro, pero nos lo vedan los cánones más elementales de la prudencia. Y que esto me sirva de excusa ante el autor, a quien felicito efusivamente. Solamente una observación. Vemos con sumo agrado esas corrientes pacifistas que de algunos años a esta parte se han iniciado, pero siempre hemos tenido muy poca fe en la Sociedad de Naciones como medio para evitar la guerra. Esta sigue siendo una necesidad. Necesidad deplorable, pero al fin necesidad. Los que creen llegará un tiempo que esas terribles conflagraciones desaparezcan de la humanidad, sueñan con una era paradisiaca. A los hechos nos atenemos. La prensa habla de ciertos preparativos guerreros que Dios quiera no se conviertan en una triste realidad. Siempre será verdad que las naciones fuertes se comen a las débiles. Aquel interrogante de S. Agustín: «*Quid sunt magna regna nisi magna latrocinia?*» encierra más filosofía de lo que ordinariamente se piensa.

A la vista tenemos una obra acerca del concepto del Derecho Natural según Santo Tomás de Aquino y sus predecesores. Su autor, benemérito investigador medieval, es el benedictino Odon Lottin (1). Buena prueba de la aceptación que este trabajo ha tenido entre los aficionados a las letras, y singularmente entre los juristas, es que ya se ha editado por segunda vez. La primera edición apareció en forma de artículos en la acreditada revista «*Ephemerides Theologicae Lovanienses*» allá por los años 1924-1926.

La división de la obra es clara y terminante. Después de una breve introducción (p. 3-4), estudia su autor el concepto de derecho natural y de derecho de gentes que nos han legado los juristas romanos, S. Isidoro de Sevilla y los Canonistas (págs. 7-23). A continuación pasa revista a los teólogos pretomistas de los siglos XII y XIII entre los que se destaca por su ingente sabiduría San Alberto Magno, quien rompiendo con una tradición siete veces secular, declara anticientífico e inadmisible el concepto del derecho de los juristas romanos y vierte conceptos jurídicos notables por su originalidad (págs. 27-57). En una tercera parte estudia a Santo Tomás de Aquino en función de sus predecesores, esforzándose por patentizar que el Doctor Angélico no elaboró un nuevo concepto del derecho, sino que se limitó a reproducir la doctrina impor-

(1) O. LOTTIN, O. S. B. *Le Droit Naturel chez Saint Thomas d' Aquin et ses predecesseurs*, 2.^e ed. Firme Ch. Beyaert, Editeurs Pontificaux Bruges (Belgique), 8, Rue Notre Dame. 1931, 132 págs. Prix: 27,50 frs.

tada del Derecho Romano; para lo cual hace un detenido examen de diversos textos de Santo Tomás en la Suma Teológica y en los Comentarios al Estagirita. Si el autor cumplió bien su cometido o se ha quedado a medias, es cuestión sobre la que volveremos muy pronto. Por ahora nos limitamos a dar una idea de la división del libro.

Avalora no poco el mérito de éste, el habernos dado a conocer su autor, en unos apéndices, que van de la pág. 105 a la 125 y en una letra diminuta bien que perfectamente legible, noticias de textos medioevales hasta la fecha inéditos, de indiscutible valor para los que se consagran a la ciencia del Derecho, preciosos veneros donde podrán saciar su sed de ciencia los que no tienen a mano tan ricos tesoros ni tienen posibilidad de dedicarse a la búsqueda de manuscritos. Entre esos textos inéditos que acaban de ver la luz pública merece honorífica mención uno de San Alberto Magno, intitulado «Summa de bono». Creemos no faltar un ápice a la verdad si afirmamos que estos apéndices constituyen lo más importante de la obra, sin que con esto pretendamos restar interés a las demás partes.

Nada serio tenemos que oponer a la doctrina que el autor expone en la primera y segunda parte de su obra. Salvo pequeños detalles que por su insignificancia fácilmente se disimulan, todo nos parece oro de buena ley y de subidos quilates. Pero no podemos ni debemos subscribir las afirmaciones que hace en la tercera y que constituyen la médula del libro; aquí hemos encontrado deficiencias que no pueden pasar desapercibidas. Su autor sienta como tesis que la doctrina jurídica de Santo Tomás descende en línea recta de los juristas romanos, cuya exposición abraza a ojos cerrados y para la que tiene todas sus simpatías, al revés de San A. Magno que desertó de ella. Francamente que nuestra miopía intelectual no nos permite ver pruebas fehacientes de esa tesis, y hasta creemos que en este punto concreto, maestro y discípulo, mantienen idénticos puntos de vista. Para ambos, la ley es una prerrogativa *exclusiva* de la criatura racional con lo cual echan por tierra la doctrina del derecho romano que distinguía dos clases de leyes naturales, una *común* al hombre con los animales que constituiría el derecho o ley natural propiamente dicha y otra, *propia* y *exclusiva* del hombre, que se designaría con el nombre de Derecho de Gentes.

Damos por supuesto que para dilucidar el pensamiento de Santo Tomás hay dos caminos o métodos.

El método *sistemático* y que pudiéramos llamar también *clásico*, consistente en determinar y fijar el sentido de la doctrina tomista valiéndose al efecto de los textos de la Suma Teológica y demás lugares paralelos, pero dando siempre preferencia a la Suma por ser la obra maestra del Santo, la que representa la madurez de su pensamiento y en la cual rectificó explícita o implícitamente conceptos emitidos en otras obras suyas. Ni que decir tiene que la labor de los comentaristas tiene aquí un valor irrefragable y en determinados casos, v. gr. tratándose de un problema de Filosofía o Teología Moral, el consentimiento unánime de ellos constituye de por sí una prueba sólida y verdadera.

El método *histórico* estudia a Santo Tomás y su doctrina en sus fuentes científicas, investigando el medio ambiente en que vivió, los elementos con

que contó y materiales de que dispuso, las luchas que hubo de sostener para mantener incólumes sus posiciones doctrinales, todo lo cual nos lleva como de la mano a plantear el problema de la originalidad del Doctor Angélico. Porque, evidentemente, cada uno es hijo de su época, y participa de sus preocupaciones científicas, a las que procura aportar soluciones. Santo Tomás no pudo substraerse a esta ley general, pues para nadie es un secreto que algunas de las cuestiones por él tratadas reconocen un origen puramente histórico y circunstancial. En síntesis, el espíritu científico moderno, que por todas partes se va infiltrando, exige esos estudios crítico-históricos. Pero quede bien sentido que el método *histórico*, por sí solo no puede decirnos la última palabra ni puede fallar en una discusión tomista, debe ir apoyado siempre en el *sistemático* si es que ha de lograr el resultado apetecido.

Pues apliquemos estas observaciones de carácter algún tanto general al caso concreto. Santo Tomás conocía indudablemente la doctrina de los juristas romanos referente a la naturaleza del derecho natural y de gentes. Pero ¿se solidarizó con ella? ¿La hizo suya? Creemos que no. Y para convencernos de ello no son necesarios muchos ratiocinios, nos basta este testimonio expreso del Doctor Angélico que dice así en su inmortal Suma Teológica. «*Etiam animalia irrationalia participant rationem aeternam suo modo, sicut et rationalis creatura. Sed quia creatura rationalis participat eam intellectualiter et rationaliter, ideo participatio legis aeternae in creatura rationali proprie lex vocatur; nam lex est aliquid rationis, ut supra dictum est; in creatura autem irrationali non participatur rationaliter; unde non potest dici lex nisi per similitudinem*» (1-2, q. 91, a. 2, ad 3.^{um}). Es decir, que la prerrogativa de la creatura racional está en conocer la razón de la ley eterna, y de ahí que solamente la participación de la ley eterna en el hombre puede llamarse *propia y rigurosamente* ley natural. De otra suerte ¿cómo justificaríamos, aplicada a los animales, la célebre definición tomista de la ley «*ordinatio rationis ad bonum commune, ab eo qui curam communitatis habet, promulgata*»? (1-2, q. 90, a. 4). Tal definición abarca toda clase de leyes, sin exceptuar la ley natural. Ahora bien, el animal ni puede ser sujeto *activo* de la ley, como es obvio, ni sujeto *pasivo*, porque no es capaz de obediencia; no es susceptible de leyes porque obra siempre determinado *ad unum* y la ley regula las acciones libres. Luego la ley, aplicada a los animales, es una palabra vacía de sentido y que no responde a nada real, es una ley en sentido metafórico, *similitudinaria*, «*non potest dici lex*—valiéndonos de una expresión muy familiar al Santo—*nisi per similitudinem*» (l. c.) Y en el mismo sentido se expresan invariablemente nuestros juristas del siglo de oro, fieles discípulos en esto de Santo Tomás de Aquino cuya autoridad invocan.

Los argumentos que invoca O. Lottin en apoyo de su tesis distan mucho de ser invulnerables. No nos explicamos por qué razón da preferencias a los Sentenciarios y en general a las primeras obras de Santo Tomás, desdeñando las últimas v. gr. la Suma que es la que tiene más autoridad y donde rectifica bastantes opiniones que sostuvo de joven en los Comentarios a Pedro Lombardo. Basta fijar la atención en el problema de la dispensabilidad de los preceptos del Decálogo. En el Libro de las Sentencias, S. Tomás afirma que Dios no puede dispensar en los preceptos de la primera tabla pero sí en los de

la segunda. Tesis que en la Suma modificó sosteniendo contra Escoto la indispensabilidad por parte de Dios de *todos* los preceptos del Decálogo, trátase de los que nos relacionan con Dios o de los que nos relacionan con nuestros prójimos.

Y los ejemplos podrían multiplicarse. En el libro aludido, Santo Tomás comentando la definición del Derecho Natural dada por los jurisconsultos «*ius naturae est quod natura omnia animalia docuit*», dice que hablando con todo rigor, *strictissimo modo*, derecho natural será aquel en que conviene el hombre con los animales; y en la Suma, como hemos visto, desecha esa teoría importada del Derecho Romano. ¿Cuál de los dos libros ha de tener más valor? Evidentemente el último, la Suma. Tal manera de proceder se basa en una de las reglas más elementales de la exégesis del pensamiento humano.

Menos garantías de acierto tuvo el autor de este libro al hacer hincapié en los Comentarios del Angélico a los Éticos de Aristóteles para salir adelante con su tesis favorita. Porque de la lectura atenta de ese pasaje (V Ethic., lect. 12), nosotros sacamos una impresión muy distinta. Santo Tomás habla siempre en tercera persona. Divide como Aristóteles el derecho en natural y positivo, pero acude a su memoria otro tercer miembro, que es el Derecho de Gentes, cuidadosamente distinguido por los juristas. Y, naturalmente, S. Tomás plantea la cuestión, ¿cómo encuadrar ese miembro en la división aristotélica? Y entonces EXPONE el Santo la doctrina del Derecho Romano. Por eso dice en dos ocasiones distintas y hablando en tercera persona: «*Juristae autem illud tantum dicunt ius naturale...*» «*Illud autem ius, quod consequitur propriam inclinationem naturae humanae in quantum scilicet homo est rationale animal, vocant juristae ius gentium*». Expresiones como las que acabamos de transcribir son altamente significativas, y desde luego bien a las claras indican que S. Tomás no hizo suya, ni mucho menos, la doctrina de los jurisconsultos romanos; se limitó a exponer su pensamiento. Y esa es la misión del comentador.

Y paso por alto los otros lugares de la Suma Teológica que el autor de esta obra considera favorables a su tesis, porque razonarlos nos llevaría muy lejos de nuestro propósito. Pero desde luego manifestamos nuestra disconformidad, porque no basta acumular textos de Sto. Tomás en un escrito cualquiera, hace falta algo más; es necesario explicarlos en función de otros sin desnaturalizarlos y deformarlos.

La raíz de todo ese desconcierto estriba, a nuestro juicio, en la demasiada independencia científica de que alardea el autor en el Prólogo de su libro. Porque no acabamos de comprender esa indiferencia por los comentaristas tomistas, ni por qué razón éstos pueden adulterar y desfigurar el texto del Angélico y los modernos no. Si a todo esto se añade el criterio del autor respecto al valor de las obras de Santo Tomás, cuestión que ya hemos tocado en las líneas precedentes, se comprenderá por qué el éxito no ha podido coronar su trabajo.

Y no queremos terminar esta reseña sin hacer otra consideración no desprovista de valor científico y que es un argumento *ad hominem* contra el autor. Según los juristas romanos la propiedad privada es de derecho de gentes y, por consiguiente, de lo que nosotros decimos derecho natural. Pues bien,

Santo Tomás se pone a sí mismo la objeción siguiente: Según San Isidoro, la posesión en común «*communis omnium possessio*» parece ser una exigencia del derecho natural «*est de jure naturali*». Y con todo—prosigue el Doctor Angélico—las leyes humanas han abolido semejante comunismo introduciendo la propiedad privada. Luego parece ser que la ley natural no es inmutable. Y ¿cómo suelta el Angélico la objeción? Pues muy sencillamente, restándole valor, toda vez que procede de un falso supuesto, de una mala inteligencia e incomprensión del aforismo escolástico «*secundum jus naturale, omnia sunt communia*». En concepto de Santo Tomás, ni el comunismo primitivo era de rigurosa ley natural, ya que no se puede asignar una relación necesaria entre el estado de inocencia y la posesión en común, ni la propiedad privada en el estado de naturaleza caída es un caso típico del derecho natural, sino del derecho de gentes, que se identifica con el positivo: «*secundum jus naturale non est distinctio possessionum, sed magis secundum humanum conductum, quod pertinet ad jus positivum*» (2-2, q. 66, a. 2 ad 1.^{um}). Para Santo Tomás, digan lo que quieran muchos modernos, la propiedad privada no es una imposición absoluta de la naturaleza ni una exigencia incondicionada de la ley natural, sino una cosa que depende de mnchas contingencias humanas, una forma histórica sujeta a evoluciones más o menos lentas; la propiedad privada, o si se quiere, el derecho de propiedad es el producto de una elaboración racional «*superadditur juri naturali per adinventionem rationis humanae*» (1. c.). Y en otra parte dice que la propiedad privada (distinctio possessionum) «*non est inducta a natura, sed per hominum rationem ad utilitatem humanae vitae*» (1-2, q. 94, a. 5, ad 3.^{um}). Si, pues, es de derecho positivo, está sujeta a cambios y mutaciones. Donde ya se ve que Santo Tomás no acepta la doctrina del Derecho Romano.

Esta última idea que hemos apuntado podría condensarse en este raciocinio que no admite réplica. La propiedad privada, según Sto. Tomás, es de derecho positivo. Pero la propiedad privada es un caso típico del Derecho de Gentes. Luego, según el Angélico, el Derecho de Gentes se identifica con el derecho positivo. Luego Sto. Tomás no acepta la doctrina de los juristas romanos. Y con esta observación damos por terminada esta reseña.

¿Quiere esto decir que en el libro que acabamos de examinar no hay ningún valor positivo? Nada de eso. Es un libro que debe figurar en la biblioteca de todos los amantes de la ciencia antigua y medieval, pues tiene conceptos muy bien expuestos sobre muchos problemas, aun cuando la tesis principal no podemos admitirla sin muchas cortapisas y explicaciones, que a la larga varían por completo su contenido. No nos dejamos llevar de impresiones de momento. La doctrina que sustentamos es a nuestro juicio muy antigua y muy arraigada para que se pueda abdicar de ella. Pero comprendemos que la inmensa mayoría de los autores modernos siguen la corriente del autor y todos pretenden tener al Angélico a favor suyo. Estas discusiones o discrepancias científicas, al cabo siempre resultan provechosas, pues son un poderoso acicate para penetrar el pensamiento de Sto. Tomás, y muchas veces de la discusión sale la luz. Pero hoy por hoy y después de la lectura de este libro, la impresión que se saca es que su autor no ha podido llevar a mi ánimo el convencimiento. Así que: *Audiemus te de hoc iterum*.

Otra vez está sobre el tapete la delicada cuestión de las relaciones entre la política y la moral. Actualmente debaten sobre ese problema P. Guy de Broglie y J. Vialatoux que sacó a luz una obra intitulada «Morale et Politique» (1) en que combate la posición de su adversario y trata de debilitarla.

En tres proposiciones puede resumir—según Vialatoux—la posición del P. de Broglie ante el problema de la ciencia política en sus relaciones con la ciencia moral:

1.^a *Separación y autonomía*; la ciencia política se coloca fuera de la órbita de la ciencia moral.

2.^a *Dependencia extrínseca e indirecta*; la ciencia política es independiente y autónoma en el orden especulativo, ahora que sus conclusiones no pueden aplicarse sino son examinadas por la moral.

3.^a *Dependencia intrínseca y directa*; no es posible la ciencia política como tal y no tiende a su propio objeto más que dentro de la esfera de la ciencia moral.

El P. de Broglie ha sostenido esas tres tesis y pretende mantenerlas simultáneamente, sin que por eso se comprometa la Lógica.

El juicio de J. Vialatoux es muy diverso, no sabe cómo atar esos cabos. Esas tres tesis le parecen incompatibles, al menos las dos primeras con la última. La primera—dice—y por tanto, la segunda nos parecen falsas. La tercera es verdadera con tal que se la defienda de las inculpaciones y graves cargos que pudieran hacersele, amparados en la primera tesis.

La crítica de J. Vialatoux nos parece justificada y muy puesta en razón. Una cosa es que haya *distinción* entre la Política y la Moral y otra muy distinta el que haya *separación*. Y esta no puede admitirse. Pero no entramos en ulteriores discusiones porque nos llevarían demasiado lejos. Al que quiera ahondar más en el tema de esa polémica, le recomendamos la lectura de la obra de Vialatoux; a buen seguro que le convencerá y disipará como por encanto todas sus dudas.

También los juristas de la vecina República se esfuerzan por basar sus producciones científicas en los grandes escolásticos, lo cual es muy consolador. La Escolástica, y su principal representante Sto. Tomás de Aquino, ven engrosar de día en día sus filas con elementos valiosos que en la lucha contra el error no ceden al enemigo ni un palmo de terreno. Uno de esos valientes soldados es sin duda alguna Suzanne Michel, Doctor en Derecho y autor de una obra que versa acerca de la noción tomista de bien común (2).

Ese trabajo está prologado por otra eminencia del Derecho, M. Georges

(1) JOSEPH VIALATOUX. «*Morale et Politique*», vol. III des «*Questions Disputées*» collection nouvelle publiée sous la direction de Charles Fournet et Jacques Maritain. Un vol. in-12 de 138 pages. 1931. Desclée de Brouvver et Cie. Editeurs, 76 bis. Rue Ves Saints-Pères, París (VII). Prix: 10 frs.

(2) SUZANNE MICHEL. «*La notion thomiste du bien commun*». Préface de M. Georges Renard. Librairie Philosophique J. Vriu, 6, Place de la Sorbonne, 6. París (V), 1932. In 8, 246 pages. Prix: 30 frs.

Renard, Profesor en la Universidad de Nancy. Lo más saliente en ese prólogo es el concepto que expone acerca del verdadero tomista, el cual no debe limitarse a ser un vulgar *repetidor* de las doctrinas de Santo Tomás. Debe ser algo más; el tomista de nuestros días ha de procurar *asimilarse* los elementos elaborados a través de los siglos, incorporándolos al sistema del Angélico e infundiéndoles la vida del sistema. También se muestra sensato al definir la originalidad que no consiste precisamente en romper los moldes antiguos y decir cosas peregrinas. Eso es bastardear su concepto; la originalidad verdadera es la que se nutre de la savia de la tradición.

S. Michel en la Introducción a su obra (2-12) expone muy hermosamente esos dos errores que se perpetúan a través de los siglos y que producen tan funestos resultados: el *Individualismo* y el *Estatismo*. Una teoría intermedia, que toma de aquellas dos lo que tienen de verdad y desecha sus errores, es la teoría del Bien Común, objeto de este trabajo.

S. Michel siente pasión por todo el bagaje científico que nos legaron nuestros antepasados y está muy lejos de aprobar ese desprecio que algunos sienten por la Escolástica. No puedo resistir a la tentación de transcribir un párrafo que puede servirnos de norma para nuestras investigaciones científicas y a la vez confirma lo que hemos dicho de cómo debe entenderse el Tomismo. «Limitándonos al terreno científico, no podemos en manera alguna recomendar esa pereza intelectual, que se encastilla en las viejas posiciones para dispensarse de conquistar otras nuevas; mas cuando los principios se han probado suficientemente, es absurdo abandonarlos con pretexto de que han pasado de moda. La verdad no envejece; es necesario apoyarse sólidamente en las verdades de ayer y de siempre para ir todavía más allá; la riqueza de la verdad es inagotable. Nada de estacionarse en esta materia, sino ensanchar el límite de nuestros conocimientos y remozarlos por confrontación del pensamiento antiguo con la mentalidad moderna» (pág. 8). Tal es el plan que preside a este trabajo; por donde ya se pueden conjeturar los éxitos. También es muy simpática la nota de catolicismo de que hace pública ostentación al fin de esta Introducción (págs. 10-12).

Pasa después a exponer el concepto de bien en general y las diversas clases de sociedades (págs. 15-28). Por cierto que el autor en un exceso de modestia hace repetidas protestas de que escribe para juristas y no para filósofos ni teólogos, a quienes pide indulgencia, pero estoy seguro que unos y otros tendrán mucho que aprender en esa exposición, o por lo menos no tendrán inconveniente alguno en subscribir las afirmaciones de S. Michel.

Con un dominio de la Lógica que no es cosa corriente ni mucho menos, y valiéndose del método de remoción, expone lo que no es el bien común. En una segunda sección nos da ya elaborado su concepto positivo que procura ilustrarlo con la doctrina de la materia y la forma según los escolásticos. La primera parte de su trabajo termina con un apéndice en que se compara la teoría tomista del bien común con la teoría moderna de la continuidad. Los que mediten con detención las ideas que corren por la primera parte de este libro, se darán cuenta exacta de la inanidad del Liberalismo en todos los terrenos y principalmente en el económico. Igualmente serán útiles estas páginas para entender debidamente cómo el Estado puede disponer de la vida de

los ciudadanos, con lo cual se disiparía una de las objeciones más especiosas que suelen oponerse a la legitimidad de la pena de muerte.

En la segunda parte hace S. Michel algunas aplicaciones jurídicas de la noción de bien común ya expuesta. Nos gusta sobremanera la aplicación hecha al derecho de propiedad, explicando la función *individual* y social del mismo. Ya antes había abordado este tema con decisión y competencia sentando como principio básico que el derecho natural no impone ni el comunismo ni la propiedad privada, la cual es un postulado del derecho positivo.

Termina esta segunda parte con un estudio acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que se resume en estas tres tesis, a) autonomía, b) interdependencia y c) preeminencia por parte de la Iglesia. Hay puntos muy bien razonados; el que los medite atentamente podrá formarse idea exacta de muchos problemas de actualidad, v. gr. la libertad de cultos, ateísmo del Estado y otros por el estilo.

S. Michel no es, a juzgar por este trabajo, un jurista adocenado; su obra pasará a la posteridad.

No quiero cerrar este Boletín sin llamar la atención de nuestros lectores sobre el cáncer de la civilización moderna, el divorcio. La sociedad civil está herida de muerte, atacada en su centro vital, la familia. Triste realidad, pero al fin realidad tremenda y que se impone por su evidencia. Imposible disimularla. Las estadísticas del divorcio son aterradoras; acusan la presencia de una enfermedad endémica que va sembrando la muerte por doquiera que pasa. Enfermedad traidora que insensiblemente va minando los fundamentos y las columnas del orden social. Esa plaga de la humanidad se presenta con caracteres verdaderamente alarmantes en los Estados Unidos de América. Es la nación que da mayor contingente de divorcios, si se exceptúan Méjico y Rusia.

Esa es la tristísima impresión que se saca de la lectura de un artículo de Albert F. Kaiser (1) que vió la luz pública en una revista yanki y cuyo título será así: «THE SHATTERED HOME. *The nightmare of divorce in America*».

Los puntos que toca el articulista se refieren a la influencia que ejercen en el divorcio las doctrinas protestantes, a la legislación canónica, tanto antigua como moderna, condenando en absoluto el divorcio, a la facilidad con que las leyes civiles lo permiten, a sus causas y a las fatales consecuencias que de él se originan.

Por lo que se refiere a la evolución e incremento del divorcio cita el articulista el testimonio de una escritora, según la cual en 1870 eso era considerado como una desgracia; en 1880, como una calamidad; en 1890, un infortunio; en 1900, un perjuicio; en 1910, una costumbre; en 1920, una cosa ordinaria, y en 1930, una verdadera necesidad.

En Estados Unidos el número de divorcios es excesivo, y raya en lo fabuloso, pues se calcula en unos 200.000 por año, cuando Japón sólo llega a unos 50.000. Los diez Estados que arrojan mayor contingente de divorcios son Te-

(1) En *The Ecclesiastical Review*. 1722 Arch Street, Philadelphia. Vol. 86, n. 5, May, 1932.

xas, 18.073; Illinois, 15.703; Ohio, 14.643; California, 14.431; Missouri, 10.089; Michigan, 10.531; Pennsylvania, 7 957; Indiana, 7.885; Oklahoma, 7.762; New-york, 5.293.

De unos cuarenta años a esta parte la peste del divorcio va aumentando en proporciones verdaderamente alarmantes. He aquí unos datos tomados de la citada revista, y que se refieren a los Estados Unidos:

AÑO	NÚM. DE MATRIMONIOS	NÚM. DE DIVORCIOS	TANTO POR CIENTO	A RAZÓN DE...
1890	542.537	33.461	5'9	1 por 16'2
1900	685.274	55.751	7'9	1 por 12'3
1906	853.290	72.062	8'2	1 por 11'84
1916	1.070.684	114.000	10'6	1 por 9'43
1924	1.184.334	170.952	14'4	1 por 6'88
1927	1.201.053	192.037	16'0	1 por 6'25
1929	1.232.559	201.468	16'4	1 por 7'12

Basta pasar la vista por estas estadísticas para convencerse de los males inmensos que se originarán de tan subido número de divorcios. El articulista enumera algunos de esos males al fin de su trabajo: «Se destruye la vida doméstica; se viola el santuario del amor familiar y conyugal; desaparece la obediencia filial y se extingue por completo el respeto a las leyes divinas y humanas».

En realidad, las naciones que permiten semejantes enormidades, se labran su infortunio y tarde ó temprano se suicidan.

Salamanca.

FR. JOSÉ MARÍA PALACIO

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

NADA hay más hermoso y seductor en el orden político que una democracia. La nación, dueña de sí misma y de sus propios destinos, en el orden puramente temporal, que es de lo que se trata, se gobierna por sí misma, con sus propios elementos seleccionados, sin estar supeditada a ninguno de ellos en particular, sea éste una clase social cerrada, sea una dinastía.

Libertad de pensamiento (entiéndase siempre y sólo en lo humano y discutible), libertad de imprenta, libertad de propaganda, libertad de asociación, libertad de enseñanza, libertad de trabajo, libertad de sufragio, sufragio universal para elegir todas las magistraturas, para ser elegidos los mejores y los más sabios ciudadanos, para que éstos, sin trabas ni prejuicios, recojan el *sentir nacional*, reflejo de las necesidades públicas, para que lo conviertan en leyes justas, estables o cambiantes, según el progreso o la evolución de los tiempos... qué hermosura, qué temas y visiones de seducción para la elocuencia blanca, incomparable y riquísima de Castelar, el último cisne de una democracia sincera, aceptable, en lo humano, que apenas nacida murió en sus brazos, y a la que sobrevivió, irremisiblemente decepcionado, para cantarle las más tristes elegías ovidianas. Murió deshecha aquella *forma republicana*, dentro de la cual se había querido encarnar la democracia más pura, y resucitó después, en su esencia, en la restauración monárquica de la Constitución del 76 y de las leyes complementarias de años sucesivos.

Por eso, resignado, decía el gran tribuno en un discurso de 1888:

«Ya no hay grandes temas y no puede haber grandes oradores; la abolición de la esclavitud, la libertad religiosa, la enseñanza libre, el servicio obligatorio, el sufragio universal..., todo lo hemos agotado».

En efecto: las fórmulas democráticas, el viejo liberalismo, están agotados. ¡Qué hermosa es la Democracia, pero qué difícil es encarnarla en la realidad! Ni bajo la Monarquía, ni bajo la República. Ahí están los hechos, ahí está la Historia. Porque para dar vida floreciente y fructífera a la Democracia y al ejercicio de todas las sanas libertades, se necesita *un pueblo culto y orde-*

nado. Y es tan difícil o más encontrar o formar un pueblo culto y odenado, que un Jefe absoluto de Estado omnisciente y omnipotente.

Por eso las democracias, en las circunstancias corrientes, degeneran en *demagogias* y resbalan hacia la tiranía unipersonal o pluripersonal, que para el caso es lo mismo.

Nuestra segunda República, de una democracia extrema, alquitarada y exquisita en cuanto a la forma constitucional (sin meternos en algunos de sus principios que reprobamos), nació con la dura y amenazante armadura de hierro de la *ley de defensa de la República*, y todavía no existen en la realidad de la vida social ni la libertad de pensamiento, ni la libertad de imprenta, ni la libertad de propaganda, ni la libertad de asociación, ni la libertad del culto, ni la libertad de enseñanza, ni la libertad del trabajo... Masas enormes de pueblo se hallan, casi desde el primer momento de la proclamación de la República, en creciente rebeldía; divorciadas ya de esta segunda República, invocan la que llaman *tercera República* comunista, soviética o libertaria, y aprietan cada día más el cerco para el asalto. Nuevos incendios aislados, robos, saqueos, asaltos a mano armada, agresiones personales, movilizaciones huelguísticas, en una palabra, una situación igual o peor que la de los meses anteriores a la caída de la Monarquía el pasado año, o los anteriores a la proclamación de la Dictadura el año 23. Todo por carecer de un pueblo culto y ordenado, no preparado aún para la Democracia.

¡Ah!, ¿por qué liberales, republicanos y socialistas, logrados los objetivos a que se refería Castelar, no se consagraron a educar, morigerar, organizar y mejorar económicamente al pueblo, en vez de inflamarle en ilusiones inasequibles, como ahora estamos viendo? ¿Por qué nosotros, los católicos, no nos hemos acercado también a ese *pueblo* desgraciado, para darle el *pan y catecismo* de la doctrina cristiana, frase que se ha tenido siempre en la boca desde hace muchísimos años, pero que no se ha hecho efectiva de la manera universal, sistemática y ordenada que demandaban y demandan las circunstancias, desde cada una de las cristiandades vivas de toda la nación, saliendo del cogollo de las grandes poblaciones a los suburbios míseros e infectos, y de las grandes poblaciones a las aldeas, a las alquerías y cortijos, a las barriadas fabriles, a las casuchas o buhardillas en donde creció y crece una inmensa población totalmente abandonada a sí misma en lo espiritual y material? ¿Por qué no hemos agotado los ruegos, las persuasiones y los anatemas cerca de las clases elevadas y patronales, con cuyo único objeto debieran visitarse sus palacios y moradas suntuosas, para que cumplieran al día sus deberes de justicia y caridad, aunque fuera *sacrificando* (!) lo mucho que daban a lujos, placeres, no siempre honestos, a continuas y aparatosas ostentaciones, todo a la vista de una *servidumbre* con alma, hija del pueblo? ¿Por qué, en los grandes centros de educación de los hijos de los ricos, no se ha formado, en tantas generaciones pasadas, una *conciencia cristiana robusta*, viril, en la que las *obras* de justicia y caridad hacia el prójimo desvalido, han de parearse o superar a las *prácticas* de un culto excesivamente formulario y ritualista?

Todo se esperaba del Gobierno, de los maestros nacionales, de las grandes funciones y aparatosas *manifestaciones* de la fe religiosa, y en último

término, de la Guardia civil y del Ejército. ¡Qué engaño, qué ilusión tan grande!

Pues bien; ese pueblo abandonado a sí mismo, ahí está a la puerta, riéndose sarcásticamente de la democracia y viviendo en plena *demagogia*. Ni liberales, ni republicanos, ni socialistas gubernamentales, ni católicos... pueden contenerlo; el cerco de hierro se va estrechando. Los primeros, a sabiendas de que prometían lo imposible, en la forma en que lo prometían, soliviantaron al pueblo para hacer la Revolución, una revolución de forma política, ante todo, en la que la mayoría de los revolucionarios dirigentes habían de quedar satisfechos y sosegados. Pero el pueblo, la gran masa de dirigidos, van al fondo de las cosas, como van los instintos, exponentes de las grandes necesidades, y el pueblo se siente totalmente defraudado, y con fiera meridional española, se rebela contra todos los individuos y partidos que, por fas o por nefas, *no le dan de comer*. La ruptura es completa y parece definitiva, desde Madrid a Barcelona y desde la Coruña a Cádiz. La lucha y las inquietudes consiguientes han dejado de ser *políticas* para convertirse en francamente *sociales* de carácter *comunista*, soviético o libertario. El peñasco de la montaña cuando está sólo removido puede fácilmente contenerse, pero una vez desprendido, rueda vertiginosamente por la pendiente hasta llegar a estrellarse en el fondo. El choque violento parece inevitable entre los elementos sociales gubernamentales, fuera minucias políticas, y los *dos millones* de obreros comunistas y anarco sindicalistas, si los primeros no toman con tiempo las posiciones convenientes.

Esta es la situación de España, no muy distinta de la situación de Alemania, con su régimen y Constitución modo o en crisis, de la de Inglaterra, de la de Bélgica y varias repúblicas hispanoamericanas. Añádase a esto la lamentable y reconocida crisis en que se encuentra la *Sociedad de Naciones* y el cercano peligro de una nueva guerra europea, por la tirantez de relaciones de Italia con Francia y de Francia con Alemania (conflicto en que, al parecer, tratan de envolvernos ahora), y dígame si no ha llegado la hora de poner en actividad todas las energías anímicas que da el Cristianismo, intensamente vivido en las *obras*, y con gran espíritu de sacrificio, para salvar a la Humanidad de la nueva barbarie que la amenaza como tantas otras veces la salvó en circunstancias análogas.

LOS SUCEOS DE AGOSTO. Por eso no es extraño que aquí, como en otras partes, pese a la hermosura de los principios y de las formas democráticas, brote y circule el anhelo de un gobierno fuerte, más o menos dictatorial, sea de tipo gubernamental o como sea, que mantenga el orden y ofrezca siquiera las mínimas condiciones de vida a todos los ciudadanos en medio de esta casi universal rebeldía.

Así parece que prendió esta idea en los elementos militares y civiles que, en la madrugada del 10 de agosto, se sublevaron contra el Gobierno en Madrid y Sevilla, permaneciendo esta última capital bajo la autoridad suprema del general Sanjurjo (antiguo colaborador del general Primo de Rivera) durante veinticuatro horas. Esta revolución o contrarrevolución no encontró eco

suficiente en el país, y fué fácilmente disipada, siguiéndose terribles, aunque no sangrientas, represalias.

Aparte las penas carcelarias de rigor, impuestas a un número considerable de supuestos complicados, en su casi totalidad monárquicos, por creerse la sublevación de ese carácter, se impusieron otras penas, expresamente abolidas por nuestra Constitución democrática, como la suspensión de 115 periódicos (art. 34), el extrañamiento a más de 250 kilómetros (art. 42) y la confiscación de bienes (art. 44). Bien que algunas de estas mismas penas fueron igualmente aplicadas a los revolucionarios de extrema izquierda, razón por la cual, aparte su ideario, han roto definitivamente con el Gobierno y con todos los partidos que forman su mayoría parlamentaria.

Sólo a título de documento histórico, y tomándolo de los periódicos que lo publicaron, vamos a reproducir algunos párrafos del *Manifiesto* con que los insurgentes del 10 de agosto pretendían justificar su desgraciada rebeldía:

•Españoles: Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y nos mueve a procurarla. No hay atentado que no se haya cometido, abuso que no se haya perpetrado ni inmoralidad que no haya descendido a todos los órdenes de la Administración pública para provecho o para el despilfarro escandaloso. La fuerza ha sustituido al derecho, la arbitrariedad a la ley, la licencia a la disciplina. La violencia se ha erigido en autoridad y la obediencia se ha rebajado a la sumisión. La incapacidad se impone donde la competencia se exhibía. El despotismo hace veces de valor y de honor la desvergüenza. Ni los braceros del campo, ni los propietarios, ni los patronos, ni los obreros, ni los capitalistas que trabajan, ni los trabajadores ocupados o en huelga forzosa, ni el productor, ni el contribuyente, ni la industria, ni el comercio, ni el profesional, ni el artesano, ni el empleado, ni los militares, ni los eclesiásticos, nadie siente la interior satisfacción de la tranquilidad de una vida pública jurídicamente ordenada, la seguridad de un patrimonio legítimamente adquirido. La inviolabilidad del hogar sagrado, la plenitud de vivir en el seno de una nación civilizada; de todo este desastre brota espontáneamente la rebelión de las almas que viven sin esperanza.

No nos impresiona la emoción de la violencia dimanante del dramatismo de un levantamiento para el triunfo del pueblo. Las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura dondequiera que prevalezca la justicia y el derecho; pero no es justicia ni derecho donde prevalezca la tiranía, medios justificativos que copiamos de la revolución que se hizo en abril de 1931. Momentos mucho más desdichados que aquéllos fueron otros de año y medio de sectarismo tiránico de la economía nacional, que ha sufrido el quebranto de miles de millones; se ha hecho mofa y escarnio en el Parlamento de lo más fuertemente arraigado en la mayoría de los españoles; se han destrozado los organismos de defensa el insultado groseramente a los cuerpos armados; ha aumentado la criminalidad de modo alarmante. El paro forzoso, extendido en proporciones aterradoras, tiene en la miseria a muchos miles de obreros. No se ha tenido en varios meses ni un día de sosiego y tranquilidad, con el sobresalto constante del incendio, huelgas revolucionarias, robos, atracos y amenazas. Las leyes de excepción nos privan más que nunca de los derechos ciudadanos, y por si éstos y otros males fueran pocos, se han alentado imprudentemente los sentimientos de varias regiones y envenenando aspiraciones que podían ser legítimas en su origen, poniendo en peligro inminente la integridad de España.

Por amor a España y por imperativos de nuestra conciencia y de nuestro deber, que nos obliga a salvarla de la ruina, de la iniquidad y de la desmembración, acepta-

mos desde este momento la responsabilidad de la gobernación del país y asumimos todas las funciones del Poder público con el carácter de Junta provisional. Las Cortes, que eran ilegítimas en su origen por el régimen de terror en que fueron convocadas y erigidas, y facciosas por la prorrogación de sus funciones a extremos ni siquiera consignados en su propia convocatoria, han sido disueltas. No venimos, sin embargo, a imponer un régimen político contra la República, sino a libertar a España de la alarma, que sólo en un año ha ocasionado daños tan gravísimos en lo material y en lo moral. La forma en que los poderes del Estado han de organizarse se determinará por la representación legítima de todos los ciudadanos designados en elecciones que se celebrarán en un régimen de libertad, sin amenazas ni coacciones que impidan manifestarse libremente la voluntad individual de los electores.

Como se ve, el Manifiesto indica que el movimiento se hacía dentro de la República y sin el menor indicio de restauración monárquica, cosa que, evidentemente, rechazan las masas obreras movilizadas y dueñas de la calle, que son la mayoría despierta del país. En estos últimos días, la Prensa, especialmente *El Socialista*, ha hablado de concomitancias entre los jefes de la rebelión y algunos destacados prohombres de la República.

Estos acontecimientos y el fondo que han removido y revelado, nos parece que han contribuido no poco a cambiar la situación y el rumbo del Gobierno y aun de todos los partidos gubernamentales. La República, a nuestro juicio, que procuramos sea imparcial y objetivo, se ha consolidado como simple forma de gobierno, prescindiendo de otras consideraciones. La restauración monárquica, con la perspectiva de *Cortes no soberanas, o por lo menos, cosoberanas* (esencia del *liberalismo político* defendido por muchos católicos y ferozmente combatido por los llamados *antiliberales*—antiliberales en el sentido dogmático lo somos todos los católicos—), no tiene arraigo, no despierta emoción y entusiasmo en la masa general, ni intelectual ni popular, de la actual sociedad española. Creemos un deber riguroso de conciencia el manifestarlo como lo sentimos, para contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a la formación de la nueva mentalidad católica de España, que Dios quiera que sea un poco más despierta y avisada y un poco menos aérea y fantástica que la que nos trajo a esta ruina. Aunque nos cueste algún disgusto, aunque disgustemos profundamente a algunos respetables sectores y a muchos amigos.

La restauración monárquica lleva consigo inherente la institución privilegiada de determinadas clases sociales, idea que repelen con la violencia del instinto las clases desheredadas y pobres.

Las fuerzas actuantes, sumamente vigorosas, de la sociedad española, van *disparadas* a sus objetivos, de los que han hecho una religión y un culto con una fe ciega; objetivos que habrán de alcanzar por más o menos tiempo, o contra los que habrán de estrellarse si se oponen las debidas resistencias o se les gana de flanco la partida en legítimo parlamento.

Lo primero, la resistencia de frente, corresponde al Gobierno; lo segundo, la transación bien estudiada, orgánica y previsor, corresponde a las fuerzas sociales directamente afectadas que dirigen la Economía nacional y a aquellas otras fuerzas proletarias que no participan del ideario marxista y revolucionario y que no es tan difícil seleccionar y derivar hacia un terreno de ra-

zonables contratos de trabajo en que se condicionen posibles y no mezquinas mejoras.

Creemos sinceramente que el Gobierno actual, por la fuerza temerosa de las cosas, frena aquella su antigua y desaforada máquina de sudexpres soberbio y alocado, sencillamente porque no puede dar alcance ni cortar el paso a ese otro tren-quimera en que van volando las masas extremistas. Han de comprender los actuales gobernantes, sean los que sean, que, si para hacer la revolución, echaron mano de todos los medios, emplearon todos los sofismas y mentiras, soltaron todas las jaurías hambrientas, azuzándolas y señalándolas por botín de caza, no las presas de buen derecho, sino el saqueo de las entrañas de la madre Patria, mas la consecución de paraísos imposibles, hoy, con todo el peso de la responsabilidad, no ya nacional sino internacional, y en vista de la insumisión de esas turbas que ya cuentan con otros jefes y jerarquías completas para ocupar el Poder, no pueden dar un paso más de avance sin caer en los propios brazos de sus irreconciliables enemigos. En cambio, saben muy bien, por toda la Historia pasada y aun por la de estos mismos días, que las fuerzas netamente conservadoras de la sociedad, especialmente si son religiosas y cristianas, en los momentos de grandes peligros, como estos en que ahora estamos, son las primeras que, abnegadamente, se ponen al lado de la Autoridad pública, sea la que sea, aunque de ella hayan recibido muchos agravios, cosa que ya no pueden esperar de los enemigos declarados.

Por todos estos motivos, y sean cualesquiera los gestos y las durezas verbalistas y aun los actos de los elementos gobernantes, yo creo que el Gobierno actual de la República se sitúa en una posición de centro, hasta cierto punto esperanzadora. Lo abonan las condiciones personales del Jefe del Gobierno.

EL SEÑOR AZAÑA.

El Sr. Azaña, pálido y frío de cuerpo y al parecer de alma, es un cerebral, un cerebral del Ateneo, y dicen que es el único o principal valor que ha destacado la República, y adelantan que recuerda al Cánovas de la Restauración, al Canalejas del nuevo liberalismo y al Primo de Rivera de las tendencias dictatoriales para forjar una nueva Patria. Duro, hosco y tajante, es lo cierto que parece tener a todos los republicanos metidos en un puño.

Pronunció en Santander el 30 de septiembre el más importante de todos sus discursos, en el que dijo muchas cosas que pueden ser un guión para la política futura. Entre otras contó este sucedido:

«Una vez me vino a pedir un cacique—¡cacique tenía que ser!—de una provincia castellana, no sé qué cosas: una carretera, una cárcel... «Ya ve usted, señor presidente, cuando vino Primo de Rivera, yo fui el primero que dirigió la Unión Patriótica, y el 14 de Abril fui el primero que aclamó a la República». Y todo esto se hace por un camino vecinal! (Grandes risas.)

Esta anécdota, así recogida y contada, da a entender que al talento indiscutible del Sr. Azaña no se le oculta que a todos o a la mayoría de los españoles que actúan en la política (y no digamos los que no actúan) les son completamente indiferentes las formas de gobierno y que mande Pedro o mande

Juan, con tal que manden regularmente bien, con tal que hagan carreteras, caminos vecinales, ferrocarriles, etc. etc., y proporcionen otras cosas de más substancia y provechos personales, y, miel sobre hojuelas, si sobre esto se les da un buen cacicato. ¿No va a estar seguro el Sr. Azaña de que todas o la mayor parte de las revoluciones políticas obedecen a estos imperativos asaz pro-saicos?

Por eso tienen gran valor significativo estas palabras que habrán sonado a crueldad en muchas oídos:

«El partido de Acción Republicana jamás será un partido de amigos, ni mucho menos un partido de amigos del Sr. Azaña. El jefe del Gobierno me lo ha dicho a mí confidencialmente, y yo lo creo. (Risas y aplausos.) El jefe del Gobierno, en política, no tiene amigos, ni los quiere. La amistad acaba antes que la política o empieza después que la política. (Muy bien. Aplausos.) La mayor desdicha de un gobernante o un hombre público que quiere hacer algo útil a su país son sus amigos. (Aplausos.)

Nosotros, el partido de Acción Republicana, tenemos correligionarios, cooperadores, compañeros; amigos, jamás. Y lo que nosotros podemos esperar, los unos de los demás, es la estimación a que nos hagamos acreedores por nuestros servicios en favor de la República. Y no otra cosa.

De mí, ni dentro del partido ni fuera de él, nadie puede esperar nada, absolutamente nada. (Fuentes aplausos.) Un apretón de manos cuando nos separemos después de haber cumplido con nuestra obligación y un buen recuerdo de colaboradores y compañeros en la tarea, pero nada más. (Se reproducen los aplausos.)

El que esté dispuesto a militar en estas condiciones dentro de Acción Republicana tiene abierta la puerta; el que no, inútil que llame a ella, porque no se le abrirá. (Muy bien.)»

Pero no podrían extrañar estas palabras a quienes hubieran leído estas otras, escritas en 1930 en el libro «Plumas y Palabras» (pág. 191 y sgts.)

Mi propensión a lo absoluto no me deja ser misericordioso: a un axioma abstracto intemporal, subyugaría mil libertades particulares. Tiranía inexorable porque no es desorden del temperamento, sino rigorismo extremado de la inteligencia, ofendida de no ver las cosas gobernarse por lo que manifestamente es verdad. Me place lo que se razona, refiriéndolo a un canon bien demostrado: no lo que vale por su fecha o por sus facciones singulares. Arqueólogo, ni pensarlo. Prefiero levantar hoy un discurso sobre datos que pueden ser erróneos, al acarreo de materiales, para que otro, más dichoso, discurra mañana en mi puesto.»

«Del mundo moral, como estoy exhausto de compasión, me importa, a lo sumo, lo que conviene al mayor número, o a todos, no lo que le cumple a Fulano.»

Terribles aparecieron sus conminaciones sobre rigurosa aplicación del artículo 26 de la Constitución sobre las Congregaciones religiosas. Y aún se propaló por determinados sectores, con insistencia sospechosa, que iba a haber nuevas disoluciones de Ordenes religiosas.

«Yo lo siento mucho; pero sobre este particular no admito equívocos. Yo estoy resuelto a cumplir, sin quitar un ápice, el precepto constitucional.

Parece que esto no dice nada; y, en efecto, no es feliz la expresión de afirmar que uno está resuelto a cumplir un precepto constitucional. Evidente, no es ese el conte-

nido de la frase. Es que en la aplicación del artículo 26, como en todos los artículos de la Constitución, pero sobre todo en éste, podrían haber oscilaciones de carácter político, términos medios, aplazamientos, envolturas, de una política que permitiese hacer que hacemos o contemporizar con los sentimientos que se opongan terminantemente al texto constitucional. Y cuando yo digo que estamos resueltos a cumplir literalmente la Constitución, quiero decir que con nada de esto pienso transigir, (Muy bien: aplausos.)

Eso parecerá un sectarismo; seguramente que a mí me llaman sectario en todas partes. Yo no rechazo el calificativo de sectario; todos somos un poco sectarios con nuestros propios pensamientos. Yo no conozco a nadie que esté dispuesto a guiarse por el pensamiento del vecino de enfrente, y en política, donde las cosas pierden matices, pierden sensibilidad cuando se convierten en acciones o en obras de Gobierno, donde hay que dar a las ideas y a los programas una hechura de flecha triangular y penetrante, no es posible dejar a salvo todos aquellos matices del pensamiento o del sentimiento que, sin restricción alguna, cada cual podemos llevar dentro de nuestro espíritu.»

Es verdad que el señor Azaña dice de sí mismo que «perdió la fe y la caridad» y que su *clerofobia* nació «oyendo en un teatro un concierto de música sagrada, y viendo al director de la orquesta retorcerse como un poseído y enseñar los zapatos y los pantalones bajo los vuelos agitados de su sotana». Pero estos motivos no son tan hondos, sino mucho más epidérmicos, como los que señala el ilustre y venerable patriarca de las letras españolas, profundo pensador y psicólogo, y cristiano piadoso, don Armando Palacio Valdés, en su reciente y bellísimo artículo *Iconoclastas*, publicado en *El Debate* del 15 del corriente, para explicar la epidemia de incendiarios jovencuelos o niños mayores que nos ha caído ahora en España para vergüenza de la cultura. Ese nefando prurito pasará.

No creemos en una persecución religiosa más apretada, a no ser la que venga con la irrupción comunista, que, en este caso, barrería al señor Azaña lo mismo o con más furor que al último sacerdote.

Nos inducen a sospecharlo sus invocaciones a la «España grande», a la reorganización del Ejército (si bien esto es interpretado como preparación para una alianza con Francia por si estalla la guerra entre esta nación y sus enemigas) y a la unión o federación de todos los grupos republicanos fuera de la estrechez de los partidos; y sobre todo, lo barruntamos a través de los últimos párrafos del discurso:

«Si conjugamos, como decía antes, todo lo que yo acabo de exponer en este discurso, veréis que nuestra preocupación es *mantener a España íntegra en su forma histórica actual*. Quiero decir el solar, la población, los sentimientos nobles, elevados; eso es intangible.

Para mí, revolucionario y todo, yo *no he renegado de una sola cosa noble de mi país, y todos los valores espirituales españoles que yo he aprendido a encontrar y a venerar y a amar, están prendidos en mí como pueden estarlo en el más tradicionalista español*; justamente este conocimiento directo y esa emoción personal delante de las cosas españolas auténticas, no delante de sus falsificaciones monárquicas y dinásticas, es lo que me da a mí el resorte violento, irresistible, brutal para arrojarlo con toda la máscara que ha estado cubriendo de ridículo y de espanto a toda España. (Gran ovación.)

La revolución y la República significan esencialmente la destrucción de todas las cáscaras superpuestas sobre la roca viva española; sobre esa roca viva, sobre esos manantiales españoles es donde nosotros tenemos que edificar y donde nosotros queremos beber, y el que no sepa edificar allí o no sepa gustar el sabor de las fuentes españolas, que se dedique a otra cosa, no a la política, porque de política no entiende nada; porque todos los hombres que estamos en la República y que hemos contribuido, aunque sea de una manera insignificante, a traer la República, necesitamos de la patria republicana para poner a nuestra acción un fondo noble donde se refleje la silueta de nuestra obra, porque si no, ¿a dónde iríamos a parar?»

Logrado el Poder, por los medios que sean, con los fines personales que difícilmente pueden ocultarse (todas las revoluciones modernas las han hecho los *dos proletariados*, el de la intelectualidad pobre y postergada y el del trabajo manual), los gobernantes se ven forzados todos a gobernar poco más o menos de la misma manera, en un sentido relativamente conservador. Así le está pasando a Herriot, así le ocurrió a Mac Donal, así le ocurre al propio Azaña a medida que se adentra en la realidad. Así fué letra casi muerta para la efectividad de la vida la Constitución de Cádiz, la Constitución de la primera República, y ya estamos viendo lo que pasa con la vigente. ¿No está repitiéndose la política de Martínez Anido, el calumniado, en el gobierno civil de Barcelona y en el Ministerio de la Gobernación de Madrid? Unos a otros se hacen buenos. Las realidades mandan.

Quiero terminar este capítulo con una cita que me parece muy interesante.

En los primeros meses de la primera República, en pleno idilio republicano, el racionalista e incrédulo D. Nicolás Salmerón, dirigía como un ruego suplicante a la Iglesia católica y al clero, tantas veces escarnecido, para que intensificasen en España su misión espiritualizadora. Se sentía ya conservador. En el prólogo que escribe para el libro de Tiberhgien, *Estudios sobre Religión* (pág. XIV), dice el penúltimo presidente de la primera República:

«¡Ah qué misión tan noble la del clero católico de España, si en vez de sembrar, como la inmensa mayoría de sus representantes lo hacen, el odio contra el Estado... se aplicase con su palabra y su ejemplo, a la austera predicación del deber y a la de la caridad y buenas obras. Si la voz de sus pastores no resonase con el nefando acento de la maldición y del encono, sino como un eco santo de los cielos, que consolase al triste, esforzase al débil, atajase al soberbio, sanase al enfermo de cuerpo y de espíritu, enfrenase la procacidad de las pasiones y despertase en los ánimos rencorosos, con el sentimiento de Dios, el respeto y amor entre los hombres!»

Y así tiene que ser y así será. Francia, que ha pasado por todas las fases del anticlericalismo más agudo, experimenta hoy un gran renacimiento cristiano y un Gobierno tolerante, no obstante la vigencia de sus leyes secularizadoras.

LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS. Esta posición, relativamente conservadora, en que han tenido que colocarse, hora por hora, el Gobierno y los partidos gubernamentales, incluso el socialista, so pena de entregar el mando a las turbas y proclamar el reinado legal de la

anarquía y el caos, produjo, día por día también, el desplazamiento de las masas obreras insatisfechas, cada día más acosadas por el *pavor forzoso* y el *hambrec*, hacia los idearios y jefaturas más extremistas del comunismo y anarcosindicalismo. ¿Diferencias esenciales de ideas? No, porque a unos y otros sectores les inspira la misma doctrina marxista de abolición de la propiedad privada y de las clases poseedoras. Sólo les diferencian, como a los antiguos partidos liberales de la Monarquía y a los actuales de la República, una cuestión de grado, de táctica, de procedimientos más o menos acelerados o violentos, y, sobre todo, una cuestión de *jefaturas*. La masa obrera, cada día más dolorida, más agitada y más *desorientada*, fluctúa y va y viene de un lado para otro, como el enfermo que se revuelve en su lecho sin encontrar la salud, pero siempre inclinándose hacia lo desconocido o no experimentado. Experimentó la Monarquía, está experimentando la República, y como no encuentra su dicha, siente la atracción fascinadora de lo no usado, de lo caótico y extraordinario, del caos, en una palabra. Y nunca faltan sirenas que llaman al abismo.

Prueba de esta confusión en que se encuentra la masa, entre otras que pudieran aportarse, es este trozo de carta que un amigo, de la provincia de Toledo, escribe a otro de Madrid:

«Solamente dos letras le pongo para que tenga conocimiento de la marcha política del pueblo tan célebre por sus hechos revolucionarios como es la villa de Don Fadrique; significándole, en primer lugar, que de *mil vecinos* que tiene de habitantes, *ochocientos* son comunistas de pura cepa; participándole que todos ellos son *propietarios*, unos en mayor escala que otros, pues en ocasiones que he tenido de hablar con ellos, me han demostrado un desconocimiento grande de esta materia, pues su única ilusión es *hacer capital a todo trance*, todo lo contrario a su doctrina... Los guardias que están aquí tienen que estar con mucho cuidado, les odian mucho, en particular las mujeres, pues son muy indómitas, más que los hombres; y en la mayoría de los pueblos toledanos está infiltrada la ponzoña comunista en cantidad muy arriesgada (sic), constituyendo un peligro para el día de mañana.» ¿Se entiende?

Lo peor es que, ahora, como en el anterior régimen, las fuerzas y elementos llamados a atajar esa locura, van en pos de ella con alardes de los mismos radicalismos, al menos de palabra y de concepto, en vez de ahincar en los problemas sociales concretos, cerrando el paso a la desmelenada fantasía, forjadora eterna de mundos irrealizables.

Así acabamos de ver al *Partido Socialista*, que ahora en la República ocupa el lugar que el conglomerado republicano ocupaba en la Monarquía, debatirse en su reciente Congreso sobre el difícilísimo problema de la colaboración o no colaboración con el Gobierno.

Colaborar con el Gobierno es aliarse con la burguesía capitalista a la que pretenden aniquilar, es truncar el ideal colectivista, es hacerse responsables de las represiones gubernativas y de no cumplir las promesas... y ver la desbandada de sus antiguas masas al sentirse defraudadas; no colaborar es perder puestos, influencia y hábitos de gobierno para el día de mañana..., sin garantías de ver contenido el éxodo y la hostilidad de las masas extremistas.

Esto último fué lo que glosaron los Ministros, Largo Caballero, hoy presi-

dente del Partido, y Prieto, sacando adelante el principio de la colaboración, pero afirmando al mismo tiempo la máxima rigidez marxista. Lo que no puede negarse es que, si de las organizaciones socialistas se ha marchado mucha gente, antigua afiliada, y dentro de ella hay muchísimos que son comunistas declarados que forman *grupos de oposición* y realizan labor de zapa, también es cierto que han conquistado muchos nuevos afiliados, principalmente en el campo y en las profesiones liberales o de la clase media.

El Partido ha triplicado o quintuplicado sus fuerzas en los dos últimos años, pues de unos 10.000 que contaba antes, sube ahora a 50.000, aunque en las votaciones sólo aparecen 30.000 sufragios.

La *Unión General de Trabajadores*, que está celebrando ahora su Congreso (esa dualidad es más bien aparente, pues ambas organizaciones tienen las mismas tendencias y los mismos dirigentes), ha duplicado sus afiliados, pues las credenciales aprobadas hasta el día 15 acusaban el número de 444.715 asociados en los diferentes Sindicatos. Solamente los trabajadores de la tierra, entre los cuales se encuentran muchos *arrendatarios* y, tal vez, algunos *propietarios*, suman más de 120.000 asociados. ¡El campo, que mucho más fácilmente podía ser nuestro, y que muchos creían que lo era por la pomposa *Confederación Nacional Católico-agraria*, tan traída y llevada en la Prensa!

En cuanto a los otros sectores obreros revolucionarios, no hemos podido averiguar su número; sólo sabemos que va en aumento casi arrollador. La Prensa de la *Confederación Nacional del Trabajo*, declarada en rebeldía contra la nueva *ley de Asociaciones Profesionales* del 8 de abril de este año, habla de *un millón de afiliados*. Los *Comunistas* y el *Bloque Obrero y Campesino* de Cataluña (Comunismo separatista) tienen sus fuerzas filtradas en las dos organizaciones anteriores, repetimos, no hemos podido averiguar hasta ahora las cifras de sus contingentes, pero conocemos su empuje y la mancha borrosa de sus avances.

En el Congreso del *Partido Socialista* se dijeron estas palabras que conviene reproducir:

«Los diputados que hemos sido elegidos por el campo, y especialmente por el campo andaluz, nos hemos visto en situaciones difíciles ante los trabajadores. Su actitud, arrastrados por predicaciones o por una necesidad imperiosa, iba mucho más allá que el credo minoritario del partido socialista. A los trabajadores del Norte, con camisa limpia y la mayoría bien nutridos, se les puede decir: Paciencia y mesura. Pero a los obreros polvorientos, desnutridos, de otras regiones, no. Esto es contraproducente.

Si en Madrid y otras regiones han aumentado las filas del socialismo, ha sido principalmente al divulgarse la noticia de la próxima cesación de los socialistas en el Poder, y al ver lo contrario, muchos se marcharán defraudados, y otros lo han hecho ya» (Jiménez Asúa).

«Los hechos que lamentaba el compañero Asúa sobre actualidades de algunos públicos ante los cuales hablan los oradores socialistas no dejarán de producirse porque nosotros abandonemos el Poder. No creo yo en ese decaimiento de nuestra fuerza, y las listas de la U. G. T. y el número de delegados presentes en este Congreso demuestran lo contrario. Desde luego, sé que esto no está consolidado; pero estoy acostumbrado a estas cosas y sé que en nuestro partido, como en todas las organizaciones, ha de haber el natural flujo y reflujo. Esto no puede hacernos desmayar» (Indalecio Prieto).

Queda, pues, reconocida, cierta desbandada de las fuerzas socialistas, y la inseguridad oscilante de los que aún permanecen afiliados.

La estadística completa de los obreros españoles no creemos que esté hecha con números precisos; al menos nosotros aún no hemos podido dar con ella. Sin embargo, hay un dato seguro: el número de inscritos en el *Seguro de vejez del Instituto Nacional de Previsión*, que comprende a todos los asalariados, hombres y mujeres (cuya ganancia anual no exceda de 4.000 pesetas), desde los dieciseis años cumplidos hasta los sesenta y cinco empezados.

Según la estadística del 31 de diciembre de 1931, son los obreros asalariados de España, acogidos al seguro obligatorio, 3.993.313.

Calculando *un millón de anarco-sindicalistas, medio millón de socialistas* y otro *medio de comunistas*, todavía quedan cerca de *dos millones* de obreros que aún no constan en filas revolucionarias, que probablemente no están asociados y que podrían asociarse en debida forma. Es la única esperanza que queda, más o menos lejana, para evitar que España ruede al abismo comunista por la pendiente del Socialismo, pues ambos sistemas son idénticos en doctrina y en sus aspiraciones finales.

LAS CLASES CONSERVADORAS. Decíamos más atrás que el mantenimiento del orden, la imposición fuerte de la disciplina social y la represión violenta, si preciso fuere (mejor la prevención), contra las masas obreras desmandadas, corresponde íntegramente al Gobierno, sea el que sea; pero la educación paciente y abnegada de las mismas, el subsidio ordenado, sistemático y progresivo a sus necesidades económicas y espirituales, no precisamente en plan de caridad y beneficencia, sino en plan de ordenamiento del trabajo, humanización de los contratos y mejoras de los salarios y de los seguros, cumpliendo las leyes y hasta adelantándose a las mismas, en evitación de las exaltaciones revolucionarias, corresponde principalmente a las propias clases conservadoras de la sociedad y los elementos dirigentes, intelectuales y morales, en una inteligente y desinteresada cooperación que no humille ni mediatice, antes estimule, la iniciativa societaria de los trabajadores.

En un artículo que publiqué poco ha en la Prensa de Navarra, y que, como casi siempre, fué objeto de encontrados comentarios, hablaba de *el gran pecado de las clases conservadoras* de España. En él dije y repito ahora que la causa principal de la situación revolucionaria en que nos encontramos, con sus males y sus bienes (porque no hay Revolución que no los traiga), hay que achacarla a esas clases que, salvas muy contadas excepciones, se inhibieron totalmente de sus deberes sociales de justicia y caridad respecto a las clases humildes y trabajadoras. Encerradas en sus dorados palacios, rodeadas de excesivas comodidades, haciendo *su vida...*, no miraron en torno suyo, al resto de la sociedad, y si miraron, no compadecieron, tal vez despreciaron, tal vez se revolviéron airadas contra quienes les recordaban sus rigurosos deberes de conciencia, de humanidad y patriotismo, porque esto les perturbaba el sueño y la eterna alegría, prefiriendo otros arrullos y las pinturas de otra España siempre de color de rosa.

Expuestos quedan los datos e indicadas las advertencias por donde las cla-

ses conservadoras todavía pueden redimirse, *cambiando de vida y de orientación*. La fe, a que ahora, casi aturdidas, suelen acudir esperando *milagros* sin obras, es cosa muerta. Dios obra en el mundo por las causas segundas, como dice Santo Tomás; si éstas fallan, porque no se atienen a su santa ley, sus designios, siempre buenos para todo el Mundo, no se cumplen y los males avanzan.

LA LEY DE CONFESIONES Y CONGREGACIONES RELIGIOSAS.

El 14 de octubre leyó en las Cortes el Ministro de Justicia, Sr. Albornoz, el *Proyecto de ley de Confesiones y Congregaciones religiosas*. Resume todo el pensamiento y toda la obra que la Revolución traía en propósito sobre el problema religioso y que ya quedaba iniciada en los artículos 26 y 27 y en algunos otros de la Constitución de la República y en la disolución de la Compañía de Jesús. De meses antes era conocido el Anteproyecto que redactara la *Comisión Jurídica Asesora*. El Consejo de Ministros modificó este último en algunos puntos de importancia.

Nos limitamos, por ahora, a enunciar este hecho, que va a inaugurar una serie de discusiones trascendentales en el Parlamento y fuera de él, y a apuntar algunas indicaciones para contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, al hallazgo de fórmulas conciliatorias que serenen los espíritus y no interrumpen *la vida interior del Catolicismo*, la cual está muy por encima de las *formas materiales* que crean y destruyen los tiempos. Alarmarse demasiado, jamás. Peores tiempos han corrido para la Iglesia y las Ordenes religiosas, y una y otras viven y vivirán para siempre, porque los valores eternos no pueden morir. Nació la Iglesia en medio del Imperio romano, que quiso anegarla en sangre de mártires, y le vió la Iglesia desmoronarse y perecer; nacieron las Ordenes religiosas en medio de la barbarie que barrió el Imperio de los Césares, civilizaron a aquella barbarie y hoy se encuentran en medio de otra barbarie civilizada, que también habrán de salvar. Tal vez estos golpetazos sirvan, providencialmente, para despertarlas y *adaptarlas mejor* a las necesidades de un mundo del cual, tal vez, se contagiaron (casi todas las Ordenes religiosas necesitaron *reforma*, que supone *decadencia*), en vez de reaccionar sabia y enérgicamente contra sus degradaciones intelectuales y morales más que políticas.

El nuevo proyecto de ley hace muy difícil la vida de la Iglesia y de las Congregaciones religiosas, pero no imposible. No hay motivo para reacciones y actitudes violentas, teatrales, que, de ordinario, son contraproducentes. Afortunadamente la ley civil no llega en sus coacciones al interior de los espíritus, cuando hay fe profunda (y ésta depende sólo de nosotros y de la gracia de Dios) se acrisolan y arden; los mismos principios democráticos que se invocan en la Constitución y en el proyecto, que amparan al *ciudadano*, son el arma más poderosa contra las extralimitaciones de la ley a que aludimos. Afirmémonos en este espíritu interior y en nuestro derecho inquebrantable de ciudadanos españoles para obrar como tales, sin otros privilegios; y desde esas fortalezas actuemos como *apóstoles*, en la fe pura, en la cultura intensa, en la caridad ardiente, entregándonos directamente al pueblo, identificados

con él, despojados de todo... como San Francisco y Santo Domingo en los albores del siglo XIII, tan parecidos a los de éste.

Ciertamente, despojados de todo, *en pobreza absoluta*, pues el Estado se incauta de todo lo material de la Iglesia y de las Congregaciones religiosas (art. 11 y sigts.), aunque se concede el usufructo indefinido, mientras una ley especial no disponga otra cosa, y pone límites a la adquisición de nuevas riquezas que no se dediquen a los fines exclusivamente religiosos (art. 20).

Las Congregaciones religiosas no podrán ejercer la enseñanza, la industria, la agricultura y el comercio y no podrán poseer más riquezas que el duplo de lo necesario para cubrir sus necesidades, perfectamente comprobadas por la serie de datos y justificantes que es forzoso presentar al Gobierno. Es decir, que se prohíbe todo trabajo retribuido, como no sea al servicio puramente religioso que vaya directamente a los fieles y éstos compensen con voluntarias oblaciones.

En cambio, la ley autoriza para que tanto la Iglesia como las Congregaciones religiosas «funden y organicen establecimientos destinados a la enseñanza de *sus propias doctrinas* y a la formación de sus miembros». La doctrina del Cristianismo es inmensa; la tarea de llevarla a todas y cada una de las almas y mantenerla en vigor, hoy que tantos carecen de ella, precisa esfuerzos inauditos. ¡Quién sabe si esto no es una llamada providencial a la tan abandonada enseñanza religiosa, catequística, teológica y moral! Esa creación de escuelas particulares de religión en cada parroquia, en cada convento, en cada casa, en la última cabaña. Así nació la cultura de la Edad Media, y a ella hay que volver.

Si preciso es que todas las iglesias se conviertan en *parroquias*, y todas las parroquias y Seminarios en centros comunes de cultura religiosa y espiritual y determinados grandes Monasterios en centros de investigadores de las altas disciplinas cristianas y de nuestra Historia, a los que vayan los hombres más distinguidos de ambos cleros, con una nueva distribución de trabajos para el servicio de Sacramentos, para el culto litúrgico, para la predicación, para la enseñanza permitida, para la beneficencia y caridad, para la organización, en beneficio principalmente de los pobres, entregados a ellos, en una gran depuración de vocaciones, hágase sin reparos y sin miedos, y acabemos de una vez, con aquel desenvolverse esporádico, profuso, de cada agrupación clerical, *sin tener en cuenta las demás*, siendo esto germen de competencias ruinosas y nada edificantes.

Si el Estado nos priva de la propiedad de los edificios religiosos, a veces demasiado suntuosos, y nos concede el uso indefinido de los mismos, tutelado contra riesgos salvajes, tal vez exentos de tributaciones imposibles dentro de la pobreza a que se obliga, ¿qué nos importa? Tal vez esto sirva para moderar el prurito de grandes y ostentosas edificaciones en que el espíritu se aprisiona y se ahoga y se petrifica, y se le impide volar de las grandes urbes a los humildes pueblos abandonados de todos.

LA ACCIÓN CATÓLICA. Después de la publicación de la *Carta* del señor Nuncio al Sr. Obispo de Oviedo, nombrándole Consiliario general de la *Acción Católica* y señalando la norma fun-

damental de organización y actuación a que debe sujetarse, carta que aquí hemos reproducido, ningún otro documento ni acto importante hay que reseñar. Todo sigue paralizado o en preparación no manifiesta.

Percibimos que se encuentran dificultades para crear los Organismos centrales y propulsores, todas ellas dimanando de los viejos defectos de educación societaria en que han vivido muchas generaciones, uno de los cuales es la *excesiva preocupación política*, que a todo se le quiere dar un sentido y un alcance político, de apresuramiento por influir en los Gobiernos y en el poder coactivo de las leyes, y por encumbrarse, si a mano viene, en esos puestos que la política proporciona o puede proporcionar; y otro defecto no menor es que, hasta ahora, muchas de las organizaciones católicas parece que están hechas para *servicio particular* o para servir mezquinos intereses particulares, que de todo hay en la viña del Señor, y temen que en las nuevas movilizaciones o reorganizaciones perezcan las pequeñas capillitas en que algunos hacen su avío. Es humano, es lamentable que exista y haya que decirlo, pero así es. Y la *Acción Católica*, en todas sus cuatro ramas y nada más que cuatro, como dice el Papa, ha de ser enteramente *apolítica*, y parece que no se encuentran *hombres* con bastante abnegación para renunciar a la dichosa política que los trae locos.

Y otro defecto, por último..., que parece contradictorio y que afecta, no sólo a la *Acción Católica*, sino a todas las demás manifestaciones de la vida pública de los católicos, es la manía *confesionalista* que todo lo quiere barnizar de un cierto *religiosismo* exterior, que ahita y satura los espíritus, confunde y desviriliza las actividades, y en ese revoltijo en que se quiere mezclar la acción católica con la acción piadosa, con la acción política y con la acción económica profesional, resulta que no hay ni vigorosa *Acción Católica*, ni vigorosa *Acción Piadosa*, ni vigorosa *Acción Política*, ni vigorosa *Acción Social* o económica profesional.

Asombra y repele ver la facilidad con que determinadas personas o grupos organizan un tingladillo de sociedad, le ponen el marchamo *católico*, con fraseología incendiariamente religiosa y se lanzan a *pedir* y *explotar* la candidez de las gentes, sin que nadie se atreva a poner remedio.

Bien sabe Dios lo que sentimos ser tan claros y tan duros en la expresión; pero... las circunstancias mandan.

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, octubre de 1932.

INGLATERRA

SEMANA DE ESTUDIOS SOCIALES ORGANIZADA POR «LA ASOCIACIÓN SOCIAL CATÓLICA» DE OXFORD. (*The Catholic Social Guild*).—El interés que van tomando los estudios sociales en Inglaterra en los últimos años se va manifestando cada año por el número de asambleas que celebran anualmente y además por el selecto auditorio que reúnen. De un modo particular se ha notado este año en la 13.^a semana anual de este género de estudios, por

la mayoría de oyentes que ha habido sobre los años anteriores. Las naciones representadas han sido América, Australia, Bélgica, España, Francia, Alemania, Irlanda y Holanda. La semana elegida fué del 8 al 13 de Agosto, como continuación de la *Semaine Social* de Francia que se celebró en Lille este año del 24 al 30 de Julio. Las materias que aquí, en Oxford, se discutieron fueron varias, todas ellas de la más palpitante actualidad, acertadamente expuestas por eminentes profesores ingleses y extranjeros. Vamos a dar un resumen general de las más importantes conferencias, a fin de que el lector se pueda formar una idea, siquiera ligera, del conjunto.

La Semana fué inaugurada por el P. C. Raaijmakers, S. J., Profesor de Sociología en la Universidad Católica de Nimega (Holanda), quien pronunció tres conferencias sobre «La Encíclica *Quadragesimo Anno*», divididas en estos tres puntos:

1. La Encíclica y el Capitalismo.
2. La Reconstrucción del Orden Social (Agrupaciones Libres).
3. Precios y Salarios Justos.

En la primera conferencia después de exponer las diversas opuestas acepciones de la palabra *Capitalismo* y cómo según la variedad de su significación ha sido condenado por los obispos Austriacos, y aprobado y alabado por el obispado Alemán, el orador hizo notar cómo el Papa no usa una vez siquiera dicha palabra. Se leerán en la Encíclica las palabras «Individualismo», «Colectivismo», «Socialismo», «Bolchevismo», «Liberalismo», etc., pero no se verá «Capitalismo». Después hizo ver el orador la diferencia entre el «Espíritu Capitalista» y el «Régimen Capitalista», diferencia que el mismo Papa establece. El espíritu capitalista, es de suyo, por su naturaleza condenable, y todo buen católico no puede menos de repudiarlo como esencialmente malo; mientras que el régimen capitalista, es de suyo indiferente, busca la satisfacción de lo necesario, y su abuso es lo único que le puede viciar.

El gran pecado, añadía el P. Raaijmaker, de la Sociedad moderna ha sido «esa adoración idolátrica de la libertad individual, que no se cuida del deber propio hacia la comunidad».

En la segunda conferencia sobre «La reconstrucción del Orden Social» el profesor Jesuita explicó cómo durante la Edad Media existía orden social, gracias a los grupos industriales, asociaciones libres y corporaciones autónomas, llenas de vida propia. Mas este género de agrupaciones yace sepultado en la historia, y si hoy sería poco menos que insensatez tratar de resucitarlas de nuevo con la vestimenta que entonces usaron, pero no estaría de más ni sería en vano tratar de formar asociaciones modernas acomodadas a las presentes circunstancias, asociaciones en que los miembros de una misma industria reconociesen sus deberes para con las demás y para con sus patronos. El pertenecer a estas agrupaciones sería, añadía el orador, obligatorio para todos los miembros de la compañía. Dichos grupos serían autónomos con poder y autoridad propia para tomar ciertas decisiones con fuerza legal; serían diferentes de las asociaciones libres de más amplias empresas, como las uniones de comercio (Trade Unions), etc., que continuarían existiendo, pero sin llegar a ser absorbidas las unas por las otras.

La competencia libre no puede ser el único principio-guía en la cuestión

social y su reforma. Es necesaria justicia social; y aún ésta no basta; se exige además y es necesaria la caridad social, como el Papa afirma.

La tercera conferencia del P. Raaijmaker versó sobre los *precios* y los *salarios*. Después de exponer la doctrina de *Rerum Novarum*, pasó a la encíclica *Quadragesimo Anno*, «en la cual hallamos resueltos varios puntos que León XIII dejó a la discusión».

En opinión del profesor holandés, Pío XI exige que el salario familiar sea de estricta justicia. De modo que el obrero tiene derecho a reclamar un jornal suficiente para mantener a sí y a su familia decentemente, aun cuando sea él solo quien toma parte en la obra. El determinar exactamente y en concreto cuánto ha de ser, no entra, como es claro, en el plan de la encíclica, ya que eso tiene que variar según la condición de los diversos países.

Otro de los temas más discutidos este año fué el de *Las Relaciones Internacionales*, sobre el cual se dieron cinco conferencias.

La primera a cargo del P. J. Keating, S. J., Director de la revista mensual de los PP. Jesuitas ingleses *The Month*, versó acerca de «Los medios de prevenir la guerra: la Liga de Naciones y el Pacto Kellog».

Hablando de la situación del mundo en relación con los armamentos, el P. Keating dijo que hay hoy día más armamentos que antes de la guerra, a pesar de las tentativas que se han hecho para acabar con toda guerra. Muchos esfuerzos se han hecho hacia el establecimiento del mundo sobre una base pacífica, el más importante de los cuales es la Liga de Naciones. Se ha dicho que América engendró la Liga de Naciones, pero que inmediatamente estranguló la criatura. En verdad que todo ese proyecto es debido a Wilson, mas el hecho de haberse retirado América de la Liga le dejó medio ineficaz. Existe además otra gran dificultad en el camino hacia la paz. Las naciones vencedoras de la Gran Guerra han querido castigar bárbaramente a las naciones vencidas; y la doble idea de empobrecer a Alemania en castigo y de querer a la vez que sea rica para que pueda pagar las deudas fabulosas, ha viciado las negociaciones desde los comienzos.

Tratando de las tentativas que se van haciendo hacia el desarme, hizo notar el conferenciante que el Pacto Kellog, por el cual las naciones abandonaban la guerra, parece haberlas estimulado más para acrecentar los armamentos. Finalmente llegó la Conferencia del Desarme; después de seis años de preparación, y en los seis meses que duró no se llegó a ningún acuerdo fundamental. Se dijo que el único medio para el desarme era desarmar; mas esta idea horrorizaba a los diplomáticos y políticos, y ocuparon el tiempo discutiendo cuáles eran armamentos ofensivos y cuáles defensivos, sin llegar a conclusiones prácticas.

La gran dificultad hacia la paz internacional es creer que tal paz es imposible. Eso, añadió, es un insulto a la Providencia. Ese pesimismo sin fundamento, es impropio de un cristiano y más de un católico.

Finalmente no se puede dejar sin mencionar como causa que dificulta la franquía hacia la paz internacional, las empresas privadas en la producción de armamentos. El conferenciante citó el caso de una compañía francesa de municiones, la cual está en posesión de dos periódicos parisienses muy impor-

tantes, en los cuales aparecen artículos duros y acres criticando el movimiento pacifista tan general hoy en Francia.

Por último la amenaza de Rusia tiene a los gobiernos en expectativa, y no pueden persuadirse al completo desarme hasta que ese enjambre de bárbaros orientales desaparezca de una manera o de otra.

Terminó el orador reservando para la Iglesia Católica el decir con verdad: «No habrá más guerras».

La segunda conferencia sobre Internacionalismo fué pronunciada por Mr. J. Eppstein, Secretario Asistente de la Unión de la Liga de Naciones, y versó acerca de «La Conferencia del Desarme».

El orador hizo notar que el problema del desarme es más grave de lo que pudiera creerse. El problema del paro no se escapa a las influencias de la cuestión presente. De los 25 000.000 de parados unos 12.000.000 están en Europa; y mientras los Gobiernos están estrujando sus cerebros para ver cómo alimentar a tal ejército de obreros, están, por otra parte, gastando 1.000.000.000 de libras en armamentos. En nuestros días los gastos en armamentos exceden el triple a los de hace treinta o cuarenta años.

En la tercera conferencia Mr. Maurice Hill, M. A. (Oxon), habló sobre «Cooperación Económica».

Aunque es verdad, dijo, que la guerra ha terminado, sin embargo las naciones están todavía más fieramente que antes ocupadas en una guerra económica, motivada por el «*injusto y antieconómico*» Tratado de Versalles.

El orador denunció las tarifas aduaneras como los más fuertes obstáculos contra la restauración económica mundial; abogó en los términos más brillantes a la vez que enérgicos por el comercio libre. «El mundo, dijo, está en los comienzos de una nueva era. ¿Cuál va a ser ésta? ¿Será la del Comunismo? El Plan Quinquenal fallará por la sola razón de que Rusia se ha empeñado en un negocio demasiado grande. Si Rusia logra su intento dentro de diez o veinte años, es muy probable que ella tendrá el mundo a sus pies, a no ser que el mundo se haya reconstruido primero: esta reconstrucción debe ser procurada por todos los católicos».

Mr. J. A. C. Orchard, B. A. (Cantab), peroró en la cuarta conferencia sobre «La Organización Internacional de Trabajo» («International Labour Organization», o «I. L. O.»)

Después de explicar la organización interna de dicha Sociedad, el conferenciante observó que solamente dos naciones estaban fuera de la I. L. O., a saber. Estados Unidos y Rusia. Todas las demás naciones tienen cuatro representantes.

Uno de los más importantes acuerdos tomados, si bien solamente ratificadas por diez naciones, es la jornada de las ocho horas de trabajo. La organización, añadió, está fundada en muchos puntos de doctrina católica; y los historiadores futuros, de cualquier matiz religioso que sean, no podrán menos de reconocer la labor llevada a cabo por León XIII, sobre este punto.

Finalmente, la última conferencia, a cargo del célebre abogado Mr. R. O'Sullivan, versó acerca del «Tribunal Permanente de Justicia Internacional». El orador hizo una breve reseña de El Tribunal Permanente, y después de

relatar las actividades varias de dicha entidad, terminó observando cómo eran los principios católicos de justicia y caridad los que servían de base al Tribunal. «Mas de una vez, dijo con asombro, se ha citado a Sto. Tomás, por quienes no tienen religión ni creencia alguna en el Tribunal Permanente».

El R. P. Lewis Watt. S. J., B. Sc. (Econ.), Profesor de Filosofía Moral en el Colegio de los PP. Jesuitas de Heythrop, Oxon, fué encargado de dar dos conferencias sobre «El Socialismo Marxista». En la primera explicó el ilustre profesor «La Concepción materialista de la historia».

El P. Watt comenzó por rechazar la creencia de que Karl Marx fuese un filósofo a la moda, reconociéndole como hombre de muy elevada cultura. Ferviente discípulo de Hegel, cuya filosofía prevalecía entonces en Alemania, supo adaptar el evolucionismo hegeliano al principio materialista, que halló fiel expresión en su libro «La Crítica de Economía Política», y más tarde en su famoso «Das Kapital».

«En los cambios diversos que acontecieron desde la Edad Media, aseguraba el orador, puede decirse que la religión había ejercido su influencia sobre el arte y la arquitectura, la economía sobre la legislación social, y la filosofía y ciencias sobre otras actividades económicas. Se trataba, por consiguiente, de cuál era el factor principal de tales cambios? Marx afirmó ser el económico. Los dos, Marx y Engels prescindieron de toda idea de Providencia. Tales cambios, según su filosofía, eran el resultado de la evolución social producida independientemente de la voluntad humana y regida por leyes inmutables. A medida que los cambios sucedían, así el conflicto entre clases se desarrollaba...

»Mientras la teoría de Marx ponía lo material sobre lo espiritual, el éxito de su teoría fué debido a su espiritualidad. El creyó que era peligroso para la clase obrera asentir a la creencia de las leyes inmutables que obraban para su bien, como él propuso».

En su segunda conferencia el P. Watt desarrolló el tema «La Teoría del Valor», que por ser más bien de carácter científico se hizo algo más extensa de lo que el auditorio esperaba. La explicación fué técnica, y por lo mismo pecó quizá por demasiado académica.

El lector nos dispensará el que omitamos el resumen.

Amén de esas tres secciones principales, «*Catholic Social Guild*» había encargado otras conferencias de menor importancia, aunque no de menor utilidad práctica.

Una de ellas fué encomendada a la señorita D. M. Emmet, M. A. (Oxon), quien desenvolvió el tema «Trabajo con los parados».

La docta señorita describió los varios planes y esquemas llevados a cabo en el Sur de Gales y en Lincoln, estableciendo centros de educación, dando así trabajo a los sin empleo, a la vez que se contribuye de una manera eficiente a la cultura de los niños pobres.

Mr. Gregory Mac Donald habló en la segunda conferencia sobre «El Crédito cooperativo», en favor de las pequeñas industrias, a fin de que no vaya a manos del gobierno.

La tercera fué pronunciada por la señorita H. M. Larke, M. R. San. I., A. M. I. S. E., Secretaria de la Asociación Constructora del Este y de Bethnal

Green de Londres; versó sobre «Trabajo voluntario para construir casas».

Fué sumamente interesante. La disertante explicó cómo dicha empresa no es cosa del Gobierno, ni de compañías industriales: «se hace por gente de buena voluntad para proveer de casas a los que de otro modo no las podrían obtener». Describió después con todos los detalles las condiciones verdaderamente miserables en que viven miles de familias en Londres, sobre todo en el Bethnal Green, donde se encuentran algunas viviendo en una sola habitación saqueada por animales sucios y bajos.

«El levantar casas voluntariamente, decía, tuvo su origen después de la guerra, siguiendo el llamamiento del Inspector Sanitario de Shrewsbury. Tal idea fué acogida con entusiasmo por algunas congregaciones religiosas, y así se fué poco a poco extendiendo por todo el país».

Dr. K. Fenelón tuvo la palabra en el cuarto día, desenvolviendo el tema general «Dificultades económicas y sus remedios». Se refirió principalmente el orador a la caída industrial de América en 1929, que motivó la cuestión de las reparaciones y restringió las tarifas; a la incertidumbre política; y por último, al plan quinquenal ruso. Hablando de los remedios para los males internacionales presentes, el Dr. Fenelón observó que hoy se trata más bien de proponer los remedios que de otra cosa.

«Lo que hace falta, dijo, es seguridad y confianza internacional, y promover esa buena inteligencia y voluntad entre las naciones».

Uno de los huéspedes más conocidos que asistió este año a la Escuela Veraniega de Estudios Sociales de Oxford, fué el Dr. Ryan, Director de la Sección de Acción Social de la Conferencia Católico-Nacional de Washington, U. S. A., quien disertó, a invitación del *Catholic Social Guild*, sobre «El Estado actual de América».

Hablando del paro forzoso y sus causas en América, dijo que, a su ver, «la principal causa de la depresión es la falta de consumo, que no guarda relación alguna con la producción. A medida que los métodos de producción se perfeccionan, el número de parados se acrecienta sin remedio».

Un remedio efficacísimo sería disminuir las horas de trabajo. Con la semana quinquenal y la jornada de seis o siete horas diarias, los Estados Unidos pueden producir todo lo que necesitan. No hay más remedio que hacer ajustes, añadió, y uno de éstos ha de ser, indudablemente, que el capitalista reciba menos».

Por último abogó el ilustre sociólogo por una organización mundial para que mediante la mutua cooperación y ayuda de unas naciones con otras los males fuesen disminuyendo, y sobre todo para prevenir los que inevitablemente se aproximan, que serán de muy más graves consecuencias.

Tal es en brevísima reseña lo tratado en la Semana Social de Oxford de 1932.

El *Catholic Social Guild* puede gloriarse del éxito obtenido. El número de asistentes fué casi el doble que el del año pasado; lo cual indica el entusiasmo que va despertando en las Islas Británicas esta sociedad fundada con el fin exclusivo de diseminar los principios sociales católicos. ¡Que el Señor aumente el número y que cada día la vida católica vaya tomando el señorío

en las familias y en los pueblos del Imperio Británico, que aún hoy día se puede decir que domina y gobierna a la Humanidad entera.

Inglaterra 1932.

FR. H. MUÑOZ, O. P.

COLOMBIA

CENTENARIO DE D. JOSÉ CELESTINO MUTIS.—En el mes de abril del presente año se celebró en Bogotá y en todas las ciudades principales de la República con gran pompa y solemnidad, el segundo centenario del natalicio del español, D. José Celestino Mutis; las supremas autoridades civiles y eclesiásticas, las facultades universitarias, los colegios, las escuelas y todos los centros científicos tomaron parte muy activa en esta fiesta *cívico religiosa*, dedicada a honrar la virtud y la ciencia de un sacerdote, orgullo de la Madre patria y faro esplendoroso de la tierra colombiana.

Entre los hombres más ilustres que vinieron en tiempo de la Colonia al nuevo Mundo, ocupa lugar preeminente D. José Celestino, llamado por los colombianos, el *sabio* Mutis. Nació en Cádiz el 6 de abril de 1732; en su ciudad natal y en Sevilla cursó estudios superiores, obteniendo el grado de doctor en medicina; desde 1757 a 1760 regentó en la universidad de Madrid esta asignatura.

Habiendo sido nombrado D. Pedro Messía de la Cerda, Virrey de Nueva Granada, trajo en su compañía como médico de su real persona a D. José Celestino; en los últimos días del año 1760 llegaron a Cartagena de Indias, y en 1761 encontramos a los ilustres personajes disfrutando del suave y deleitoso clima de Santa Fe de Bogotá.

Diez años después, en 1772, el célebre doctor Mutis se ordenaba de sacerdote, dedicándose desde entonces al servicio espiritual y material de los habitantes del Nuevo Reino y a la formación de la juventud; pero lo que lo inmortalizó fueron sus *prodigiosos y admirables trabajos botánicos*.

FUNDACIÓN DE LA EXPEDICIÓN BOTÁNICA.

Gobernando civil y espiritualmente el Virrey arzobispo, D. Antonio Caballero y Góngora, tuvo noticia que el rey de España

había concedido licencia a los eminentes naturalistas extranjeros, el Barón de Humboldt y Amadeo Bompland para llevar a cabo una expedición científica en las colonias españolas de América; creyó fundadamente el ilustre prelado como una deshonra para las glorias y fama de España, que extranjeros se adelantaran en estas expediciones científicas a los mismos españoles, que por derecho les pertenecía ir a la cabeza de los descubrimientos y progresos científicos del nuevo Mundo. Con dineros propios y bajo su absoluta responsabilidad, fundó en 1783 la famosa Expedición botánica, nombrando director de ella a don José Celestino Mutis, y como ayudantes a los granadinos Eloy Valenzuela y Antonio García; he aquí las palabras del propio arzobispo, dignas de grabarse con letras de oro en la historia de España y de Colombia: «Las rique-

zas naturales del Nuevo Reino habrían permanecido en la mayor parte desconocidas, si con motivo de las órdenes para auxiliar y conceder libre tránsito a unos exploradores alemanes en este reino, no hubiese yo prevenido su intención y el oprobio que ciertamente nos resultaría, de que estos extranjeros viniesen a nuestros países a señalarnos los tesoros de la naturaleza que no conocemos: oprobio que tanto nos han echado en cara y que creí deber concurrir a desagraviar en esta parte a la nación. Dispuse, pues, la formación de una expedición botánica, compuesta de un director, un segundo y un delineador. Para el empleo de director elegí al presbítero don José Celestino Mutis, sujeto que había recorrido por más de veinte años gran parte del reino, recogiendo las producciones de la naturaleza, y conociendo yo que importaba aprovechar los instantes, le mandé desde luego emprender excursiones y trabajos, dando de todo cuenta al rey, que se dignó aprobar esta providencia, honrando a Mutis con los títulos de Botánico y Astrónomo de Su Majestad».

Durante veinticinco años dirigió D. Celestino Mutis la célebre Expedición Botánica, y logró hacer un estudio tan completo de la *Flora y animales* del Nuevo Reino de Granada, como nadie lo ha hecho hasta el presente. Trajo de España los mejores dibujantes y pintores para estampar en láminas los principales vegetales y animales de este Reino, logrando con el auxilio de tan buenos colaboradores, dejar casi concluida su inmortal obra, titulada *Flora de Bogotá*; la muerte del sabio gaditano, acaecida en Bogotá en septiembre de 1808, dejó sin concluir la; esta obra gigantesca consta aproximadamente de un herbario de más de 20.000 plantas; miles de láminas de especies vegetales; colecciones de maderas, conchas, minerales y una serie de cuadros al óleo de los animales más notables del Virreinato. El Barón de Humboldt que tuvo ocasión de presenciar en Bogotá el modo como se preparaba la *Flora de Bogotá*, dice: «Se hacían los dibujos de la *Flora* en papel *grand aigle*, y se escogían al efecto los ramos más cargados de flores. El análisis o anatomía de las partes de la fructificación, se ponían al pie de la lámina; por lo general se presentaba cada planta en tres o cuatro hojas grandes, en color y en negro a la vez; parte de los colores procedían de materias colorantes indígenas, desconocidas en Europa. Jamás se ha hecho colección alguna más lujosa de dibujos, y aun podría decirse, que en más grande escala». Los acontecimientos políticos de 1810 impidieron la publicidad de esta obra colosal, verdadera gloria de España; en 1817, por orden del gobierno español se trasladaron a Madrid todos los materiales de la Expedición Botánica, y reposan actualmente en el Jardín botánico de dicha ciudad, esperando que algún sabio español los saque a la luz pública, para perpetua memoria de la obra cultural de la Madre España en sus antiguas colonias. Bogotá conserva también como recuerdo imperecedero el Observatorio astronómico, «debido a la generosidad y patriotismo del doctor don José Celestino Mutis» y al apoyo eficaz del Virrey Mendieta; el Observatorio astronómico se principió a edificar en 1802, y a fines de 1803 estaba terminado, habiendo dirigido los trabajos el famoso arquitecto español fr. Domingo Pétrez.

El tan renombrado Mutis, fué también profesor de matemáticas y química en el colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado por el dominico español fr. Cristóbal de Torres; allí formó una generación de discípulos ilus-

tres, que más tarde fueron los fundadores de la República, como Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho y Crisanto Valenzuela.

HONORES.

El gobierno se asoció oficialmente a los festejos centenarios, y con tal motivo dictó el siguiente decreto: El Presidente de la República de Colombia en uso de sus facultades legales decreta:

Artículo 1.º El Gobierno de Colombia cumple con el justo deber de asociarse al homenaje que se tributa por varias naciones al sabio don José Celestino Mutis, con motivo del segundo centenario de su nacimiento.

Artículo 2.º Delegados de los Ministerios de Relaciones Exteriores, de Industrias, de Educación nacional, llevarán la representación del gobierno en los actos conmemorativos de dicho centenario,

Artículo 3.º El Gobierno nacional apoyará la edición de los dos libros que, bajo la dirección de la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales y de la Academia de Historia, se preparan para recoger los estudios elaborados en honor de Mutis.

Artículo 4.º Copias en edición de lujo del presente decreto serán enviadas a la municipalidad de Cádiz, a la Legación de España en Colombia, a la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales y a la Academia Colombiana de Historia. «En el Colegio del Rosario se celebró de una manera brillante este centenario, y como recuerdo de tan memorable fecha, se colocó en el aula de matemáticas una hermosísima lápida. Entre todos los actos que se celebraron en la Capital, para conmemorar el natalicio de Mutis, merece especial mención el que se efectuó en el jardín del Observatorio; allí se dieron cita todas las entidades oficiales, científicas, literarias, la universidad, los colegios y las escuelas; ante aquella multitud que rodeaba la estatua de bronce del egregio sacerdote español, el ministro de Educación hizo el *elogio* del tan renombrado Mutis; y como recuerdo de gratitud para con el ejemplar sacerdote, se incrustó en el *monumento* o pedestal de la estatua una lápida de mármol blanco con la siguiente inscripción: *La Ciudad de Bogotá a la Gloria de José Celestino Mutis, insigne sacerdote, médico, naturalista, astrónomo, matemático, y Maestro Director de la Expedición Botánica. En el segundo centenario del nacimiento de tan preclaro Varón. Abril-MCMXXXII.*

Bastaría el nombre de Mutis, para que el pueblo colombiano viviera siempre agradecido con la Madre España; pero hay una legión de varones ilustres, que abandonando la patria del Cid, vinieron a estas tierras, y dejaron en pos desíobras de verdadera cultura y civilización, que ni el tiempo ni las frecuentes revoluciones han podido borrar ni destruir; tales como Fr. Domingo de las Casas, cofundador de Bogotá, Fr. Cristóbal de Torres, Bartolomé Lobo Guerrero, el P. Daley, el gran presidente D. Venero de Leiva y el insigne arquitecto, Fr. Domingo Petrez.

El País, diario de Bogotá, recordando con esta ocasión los hombres eminentes que de España vinieron a Nueva Granada, dijo: «Testimonios son éstos de la grandeza espiritual de la España conquistadora y colonizadora. Aunque se agruparan en columnas interminables los desafueros en aquella época de

gesta, estos nombres serían suficientes para perpetuar el lazo de inmutable reverencia que nos ata a la vieja metrópoli».

NUEVO OBISPO ESPAÑOL PARA LA GOAGIRA.

El vicariato apostólico de la Goagira en Colombia había quedado sin pastor por la muerte del Excmo. señor obispo Atanasio Soler y Rollo; la Santa Sede ha nombrado al padre Fr. Bienvenido M. Alcaide, O. M. C. para llenar la vacante. El padre Bienvenido nació en España el 16 de noviembre de 1879; se ordenó de presbítero el 24 de septiembre de 1904, y desde 1905 trabaja incansable en nuestra república. Hay que hacer justicia, y para que lo sepan los *demagogos españoles* tan encarnizados en la persecución y opresión de las comunidades, que los frailes españoles sostienen en nuestro país numerosos colegios de segunda enseñanza, y tres Vicariatos apostólicos y tres Prefecturas están bajo su inmediata dirección; merced a la labor en la enseñanza, en las misiones y en el púlpito sostenida con verdadero espíritu apostólico, el nombre de España es cada día más querido y amado por los colombianos, como pueden dar de ello testimonio los numerosos caballeros españoles que han venido a estas tierras; aquí se les considera como a hermanos y se les prodigan atenciones como a miembros de una misma familia.

PORVENIR POLÍTICO Y RELIGIO- SO DE COLOMBIA.

Atraviesa en la actualidad la República de Colombia un síntoma moral muy parecido al que experimenta un organismo robusto y fuerte al ser atacado por el microbio del *tifus* o de otras enfermedades mortales; al principio el organismo resiste los ataques de la fatal enfermedad, pero poco a poco va debilitándose, hasta llegar al estado de postración y terminando con la muerte. Hace cinco años, en Colombia las autoridades inferiores, que representaban en los pueblos y en las gobernaciones al poder Ejecutivo, eran personas de arraigadas ideas cristianas; hoy, la mayor parte de dichas autoridades subalternas son sujetos *indiferentes* en las prácticas religiosas, masones o liberales, de ideas completamente erróneas; y como la vida práctica está generalmente de acuerdo con las ideas, de ahí que la influencia de dichas autoridades en las masas populares ha sido de fatales resultados, manifestados ya en asonadas populares contra la Iglesia y sus ministros.

En el cuerpo legislativo de este año se ha presentado un fenómeno no menos siniestro que lamentable; teniendo las *derechas* mayoría en el parlamento, por una criminal división e infame traición, han quedado en minoría y las *izquierdas*, de minoría, han pasado a mayoría.

Si el actual congreso no ha dado disposiciones contra la Iglesia y las comunidades religiosas, es porque el Presidente de la República en documento oficial y público manifestó a la Asamblea del Cauca que le pedia gestionara la reforma del Concordato, que él sostendría siempre las íntimas relaciones con la santa Sede. He aquí sus palabras:

«Sin embargo, cree conveniente el Presidente de la República manifestar que la política definida del Gobierno Nacional es la de mantener y cumplir el Concordato que regula las relaciones entre la Iglesia y el Estado, absteniéndose de gestión alguna de reforma, y antes bien, procurando que sobre él con-

tinúen desarrollándose con toda cordialidad y armonía tales relaciones. Enrique Olaya Herrera.

El año entrante habrá elecciones para las Asambleas departamentales, consejos municipales y diputados al Congreso; con las disposiciones últimas sobre elecciones, es muy difícil que los campesinos concurren a las urnas; y siendo los campesinos el sostén principal del Conservatismo, se puede conjeturar como una cosa segura la derrota de este partido, quedando sólo con las *minorías*. Además, es un axioma puesto siempre en práctica por el liberalismo: *el que escruta, elige*; y teniendo este partido mayoría en los jurados electorales, su triunfo será completo.

Una vez que el liberalismo esté definitivamente en el gobierno, vendrá indudablemente la persecución religiosa, y en lo civil, la guerra interna. Semejante al sombrío presentimiento que en la naturaleza se manifiesta cuando se acercan los grandes cataclismos y trastornos, así se presume oír en todas las capas sociales del pueblo colombiano el lejano bramido de la tempestad que nos amenaza, y que llegará, si Dios en su infinita bondad no hace brillar su misericordia sobre esta República.

Lo más triste y doloroso es, que los verdaderos causantes de nuestro misero y peligroso estado actual y de las desgracias de un próximo futuro, no fueron los enemigos de la Iglesia, sino los mismos católicos, con su infernal división en la pasada elección presidencial. Muchas lágrimas se derramarán para borrar este pecado solidario, público y social.

FR. RAIMUNDO MEJÍA, O. P.

Chiquinquirá, agosto 31 de 1932.

FILIPINAS

AL MARGEN DE LA GUERRA.—Eran los últimos días del mes de Febrero cuando se recibió en Manila una orden del departamento de guerra en Washington, disponiendo que dos regimientos del ejército americano destacado en Filipinas, partieran inmediatamente con armamentos y víveres para Schang hai, donde hacía ya tiempo que se libraban sangrientos combates entre chinos y japoneses. Huelga decir que a la prensa, propensa siempre a lo sensacional y a disponer del futuro según las impresiones del momento, le faltó tiempo para lanzar la idea de que una guerra entre Estados Unidos y Japón era poco menos que inminente.

Las consecuencias que semejante guerra causarían a Filipinas se describían con más o menos detalles, según el gusto del cronista, no obstante las notas oficiosas en las que se afirmaba categóricamente que las relaciones entre Estados Unidos y Japón eran y seguirían siendo amistosas, y que no había peligro ninguno de un conflicto belicoso entre las dos naciones. Los susodichos regimientos eran enviados a Schang-hai para proteger la colonia internacional contra cualquier ataque, que tanto de chinos como de japoneses pudiera ocurrir como contingencias de la guerra. Tal fué la explicación dada por el ministerio de la Guerra. Los periódicos publicaron algunos casos de

agresión por parte de soldados japones a personas y propiedades americanas, debido a lo cual el gobierno de Washington demandó explicaciones al Japón; éste accedió, y los incidentes se arreglaron diplomáticamente, sin más desagradables consecuencias. Choques de menor significación hubieran provocado en otras circunstancias una guerra; pero evidentemente Estados Unidos no quería tomar sobre sí las responsabilidades de una guerra y se contentó con una mera satisfacción diplomática.

JAPÓN Y FILIPINAS.

Con motivo del actual conflicto chino-japonés no han faltado plumas que han tratado de comentar las posibles, quizá reales pretensiones de Japón sobre Filipinas. Que Japón tiene puestos los ojos en Filipinas es opinión unánime de todos los que siguen atentamente la marcha de los acontecimientos en el Extremo Oriente. La adquisición del Archipiélago sería la mejor solución a los agudos problemas que actualmente tiene que afrontar el Imperio del Sol Naciente, y que ha sido, sino total, por lo menos parcialmente, la causa de la presente guerra. La población de Japón crece de tal manera que se ve compelida a emigrar a otros países. La industria ha conseguido tal desarrollo que el cierre de los mercados extranjeros ocasionaría inevitablemente su ruina. China era sin duda el mercado que se surtía en mayores proporciones de géneros japoneses; declarado el boicoteo por los comerciantes chinos para vengar reales o supuestos agravios, el comercio exterior japonés descendió en poco tiempo en un 25 por 100, precipitando la guerra, que de otra manera se hubiera evitado. El mercado filipino está abierto al Japón; pero los productos japoneses no pueden desplazar a los americanos, teniendo éstos sobre aquéllos la ventaja de no pagar aduanas, o pagar solamente una cantidad mínima. Es evidente, pues, que en la actualidad el mercado filipino no soluciona el problema, ni satisface la necesidad de expansión mercantil del Japón.

La inmigración de japoneses en Filipinas, aunque ligeramente restringida por la ley, está causando no poca alarma al Gobierno, el cual tiene en proyecto nuevas medidas destinadas a contener la excesiva afluencia de japoneses con daño de los intereses de los filipinos. Estos, inferiores en inventiva, laboriosidad y constancia a los japoneses, no pueden hacerles competencia, viéndose obligados a levantar el campo en todos los puntos donde los japoneses han conseguido penetrar. Este fenómeno se ha manifestado en proporciones alarmantes en la ciudad de Davao, situada al sur del Archipiélago, que los japoneses han convertido en portillo de inmigración, llegando ya a ser tan numerosos y habiéndose apoderado de todos sus intereses, de tal manera, que, más que filipina, parece una ciudad japonesa. El anterior gobernador general, D. Davis, no dudó en afirmar que, si no se ponía coto cuanto antes a la inmigración de japoneses en Davao, pronto surgiría un problema con ineludibles complicaciones internacionales.

Las sospechas, pues, de que Japón acaricia la idea de poseer algún día el Archipiélago Magallánico no carecen de fundamento. Al presente su quebrantada situación económica le haría imposible mantener una prolongada guerra con los Estados Unidos, nación rica y poderosa, y que cuenta con inmensos recursos. No es probable, pues, que Japón, aun dado caso que abrigara seme-

jantes propósitos, intentara realizarlos mientras las Filipinas estén protegidas por la bandera americana. Pero ¿quién impedirá que Filipinas sean, como lo fué Formosa, envueltas en su formidable avance hacia una mayor expansión territorial, el día que aquella bandera se arríe definitivamente, si el gobierno de Washington concede por fin a los filipinos la libertad que por tantos años y con tanto empeño vienen demandando?

UN PASO MÁS HACIA LA INDEPENDENCIA.

El día 6 de abril, toda la prensa filipina anunciaba regocijada una fastuosa noticia: el congreso de diputados de Washington había aprobado un proyecto de ley en el que se provee conceder la independencia absoluta a las Filipinas en el plazo de diez años, satisfechas las condiciones previas que en dicho proyecto se especifican. Este golpe completamente inesperado se debió a una rápida maniobra hábilmente ejecutada por el presidente de la cámara de diputados, secundado por el partido demócrata. Sabido es que desde las últimas elecciones dicho partido tiene mayoría en la cámara baja. Decididos, pues, a llevar adelante el proyecto, determinaron prescindir temporalmente del riguroso proceso parlamentario, autorizando solamente cuarenta minutos para la discusión del dictamen. Terminado este intervalo, y a despecho de las protestas de algunos diputados republicanos, se procedió a votación, saliendo aprobado el proyecto por una mayoría de 306 votos contra 47. La noticia cruzó los mares y fué recibida y comentada con la avidez que se deja suponer. A algunos, los más exaltados, les pareció verla ya a las puertas de casa; otros, los más moderados, pensaron prudentemente que, si en realidad se acercaba, estaba todavía demasiado lejos para preocuparse de su llegada.

En efecto, el paso dado era ciertamente un paso necesario, pero no decisivo. Falta todavía la aprobación del senado, donde hay mayoría republicana, de criterio por lo general retencionista, lo cual da pie para temer que el proyecto de independencia encuentre allí, sino su muerte, tales modificaciones y reservas que le desfiguren completamente. Falta también el voto del Presidente, quien como fiel representante de los principios del partido republicano, no parece estar muy dispuesto a secundar los generosos proyectos del partido demócrata. Añádase a esto que los miembros del Consejo de Ministros que pueden ejercer más influencia en la opinión del Presidente, cuales son el Ministro de Estado, H. Stimson, y el de Guerra, P. Hurley, son acérrimos retencionistas. Ya hemos descrito y comentado en otra parte la visita oficial que este personaje hizo a Filipinas no hace mucho tiempo. Las declaraciones, que como resultado de esta visita hizo, ya en su informe al Jefe del Gobierno, ya al ser requerido por la comisión de asuntos insulares del Senado, no podían ser más funestas a la causa de la independencia. Dijo entre otras cosas que Filipinas necesitaba todavía muchos años de preparación económica con que garantizar una hacienda sana y un gobierno solvente. Aseguró también que actualmente en Filipinas no hay libertad de opinión en lo que se refiere a la cuestión de la independencia, pues todos tienen que ponerse del lado de los políticos, so pena de ver sus intereses directa o indirectamente atropellados. Estas declaraciones hechas por una persona tan calificada como el Ministro de la Guerra, en

cuyo departamento está incluida la administración de las colonias, han de ejercer necesariamente, tanto en el Presidente como en el partido republicano, una presión suficientemente fuerte para contrarrestar las generosas iniciativas de los demócratas.

Aún les queda, pues, a los caudillos filipinos mucho camino que recorrer antes de llegar a la meta de sus aspiraciones; y si el gesto del Congreso aliena las esperanzas de una próxima libertad, no faltan razones, todas ellas muy poderosas, para creer que aún han de pasar muchos años antes que los Estados Unidos abandonen la presa que en mala hora arrebataron a España hace treinta y cuatro años.

LLEGA A MANILA EL AVIADOR
REIN.

Hace poco más de un año que en una crónica de LA CIENCIA TOMISTA relatábamos la visita que el buque escuela de la armada es-

pañola hizo a la capital del Archipiélago Filipino. Era aquél el saludo oficial, el último desgraciadamente, que una anciana monarquía enviaba a su hija predilecta. Nuevamente, otro enviado nos trae el abrazo de la lejana España. ¿De la antigua o de la moderna?, no lo sabemos ni hace al caso; así lo dió a significar él mismo cuando, interrogado muy inoportunamente si era monárquico o republicano, respondió muy cuerdamente que era español. Viene por consiguiente, sino con la legación de la España oficial, sí con la simpatía y el corazón de la misma España que mandó a Loriga y Gallarza, al Blas de Lezo y al Juan Sebastián Elcano.

El día 11 de Julio daba glorioso término a su vuelo Madrid-Manila el aviador civil Fernando Rein y Loring, cuando su mágica avioneta tocaba por segunda vez antiguas tierras españolas, que el pueblo filipino galantemente le ofrecía. La prensa española habrá dado cuenta sin duda a sus lectores de las etapas sucesivas de tan larga travesía; no nos detendremos, pues, a recordarlas una por una, y nos limitaremos a relatar únicamente algunos incidentes (no todos, que eso sería tarea interminable) de su última etapa y de su feliz arribo a Manila.

Circunstancias desfavorables le llevaban detenido ya un mes en Hong-Kong: la inseguridad del tiempo debido a la presencia de algunos baguios en el mar de China; desperfectos en la avioneta; tentativas de cambiar la ruta via-Formosa con miras a reducir las distancias sobre el mar, en razón con la potencia del aparato, y que los recelos del Japón deshicieron completamente; esto, juntamente con las apreciaciones más o menos subjetivas de algunos individuos, todo contribuía a hacer su partida cada vez más problemática, y a que muchos dieran ya por terminado el vuelo. Personas hubo, bien intencionadas sin duda, que le telegrafiaron tratando de persuadirle que desistiera de acometer una empresa, cuyo éxito apenas garantizaba la potencia del aparato, aun en las mejores condiciones. No pensaba así nuestro héroe, quien, con una constancia y una prudencia, que han sido la admiración de todos, preparaba el aparato, recogía informaciones, pedía datos sobre las condiciones atmosféricas, disponía, en una palabra, todo lo necesario para dar cumplido remate a la obra comenzada. Posteriormente han circulado rumores de que elementos de varias nacionalidades intentaron hacerle fracasar. Sea de esto lo que fuere,

pues carecemos de datos fidedignos, los acontecimientos posteriores han demostrado que tales intentos no tuvieron ningún efecto.

Finalmente, puestos todos los medios que la prudencia demandaba y con una firme confianza en Aquel que camina sobre las alas de los vientos, el día 10 de Julio a las 5,30 a. m. remontó su vuelo en dirección a Filipinas, seguro, decía él, de que cruzaría felizmente el mar de China, donde no hacía mucho tiempo encontró sepultura un aviador americano, que con un potente aparato perseguía el mismo intento. Al telegrama despachado en Hóngkong sucedió una ansiedad, que nadie podía disimular, que se intensificaba a medida que las horas pasaban y se acercaba el tiempo en que, según los cálculos, debía tocar al término de su vuelo. Toda la inquietud sin embargo se trocó en satisfacción y regocijo cuando a las 2,30 p. m. un telegrama de Aparri nos anunciaba el feliz arribo de nuestro aviador, completando de esa manera la etapa más difícil de su ruta.

Su estancia en Aparri duró muy poco, pues al día siguiente, 11 de Julio, despegó de nuevo en dirección a Manila donde llegó a las 12,10 p. m., siendo objeto de un recibimiento digno de la hazaña que acababa de realizar. No nos detendremos a detallar los agasajos, felicitaciones, banquetes y homenajes que se le tributaron tanto en Aparri como en Manila; sería por demás monótono y largo. Dejaremos que el lector dé rienda suelta a su imaginación, y es posible que todavía no iguale a la realidad. Todo ello ha sido fruto de un entusiasmo espontáneo, y prueba de sincero reconocimiento al heroísmo y a la rara modestia, que hace resaltar con más relieve la figura del héroe. La colonia española se ha excedido casi a sí misma en el programa de festejos para honrar debidamente al ilustre compatriota. El elemento filipino, no podríamos asegurar si por convicción o arrastrado por la fuerza de las circunstancias, no se ha mostrado menos espléndido ni generoso. El elemento americano, en cambio, se ha mantenido dentro de una sobriedad digna de la raza.

IMPRESIONES. NOTAS PERSONALES. La prensa local no fué en zaga a las otras entidades en su afán por honrar cumplidamente a nuestro aviador. Su arribo fué anunciado con ediciones extraordinarias, y con títulos en los que, no nos cabe la menor duda, los cajistas usaron los tipos más grandes que pudieron haber a mano. Durante varios días los periódicos han llenado columnas enteras dando cuenta al público de cuantos detalles pudieran obtener. Recepciones, mensajes de personalidades notables, telegramas de felicitación: todo tenía cabida en sus columnas en la seguridad de que esa era la única manera de satisfacer las ansias que el público manifestaba de seguir los pasos y conocer las impresiones del ilustre huésped.

Pasando por alto el material de carácter puramente informativo y por consiguiente de valor circunstancial, hemos notado que los juicios emitidos por personas caracterizadas, tanto sobre su persona como sobre la empresa realizada, reflejan las mismas ideas y los mismos sentimientos.

Unánimemente reconocen que posee cualidades suficientes para garantizar el éxito de cualquier empresa: dominio de la técnica, valor y prudencia. Cuál de ellas en más alto grado no es del caso discutir, pero que las tres han corrido parejas y han contribuido por igual a la feliz realización del magnífico vue-

lo, salta a la vista, si se examinan detenidamente sus pormenores. El aparato, una avioneta de turismo de pequeñas dimensiones y potencia mínima—unos cien caballos de fuerza y una capacidad para combustible que no permitía más de ocho horas de acción. El hecho de venir solo y de tener que atender personalmente al arreglo, limpieza y buen funcionamiento del motor, son prueba del dominio que poseía de la parte mecánica; de su pericia como piloto los hechos hablan por sí mismos. Su intrepidez y valor en arrostrar peligros y dificultades, así como su prudencia en tomar todas las precauciones y en prevenir hasta los más mínimos detalles, no podían menos de augurar el éxito más glorioso; pues sabido es que la audacia sin prudencia se convierte en temeridad, y la prudencia sin intrepidez nunca llegará a producir héroes. Cuantos juicios han aparecido en la prensa, unánimemente afirman que, si Rein ha conseguido realizar tan magna empresa, se lo debe por igual a su audacia y a su prudencia. Completa la silueta de nuestro héroe una rara modestia que le hace desestimar el mérito de su hazaña y considerarlo como un vuelo de ninguna importancia. Su porte sencillo y trato familiar llegan a encubrir de tal manera la figura del héroe, que no parece sino que tenemos delante al compatriota que vive cerca de nuestra casa y viene a hacernos una visita de confianza. Vaya nuestra última palabra en testimonio y reconocimiento de su acendrado catolicismo y sincera piedad, de que ha dado pruebas inequívocas en cuantas ocasiones las circunstancias se lo han permitido: precioso legado de su familia, que nuestro héroe guarda y estima como riquísimo tesoro.

CAUSAS Y CONSECUENCIAS. Como era de esperar, dada la naturaleza del acontecimiento, se ha procurado poner de relieve y en lugar preferente los motivos que pudiera haber habido de carácter más o menos sentimental: «...fortalecer los lazos, estrechar la amistad, unir más y más los corazones de dos pueblos, que la Providencia ha separado políticamente, pero que latén todavía al impulso de los mismos ideales...» Estas o parecidas expresiones se repetían en cuantas ocasiones, discursos, brindis, editoriales, etc., era necesario hablar del ilustre huésped, de su patria y de los motivos de su vuelo. Es probable que esas razones jugaran un papel importante en la selección del término de la jornada, pues cosa muy natural es mirar a un lugar donde pudiera encontrar un número considerable de compatriotas que le recibirían con los brazos abiertos, y donde el idioma castellano se habla todavía por las clases cultas. El fin principal del vuelo Madrid-Manila nos lo refiere el mismo Sr. Rein en una frase propia de la modestia que le caracteriza: «Promover la aviación y demostrar las ventajas y la seguridad que ofrece para viajar». Motivo también muy principal debió ser sin duda el dar a conocer los aeroplanos de construcción Loring, en lo cual estaba personalmente interesado por ser una empresa capitalizada por su familia. Hasta qué punto haya conseguido su intento no podríamos asegurarlo; empresas son esas que requieren excelentes garantías económicas y que no pueden ni deben responder al impulso de emociones transitorias. En la actualidad la aviación civil en Filipinas, y pudiéramos decir en todo el extremo Oriente, está por empezar. Las rutas aéreas patrocinadas por los gobiernos de Ingla-

terra y Holanda mueren en la India y en Batavia, quedando Filipinas completamente desligada y sin conexión aérea con el extranjero. Las posibilidades de la aviación en Filipinas están todavía sin explorar y sin explotar.

Esta consideración parece que ha movido al Capitán Jiménez, otra de las glorias de aviación española, a venir a Filipinas. Sus planes definitivos todavía no se han dado a la publicidad. Uno de ellos parece ser el completar la línea Filipinas-Europa, conectándola con las rutas holandesas que mueren en Batavia. ¿Llegarán a realizarse estos propósitos? ¿Habrá alguna compañía que capitalice semejante empresa? Y sobre todo, ¿habrá suficiente demanda de pasaje para mantener activa la línea? Mejor fuera que nos equivocáramos, pero creemos que han de pasar todavía muchos años antes que esos proyectos lleguen a realizarse.

FR. C. PEDROSA, O. P.

Letrán, Manila, Agosto 18, 1932.

BIBLIOGRAFIA

Dev Hl. Albert der Grosse. *Ein Wissenschaftliches Charakterbild mit Bild*, von Martin GRABMANN O. Prof. an der Univ. München. Max Hüber Verlag. München. Amelienstr. 79. Págs. 30 en 4.º Precio, 1,40 rm.

Es un discurso tenido en Munich el 28 del Febrero pasado, con ocasión de una fiesta en honor del nuevo Santo y Doctor de la Iglesia. La nación alemana, especialmente Baviera, se tiene por muy honrada con la exaltación de tan ilustre hijo. El discurso del Dr. Grabmann es una síntesis admirablemente trazada de los rasgos que constituyen el carácter científico de S. Alberto Magno. El autor, especialista en la historia científica medieval, y particularmente en la del nuevo Santo, conocedor además de cuanto sobre él mismo se ha escrito en los tiempos modernos, ha escrito este discurso con verdadera competencia y con sincero amor. La sola lectura del mismo nos da una idea, en cuanto cabe, perfecta del Santo.

FR. A. C.

Iconographia Albertina. Von Dr. Heribert Christian SCHEEBEN und Angelus WALZ, O. P. Der hl. Albert der Grosse in der Kunst—Saint Albert le Grand dans l'art—Saint Albert the Great in art—Sant Alberto Magno nell' arte. Lex. 8.º (60 S. Text; 87 Bildtafeln.) Begleittext in deutscher, französischer, englischer und italienischer Sprache. Kartoniert 6,50 M.—Herder. Freiburg im Breisgau. 1932.

Por la portada puede ver el lector lo importante y curioso del contenido de la misma. Lamentamos de veras que el estudio que hacen sobre San Alberto Magno en el arte, y que sólo ocupa cuatro páginas, no lo hayan vertido además al español. La bibliografía y otras fuentes de información es copiosísima y escogida. Lo más importante quizá y lo que maravilla son las miniaturas. La imagen núm. 10, de la Iglesia de la Madre de Dios de Toledo, no parece tener aspecto de siglo xv. Seguramente que es más tardía.

FR. J. H.

Epistula Claudiana. Der neuentdeckte Brief des Kaisers Claudius vom Jahre 41 n. Chr. und das Urchristentum. Eine exegetisch-historische Untersuchung von Stephan LÖSCH. 4.º, 48 S. 3,60 Mk. Bader'sche Verlagsbuchhandlung, Inh.: Adolf Bader. Rottenburg a. N. (Wurt.) 1930.

El Dr. Lösch, después de recordar las circunstancias del descubrimiento de la carta del Emperador Claudio a los Alejandrinos, promulgada en Egipto el 10 de Noviem-

bre del año 41 después de Jesucristo, recorre rápidamente su contenido y nos da una nueva edición y traducción de la misma. Rechaza a continuación la opinión de Sal. Reinach, recogida por otros grandes sabios, que asienta ser la agitación judía de que habla el Emperador, un movimiento de la primera propaganda cristiana. Con lo cual el Dr. L. pasa al partido de la mayoría. Continúa con sus investigaciones personales; pero no hay que perder de vista que todo su sentido y valor se alcanza fijándose en que estudia la carta al amparo de la opinión de la mayoría. Analiza con admirable competencia la expresión *χοινή νόσος*, empleada en la carta, y que hasta el presente se consideraba como frase retórica, pero que es frecuente en el estilo cancelleresco. La segunda investigación personal que hace el Dr. L. versa sobre el uso que se ha hecho del vocablo *νόσος* en la literatura profana y en el lenguaje cristiano eclesiológico. Los testimonios más notables son la *1 Clementis* y la carta, X, 96, de Plinio a Trajano.

El elenco bibliográfico, puesto al final, es completo. Recoge en él hasta las más insignificantes vibraciones. Pero hay que añadir para completarlo, no por simple erudición, sino para perfeccionarlo, el trabajo que el P. Lagrange, O. P., publicó a propósito del opúsculo del Dr. Lösch en *Revue Biblique*, 40 (1931), pp. 270-76.

FR. J. HEREDIA.

Le Père Ambroise Gardeil, O. P. 1859-1931. Biographie, bibliographie. Extrait du BULLETIN THOMISTE. Octubre 1931. Págs. 24, fr. 2,50. Les Editions du Cerf, Juvisy (Seine-et-Oise).

Encabeza este hermoso trabajo una semblanza teológica del P. Gardeil, exquisitamente dibujada por el P. M. D. Chenu, O. P. En la biografía se nos da un conocimiento acabado de la actividad del eminente profesor y teólogo. La bibliografía registra con admirable puntualidad los 225 trabajos que suman su actividad literaria, clasificada, por su extensión o índole, en Obras, Artículos de Revistas o del «Dictionnaire de théologie catholique», Notas, Discusiones, Boletines, Reseñas, Noticias biográficas, Discursos, Conferencias, Prefacios, Ediciones. Muchas de las Notas y Reseñas de libros son más importantes que un largo artículo.

«Un ensayo de prolegómenos a toda doctrina, emanada de la fe, que se presente como Ciencia». Con esta frase definió el mismo P. Gardeil el contenido y el sentido de la obra intelectual de su vida, en la forma que aparece en su trilogía famosa: *La Crédibilité et l' Apologétique* (1908), *Le Donné révélé et la Théologie* (1910), *La Structure de l' ame et l' Experience mystique* (1926). *Le Donné révélé* inspiró al P. Marin-Solá la *Evolución homogénea del Dogma Católico*, proclamada por Batiffol obra *libertadora*.

La finalidad que perseguía en toda su actividad nos la reveló luminosamente en enero de 1893, en el primer número de *Revue thomiste*, por él fundada: «el fin a que debemos aspirar es el siguiente: ayudar a la ciencia a que permanezca o a que llegue a ser cristiana; ayudar a los sabios a que perseveren o a que lleguen a ser creyentes; contribuir en la medida de nuestras fuerzas, por débiles que sean, a que los espíritus cultos de nuestro tiempo posean con la mayor certeza y con la máxima amplitud el mejor bien de que gozamos: la verdad, la verdad que vive por encima de las más elevadas realidades, la verdad que dan la ciencia y la fe armonizadas, unidas.

FR. J. HEREDIA.

El P. Villada y la venida de San Segundo a Avila, por el M. I. Sr. D. Emilio SÁNCHEZ MARTÍN, Arcediano de la Catedral de Avila. 8.º, 116 págs., 2,50 ptas. Tip. y Enc. de Senén Martín Díaz, Avila. 1931. Los pedidos al Autor: Santa Catalina, 7, Avila.

Es una briosa refutación de las opiniones sustentadas por el P. Villada en su *Historia Eclesiástica de España* al tratar el asunto de la venida del que se considera fundador de la iglesia de Avila. La refutación está tan bien hecha que destruye en realidad todo lo sustentado por el P. Villada; ahora que pruebe lo que pretende el Sr. Sánchez Martín, es otra cuestión. Efectivamente, lo que opina el P. Villada carece de consistencia, o dicho con más puntualidad, el P. Villada de ningún modo *prueba* lo que pretende. Mientras no se aleguen argumentos valederos en contrario, no hay motivo alguno razonable para rechazar la tradición de Avila. Lo que no deja de maravillarme es que tanto el P. Villada como el Sr. Sánchez Martín hagan tanto hincapié, admitan con tanta naturalidad los nombres de lugares y cifras de Tolomeo, Plinio y del Itinerario de Antonino, estando ya copiosamente probado por los geógrafos que visitan el terreno, que compulsan las afirmaciones de los documentos con los datos del terreno, que merecen muy poca fe esas geografías. Las copias que poseemos de las obras de esos geógrafos antiguos contienen tantas erratas y disparates en los nombres de lugares y cifras, por haberse hecho por hombres que desconocían los nombres ibéricos y que no eran geógrafos, que es absurdo utilizar sin examen sus afirmaciones, sin contrastarlas con los datos que suministre la observación directa del terreno. Pueden consultar, por ejemplo, los numerosos trabajos geográficos del Excmo. S. Antonio Blázquez, miembro de la Academia de la Historia, y de otros, para ver palpablemente lo desatinado que es el atenerse a los resultados puramente documentales y paleográficos de esas geografías antiguas.

El opúsculo del Sr. Sánchez Martín debe colocarse al lado de la *Historia Eclesiástica de España* del P. Villada como una perfección o una fe de erratas de la misma. De este modo gana mucho la Historia del erudito jesuita. Opúsculos como el del señor Sánchez Martín debieran escribirse más en torno a la gran obra del P. Villada, con el fin de purificarla y perfeccionarla. La segunda edición debe construirse con la colaboración de todos los investigadores de todos los tamaños.

FR. J. HEREDIA.

Saint Roch. Histoire et Légendes, par l'Abbé Maurice BESSODES. In 8º, VIII-170 pages, 8 frs. Casa Editrice Marietti, Via Legnano, 23. Torino, 118.

Recomendamos vivamente este estudio de Bessodes a todo aquel que desee poseer una idea exacta de la vida y de la personalidad del misterioso peregrino. El arte con que desenvuelve y analiza el contenido de la historia y de las leyendas no ofende las exigencias de la severa crítica. Será de mucha utilidad este libro para los predicadores que tengan que hablar al pueblo sobre el santo, lo que en muchos lugares es frecuente.

FR. J. HEREDIA.

Bilderatlas zur Religionsgeschichte. 5 Lief. *Religion der Hethiter*. Un mapa y 17 grabados en 8 láminas. Precio: 1,80 m. 1925. Leipzig.

6 Lief. **Babylonisch-Assyrische Religion**. Un mapa y 52 grabados en 17 láminas. Precio: 3,60 m. 1925. Leipzig. A. Deichert'schen Verlagsbuchhandlung.

En estos primeros números de la hermosa colección se han quedado los editores

demasiado escasos. Son muy poco 17 grabados para la religión hittita y mucho menos 52 para la asirio-babilónica. Los hittitas son un pueblo que hasta hace muy poco era casi desconocido y considerado como uno de los habitantes que se repartían la Palestina antes de la conquista de los Hijos de Israel; pero los documentos han demostrado que constituían una nación potentísima, que extendía su influencia hasta Babilonia y pactaba como de igual a igual con el rey de Egipto. Nos ha dejado preciosos documentos de arte, de escritura y de religión. Respecto a ésta, ofrece el Atlas algunos ejemplos de lo más importante, para dar una idea general.

El fascículo relativo a la religión asirio babilónica, compuesto por el competente asiriólogo Dr. Beuno Landsberger, contiene, entre lo mucho que había para escoger, asuntos muy importantes para el que aspire a iniciarse en este género de estudios. Aquí se encontrarán modelos de escritura cuneiforme, del arte sumeriano, monumentos de Babilonia y de Asiria, símbolos de dioses, etc.

Son estos Atlas de grande utilidad, a pesar de ser incompletos, como una preciosa ilustración del manual de Historia de las Religiones que tiene publicado la misma casa.

FR. B. CELADA.

Das Bild Christi im Wandel der Zeiten (La imagen de Cristo en el curso de los tiempos) por Hans PREUSS. 112 Láminas con 137 grabados, introducción y notas explicativas. Un vol. en 4.º Precio: en cartón 3,80 m. y en tela 4,80 m. A. Deichertsche Verlagsbuchhandlung. Leipzig. 1932.

Ha sido una buena ocurrencia del autor, querer hacer un resumen de las principales representaciones que de Jesucristo se han hecho desde los primeros siglos hasta hoy. En una muy sustanciosa introducción, hace la crítica de las imágenes, así de las que se presentan como verdaderas, como de las que no persiguen más que un fin idealista, dándonos la verdadera esencia de arte pictórico y escultural de la imagen de Cristo. Las 137 imágenes, escogidas como representación de las demás, aunque a alguno se le antoje que no son las más a propósito, están muy bien repartidas por todas las épocas. Aquí pueden verse las antiquísimas representaciones de Jesucristo en las catacumbas como «el buen Pastor» unas veces viejo y con barbas, y otras veces joven; las primeras imágenes de la crucifixión, el tipo bizantino, los cuadros medievales de Giotto, Fra Angelico, Mantegna, Bellini, Ticiano; los de la escuela holandesa y de Colonia; los alemanes de Albrecht Dürer, Schüffelein, Grünewald, Holbein; los de Miguel Angel, Reni, Rubens, Rembrandt; y los recientes de Fürich, Veit, Steinle, Richter, Max Klinger, Gebhardt, Samberger, Ida Ströver, etc., etc. A cada una de las imágenes acompaña una nota explicativa, breve e interesante.

FR. B. CELADA.

Jesucristo, su persona, su mensaje, sus pruebas, por el R. P. Leoncio de GRANDMAISON, de la Compañía de Jesús. Traducción de la undécima edición francesa, por el Dr. Joaquín SENDRA, canónigo. Un vol. de 906 páginas en 4.ª Precio, 40 ptas. Editorial Litúrgica Española. Calle de las Cortes, 581. Barcelona 1932.

De la magnífica obra del P. Grandmaison, que ahora tenemos la satisfacción de ver traducida al español, se ha hecho ya en LA CIENCIA TOMISTA (Enero-Febrero de 1929) un cumplido elogio, y si ahora volvemos a hablar de la misma, no es más que por su importancia extraordinaria y por contribuir a que se conozca una publicación que tan grande esfuerzo supone en la empresa editorial para darla a luz en estos tiempos. Merece todos nuestros parabienes la Editorial Litúrgica por las obras que ha

empezado a publicar últimamente como ésta y la del P. Lagrange sobre el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que seguramente le darán más gloria que muchos devocionarios y sermonarios.

La obra del P. Grandmaison es fruto de toda una vida consagrada al trabajo. Desde el principio de sus estudios sintió vivamente la necesidad de una formación amplísima para defender la religión de tantos ataques como por todas partes recibe. Su predilección era por la Historia de las Religiones y la Etnología: «El suelo del Egipto y la Palestina son metódicamente explorados y ¡con qué fortuna lo saben todos los que se interesan por las ciencias sagradas! El Irán y Babilonia, después de haber entregado tantos tesoros, no parecen en vísperas de agotarse. Pero el Oriente clásico no basta ya a la joven ciencia, sus conquistadores han vadeado el Mar Tenebroso. Ya no es la India solamente la que va a someterse a una investigación más rigurosa; es el Africa, desde el Sudán al Nilo y desde Niazas al cabo; es el Extremo Oriente, cuya epigrafía se funda y cuya filosofía se acaba... La lucha está sobre el terreno de los hechos; allí, pues, tenemos que encontrar a nuestros adversarios, allí se deben hallar las armas para fortificar a los que creen y convencer a los que dudan». Todo lo quiere abarcar este grande espíritu del P. Grandmaison. Querría dominar también todos los problemas de la Filosofía Religiosa, de Crítica y hasta de Mística. De todo ello querría hacer una grande obra que nos llevase racionalmente a la persona de Jesucristo, aunque precisamente por eso no alcance la perfección técnica de un especialista como el P. Lagrange en su obra sobre el Evangelio. Los dos primeros libros de la obra son como preparatorios: «Las fuentes» y «El medio evangélico». En el tercero ya entra de lleno en la materia: «Jesús: el mensaje». En el cuarto estudia «La persona de Jesús». En el quinto «Las obras de Cristo» como los milagros, las profecías y sobre todo la resurrección de Jesús. En el sexto bajo el título de «La Religión de Jesús» trata del misterio cristiano y los misterios paganos; los orígenes de la religión de Jesús; la religión de Jesús en la mitad del primer siglo; la religión de Jesús al fin de la generación católica; los testigos de Jesús en la historia antigua, media y moderna, como S. Agustín, S. Bernardo, S. Francisco, etc... Esta es a grandes rasgos esa obra monumental que está prestando un servicio inestimable a apologistas y conferenciantes. Deseamos al editor que los gastos de la lujosa impresión, le sean ampliamente remunerados.

FR. B. CELADA.

Unidad de la Ciencia Sagrada y de la vida santa, por el R. P. Fr. Sabino M. LOZANO, O. P. Salamanca. Establecimiento Tipográfico de Calatrava. 1932. 154 págs. 2 ptas.

Los teólogos si son agradecidos, deben reconocer el beneficio que les hacen libros como este, porque aquellos que lo leen se dan cuenta por él de que las cuestiones elevadas y abstrusas que ellos tratan tienen una amplísima aplicación práctica, ya que tratan de algo fundamental en la vida espiritual, no de alguno, sino de todos los cristianos. Es innegable que, si la Teología Escolástica no está hoy en el honor de otros tiempos, se debe a su falta de vitalidad, a que sus verdades se han encasillado en unas cuantas fórmulas como en cajas de bronce; y, enseñarlas a otros es entregarlas así como están, sin vivificarlas, sin entrar en contacto con ellas y acaso sin entenderlas porque muchas veces se repiten maquinalmente fórmulas hechas y se establecen ecuaciones de unas con otras, en eso que se llaman raciocinios, de manera puramente nominal, sin reflexionar sobre el contenido. El gran público queda ajeno a esas disquisiciones y se pregunta para qué vale todo ese andamiaje de ciencia. Por eso los teólogos han de quedar sumamente agradecidos al ver que las cuestiones que ellos

discuten hasta las más elevadas que versan sobre la Santísima Trinidad y la Encarnación interesan también vivísimamente a las almas, no a una o dos escogidas, sino a todas porque de todas deben ser vividos y experimentados los profundísimos misterios de la fe; de tal manera que ellos son la esencia, el principio y el fin de su vida espiritual. Los teólogos profesionales serán, pues, los primeros en dar la bienvenida a esta obra y a las que en pos de ella deberían seguir, porque ellas, podríamos decir, abren nuevas y numerosas factorías a los géneros que ellos expenden.

Sería falta de comprensión exigir que todo el que quisiere escribir de Teología tuviera que sujetarse a ese encasillado que unos cuantos teólogos tuvieron la fortuna de hacer prescribir y enfilear siempre sus argumentos con la misma estrategia; contra Escoto, contra Berengario, contra la escuela A y contra la escuela B. Es asimismo falta de amplitud de espíritu no admitir la verdad venga de donde viniere, mientras sea verdad, lo cierto como cierto y lo probable como probable, lo real e inasequible como real e inasequible, mientras haya quien demuestre el hecho y no se pruebe hasta la evidencia su imposibilidad. Este es el defecto a que propenden, si no son muy cautos, los teólogos, porque, acostumbrados a juzgarlo todo desde los altísimos principios de la sabiduría, propenden a imaginarse que también lo pueden entender todo y de ahí sacan la consecuencia de que lo que no entienden no es posible. Con esta presunción nunca hubieran hecho más que oponerse a toda clase de progresos científicos, históricos y teológicos, que casi todos se han realizado por el método experimental, mientras que a priori han sido tildados de errores o disparates. El P. Lozano, después de exponer con su lenguaje realista y lleno de vida todo cuanto la sana Teología enseña, admite nuevos hechos que no tienen en contra, sino más bien a favor las grandes autoridades de la Teología. Pues ¿no será falta de comprensión negarlo por la sencilla razón de que no se entiende? A esta cuenta habría que negar todos los misterios. Creo, pues, que para los teólogos es esta una obra benemérita.

En lo que toca a las almas espirituales, ya sabemos con qué satisfacción han recibido la parte de esta obra publicada años anteriores, porque acostumbradas a tanto libro vacío de doctrina como corre por el mundo, cuando se les exponen estas verdades sublimes que son el núcleo de su vida interior, sienten expansionarse su alma. ¡Qué desgracia que las grandes verdades que Jesucristo vino a enseñar a los hombres todos, para que fueran vida de su alma, y los Santos Padres tanto se esforzaron por poner al alcance hasta de los más rudos se hayan venido a aristocratizar y esoterizar y hacerse patrimonio de unos cuantos profesores! Con lo dicho no necesitamos añadir que este es el libro de la unidad: unidad de la ciencia y la vida, y unidad de la ciencia en sí. Ha escogido el P. Lozano los misterios más especulativos y ha probado que son los más prácticos, porque son el principio de la vida del cristiano en todas sus fases y etapas. De la unidad de las partes de la Teología sólo habla de propósito al principio de la obra, excepto en lo que toca a la Ascética y la Mística, de las cuales hace un estudio sintético completo. La mayor parte de la obra la componen artículos publicados ya en *La Vida Sobrenatural*, pero añade una *Conclusión* muy jugosa, que es una magnífica introducción a lo que precede.

FR. B. CELADA.

De Fidelium Associationibus, auctore G. VROMANT, C. I. C. M. Scheut. VIII-138 págs., en 4.º Louvain. Museum Lessianum. Rue des Récollets, 11. 1932.

Dos títulos consagra el Código Canónico—los últimos del Libro II—a las asociaciones piadosas. A exponer su contenido se ordena el opúsculo que hoy nos toca reseñar. Después de una rápida ojeada sobre su origen, evolución y clases, se ocupa nuestro autor de su erección, aprobación y dependencia de la autoridad eclesiástica, el ingreso

y dimisión de los asociados, el régimen interno y la supresión de las asociaciones, con que se cierra el título primero.

En el segundo, más extenso, estudia en sendos capítulos lo concerniente a las *Terceras Ordenes seculares; Cofradías y Uniones piadosas; Archicofradías y Uniones primarias*; dedicando el último a *algunas asociaciones piadosas en particular*, tales como la cofradía del Smo. Sacramento, del Sdo. Corazón de Jesús, del santo Rosario y otras.

El corto espacio de que disponemos no permite entrar en detalles. Nos limitaremos a llamar la atención del autor, para que en ulteriores ediciones corrija la inexactitud que se le deslizó en el núm. 54, donde hablando de la facultad concedida a los padres Franciscanos de conmutar a sus terciarios el hábito por una medalla, añade que semejante facultad se *comunica* a los demás terciarios, cosa que la respuesta de la Sda. Congregación, por él citada, *excluye expresamente*.

Terminamos felicitando al autor por el buen servicio que con esta obrita prestó al clero, así secular como religioso, sin excluir a los misioneros, en favor de los cuales tantas indicaciones dejó consignadas.

FR. S. A.

Tractatus Canonico-Moralis de Sacramentis. Vol. II, Pars II. **De Extrema Unctione**. Accedit Appendix De Jure Orientalium, por Félix M. CAPPELLO, S. J. XV-311 págs. en 8.º Liras 15. Turín-Roma. Marietti. 1932.

Esperábamos que con este volumen nos daría el P. Cappello lo que le restaba de su comentario sobre los sacramentos, pero se limitó a publicar lo referente a la Extremaunción, con la promesa de que en breve aparecerá lo correspondiente al sacramento del Orden.

Existencia y esencia del sacramento de la Extremaunción, efectos que produce, sujeto que la administra y recibe, obligaciones respectivas de administrarla y recibirla, reviviscencia de la Extremaunción y casos en que puede reiterarse, tiempo y lugar en que ha de administrarse, y ceremonias que se deben practicar, así en la Iglesia occidental como en la oriental, son los temas de esta obra, tratados con la competencia singular y gran copia de erudición a que el P. Cappello nos tiene acostumbrados, y que tanto realce y autoridad confieren a sus escritos.

Que sea pronto una realidad la promesa de publicar el tratado sobre el sacramento del Orden, son nuestros fervientes deseos.

FR. S. A.

Nicolás MARÍN NEGUERUELA. **Lecciones de Apologética**. T. I. Parte I: *Espiritualismo*. T. II. Parte II: *Cristianismo*. Parte III: *Catolicismo*.—Tipografía Católica Casals. Barcelona. Precio: 12 ptas. en rústica y 15 en tela.

Se conoce que ha tenido tan buena acogida esta obra, que su autor, Marín Negueruela, se ha decidido a ofrecer al público la 8.ª edición. Consta de dos volúmenes de unas 380 páginas cada uno. En el primero—que él intitula *Espiritualismo*—estudia a Dios, al hombre y las relaciones de éste para con Aquel. El segundo consta de dos partes. Demuestra en la primera, la divinidad del Cristianismo, y en la segunda examina cuál de las iglesias que se dicen fundadas por Cristo es la legítima y verdadera.

El juicio que nos merece la obra es el siguiente: No es un estudio fundamental en que se expongan, con la profundidad y extensión que merecen, las cuestiones de Apologética. En torno a la Apologética debátense mil cuestiones completamente ajenas al fin de esta ciencia.

El autor se resiste a admitir que la Apologética sea Teología. Aunque expone todas las cuestiones compendiosamente, algunas sin embargo están bastante bien resumidas.

Es más que nada una obra de vulgarización. Y en este sentido la creemos muy provechosa. Claro está que dado este carácter de la obra, el autor se habrá visto en la necesidad de exponer muchas cuestiones, pues si bien son ajenas a la Apologética son sin embargo necesarias para la mayor parte de lectores, faltos en absoluto de preparación filosófica.

Viene esta obrita a llenar una necesidad general y urgente de los tiempos que atravesamos.

Nicolás MARÍN NEGUERUELA. *¿Por qué soy católico? Apologética elemental*. 2.^a edición 1932. Tipografía Católica Casals. Barcelona. Precio 5 ptas.

Es un resumen de cuanto ha escrito en los dos tomitos anteriormente reseñados.

FR. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ.

Curso de Filosofía destinado a los alumnos de enseñanza secundaria y de la enseñanza profesional preparatoria al Magisterio por los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*. 2.^a edición, corregida y aumentada. Rue de Sèvres, 78. París (VIIe) 1931.

Es un volumen de 773 páginas en 8.º En él han logrado hacer los Hermanos de las Escuelas Cristianas una breve y compendiosa exposición de todos los principales problemas que se ventilan en las diversas ramas de la Filosofía.

Como el espacio es muy reducido y la materia muy extensa, la exposición resulta, por lo general, demasiado esquemática. Debido, sin duda, a este esquematismo, no se tocan en él algunos problemas de importancia, y otros se estudian de una manera muy somera y superficial. Mas como este libro está destinado «a los estudiantes de Enseñanza Nacional y Secundaria, que sólo disponen para el importante estudio de la Filosofía de muy contadas horas en los programas», por eso se imponía la necesidad de ser breves y de exponer las cuestiones con la mayor claridad y sencillez posibles. Sin ser un curso de filosofía propiamente escolástica, sigue sus orientaciones y sobre todo las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino.

El orden que sigue en el estudio de las diversas partes de la Filosofía no me parece muy conforme al espíritu de la Filosofía Escolástica. Adopta el orden siguiente: «Iniciaremos este estudio por la *Psicología Experimental*, pues es racional que cada cual investigue primero la naturaleza de su ser y las facultades de que dispone para llegar al conocimiento de la verdad. Estudiaremos luego la *Lógica*, pues, una vez conocidas las facultades del alma, importa dirigir las en la investigación y en la demostración de la verdad. Seguiremos después con la *Metafísica*, que estudiaremos en el orden siguiente: *Metafísica general* u *Ontología*, *Cosmología Racional*, *Psicología Racional* y *Teodicea*, ya que estudiadas el alma y las reglas del pensamiento, conviene aplicarlas al estudio de sus varios objetos: el *ser*, los *seres materiales*, el *alma*, y el Autor de todos ellos: *Dios*.—Conocido Dios, es preciso investigar cuáles son los deberes que para con El tenemos; de allí que enseguida haya de venir la *Moral* o *Ética*.—Finalmente un breve estudio de los Principales Sistemas Filosóficos, nos dará a conocer la marcha y tropiezos del espíritu humano en la investigación de la verdad.» (Páginas 34).

Hay todavía otros puntos en que se aparta de la doctrina aristotélico-tomista. Uno de ellos es el referente a la clasificación de las ciencias. Por razones que nos parecen enteramente fútiles se rechaza la clasificación aristotélica de las ciencias. Otro el de

concebir la Cosmología a manera de partes de la Metafísica Especial, como si todas estas ciencias tuvieran un mismo objeto específico.

Por último, se notan en la obra resabios muy marcados de cartesianismo. Y así en Metafísica hacen uso del «método llamado *psicológico*, ideado por Descartes.» (Página 289).

FR. FRANCISCO P. MUÑIZ, O. P.

Repertorio universal del predicador. T. IX: El Sacerdocio. La vocación y el carácter sacerdotal. La vida religiosa. Por R. BERINGER. Traduc. española de Francisco JAVIER YSART. Editorial Litúrgica Española. Cortes, 581. Barcelona, 1932.

Una colección de monografías, escritas por ágiles y técnicas plumas contemporáneas, integran este bien presentado y valioso volumen, de cuya lectura y estudio sacarán provecho cuantos, dando la voz o echando cuartillas al aire popular, anhelan defender dos instituciones fundamentales de la Iglesia Católica, hoy perseguidas más que a lo Nerón, a lo Juliano el Apóstata. Verbenear por las páginas de este volumen argumentos bien trabados y demostrativos de que los padres *pueden probar*, pero *nunca estorbar* la vocación sacerdotal o religiosa de sus hijos, cuyas vidas, mejor que dárseles, se las ha prestado el Soberano Dueño y Supremo Dispensador de la vida. Dios haga que vuelvan, y vuelvan pronto, aquellos venturosos tiempos de fervor evangélico, cuando las familias estimaban como honor terreno, codiciable y codiciado, contar con un miembro sacerdote o religioso.

Un *pero* menos tendría para mí el libro que traigo entre manos, si hubiera tropezado con firmas de españoles siquiera por vía de apéndices. Tantos libros vertidos al castellano van desmedulando el arte, la ciencia, la ley y la vida españolas y mordiendo las raíces de la robusta personalidad hispánica. Si Dios no lo remedia, camino llevamos de ver pegadas en el solar hispano «las nieblas hiperbóreas», que decía Cervantes. Ninguna raza florece si no mete sus raíces psicológicas en su terruño natal, y la nación, que cultiva a sus hijos en viveros extraños, produce súbditos vulgares, adocados, o, bien dar, de una dorada medianía.

FR. A. CARRIÓN.

L' Evangile commenté par Saint Augustin, par le R. P. Antonen THONNABARTHER, des Augustins de Malte. Págs. VI-289 en 4.º París, Lethiel'eux y Barcelona, Subirana, Puertaferri, 14. 1930. Pr. 25 frs.

La obra pertenece aún a la floración literaria producida por el centenario de San Agustín. Es un florilegio sacado de las obras del Santo Doctor, en que se van explicando los hechos o pasajes más salientes del Evangelio, formando verdaderamente *el evangelio comentado*. La selección está bien hecha; así mismo la traducción; del fondo de los comentarios no hay que decir, siendo del gran Doctor. Son páginas todas llenas de vida, de doctrina, de piedad.

FR. A. C.

La Ciencia Oriental antes de los griegos, por Abel REY (L' Evolution de L' Humanité). Un tomo en 8.º (XVII-495), 35 frs. La Renaissance du Livre, Boulevard Saint-Michel. París.

Este volumen es el primero de una serie—serie complementaria de la colección «La Evolución de la Humanidad»—cuyos tomos segundo y tercero se ocuparán de la «Ciencia Helénica» y «La Ciencia Helenística».

Así con este tomo prepara A. Rey al lector para conocer la prodigiosa y decisiva contribución del genio griego a la ciencia.

El autor nos traza el cuadro de las cuestiones que examina en Caldea, Egipto, China y Asiria. Epocas lejanísimas, con dificultades, por tanto insuperables, para describir, ni precisar documentalmente los lazos sùtiles que ligan toda obra científica a su medio social. Y sino, ¿qué nos queda de estas épocas, de los episodios científicos personales, es decir, vivos y originales? nada. Ni creadores, ni inventores del pensamiento científico y poseedores del saber. ¿Y qué sabemos de sus sacerdotes, ni de sus magos? ¿ni de qué manera trabajaban? ¿cuál su influencia? ni si formaban una clase de la sociedad. O sea que nada o muy poco sabemos de las condiciones mentales y sociales de la ciencia oriental; algo más tenemos sobre el medio técnico en que se elabora la ciencia oriental y egipcia. Así, A. Rey nos da un capítulo bastante documentado por la arqueología y la iconografía, acerca de los oficios, labores y los instrumentos en uso en estos pueblos.

Esta falta de documentación que imposibilita el precisar la reacción del individuo como tal en su medio social, es lo que obliga a estudiar estos lejanos períodos, de una manera abstracta, que nos da en forma de cuadros hechos y en períodos acotados, lo que en el conjunto de las instituciones y las costumbres sería una mirada de conjunto clara y franca sobre las almas. Sin embargo los hombres trabajaban como en todas las épocas y de lo transmitido por ellos, buscamos lo que para el espíritu científico representan en la marcha de la Humanidad. Esta es la obra y ésta la dificultad y éstas las limitaciones forzosas que nos presenta el meritísimo tomo de A. Rey.

Y en nuestro sentir el primer problema que se plantea es este: ¿El espíritu científico de estas civilizaciones es homogéneo con el nuestro?

Se tenga en cuenta que el sentido científico de los orientales prehelénicos no pasa del dominio del número, de las medidas espaciales y de los astros. Las nociones del mundo físico terrestre, de las propiedades de la materia y de los seres vivientes son aún propios de una *inspiración* precientífica, si se exceptúa el famoso papiro medieval egipcio.

Yo no niego, desde un punto de vista de síntesis histórica, que es el de esta biblioteca, espíritu científico en estos lejanos períodos, por eso pregunto sólo si es homogéneo con el nuestro. Creo que planteada así la cuestión soslaya muchas dificultades, y sin negar los gérmenes científicos de ese período, nos impide que convirtamos un lenguaje que debe de ser sólo, en el caso, de signo, en uno de sugestión, por poner en aquella época un contenido que sólo es propio de épocas recientes, post-helénicas, originando así por impresiones de lenguaje, confusión en los conceptos.

Y en efecto, el rasgo de estas mentalidades es propiamente egocentrista, y se manifiestan como incapaces de colocarse en un punto de vista relativo, características todas de los espíritus infantiles. Y aun observando los pequeños problemas que aparecen en las tabillas babilónicas y en los papiros matemáticos así: repartir entre diez hombres un número variable de panes, siguiendo una proporción desigual; hallar dos cuadrados, cuya suma sea la de otro dado; establecer la capacidad de un recipiente, etcétera, lo primero que pensamos es, en efecto, en los años de la escuela primaria.

El esfuerzo mental visible que deben hacer los calculadores egipcios, los subsidiarios concretos que inventan, para llegar a percibir abstracciones como la noción de fracción, son procesos semejantes a los que los pedagogos observan entre los niños.

Pero si esto es cierto ¿basta, no obstante, para establecer que la inteligencia científica en el antiguo Oriente, es bajo muchos aspectos comparable a la de los niños de seis a nueve años? Este es el camino que sigue por ejemplo Piaget y en el que se muestra tan prudente A. Rey. Yo invito al lector a que lea con atención el C. II: «Precauciones preliminares» en que el Sr. R. precisa su pensamiento en estos puntos tan difíciles de la interpretación científica.

Para nosotros, el hecho de la falta de homogeneidad científica, no autoriza a creerlos en una infancia, precisamente por eso, porque no creemos en una continuidad progresiva indefinida y más o menos contrita de la ciencia. Esto sí que es una superstición indigna del actual espíritu científico.

Es un rasgo de estas cuatro civilizaciones estudiadas por A. Rey, el que después de un progreso real, ascendente, en el primer siglo del larguísimo período que va del tercer milenio a. de J. C. al I. VI, a. también de N. Sr., luego el valor adquirido se fija en tradición inalterada, y éste es otro distintivo que los diferencia de nuestro espíritu científico. La explicación está en que el espíritu de esta ciencia no es filosófico; esto queda reservado a los griegos; es sencillamente religioso. Pues como dice el autor, no es indispensable para que se desarrolle la inteligencia racional, la eliminación de todo elemento de misticismo; al contrario, este elemento se ha de mantener «porque se precisa de la fe para que nazca la ciencia, y el culto de la inteligencia que comprende a la vez la observación precisa y la lógica organizadora, es un culto como todos los otros, la razón es una emanación del misticismo, quizás su fruto más perfecto, tanto más acabado cuanto se ha separado por completo. El fruto maduro abandona el árbol».

Y si lo abandona antes de tiempo, ocurrirá como ocurrió en Egipto que lo que era ciencia se queda en técnica seca y práctica y sin nada científico.

Esta obra de A. Rey es riquísima de sugerencias e invita al teólogo a considerar, con ocasión de los magnos descubrimientos de las excavaciones orientales, los grandes problemas de la inteligencia humana, sobre todo aquellos que como los de los orígenes, son los más difíciles, y los que como los del desarrollo y progreso humano invitan a un punto de vista sintético que puede y debe de intentar el teólogo ayudándose de la ciencia racional y de investigación. Mas dejando para otra ocasión un trabajo de esta naturaleza queremos consignar la prudencia y precisión con que obra A. Rey antes de concluir; así dice en la pág. 477, último párrafo «es necesario decidirse a ignorar, cuando la documentación no permite una decisión» y téngase en cuenta que A. Rey maneja y se apoya sobre todo lo elaborado por los especialistas, a lo que aplica su sagacidad y erudición personales.

El autor se coloca, no en la situación imaginaria y falsa por lo peligrosa de un sabio del año 2000 a. de J. C. para conocer su pensamiento, su saber, su concepto de la ciencia, etc., sino a la inversa, se coloca en el nacimiento de «nuestra ciencia» y nos señala en el Oriente antiguo los gérmenes, por buenos que sean y humildes, de esta gran creación humana. Creemos lo más acertado y menos expuesto a error y fantasías, si bien hay lugar a las precauciones que indicamos más arriba.

Esperamos con interés las otras dos obras, sobre la ciencia helénica que han de seguir a ésta, y por el mismo autor.

FR. MARIANO SANJINÉS.

Navarra y las Cruzadas. Ensayo histórico (ilustrado con 25 mapas y numerosos grabados) de las principales expediciones religioso-militares de Navarra desde fines del siglo VIII hasta mediados del XIV, por el R. P. Gregorio VERA IDOATE, C. M. F. Obra que obtuvo el Primer Premio de Historia en el Concurso Literario 1929-1930 de la «Biblioteca Olave». Un vol. en 8.º, 256 págs., 5 ptas. Editorial Aramburu. Pamplona. 1931.

Con gran copia de erudición nos explica el P. Vera Idoate, en estilo de manual de Historia, los 25 mapas que intercala en el texto. En los Apéndices encierra abundante documentación, sobre todo el segundo que contiene doce Bulas. En la página 32, línea 5 parece debe decir 908, en vez de 808. Un poco más de técnica quisiéramos ver en las

citás. Este trabajo enjundioso, recio, erudito, prestará un gran servicio a todo el que quiera poseer una visión de conjunto del papel que representa el Reino de Navarra en la historia de las Cruzadas.

FR. J. HEREDIA.

Divisio schematica Summae Theologicae S. Thomae Aquinatis ac ad Tertiam Partem Supplementi ad usum Professorum atque Studentium, auctore P. S. Th. Fr. Gerardo M. PARIS, O. P. In 4.º (apaisado), 74 págs. 5 L. charta manufacta, 3,50 L. editio oeconomica. Marietti, Via Legnano, 23. Torino (118). Italia. 1932.

El título de esta obra y su contenido indica bien a las claras su utilidad y la conveniencia de adquirirla. Está llamada a prestar los mismos servicios que la del P. J. Berthier, O. P.

FR. J. H.

Las Misiones Australianas de los Benedictinos Españoles. Monografía presentada y leída en la Semana de Misiología celebrada en Barcelona en Julio de 1930, Con un prólogo del Rvmo. P. Antonio M. MARCET, Abad de Montserrat, y numerosos grabados. Por el P. Román Ríos, O. S. B., Prior de Nuestra Señora del Pueyo (Barbastro). Un vol. 4.º, 216 pp. 5 ptas. Imprenta Santamaría. Barbastro. 1930. Venta: Librería Herder, Balmes 22. Barcelona.

El P. Ríos, testigo de las misiones australianas de los benedictinos españoles, nos da un cuadro completo y vivo de la obra llevada a cabo por la Abadía-Misión Nueva Nursia. Obra que reproduce los heroísmos de los grandes Monasterios benedictinos medievales. El Ilmo. P. Salvado, creador y alma de la empresa, debe ser colocado junto a los gigantescos Abades que posee la historia de la Orden Benedictina. Las narraciones de esta hermosa obra del P. Ríos son un nuevo argumento que confirma el modo diverso—ya tópico—de civilizar los españoles y los anglosajones: los anglosajones con sus derechos del hombre y su cultura técnica e industrial sólo crean y mantienen colonos; en cambio los hispanos con su humanismo y su teología crean ciudadanos. El anglosajón sólo quiere dominar, ser señor; el hispano quiere elevar y dignificar, ser amigo. El anglosajón prolonga la trayectoria del espíritu feudal; la obra de la hispanidad es una proyección histórica del Evangelio. Por ahora—los ejemplos son suficientes—el hispano es el único que se ha formado un concepto profundo y adecuado del hombre y de todos sus derechos y deberes.

Sabemos por los misioneros benedictinos españoles que los salvajes de Australia creen en la existencia de un principio bueno—*Montogón*—criador de todas las cosas, y del principio malo—*Chinga*—a quien procuran hacerse propicio. Hablan de la transigración del alma—*Cachin*. Y practican la circuncisión. Muchas cosas más quisiéramos saber del indígena australiano y de la naturaleza que le rodea. Esperemos que el P. Ríos, testigo de todas esas realidades, nos las dé a conocer en alguna obra especial.

FR. J. HEREDIA.

Santo Domingo de Guzmán, por el P. Jacinto PETITOT, O. P. Versión española del R. P. Veremundo PEÑAS, O. S. B. 1 vol. 13 por 20, XI-521 pp. 7 pesetas en rústica, 9 ptas. en tela.—Editorial «La Tipográfica», Apartado 1. Vergara (Guipúzcoa) 1932.

En magnífica impresión aparece la versión española de la mejor biografía que se ha escrito hasta el presente sobre santo Domingo de Guzmán. No sólo da a conocer el P. Petitot la fisonomía bella y sobrenatural del Patriarca de los Predicadores, sino que la coloca además dentro de una descripción viva y perfecta de la época y del medio en que el Santo desarrolló sus energías y talentos. El P. Petitot jamás ha caído en encubrimientos o apologías inexactas, tan corrientes en trabajos de este género. La recomendamos vivamente, y hacemos votos por su difusión. Para la segunda edición hay que poner un corrector de pruebas más diligente y compenetrado con la dignidad de su oficio.

FR. J. H

LIBROS RECIBIDOS

- COCCHI (G.)—Comment. in C. J. Canonici. L. III, Pars. II-III. 8.º, VIII-273 págs. 8 L. Marietti. Taur.
- LACAU (J.)—Precieux trésor des Indulgences. XIV 481 págs., 15 frs. Marietti. Turín.
- JOLIVET (R.)—Etudes sur le problème de Dieu dans la Philosophie contemporaine. 1 vol. 8.º, 244 págs., 24 frs. Editeur Emmanuel Vitte. Place Bellecour, 3. Lyon (II).
- UBACH (Dom B.)—La Biblia, X. El Psalteri. Psalms I-LXXII. 4.º max., 314 págs. Monestir de Montserrat. 1932.
- EYMIEU (A., S. J.)—La obsesión y el escrúpulo. Trad. S. P. Vicens y Marcó. 1 vol. 416 págs., 19 por 12, ptas. 6 en rúst., y 8 enc. Gustavo Gili, Enrique Granados, 45. Barcelona. 1932.
- KORTLEITNER (Fr. Xav., Ord. Praem.)—Cananaeorum auctoritas num ad religionem Israelitarum aliquid pertinerit. 8.º, 90 págs., 3 M. Fel. Rauch, Oeniponte. 1932.
- RENZ (B.)—Der Orientalische Schlangendrache. 8.º, V-123 págs., 3 M. Literarisches Institut von Haas et Grabherr in Augsburg, Abteilung Buchverlag. 1930.
- LOSCH (S.)—Epistula Claudian. 1 vol. 4.º, 48 págs. 3,60 M. Rottenburg a. N. (Württ.) Bader'sche Verlagsbuchhandlung, Inh.: Adolf Bader. 1930.
- ELLIGER (Lic. W.)—Die Stellung der Alten Christen zu den Bildern in den ersten vier Jahrhunderten. 8.º, VI-98 págs., 5,85 M. Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung. Leipzig.
- HAGGERTY KRAPPE (Alex.)—Mithologie Universelle. 1 vol. 8.º, 456 págs., 40 frs. Payot. Boulevard Saint-Germain, 106. París. 1930.
- LOHMEYER (E.)—Glaube und Geschichte in Vorderorientalischen Religionen. 8.º, 27 págs., 1,20 M. Ferdinand Hirt in Breslau, Königsplatz 1.
- SCHMIDT (W.)—Handbuch der vergleichenden Religionsgeschichte. 1 vol. 8.º, XVI-296 págs., 6,12 y 7,12 M. Aschendorff. Münster i. W. 1930.
- HUFNAGEL (A.)—Intuition und Erkenntnis nach Thomas von Aquin. 1 vol. 8.º, XXII-301 págs., 14,35 M. Aschendorff. Münster i. W. 1932.
- DILLENSCHNEIDER (Cl.)—La Mariologie de S. Alphonse de Liguori. (Studia Friburgensia). 1 vol. 8.º, XVII-406 págs., 8 frs. Fribourg (Sisse). Université.
- ACOSTA (L. de).—Una gran educadora del siglo XIX Ana Eugenia Milleret de Brou, en

Religión María Eugenia de Jesús. 1 vol. 8.º, XIII-412 págs., 10 ptas. Tipografía Casals. Caspe 108. Barcelona.

JANVIER (P. M. A., O. P.)—*La Passion de N. S. Jésus Christ et la Morale Chrétienne*. 1 vol. 8.º, IX-284 págs., 15 frs. P. Lethielleux, rue Cassette 10. Paris VI. En España: Librería Herder, Balmes 22. Barcelona. 1932.

LÉPICIER (Card., O. S. M.)—*Institutiones Theologiae Speculativae ad textum S. Thomae concinnatae*. T. II, págs. LV 421. L. 25. Marietti, via Legnano, 23. Torino, 118.

LOTTIN (Dom. Od.)—*Le Droit Naturel chez Saint Thomas d' Aquin et ses prédécesseurs*. 1 vol. 4.º, 131 págs. Firme Ch. Beyaert, Bruges (Belgique).

GROTE (F.)—*El Socialismo*. Breve exposición y crítica de sus doctrinas económicas y morales. 1 vol. 8.º, 95 págs., ptas. 2. Herder. Friburgo. En España: Librería Herder. Balmes, 22. Barcelona.

Report of the Thirteenth Annual Meeting Detroit, Mich. July 1st, 3nd, 1931 (The Franciscan Educational Conference, vol. XIII, november 1931). Office of the Secretary Capuchin College, Brookland, Washington, D. C.

KLEINKNECHT (H.)—*Religiöse Texte des Griechentums*. 1 vol. 8.º, XV-115 págs., 5,40 M. W. Kohlhammer verlag in Stuttgart. 1929.

FERRIERE (Ad.)—*La educación constructiva*. El progreso espiritual. 1 vol. 23 por 16 cm., 12 ptas., 400 págs. Espasa-Calpe, Apartado 547. Madrid.

HUGUENIN (E.)—*La coeducación de los sexos*. Experiencias y reflexiones. 1 vol. 8.º, 196 págs., 5 ptas. Espasa-Calpe, Apartado 547. Madrid.

DOTRES Y AURRECOECHEA, F. J.—*Santo Tomás de Aquino y las Leyes*. 1 vol. 8.º máx. 281 págs. Tipogaafía de Archivos Olózaga 1. Madrid. 1932.

DANDOY (G., S. J.)—*L' Ontologie du Vedánta*. Commentaires de J. Maritain et O. Lacombe. 1 vol. de 186 págs. Desclée de Brouwer, rue des Saints-Pères. Paris-VII.

PARIS (G. M., O. P.)—*Divisio schematica Summae Theologicae S. Thomae Aquinatis ac ad Tertiam Partem Supplementi, ad usum Professorum atque Studentium*. 74 páginas. L. 5. Marietti. Taurini. 1931.

HUONDER (A., S. J.)—*A los pies del Maestro*. Breves meditaciones para Sacerdotes. 8.º XVI-360 págs. Trad. del alemán por el P. M. Cancellor, S. J. Librería Herder, Balmes, 22. Barcelona.

CAPPELLO (F. M., S. J.)—*Tractatus canonico-moralis de Sacramentis*. Vol. II. Pars. II: *De Extremaunctione*. Accedit Appendix de jure Orientalium. 8.º, XV 311 págs. L. 15. Marietti. Taurini. 1932.

RAIMUNDO LULIO.—*Filosofía Moral* (Nueva Biblioteca Filosófica, LVI). 1 vol. 8.º, 123 págs. 7 ptas. Espasa-Calpe, Apartado 547. Madrid.

MARTÍNEZ NÚÑEZ (Excmo. Dr. D. Zacarías).—*Carta pastoral con motivo de la Cuaresma de 1932 acerca de la guerra declarada a Cristo y a su Iglesia Católica*. 8.º, 44 págs. Imprenta del Seminario. Compostela.

AERTNYS-DAMEN (C. SS. R.)—*Theologia Moralis sec Doctrinam s. Alfonsi de Ligorio*. 2 vol. 8.º, XX 763 y 821 págs. L. 80. Marietti, Taurinorum Augustae. 1932.

MARÍN NEGUERUELA (N.)—*Lecciones de Apologética*. 2 vol. 8.º, XVI 400 y 384 págs. 12 ptas. en rúst. y 15 en tela. Librería de la Tip. Cat. Casals, C. Caspe 108, Apartado 776. Barcelona. 1932.

- GARIN (P.)—La Théorie de l' idée suivant l' École Thomiste. 2 vols. 8.º máx. 1.260 págs. Desclée de Brouwer, rue des Saints-Pères 76 bis. Paris-VII.
- IDEM.—Thèses Cartésiennes et Thèses Thomistes. 1 vol. 8.º máx. 178 págs. Desclée de Brouwer et Cie. rue des Saints-Pères, 76 bis. Paris-VII.
- JOANNES (G.)—La Vie de l' Audelà dans la Vision béatifique. Nouvelle édition. Lettre-Préface de S. E. le Cardinal Dubois. 1 vol. 8.º, 180 págs. 9 fr. P. Téqui, rue Bonaparte 82. Paris VI.
- KITTEL (G.)—Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament. Lieferung 2 (Bogen 5-8). Subskriptionspreis 2,90 rm. Verlag von W. Kohlhammer. Stuttgart. 1932.
- WOBBE (Dr. J.)—Der Charis-Gedanke bei Paulus. Ein Beitrag zur ntl. Theologie (Neutestamentliche Abhandlungen, hrsg. von M. Meinertz, Band 13, H. 3). 8.º, XX 102 S. 5,50 rm. Münster, Aschendorff. 1932.
- HAAS (D. H.)—Bilderatlas zur Religionsgeschichte. 15 Lieferung: Die Religion des Mithra, J. Leipoldt. 6,80 mk. 16 Lieferung: Mexikanische Religion, K. Th. Preuss. 6,12 mk. A. Deichertschen Verlag. D. W. Scholl, Königstrasse 17. Leipzig C 1.
- MERKELBACH (B. H., O. P.)—Summa Theologiae Moralis. Tomus secundus. De virtutibus moralibus. 1 vol. in 8.º, 994 págs. 40 fr. Desclée de Brouwer, rue des Saints-Pères 76 bis. Paris VII. 1932.
- LLOVERA (J., S. J.)—Obras poéticas de Fr. Luis de León. Edición y notas. Vol. I. Poésías originales. 1 vol. 8.º, XLVII-462 págs. 10 ptas. Imp. Moderna, Parque de Canalejas 11. Cuenca. 1932.
- Hegel nel Centenari della sua morte. Pubblicazione a cura della Facoltà di Filosofia dell' Università Cattolica del Sacro Cuore. 1 vol. 4.º, XV-395 págs. 25 L. Società Editrice «Vita e Pensiero». Milano. 1932.
- SICKENBERGER (Dr. J.)—Die Briefe des Heiligen Paulus an die Korinther und Römer (Die Heilige Schrift des N. T. Bd. VI). 1 vol. 10,50 y 12,70 mk. Peter Hanstein Verlag. Bonn. 1932.
- CASANOVAS (P. I., S. J.)—Josep Finestres. Estudis biogràfics (Biblioteca Històrica de la Biblioteca Balmaes. Sèrie II. Vol. VII). 1 vol 4.º, XX-564 págs. Biblioteca Balmaes, Duran i Bas, 11. Barcelona. 1932.
- DIAKOVA (E.)—La Sombra del Anticisto. Versión española de la novela rusa Tien' Antijrista, por A. Marcoff y F. A. S. Mur. 1 vol. 8.º, 272 págs. 5 ptas. rústica y 7 pesetas en tela. Editorial Subirana, Puertaferri 14. Barcelona. 1932.
- Villanova Gerster a Zeil, P. Th., O. M. Cap. Purgatorium juxta doctrinam Seraphici Doctoris S. Bonaventurae. 8.º, 108 págs. 5 L. Marietti, Taurini. 1932.
- Ordo Divini Officii recitandi sacrique perangendi juxta Kalendarium Ecclesiae Universalis pro Anno Domini 1933. Unum exemplar 3 L., centum exemplaria 200 L. Marietti. Taurini.
- MIONI (U.)—La Mère des Missions d' Afrique la Comtesse Marie-Thérèse Ledóchowska. Traduit et adapté de l' italien. 1 vol. 8.º, VIII-232 págs. 10 fr. Marietti, Turin. 1932.
- KOKOVITZOFF (Conde W. N.)—El Bolchevismo en acción. Prefacio de M. R. Poincaré. 1 vol. 8.º máx. 390 págs. 15 ptas. Ediciones «Fax». Plaza de Santo Domingo 14. Apartado 8001. Madrid.
- GALEN (P. G. von).—Die «Pest des Laizismus». 64 S. 90 Págs. Aschendorff. Münster i. W. 1932.

- MITZKA (F., S. J.).—Henrici de Lübeck, O. P. *Quaestiones de motu creaturarum et de concursu divino*. (Opuscula et Textus, XI). 64 págs. 1,10 RM. Aschendorff. Münster i. W. 1932.
- PETITOT (J., O. P.).—Santo Domingo de Guzmán. Versión española del R. P. Veremundo Peñas, O. S. B. 1 vol. 13 por 20, 7 ptas. rústica, 9 ptas. en tela. «La Tipografía». Apartado 1. Vergara (Guipúzcoa).
- KROPP (A. M., O. P.).—*Augewählte Koptische Zaubertexte*. Bd. I: Texte publikation, 7 Schriftproben und 4 Tafeln. XIX-123 S. Bd. II: Übersetzungen und Anmerkungen. XV-287 S. Bd. III: Einleitung in koptische Zaubertexte. XV 255 S. Édition de la Fondation Égyptologique Reine Élisabeth. 1930-1931.
- MICHEL (S.).—La notion thomiste du Bien Commun. Quelques-unes de ses applications juridiques. Préface de M. Georges Renard. 1 vol. 4.º, XXII-248 págs. 30 fr. Librairie Philosophique J. Vrin. 6, Place de la Sorbonne, 6. Paris V. 1932.
- VUILLERMIN (R.).—*Concetti politici della Defensio Fidei di Francesco Suarez*. 1 vol. 8.º, 232 págs. 8 L. Edizioni «Athena», Via de S. Antonio 10. Milano.
- GUNKEL (H.).—*Einleitung in Die Psalmen*. 1 halfte (S. 1-176). 5 Mk. Vandenhoeck et Ruprecht. Göttingen. 1928.
- IDEM.—*Die Psalmen*. 1 vol. 4.º, XVI-639 págs. 20,70 y 23 Mk. Vandenhoeck et Ruprecht. Göttingen. 1926.
- BRETON (V.-M., O. F. M.).—*La Trinité, histoire, doctrine, piété*. 1 vol. 12 por 19. Páginas 244. Fr. 12. Bloud et Gay. Paris.
- VIALATOUX (J.).—*Morale et Politique*. 1 vol. in 12, 138 págs. 10 fr. Desclée de Bouwer, rue des Saints Pères, 76 bis. Paris-VII.
- SCHACHT (Jos.).—*Der Islam*. 1 vol. 8.º XII-196 págs. 8,40 M. Verlag von J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) Tübingen. 1931.
- LUMBRERAS (Dr. P., O. P.).—*Lecciones del Quijote*. 1 vol. 8.º XI-163 págs. 3 ptas. Ediciones «Rosas y Espinas», Apartado 145. Valencia. 1932.
- PISZTER (P. Dr. E., S. O. Cist.).—*Chrestomathia Bernardina ex operibus S. Bernardi, Abbatis Claravallensis Doctoris Melliflui collecta et ad systema quoddam theologiae redacta*. Un vol. 8.º máx., 391 págs. L. 18. Marietti. Taurini. 1932.
- Congrès des Lecteurs des Provinces Franciscaines de langue française. 1.er et 2.e Congrès 1928-1930. Extrait de la France Franciscaine, t. XIV, ns. 3-4. 1931. Réd. et Administ. rue Marie-Rose, 9. Paris, XIV.
- Le Père Ambroise Gardeil 1859-1931. Biographie-Bibliographie. Extrait du Bulletin Thomiste. Octobre 1931. 4.º, 24 págs., 2 frs. Les Editions du Cerf.
- MARITAIN (J.).—*Religion et Culture*. Un vol. broché. 115 págs., 7 frs. Desclée de Brouwer. Paris.
- RUTTEN (P., O. P.).—*Manuel d' Etudes et d' Action Sociales a l' usage du jeune clergé*. Un vol. broché, 403 págs. La Pensée Catholique, Quai Mativa, 38. Liège.
- LUMBRERAS (P. Fr. P., O. P.).—*La moral de santo Tomás. Tomo I. Moral General*. Un vol., 4.º, 257 págs., 13 ptas. (Biblioteca de Tomistas Españoles, vol. VI). Sociedad «Fomento de la Educación y del Arte», Apartado 145. Valencia.
- CARLEBACH (Jos.).—*Das Hohelied ubertragen gedeutet*. Un vol. in fol. 135 págs. 10 m. Hermon-Verlag, Frankfurt am Main.

- Anuario Eclesiástico 1932. Eugenio Subirana, Editor. Barcelona.
- SANTOS OLIVERA-ARMARIO ROSADO (B. y J.).—Discursos leídos en Academia Sevillana de Buenas Letras, 13 Marzo 1932. Talleres «Luz y Vida», Alfonso VI, 5 y 7. Madrid.
- BÉLORGEY (J.).—Le Socialisme. Folleto 68 págs. fr. 1,50. Imp. Jobard, Dijon.
- IDEM.—Le Socialisme démasqué. Folleto 31 págs. 0,50 fr. F. N. C., 36 rue du Montparnasse, Paris VI.
- VAQUER XAMENA (J.).—Virtudes cívicas. 1 vol. 8.º 163 págs. 3 ptas. Librería Herder, Balmes 22. Barcelona. 1930.
- LUTZ (F. J.).—Sermones de cinco minutos (Iserie). 1 vol. 8.º, 230 págs. 3,50 ptas. Librería Herder, Balmes 22. Barcelona.
- SPIRITU SANCTO (J.).—Cursus Theologiae Mystico-Scholasticae. Ed. a P. Fr. Anastasio a S. Paulo, C. Exc. (Carmelitana, an. V. Fasc. III-IV. Tom. IV, fasc. 56). Apud Curiam Generalitiam, Corso d' Italia 38. Roma 34.
- KITTEL (G.).—Theologisches Wörterbuch zum Neven Testament. Lieferung 1 (Bogen 1-4). In folio. Precio de suscripción 2,90 rm. Verlag von W. Kohlhammer, Stuttgart. 1932.
- VÁZQUEZ NÚÑEZ (Fr. G.).—Manual de Historia de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. 1 vol. 8.º, IX-543 págs. Est. Tipográfico «Editorial Católica Toledana», calle de Juan Labrador 6. Toledo. 1931.
- Concilium Tridentinum. Diariorum, Actorum, Epistularum, Tractatum. Tom. III. Diariorum Pars Tertia. Volumen Prius. Coll. ed. ill. Sebastianus Merkle. VIII-772 págs. Herder, Friburgi Brisgoviae (Germaniae). 1931.
- WAGNER (P.).—Die Gesänge der Jakobusliturgie zu Santiago de Compostela. (Collectanea Friburgensia, fasc. XX). 172 págs. Kommissionsverlag: Universitates Buchhandlung (Gebr. Hess et Co.) Freiburg (Suiza).
- Repertoria universal del Predicador. Vol. IX. El Sacerdocio. Trad. española de F. J. Ysart. 8.º, 403 págs. Editorial Litúrgica Española, Cortes 581. Barcelona. 1932.
- MENDIZABAL VILLALBA (A.).—Tratado de Derecho Natural. Tom. III. El Derecho a la vida. 1 vol. 4.º, 704 págs. 20 ptas. Nueva Imprenta Radio, Leganitos 48. Madrid. 1931.
- La Hiérarchie Catholique et le Problème Social depuis l' encyclique «Rerum Novarum» 1891-1931. 1 vol. 4.º, XVI-336 págs. 40 fr. Union Internationale d' Etudes Sociales de Malines Editions Spes. Paris. 1931.
- BONATTO (J.).—Curso de Religión y Moral. Trad. de C. Montserrat. 1 vol. 8.º, 564 páginas elegantemente encuadernado, 10 ptas. Editorial Litúrgica Española, Cortes 581. Barcelona.
- La Iglesia y la Educación sexual. Manual para los padres y educadores publicado por la «Asociación del Matrimonio Cristiano». 1 vol. 8.º, 318 págs. 7 ptas. elegantemente encuadernado. Editorial Litúrgica Española, Cortes 581. Barcelona.
- GRANDMAISON (R. P. L., S. J.).—Jesucristo, su Persona, su Mensaje, sus Pruebas. Trad.

- de J. Sendra. 1 vol. 4.º máx. 1.000 págs. 40 ptas. en rústica, 45 ptas. encuadernado. Editorial Litúrgica Española, Cortes 581. Barcelona. 1932.
- SCHEEBEN-WALZ.—Iconographia Albertina. 1 vol. in fol. 58 págs. y 87 planchas, papel couché, 6,50 M. Herder, Fribourg Br. 1932.
- MARIC (Dr. J.).—Pseudo-Dionysii Areopagitae formula christologica celeberrima de Christi activitate theandrica. Secunda quaestio praevia ad novam apologiam Honorii I Papae (Bogoslovskia Smotra Ephemerides Theologicae. 1932. t. I. págs. 105-173. Typis Typographiae Archiepiscopalis. Zagreb. 1932.
- GUIBERT (J. de, S. J.).—Documenta ecclesiastica christianae perfectionis studium spectantia. 1 vol. 8.º, XVI-562 págs. Apud Aedes Univesitatis Gregorianae, Piazza della Pilotta. Romae. 1931.
- GRABMANN (M.).—Der Hl. Albert der Grosse. Opúsculo en 8.º de 32 págs. Max Hueber verlag. München. 1932.
- ROS DE OLANO (P. S. y).—Opinión pública y Masa Neutra. Discurso leído en el acto de su recepción y contestación de D. J. Armada y Losada el 15 de mayo de 1932 en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. 4.º, 78 págs. Imp. y Enc. de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Miguel Servet 15. Madrid. 1932.
- THOUVIGNEN (P.).—El alma femenina (Ensayo pedagógico). Trad. del francés por F. Gallach Palés. 1. vol. 8.º, 243 págs. 5 ptas. Bruno del Amo, Apartado 5003. Madrid. 1932.
- JARA (Ilmo. Dr. R. A.).—Glorias de la Iglesia III («La Predicación Contemporánea», XX). 1 vol. 255 págs. 5 ptas. Bruno del Amo, Apartado 5003. Madrid. 1932.
- MOCK (E.).—Germanische Religion (Bilderatlas zur Religionsgeschichte von D. Hans Haas, Lief. 1). In fol. 54 Bilder auf 24 Taseln. 1,26 mk. A. Deichertschen Verlag, D. W. Scholl, Königstras, 17. Leipzig C 1. 1924.
- BONNET (H.).—Agyptische Religion (Bilderatlas zur Religionsgeschichte von D. Hans Haas, Lief. 2-4). In fol. 166. Bilder auf 60, Taseln, 6,12 mk. A. Deichertschen Verlag, D. W. Scholl, Königstras 17. Leipzig C 1. 1924.
- RODRÍGUEZ (T., O. S. A.).—Ricos y pobres. Falsos conceptos sociales. 1 vol. 8.º, 244 páginas, 4 ptas. Monasterio del Escorial. Madrid. 1932.
- MOSER (Dr. S.).—Grundbegriffe der Naturphilosophie bei Wilhelm von Ockham (Philosophie und Grenzwissenschaften hrsg. von Innsbrucker Institut für scholastische Philosophie, IV Bd., 2/3 Heft). 8.º, VIII u. 176 S. 6 rm. Felizian Rauch Verlag, Innsbruck. 1932.

OBISPADO DE SALAMANCA

Imprimatur:

† FRANCISCUS, Episcopus Salmantinus.